KANDI STEINER

FAIR CATCH

Un pase al corazón



CROSS BOOKS

FAIR CATCH

KANDI STEINER

Traducción de Marta Carrascosa



Primera edición: septiembre 2023

© del texto: Kandi Steiner, 2022
© de la traducción: Marta Carrascosa
© de la corrección: Sandra Y. Martinez
© de la cubierta e ilustraciones: Andrea Nichols

© A&A Books, 2023

info@aabooks.es
https://aabookseditorial.es/

ISBN: 978-84-127645-1-2

Para todas las chicas que aman el fútbol tanto como yo…
Va por vosotras.

PROLOGO

Riley

Una promesa es algo sagrado.

Me quedó claro desde bien pequeña. Primero, por mi mejor amiga y vecina, que me hizo prometer que no iba a contar que le gustaba un chico de clase. En segundo lugar, se me quedó grabado por mi hermano gemelo cuando me hizo jurar que no les diría a nuestros padres que había roto su jarrón favorito que compraron en su viaje de novios.

Cuando era pequeña, me parecía fácil entrelazar mi dedo meñique con el de otra persona y saber que, a partir de ese momento, compartíamos algo que nadie más sabría.

Era el mayor símbolo de confianza, de responsabilidad, y me lo tomaba en serio.

Sobre todo, con Gavin.

Mayor que yo por unos seis minutos, Gavin nunca fue solo mi hermano. Era mi gemelo. Y como solo los gemelos entenderían, nos unía un vínculo más fuerte que la sangre, más fuerte que la amistad, más fuerte que el amor.

A lo largo de los años, me pidió hacer muchas promesas.

Prométeme que no contarás que fui a esa fiesta.

Prométeme que no dirás que saqué un cero.

Prométeme que no contarás que anoche metí a Larissa a escondidas en mi habitación.

Cuanto más mayores nos hacíamos, más veces me veía haciendo promesas, y mantuve cada una de ellas. Hacía promesas sin pensarlo dos veces, sin vacilar, sin un ápice de duda de que podría no mantener la promesa.

Hasta ahora.

—Riley, por favor.

La nariz de Gavin se ensanchó mientras sus ojos buscaban los míos, teníamos las manos entrelazadas al lado de la cama del hospital. Tenía el pelo rubio oscuro, revuelto grasiento y pegado a la frente, los ojos vacíos y enrojecidos, la piel ceniza. Si no supiera el diagnóstico, asumiría que se estaba muriendo.

Sacudí la cabeza, esforzándome por tragarme el nudo que tenía en la garganta.

—Tienes que hacerlo —suplicó, apretándome la mano—. Te juro que nunca volveré a pedirte nada más.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras él intentaba moverse en la cama, pero le resultaba difícil. Le ayudé a ponerse cómodo otra vez, y entonces me agarró la mano una vez más. Me quedé mirando ese punto de contacto para no mirarle las piernas.

Unas piernas inmóviles y paralizadas.

Solo la palabra «paralizadas» hizo que la bilis se me subiera a la garganta. Seguía pareciendo una pesadilla, un universo alternativo que no podía ser real. Mi hermano apenas tenía dieciséis años. Estaba sano, era un atleta competente, un chico joven con un futuro brillante por delante.

Hasta que la persona que se suponía que siempre le cubría las espaldas decidió conducir borracho y tirar todo eso por la borda por un parabrisas roto.

Sacudí la cabeza como si pudiera deshacerme de la ira, tratando de concentrarme en lo que Gavin me estaba pidiendo.

—No puedo…

—Sí, sí que puedes. Eres mejor pateadora que yo y lo sabes.

—Esto es fútbol americano, Gav. Es diferente.

—No tanto.

Se me escapó una especie de risa en medio de un suspiro mientras sacudía la cabeza, tragándome el mayor problema que tenía entre manos.

—Soy una chica.

—¿Y?

Le miré.

—Las chicas no juegan al fútbol.

—Claro que lo hacen. Hay un montón de chicas que juegan al fútbol.

—No a nivel profesional.

—Ya ha ocurrido antes. Puede volver a suceder. Y si alguien puede hacerlo, esa eres tú. —Notó mi indecisión y volvió a cogerme la mano con fuerza—. No actúes como si no hubieras amado el fútbol toda la vida, quizás incluso *más* que yo. Has hecho tantos entrenamientos de patadas como yo.

—Por diversión.

—Solo porque nunca has considerado que podría ser para más que eso.

Tomé una larga y lenta bocanada de aire, dejándola salir con la misma vacilación.

—Puedo ayudar —continuó Gavin—. Te entrenaré. Ya tienes hecha la parte más difícil, que es que puedes patear como Matt Prater.

Fruncí el ceño, mirando mi esmalte de uñas desconchado, donde la mano de mi gemelo sostenía la mía con fuerza y firmeza.

—¿Por qué me pides esto? —Busqué su mirada—. ¿Por qué es tan importante para ti?

Gavin frunció los labios, y miró más allá de mí mientras dejaba que su mirada se perdiera.

—El fútbol ha sido mi sueño desde que tenía cinco años —confesó, y yo ya sabía eso sin que lo dijera. Había crecido en el mismo patio donde jugábamos al fútbol cuando no estábamos viéndolo en la televisión—. Y ya no volveré a jugar.

—Eso no lo sabes...

—Riley —dijo, cortándome—. Nunca voy a volver a caminar, y mucho menos jugar al fútbol.

—Pero han dicho...

—Riley, ¡para! —Jadeó, su mirada maníaca se encontró con la mía—. Estoy paralizado de la cintura para abajo, ¿vale? Por favor, no lo niegues ni finjas que podemos cambiarlo.

Mis ojos se inundaron de lágrimas de inmediato y se vieron reflejados en los de mi gemelo, una lágrima se deslizó en silencio por su mejilla mientras se inclinaba hacia mí. En ese momento quería tantas cosas: cambiarme por él, que fuese yo la que soportase ese dolor, sufrir ese destino sabiendo que podía seguir haciendo lo que siempre había querido.

—He perdido las piernas, hermanita. No puedo perder también el fútbol.

Apreté los ojos, dejando escapar dos lágrimas calientes que ardían como si fuesen lava.

—Sé que es mucho pedir. Pero también sé que te sentirías más impotente si no te pidiera nada, si no hubiera nada que pudieras hacer.

Se me estremeció el corazón al oír eso, por lo bien que me conocía, por lo cierta que era esa afirmación.

—Tan solo... inténtalo. Si no entras en el equipo, dejaré el tema.

—¿Y si entro en el equipo del instituto, pero no en el de la universidad?

Se encogió de hombros.

—Al menos lo habrás intentado.

Tragué saliva, con una especie de sonrisa en las comisuras de los labios mientras negaba con la cabeza antes de volver a mirar a mi gemelo.

—No todo el mundo va a estar de acuerdo con esto, y lo sabes.

—Mataré a quien no lo esté. Y del que no pueda encargarme yo, se encargará Zeke.

Se me heló la sangre ante la mención de su mejor amigo, un título que en mi opinión debería habérsele quitado después de lo que hizo.

Y como si mi hermano hubiera conjurado al mismísimo diablo, se escuchó un suave golpe de nudillos en el marco de la puerta, y Zeke asomó la cabeza con una sonrisa avergonzada allí donde solía lucir una sonrisa arrogante. Llevaba una gorra con visera plana hacia atrás que cubría su pelo negro y degradado, e incluso con el pantalón de chándal holgado y la camiseta de manga larga que llevaba, pude ver que sus músculos estaban definidos, que eran fuertes y sin un ápice de grasa debido a los años que había jugado al fútbol.

Y *sus* piernas funcionaban muy bien, llevándolo a la habitación con tanta facilidad que me hizo apretar los dientes.

—Hola, amigo —dijo Gavin, iluminándose al verle—. ¿Traes la mercancía?

—Sabes que nunca te defraudaría —respondió Zeke, levantando la bolsa marrón con las hamburguesas grasientas del lugar favorito de mi hermano.

Resoplé, poniéndome en pie y dirigiéndome ya a la puerta.

—No estoy segura de que esa afirmación sea cierta.

Los hombros de Zeke se hundieron ante mi comentario, y Gavin me miró, a lo que yo le devolví una mirada que decía: ¿*qué*?

Me giré para irme, pero Gavin me llamó. No tuvo que volver a pedirlo cuando me giré para mirarlo y vi la desesperación en sus ojos.

—De acuerdo —dije sin más.

Levantó el puño en el aire y Zeke enarcó una ceja, mirándonos a los dos.

—¿Qué me he perdido?

—Riley va a ocupar mi lugar.

Zeke enarcó la otra ceja y ésta se unió a la primera.

—Va a hacer una prueba para el equipo. —Hizo una pausa—. Y lo conseguirá. Es evidente.

Entonces Zeke sonrió, sus cálidos ojos marrones encontraron los míos.

—Tendremos a la mejor pateadora del estado.

Esa sonrisa se coló bajo mi piel como un parásito, uno que hizo que quisiera arrancarle los ojos. Y, sin embargo, incluso con la rabia hirviendo a fuego lento en mi interior, seguía viendo al chico con el que había crecido cuando sonreía así. Veía a uno de nuestros primeros amigos, nuestro *mejor* amigo, alguien en

quien sabía sin ninguna duda que podía confiar.

O eso creía.

Lo ignoré, hablándole solo a mi hermano.

—Me comprometo a intentarlo.

—Eso es todo lo que te pido —dijo Gavin.

Entonces, extendió el dedo meñique.

El corazón me latía con fuerza en los oídos mientras miraba aquel dedo extendido, la duda susurraba en lo más profundo de mi alma. Pero de todos modos extendí la mano, entrelacé mi dedo meñique con el suyo y apreté con fuerza.

Te lo prometo.

Con mi hermano demasiado risueño para su situación, me giré hacia la puerta, pero Zeke deslizó la mano en el pliegue de mi brazo para detenerme.

Hace unas semanas, ese simple gesto, habría hecho que me diera un vuelco el corazón. Habría hecho que me ardiera el cuello y se me acelerara el pulso, habría hecho que mis rodillas de chica de dieciséis años flaquearan tanto que me habría deshecho en un montón de huesos a sus pies.

Ahora, hizo que pusiera una mueca.

—Oye, si quieres entrenar, puedo ayudarte a prepararte para las pruebas.

Aparté mi brazo de su agarre, dirigiéndole una mirada asesina.

—Es tu culpa que mi hermano esté así, imbécil irresponsable y egoísta. —Estaba furiosa—. Así que lo único que quiero de ti es que retrocedas en el tiempo y no nazcas nunca.

—Riley —intentó Gavin, pero levanté una mano para silenciarlo.

—No puedo mantenerte lejos de mi hermano. Esa es su elección. ¿Pero en cuanto a mí? —Me burlé, apuntándole al pecho con mi dedo—. Aléjate de mí, Zeke Collins.

Con esa amenaza, dejé a mi hermano y a su lamentable excusa de mejor amigo atrás.

Y me puse manos a la obra.

CAPÍTULO 1

Riley

Dos años después...

Con la bolsa de deporte colgada de un hombro, me recogí el pelo en una coleta alta y apretada. Ese simple gesto era una señal para el resto del cuerpo, para mi cerebro.

Significaba que era hora de trabajar.

Todavía se sentía el verano en el ambiente, aunque la suave brisa que recorría el campus de la Universidad de North Boston anunciaba la llegada del otoño. Disfruté de su caricia mientras recorría la distancia que me separaba de mi residencia temporal y el estadio, crujiéndome el cuello por la impaciencia de que llegara el primer día de la temporada de otoño.

Era un nerviosismo distinto al de mi primer día en el campus en mayo. Ese día estuvo cargado de los nervios que imaginaba que experimentaría un universitario de primer año: la emoción de estar solo, el terror de averiguar lo que eso significaba, la presión de descubrir qué quería hacer el resto de mi vida.

Mayo significaba el comienzo del trimestre de verano, de sacar adelante dos de las asignaturas más difíciles antes de que llegara el otoño y, con él, *el fútbol americano*. El verano significaba entrenamientos de adaptación al sol con mis nuevos entrenadores, levantar pesas y hacer ejercicios de patadas «voluntarios». Era un trabajo duro, pero no era más que un entrenamiento, algo que hacer mientras esperábamos a que llegara el día.

La pretemporada de otoño.

Hoy daba comienzo la temporada de verdad. Hoy iba a trabajar con mis entrenadores en el campo, obtendría el material de preparación y empezaría a luchar por un puesto en el campo.

Las nubes surcaban el cielo en ondas que parecían hechas de algodón, con el destello del sol asomando entre ellas. Un millón de diferentes tonos de azul y dorado bailaban de una manera que me hizo pensar en uno de mis artistas favoritos: Charles Harold Davis.

Resulta extraño que apenas dos años atrás fuera lo único en lo que podía pensar, lo que me consumía. Al margen del fútbol, mi vida consistía en planear mi próxima escapada a un museo, hacer de conservadora de mi propio surtido de arte, soñar con unas prácticas que me llevasen a una carrera en la que estaría a cargo de toda la colección de un museo.

Una promesa había cambiado mis prioridades, me había conducido a una nueva dirección.

Y aunque no era lo mismo, me sorprendió descubrir hasta qué punto el fútbol americano me iluminaba de la misma manera, la pasión que sentía por un deporte y que siempre había considerado inalcanzable.

Ahora que la tenía, haría todo lo posible por luchar para conservarla.

La expectación se apoderó de mí como una descarga eléctrica sin fin mientras escaneaba mi tarjeta de identificación en el estadio y desaparecía por el pasillo. Tenía más músculo que la primera vez que entré en estas instalaciones, la cabeza más despejada y el corazón más firme.

Los últimos meses, no, los últimos años, me habían preparado para esto.

Estaba lista.

Cuando atravesé la puerta de los vestuarios, me alegró ser una de los más madrugadores. Saludé con la cabeza a Holden Moore, un estudiante de primer año que apostaba a que sería nuestro primer quarterback. Se estaba vendando el tobillo y me hizo un gesto con la cabeza que me decía que estaba medio impresionado, medio receloso. Aún no confiaba en mí, cosa que me parecía bien.

Yo tampoco confiaba en nadie.

En el vestuario también había algunos chicos más: un defensa que reconocí de la sala de pesas, un receptor conocido por su impresionante trabajo en el equipo el año pasado y, por supuesto, los entrenadores y el personal de formación atlética.

Me siguieron con la mirada mientras me dirigía a la taquilla provisional que me habían asignado, una por la que tendría que trabajar duro durante el próximo mes si quería mantenerla durante la temporada. Me habían ofrecido una beca, claro; pero eso no me garantizaba un puesto en el equipo.

Mientras me preparaba, algunos me observaban con atención, con la mirada fija en mí antes de volver enseguida a lo que estuvieran haciendo. Otros me miraban con descaro, con una expresión entre la confusión y la sorna. A medida que iban entrando más chicos, recibía cada vez más miradas de ese tipo, pero las ignoraba y me concentraba en prepararme para mi primer lanzamiento delante

del entrenador Sanders.

Cuando eres la única chica en el equipo de fútbol americano, te acostumbras a las miradas.

Tienes que hacerlo.

Por suerte, en el instituto practiqué mucho.

No tardé mucho en atraer no solo las miradas de mis compañeros de equipo, sino las de todos los alumnos, profesores, personal administrativo y padres del instituto Hollis. Si a eso añadimos la historia de lo que le ocurrió a mi hermano, el primer partido que jugué fue un frenesí mediático que nunca desapareció.

No todo era malo. De hecho, muchos de los medios de comunicación elogiaron al entrenador por tener una mujer pateadora, como si fuera él quien se ganó el derecho a estar ahí fuera con esas protecciones. Los mejores destacaron mi talento —sin aludir a mi sexo— e hicieron preguntas respetuosas en las entrevistas que el entrenador me preparaba semana tras semana. Y, por supuesto, había chicas en el instituto que pensaban que era increíble, que me elogiaban por luchar contra el patriarcado, se hacían camisetas con mi número y las llevaban todos los viernes por la noche.

Aun así, sabía diferenciar entre las que eran sinceras y las que me observaban con «esa mirada», la que me decía que en secreto esperaban que fracasara.

Ese mismo sentimiento me ardió en la piel mientras me ponía los pantalones cortos y la camiseta para entrenar. El personal de administración había sido insistente en cuanto a preguntarme por mi comodidad en los vestuarios, ofreciéndome una sala privada, sin usar, si así lo deseaba. Pero yo no quería distanciarme más de lo que mis tetas ya lo hacían por mí, así que opté por quedarme en el vestuario como todos los chicos.

La señorita Pierson, la orientadora del equipo, estuvo bastante preocupada por esa decisión, y solo la aprobó después de analizarme a fondo en varias sesiones. Después de hacerme prometer que le avisaría a la primera señal de cualquier cosa que debiera tener en cuenta, aceptó a regañadientes y me pareció que entendía mi postura cuando le dije lo difícil que sería ya de por sí sin añadir un trato especial, como un vestuario o una ducha aparte.

No me *desnudaría* allí, claro está. Y francamente, mi ropa interior y el sujetador deportivo cubrían más que cualquier traje de baño que hubiera visto en la última década, así que no estaba preocupada.

¿Y si les molestaba a alguno de los chicos del equipo?

Ese era su problema.

Mientras me vestía, más y más miembros del equipo entraron en los vestuarios sin que nadie me dirigiera la palabra.

No me importaba. Tampoco tenía ganas de hablar.

Una vez estuve lista, me metí el casco bajo el brazo y salí al campo a toda prisa, me uní a los que ya estaban calentando mientras esperábamos a que el entrenador se reuniera con el equipo. Faltaban unos diez minutos para la hora de la presentación de los informes, y yo siempre había seguido la filosofía de que, si no llegabas pronto, ibas tarde.

—¡Primer día de la pretemporada de otoño, nena! ¡Estamos aquí!

Miré hacia arriba desde donde estaba haciendo flexiones para ver a Kyle Robbins con el móvil en alto y dando una pequeña vuelta, mostrando el campo detrás de él mientras besaba el casco.

—Número uno, nena. Vamos a por el número uno. Habéis sido los primeros en oírlo. Conseguid vuestros autógrafos mientras podáis, mi gente, porque esta temporada va a llevarme a lo más alto.

Puse los ojos en blanco, volviendo a mis repeticiones y haciendo todo lo posible para ignorar su triste explicación de lo que era la pretemporada de otoño a su público en directo a través de las redes sociales.

Kyle era un ala cerrada con talento y con una cabeza tan grande que me sorprendió que no necesitara arrastrarla detrás de él en una camilla cuando corrió por el campo para hacer una recepción. Era uno de esos tipos que se aprovecharon de la nueva política de «Nombre, Imagen y Semejanza» en cuanto fue adoctrinada, y yo estaba bastante segura de que había ganado más que mis dos padres juntos con todos los tratos que había conseguido solo el año pasado.

No le culpaba por conseguir dinero. Debía hacerlo.

Pero no quería esa distracción a mi alrededor.

—Y mirad, incluso tenemos a una chica pateadora. —Le oí decir, y gruñí por dentro, terminando con mis repeticiones antes de ponerme de pie de un salto.

Justo a tiempo para que su brazo sudoroso me rodeara los hombros y viera mi ceño fruncido reflejado en la pantalla de su teléfono.

—Suéltame —gruñí, encogiéndome de hombros.

—Vamos. ¡Saluda a nuestros fans! Ellos son lo que van a estar animándonos toda la temporada. —Hizo una pausa—. Bueno, si llegas a la tabla, claro.

Apreté los dientes ante su insinuación, ante el hecho de que él, como muchos otros en el equipo, pensara que conseguí la beca únicamente porque tenía una vagina en lugar de un pene. Pensaban que era truco publicitario.

Cualquiera lo bastante estúpido como para pensar que a un entrenador de fútbol universitario le importaría eso por encima del talento no merecía que gastara energía en explicarle lo contrario.

Lo ignoré y empecé a hacer saltos con separación de piernas, pero Kyle no paró.

—Tengo que decir que me quedé bastante impresionado con los esfuerzos de esta señorita durante el verano. Llega temprano, se queda hasta tarde, hace sus ejercicios. —Hizo una pausa, bajando un poco la voz—. ¿Pero sabe *patear*? ¿Puede seguir el ritmo de los chicos duros? —Chasqueó la lengua—. Eso está por verse.

Pasé de los saltos con separación de piernas directamente a los ejercicios de rodillas, no porque todavía necesitara entrar en calor, y sino porque necesitaba algo que hacer para no estrellar mi puño contra la nariz de Kyle.

Eso no daría buena imagen el primer día.

—Vamos, bombón —suplicó—. Dame una declaración. ¿Crees que vas a entrar en el equipo?

Sin decir una palabra, empecé a mover los brazos, aflojando los hombros y tratando de concentrarme. Estaba claro que Kyle no iba a dejarme en paz, así que decidí que no había mejor momento que este para practicar cómo ignorar el ruido y concentrarme en el trabajo que tenía entre manos. Tendría que hacerlo muy pronto con una multitud rugiendo en mi contra, esperando a que fallara un tiro.

Murmuró algunas cosas más antes de chasquear los dientes... y hacerme un gesto con la mano. Exhalé un suspiro de alivio al ver que por fin se había rendido.

Hasta que volvió a su móvil con una sonrisa de satisfacción y dijo:

—Debe de ser ese momento del mes.

Me quedé quieta, dejé caer los brazos a mis costados mientras se reía a carcajadas, dando codazos a otro jugador que no reconocí y que se reía con él. Me crují el cuello, dispuesta a pegarle a ese niñato, pero no tuve la oportunidad antes de que lo empujaran por detrás.

Kyle se tambaleó hacia adelante y se sorprendió durante apenas un momento antes de darse la vuelta, cabreado y dispuesto a pelear.

Y se encontró con Zeke Collins de pie detrás de él.

Zeke era unos cinco centímetros más bajo que Kyle, pero eso no le impidió hinchar el pecho y hacer que Kyle se encogiera ante su mirada asesina. Había

visto esa mirada clavada en sus víctimas más veces de las que podía contar, e incluso cuando no estaba dirigida a mí, me daba escalofríos.

Zeke era un estudiante de primer año, igual que yo, pero tenía una reputación que le precedía, no como yo.

Yo era conocida por ser una chica en un deporte dominado por hombres. Él era conocido porque era el número uno en los reclutamientos de los equipos especiales de la nación.

Me enfurecía el tipo de respeto que recibía en comparación con lo que yo tenía.

En los meses que habían pasado desde que nos graduamos del instituto, Zeke había ganado peso, pasó de ser un niño a un hombre joven de la noche a la mañana. Era corpulento, tenía los hombros anchos, los brazos morenos y llenos de músculos, las piernas fuertes y largas como los tocones de un árbol. Se había dejado crecer el pelo negro, que solía llevar corto, y se lo peinaba con un recogido muy tirante, con diseños muy marcados a los lados y uno a juego sobre la ceja derecha.

Y recordé por qué lo evitaba a toda costa, no era solo porque lo odiase, sino porque ningún odio podía evitar que me lo comiese con lo mirada, o que mi cuerpo traicionero ardiera cuando lo tenía cerca.

—¿Qué cojones, hermano? —dijo Kyle, todavía estaba grabando mientras se ponía cara a cara con Zeke—. ¿Tienes algún problema?

—No, pero lo tendré si no tienes algo de respeto por los demás y escuchas cuando alguien te dice que no quiere formar parte de tu patético teatro.

—No es un teatro —se mofó Kyle—. Es un directo de Instagram. Y puedo meter a quien me dé la maldita gana.

—¿Ah, sí?

Lo que pasó después ocurrió tan rápido que no pude percatarme de todo, pero de alguna manera, el teléfono de Kyle terminó en la mano de Zeke, y luego lo lanzó a la mitad del campo.

Kyle gritó como si se tratara de su primogénito y no de un dispositivo móvil con una funda protectora. Entonces, se volvió en el acto y empujó a Zeke, que debía de haberse preparado, porque apenas se movió ante una fuerza que sabía que era brutal.

Zeke no le devolvió el golpe a Kyle. Simplemente se acercó a él, mirándole como si no se sintiera intimidado por un jugador veterano más alto y más grande que él.

—Es una chica. Lo hemos pillado. ¿Te crees muy gracioso por bromear sobre ello? ¿Crees que eso te hace grande y malo? —Sacudió la cabeza—. Madura, tío. Esto es fútbol universitario. Y ella —dijo, señalándome a mí—, es tu compañera de equipo.

Kyle tragó saliva, me miró y volvió a mirar a Zeke.

No se disculpó, pero tampoco siguió discutiendo. En cambio, miró a Zeke de arriba abajo con una mirada que prometía que pagaría por lo que había hecho y luego Kyle corrió hacia donde su teléfono había sido lanzado.

Entonces, cuando de repente la gente volvió a moverse, y el silencio se llenó con conversaciones o con algunos que volvían a sus estiramientos, me di cuenta de lo mucho que nos habían estado observando. También me di cuenta de que Zeke recibía un respetuoso asentimiento de Holden, un asentimiento que decía que Holden le cubría las espaldas.

Entrecerré la mirada.

—Puedo arreglármelas yo solita.

Zeke arqueó una ceja, metiéndose el casco entre la cadera y el antebrazo mientras se giraba para mirarme.

—Lo dices como si no lo supiera ya.

—Entonces no luches mis batallas por mí.

—No estaba luchando nada. Estaba comportándose como una idiota, y estoy seguro de que lo sabía. Esto es la pretemporada, y en lo único que la gente debería centrarse es en el fútbol americano.

—Exacto. Es la pretemporada. Y esta es la única oportunidad que tengo para demostrar que merezco un sitio en este equipo, tanto como cualquier otro. —Me metí en su espacio personal, golpeándole con fuerza en el pecho—. Lo último que necesito es otro equipo bromeando sobre que eres mi hermano mayor el protector.

—No dicen eso.

Arqueé una ceja con los labios fruncidos.

—Dicen que soy tu novio el protector.

Esa sonrisa arrogante me cabreó casi tanto como lo que acababa de decir, gruñí y miré a mi alrededor para asegurarme de que el entrenador aún no estaba en el campo antes de empujarle.

—¡Eso es incluso peor! —siseé.

—No te preocupes —dijo riéndose—. Lo he desmentido. Lo último que necesito es que alguna de las chicas guapas de la universidad piense que estoy

atado a ti.

Entonces, me recorrió con la mirada y la forma en que curvó los labios encendió mi rabia. Me levanté para darle un puñetazo en el brazo, pero él lo atrapó con facilidad, bajó la voz y se acercó.

—Esto ya no es el instituto Hollis, Novo —dijo, llamándome por mi apellido, tal y como hacía él y el resto de nuestro antiguo equipo—. Esto es fútbol americano universitario. Vas a necesitar un amigo.

Hablaba en una voz tan baja y tenía una mirada tan sincera que, por un segundo, vi al niño con el que crecí. Vi los días de verano en nuestro patio y las noches de invierno junto a la chimenea. Vi al chico que me protegía contra viento y marea, igual que Gavin, que pasó de ser solo el amigo de mi hermano a mi amigo y luego... a algo más.

Pero al parpadear, vi a mi hermano en aquella cama de hospital y a Zeke con la cabeza gacha mientras me contaba todo lo que había pasado la noche que jugó con la vida de mi hermano gemelo.

—No eres mi amigo —le espeté—. Eres el amigo de mi hermano, y no entiendo por qué sigues siéndolo.

Tragó saliva, y no me extrañó el temblor de mis palabras, pero tampoco me importó que dolieran.

Lo decía en serio.

Aparté el brazo de su agarre y levanté el casco del suelo.

—Mantente fuera de mi camino a menos que vayas a atrapar el balón que estoy pateando —advertí.

Luego troté por el campo hacia donde el entrenador acababa de hacer sonar el silbato.

CAPÍTULO 2

Zeke

Cada bocanada de aire me provocaba un nuevo subidón de adrenalina, un zumbido embriagador, mientras todos nos arrodillábamos en el campo con el entrenador en el centro del grupo, con las gafas de sol bien puestas y la mandíbula apretada. Uno por uno, los jugadores trotaban desde el otro lado del campo o desde los vestuarios y se unían al grupo, éramos ciento cinco para ser exactos.

Y al final, solo quedarían ochenta y cinco.

En mi cabeza, no había ningún escenario en la que yo no fuera uno de ellos. Me había pasado toda la vida preparándome para este momento, y la verdad es que tampoco lo veía tan complicado. Claro que era un cambio. En este equipo había más talento que en cualquiera con el que hubiese estado o contra el que hubiese jugado en toda mi carrera como jugador. Pero desde que mis padres me pusieron un balón en las manos a los tres años y me metieron en un equipo de alevines, supe que estaría aquí.

Y también sabía que no era más que un escalón hacia la Liga Nacional de Fútbol Americano.

Aun así, me animaba la promesa que me traía el conocido olor del otoño, la promesa de que pronto saldría al campo con las protecciones puestas y jugaría al deporte que daba vida a mi alma.

No es que el fútbol americano formase parte de mi vida.

El fútbol americano era mi vida.

Y la pretemporada de otoño de la Universidad de North Boston era el comienzo del próximo Capítulo en mi carrera.

—Bienvenidos a la pretemporada —dijo el entrenador Sanders sin más, bufando y guardándose la tablet bajo el brazo mientras se dirigía al equipo—. Ahora mismo voy a bajar vuestras expectativas y a deciros que hoy no tengo planeado ningún discurso importante que os inspire. Me importa un bledo que estéis motivados. Hoy, y durante el próximo mes, estáis aquí para demostrarme que entendéis vuestro trabajo y que podéis hacerlo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, la emoción me retumbaba en el pecho.

—Quiero dejar una cosa clara: no mostraré piedad en las próximas semanas. Puede que las nuevas políticas me impidan teneros durante dos días seguidos entrenando sin descanso, cosa que preferiría, pero eso no significa que no vayamos a aprovechar cada segundo de cada día. Entrenamientos, pesas, velocidad, cinta, reuniones —dijo, mientras contaba cada actividad con la punta de un dedo—. Seréis unos afortunados si tenéis tiempo suficiente para comer o cagar antes de que tengáis que estar en otro sitio.

Algunos de mis posibles compañeros de equipo se rieron, pero yo sabía que el entrenador hablaba muy en serio. Seguía siendo amigo de los chicos que se graduaron antes que yo y que ahora jugaban en la universidad. No eran tímidos a la hora de expresar lo dura que era la pretemporada, y ni siquiera estaban en escuelas de primera división como la NBU.

Sus historias sobre lo agotadora que podía ser la pretemporada deberían haberme asustado, pero era lo que más ilusión me hacía.

Durante el próximo mes, daba igual que tuviera problemas de aprendizaje, que leer y comprender me resultara difícil la mayoría de los días e imposible en otros. No se esperaba de mí que fuera a clase, que hiciera los deberes o que hiciera otra cosa que no fuese comer, dormir y respirar fútbol.

Era mi hora de brillar.

Al otro lado del entrenador, me fijé en Riley mientras se apretaba la coleta, estaba concentrada, con los labios en una línea tensa. Mantenía los hombros hacia atrás, el pecho hinchado y tenía la determinación grabada en cada rasgo.

Tenía que admitir que cuando me imaginaba mi futura carrera universitaria, esperaba y rezaba para que, de alguna manera, su hermano Gavin y yo fuésemos a la misma universidad. Joder, incluso bromeé con que terminaríamos en el mismo equipo en la NFL.

Ni en un millón de años me habría imaginado a Riley en su lugar.

Y no porque no pudiese estar aquí, o porque no tratásemos de convencerla incluso cuando era una niña de que debía jugar al fútbol americano. Sino porque siempre insistió que no podía jugar porque era una chica, que el fútbol normal era su equivalente, a pesar de que Gav y yo sabíamos que era mentira.

Amaba el fútbol americano de una forma plana y simple. Siempre lo había hecho.

Aun así, sabía que no estaba aquí por ella.

Estaba aquí por su hermano.

Me dolió el pecho cuando un recuerdo del accidente me asaltó.

El humo, el olor a metal y a sangre, el zumbido en mis oídos, la cara de Gavin retorciéndose de dolor...

Lo recordaba tan bien como lo que había desayunado. La culpa que me había atormentado desde entonces se había atenuado, pero seguía latiéndome bajo la piel, un recordatorio constante de que era culpa mía que sus sueños hubieran quedado destrozados.

Por supuesto, él nunca lo había visto así, porque Gavin Novo era posiblemente el mejor ser humano que haya existido. Cuando obtuvo el diagnóstico —que estaba paralizado de cintura para abajo—, se alejó de la devastación y se centró en cómo sacar el máximo provecho a la situación e inspirar a otros para que hicieran lo mismo.

No es que no tuviera sus momentos de desconsuelo, sobre todo cuando volvió a casa y tuvo que adaptarse a su nueva vida. Se enfadó. Tiró cosas y lloró; también me gritó a mí, a él mismo, a Dios y al universo.

Pero siempre se calmaba, siempre volvía a lo que más se aferraba: a la gratitud.

Así era él, siempre había sido así, y su actitud me maravillaba porque sabía que si el que hubiese estado en esa silla hubiese sido *yo*, me habría rendido.

No estaría aquí.

Y ahí estaba un ejemplo de que él era mejor hombre de lo que yo jamás sería.

Cuando Gavin me contó lo que le había pedido a Riley, que jugase al fútbol americano en su honor, pensé que era un mecanismo de supervivencia, una forma de que los dos lidiaran con esta nueva realidad a la que nos enfrentábamos.

Pero Riley no hizo esa promesa solo con la intención de apaciguar a su hermano.

Hizo una promesa por la cual moriría antes que romperla.

En los dos últimos años, la había visto superar todas las adversidades, pasando de ser centrocampista en nuestro equipo de fútbol femenino a pateadora titular de nuestro equipo de fútbol americano en un verano. Y me daba igual lo que dijeran los demás: no consiguió ese puesto por lo que le pasó a Gavin, ni por ser una chica en un mundo que intenta compensar un sistema patriarcal de mierda.

Se lo ganó.

Era la mejor pateadora con la que había jugado nunca.

Ya era bastante difícil mantener la calma cuando los chicos con los que

íbamos al instituto la molestaban, pero ya sabía que la universidad sería otro cantar. La mayoría de estos chicos eran más maduros y la respetaban. Pero todavía había muchos que dudaban de ella, que no la querían aquí.

Y lo que era peor, había muchos que querían follársela.

Esos eran los bastardos que más me cabreaban, los que pensaban que no me había dado cuenta de que en los entrenamientos del verano se mordían los nudillos cuando ella caminaba junto a ellos de camino a las duchas, o cuando hacían gestos groseros a sus espaldas y chocaban los cinco como si tuvieran una oportunidad con ella.

Al menos sabía que de eso no tenía que preocuparme, pues al igual que yo, Riley estaba centrada en una cosa y en solo una cosa.

El fútbol americano.

Aun así, no lo tenía nada fácil en un deporte universitario dominado por hombres. No iba a ser fácil, y el hecho de que en los dos últimos años estuviera cada vez más buena no ayudaba.

Tenía el pelo castaño, largo y abundante, era el tipo de cabello en el que todo hombre querría enredarse, y tenía una belleza natural, casi masculina, una belleza que, gracias a dios, nunca realzaba con maquillaje. Pero no le hacía falta. Ella brillaba, como el sol de verano, brillante, magnética e imposible de ignorar.

No me importaba si me odiaba. De hecho, me alegraba que lo hiciera.

Hacía que fuese más fácil centrarme en protegerla y no en reclamarla para mí.

El entrenador habló entre dientes, asintiendo con la cabeza mientras miraba a cada uno de los jugadores.

—Sé que no tengo que deciros esto a ninguno de vosotros, pero somos un equipo al borde del precipicio.

Algunos de los otros entrenadores asintieron conformes con los brazos cruzados sobre el pecho mientras analizaban a sus antiguos jugadores y evaluaban a los nuevos.

—Llevamos años avanzando, y el año pasado el país se dio cuenta de lo lejos que habíamos llegado. Ya no somos el equipo que creían conocer. —Hizo una pausa—. Dicho esto, perdimos mucho talento en nuestra clase *senior* la temporada pasada.

—¡Vamos, Jags! —gritó alguien, y algunos jugadores gritaron en apoyo a su antiguo corredor, Lou Stevensen, que fue seleccionado en la primera ronda de la selección.

El entrenador esbozó una pequeña sonrisa, pero desapareció enseguida.

—Talento —continuó—. Ahora hay que reponerlo.

El silencio volvió a apoderarse del grupo.

—Sé que algunos de vosotros estáis hambrientos, preparados para vuestra oportunidad de jugar después de estar en el banquillo parte o la temporada pasada al completo. Pero también os diré que esta es la promoción más potente que hemos reclutado hasta ahora. Así que, dejadme dejar una cosa clara. —Levantó un dedo—. Nadie aquí tiene un puesto de trabajo, excepto yo. Esto es una competición y no hay nada prometido.

Vi como una sonrisa tras otra se escapaba de los rostros de los jugadores, con los nervios a flor de piel. Incluso Holden Moore, que era sin duda el candidato a ser el primer quarterback, parecía abrumado por la declaración.

Pero con solo una mirada a Riley, a la forma en que arqueó una ceja e inclinó la comisura de sus labios, supe que ella y yo estábamos de acuerdo.

No estaríamos en ese banquillo en septiembre.

—Muy bien —dijo el entrenador y aplaudió—. Vamos a trabajar.

CAPÍTULO 3

Zeke

El sudor me caía sobre los ojos, el soplo de aire fresco que habíamos sentido esa mañana se había esfumado mientras terminábamos el primer entrenamiento de la pretemporada. Teníamos más o menos una hora para comer y presentarnos a las reuniones de clasificación, y yo estaba en la zona para anotarse, con las manos sobre mis caderas mientras miraba fijamente al entrenador Sanders, a quien no podría haberle importado menos que estuviera en modo bestia absoluta todo el día.

Aseguré cada patada sin esfuerzo, corriendo por el campo con velocidad y resistencia que podría rivalizar con un jugador de la NFL. No podía evitar que mis músculos en llamas reventaran cada ejercicio que nos presentaban, y siempre era el primero en volver corriendo y prepararme para el siguiente. Era explosivo, inteligente y estaba atento a cualquier detalle que pudiera suponerme una penalización.

No podía estar más preparado.

Y el entrenador Sanders no podía estar menos interesado.

Riley parecía tan agotada como yo mientras se quitaba el casco, el pelo le cayó por la espalda cuando lo hizo. Maldijo, sin darse cuenta de que sacudirse el pelo hacía que muchos chicos se rascaran el cuello con disimulo para poder mirarla, antes de agacharse para recoger la goma del pelo. Al cabo de un instante, su espesa melena estaba recogida y tirante, y entonces debió sentir que la miraba, porque clavó sus ojos en los míos.

Los verdes y dorados que había mezclados en aquellos ojos color avellana se entrecerraron al verme mirándola. Sonreí con satisfacción, cosa que hizo que se convirtieran en meras rendijas mientras se acercaba a mí.

—Parece que te falta el aire, Collins —dijo con una preocupación que era fingida —. Será mejor que te eches una siesta antes de las reuniones.

—Lo dice la que tiene la cara roja —le respondí.

Su bravuconería se desvaneció apenas un instante antes de que se colocase el casco en el costado y señalara el campo con la cabeza.

—El entrenador no parecía impresionado con lo que ha visto hoy.

Durante un instante, me sorprendió que me hablara en lugar de fulminarme con la mirada y mandarme a la mierda, pero entonces me di cuenta.

Quería alejarse de mí tanto como necesitaba que la consolara.

Ni siquiera sabía si ella se había dado cuenta de ello, pero todas las señales estaban ahí: el movimiento de su garganta, la forma nerviosa en que movía los dedos, cómo cambiaba el peso de una cadera a la otra. Nadie más se daría cuenta.

Pero yo sí.

Yo solía ser esa persona para ella, los dos: Gavin y yo, y a pesar de que ahora me odiaba —por una buena razón—, era la única persona que conocía en el equipo.

—Estaría loco si no lo estuviese —dije—. Es solo que no quiere que se note, no quiere que nadie duerma tranquilo esta noche.

Tragó saliva y asintió.

—Ey —añadí, notando la preocupación que intentaba ocultar. Frunció las cejas y me acerqué, apretándole los hombros—. Todo va a ir bien.

Volvió a asentir, incapaz de mirarme.

Y no pude resistirme.

—Te seguiré queriendo cuando te pases toda la temporada en el banquillo.

En ese momento, me fulminó con la mirada, y la Riley que yo conocía volvió con todas sus fuerzas mientras se burlaba de mí, encogiéndose de hombros.

—Si alguien va a quedarse en el banquillo esta temporada, ese serás tú y tus malas notas.

Ignoré la punzada que me provocó su comentario, con el rostro impasible como si no me molestara en absoluto. No te enfades porque he hecho que tus patadas parezcan mejores de lo que las has hecho hoy.

Me apartó de un manotazo, pero antes de que pudiera soltar una contestación, una chica menuda con ojos de cervatillo y el pelo rizado se aclaró la garganta junto a nosotros.

—Eh, siento interrumpir —soltó, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz—. Me llamo Giana Jones. Soy la becaria de relaciones públicas del equipo.

Me pareció que con esa afirmación había crecido unos centímetros, que sus hombros se habían echado hacia atrás, y no pude evitar arquear una ceja.

Giana Jones.

Ya tenía nombre de periodista.

—Algunos medios de comunicación han solicitado entrevistas —me dijo.

Sus ojos castaño rojizo me miraban, y Riley sonrió, dándome una palmada en el hombro—. Pásatelo bien, campeón.

—Eh, ellos, eh… —dijo Giana, esbozando una pequeña sonrisa—. En realidad, les gustaría entrevistaros a los dos.

Le devolví a Riley la sonrisilla arrogante, aunque la suya se había desvanecido, resbalando de su rostro como la palma de una mano sudada sobre un balón de fútbol americano mojado.

Me incliné hacia ella y hablé en voz baja cerca de su oído.

—Pásatelo bien hablando de lo duro que es ser una chica durante una hora.

Se le encendió la nariz, pero me ignoró y se fue enfadada hacia el borde del campo, donde estaban reunidos los medios de comunicación, que ya estaban entrevistando a nuestros compañeros.

Giana abrió los ojos de par en par y parpadeó antes de salir corriendo detrás de Riley mientras yo la seguía.

—Recordad vuestra formación en medios de comunicación —nos dijo Giana a ambos—. Tendremos más tiempo para practicar delante de la cámara cuando acabe la pretemporada, pero por ahora, centraros en ser agradables y concisos.

Dirigió ese consejo más bien a Riley, que esbozó su mejor sonrisa falsa antes de que Giana la condujera hasta una mujer blanca, alta, con el pelo al más puro estilo de Texas y un micrófono preparado.

Quería verla, quería admirar la forma que tenía para dar respuestas memorables a todas las preguntas que se le hacían sin esfuerzo, esquivando ingeniosamente cualquier pregunta que rozara el sexismo. Lo había visto una y otra vez en el instituto, pero sabía que ahora que tenía los ojos de todo el país puestos en ella, sería incluso más impresionante.

Pero tan pronto como estuvo preparada y empezó, Giana me hizo señas para que la siguiera y me condujo a mi propio periodista.

Me hubiese gustado ser tan tranquilo y sereno como Riley, o tan fanfarrón como Kyle, que se estaba comiendo cada minuto de protagonismo a mi lado. Pero para mí, esto era una pesadilla. Me hacían las preguntas muy rápido, cada palabra se hilvanaba para convertirse en un complejo problema que no podía resolver.

Recurrí a nuestra formación tanto como pude, y me encontré repitiendo los mismos sentimientos una y otra vez con cada periodista:

«Todos estamos muy contentos de estar aquí en nuestro primer día de la

pretemporada. La energía nos recorre».

«Estoy ansioso por demostrar mi talento y conseguir un puesto en el equipo».

«Tenemos a muchos chicos con talento. Pase lo que pase, será una pretemporada dura, pero una buena temporada».

«Estamos listos para demostrar que merecemos ese título nacional».

«No, no haré ningún comentario de Riley Novo».

Esto último fue el tema sobre el que más nos enseñaron en nuestra formación para los medios de comunicación, donde el personal nos dirigió a evitar cualquier pregunta acerca de tener una chica en el equipo a menos que hablaran de ella como pateadora, y no como mujer.

La mayoría de los periodistas se marchaban más decepcionados que satisfechos después de mis entrevistas, pero no me importaba. No estaba aquí para darles una buena historia.

Estaba aquí para jugar.

Y cuando hubiera conseguido un *touchdown*, entonces tendrían su historia.

Una vez que Giana me liberó del infierno mediático, me limpié la cara con la toalla y salí corriendo hacia la cafetería para aprovechar el poco tiempo que me quedaba antes de reunirme con el entrenador de los equipos especiales. Pero antes de llegar a los vestuarios, el entrenador Sanders gritó mi nombre desde su despacho.

—Collins —dijo, sin levantar la vista de su IPad donde parecía estar repasando las jugadas.

Me detuve en seco, dándome la vuelta como un soldado presentándose al deber.

—Entrenador.

—Quiero hablar contigo un momento.

Eso fue todo lo que dijo antes de desaparecer en el interior de su despacho y dejar la puerta abierta para que yo lo siguiera.

Mierda.

♥ ♥ ♥

Riley

Había muy pocas ocasiones en las que que te llamasen al despacho del entrenador era algo bueno, sobre todo si se tenía en cuenta que era el primer día

de la pretemporada y, desde luego, no había habido tiempo suficiente para que tuviera buenas noticias.

Se me revolvió el estómago con la ansiedad de qué podría querer, y ese estrés se convirtió en un campo lleno de flores asustadas cuando Zeke salió del despacho justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta.

Clavó sus ojos oscuros en los míos y, salvo por un leve gesto de la boca y un ceño fruncido, no reveló nada, ningún indicio de lo que me esperaba. No sabría decir si me estaba dando una señal sutil para que no me preocupara o una señal muy obvia de que debía preocuparme.

En cualquier caso, no tuve tiempo de averiguarlo antes de que pasara de largo y el entrenador Sanders me hiciera señas para que entrara.

—Siéntate, Novo —dijo, sin levantar la vista del móvil. Terminó de teclear el mensaje dirigido a quienquiera que fuese su destinatario antes de dejar caer el aparato sobre el escritorio. Entonces se echó hacia atrás, cruzó las manos sobre el estómago y apoyó los codos en los reposabrazos de la silla.

El entrenador Sanders era joven para ser entrenador de fútbol americano en una universidad de primera división. Con apenas treinta y tres años, de alguna forma tenía la confianza y la arrogancia de un hombre que había entrenado jugadores profesionales durante toda su vida. Era severo, en ceño fruncido siempre presente, y no repartía cumplidos como si fueran caramelos tal y como hacía mi entrenador del instituto.

Sabía que tenía que ganarme la confianza y el respeto de este hombre, pero ya me gustaba, simplemente por el hecho de que se arriesgase conmigo cuando sabía la distracción que podría ser tanto para su equipo como para los medios de comunicación.

—Mira, ninguno de los dos tiene tiempo para andarse con rodeos. Tenemos que comer e ir a las reuniones, pero hay algo de lo que quiero hablar contigo y que no puede esperar.

Tragué saliva mientras el entrenador se inclinaba hacia delante con un suspiro.

—En un principio, cuando hablamos de tu situación de alojamiento en las residencias del equipo de primer año, acordamos que tendrías tu propia habitación en lugar de compartir con un compañero como hace el resto del equipo. Tanto el asesor de las residencias como yo pensamos que era la opción más… apropiada.

Asentí.

—Por desgracia —añadió, sentándose de nuevo mientras se pasaba una mano

por su pelo que llevaba corto y era de color ámbar—, eso ya no va a poder ser.

El corazón me martilleaba contra la caja torácica, la garganta se me cerró.

Se acabó.

El primer día y estoy fuera del equipo.

—Aceptamos algunos fichajes después del verano, como es probable que hayas notado hoy. Y aunque técnicamente no son estudiantes de primero, les hacemos alojarse en la residencia del equipo durante su primer año, como hacemos con el resto del equipo. Y debido a esa decisión, no disponemos del espacio para que tengas habitación propia.

Mantuve los labios apretados, aunque los latidos de mi corazón se calmaron un poco.

—Lo primero en lo que pensé fue en transferirte a otra residencia dentro del campus, donde puedas compartir con otra atleta que sea mujer.

—No.

La palabra me sorprendió tanto como al entrenador cuando salió de mi boca, y me sonrojé, aclarándome la garganta.

—Señor, si puedo opinar, me gustaría mucho quedarme en nuestro pabellón.

—Lo entiendo, pero...

—Todos entrenamos para ser atletas profesionales, y nos tomamos en serio nuestro deporte. No creo que sea un problema.

El entrenador abrió la boca, pero el pánico me hizo saltar a mi siguiente argumento antes de que pudiera contestar.

—La señora Pierson me ha analizado detenidamente, y prometo que acudiré a ella si hay algún problema. Además, tendremos un asistente de residentes asignado, ¿verdad? Ellos estarán allí para echar un ojo a las cosas. Como te puedes imaginar, ya estoy bastante apartada, y...

—Estoy de acuerdo —me interrumpió con una expresión entre molesta y divertida—. Por eso, después de una larga conversación con la señora Pierson, te alojarás en la residencia del equipo.

Suspiré aliviada.

—Pero tendrás un compañero de habitación.

—Eso no es un problema, entrenador.

—Yo también pensaba eso. Por desgracia —admitió con una mueca de decepción—, resultó ser un problema mayor de lo que esperaba.

No tuvo que decir las palabras para que supiese a qué se refería.

—Nadie quiere compartir habitación conmigo.

No dije lo obvio con un ápice de lástima o tristeza en mi voz, ni mostré la rabia que burbujeaba en mis venas al darme cuenta de que los chicos podían ser tan... *chicos* a veces. No, pronuncié las palabras con calma, simplemente mostrando un hecho.

El entrenador frunció el ceño y negó con la cabeza, y volvió a inclinarse hacia delante con los codos apoyados en el escritorio.

—Mira, tú y yo hablamos de esto cuando firmaste tu declaración de intenciones. Esto no va a ser fácil, ni para ti, ni para mí, ni para nadie. Pero tienes talento, y eso es en lo que nos vamos a centrar. No en los rumores.

Asentí.

—Sí, entrenador.

Volvió a sentarse, sacó el iPad y deslizó el dedo por la pantalla para desbloquearlo.

—Me las he apañado para encontrar a un jugador al que no le importase tenerte como compañera de habitación. —Hizo una pausa—. Zeke Collins.

Tripliqué el tamaño de mis ojos, el corazón me galopó de nuevo cuando abrí la boca para protestar, pero el entrenador levantó una mano.

—Ya me dijo que no estarías contenta con la asignación, pero él es el único que estuvo de acuerdo. Y por el bien de no empezar tu temporada alojándote con alguien que fue *obligado* a ser tu compañero de cuarto, alguien que busque tener un problema contigo. Sugiero que aceptes y sigamos adelante.

Entonces, sus ojos encontraron los míos, y solo por la forma en la que me miró supe que esto no estaba abierto a debate.

Me forcé a respirar lo más despacio que pude, dejando que el aire saliese por las fosas nasales mientras me obligaba a sonreír. Entre dientes, murmuré la única respuesta que había.

—Sí, entrenador.

Asintió.

—Bien. Ve a comer. Las reuniones del equipo empiezan en veinte minutos.

Esa fue mi única despedida antes de que el entrenador Sanders cogiera su teléfono para llamar a alguien, y salí de su despacho, ignorando la multitud de ojos que me siguieron cuando lo hice. Nadie me dirigió la palabra, pero sabía que en cuanto saliera de los vestuarios habría especulaciones.

Me cambié rápido los pantalones cortos y la camiseta de entrenamiento por unos cómodos pantalones de chándal, una camiseta sin mangas y una sudadera con capucha fina. Sabía desde el verano que podía hacer frío en esas salas de

reuniones, sin importar el tiempo que hiciera fuera.

Y durante todo el tiempo que estuve cambiándome, mantuve la calma.

No fue hasta que estuve al final del pasillo y me metí en el baño de mujeres junto a la cafetería que me permití un momento, pegando la espalda contra la puerta una vez cerrada. Dejé caer la cabeza hacia atrás, con un golpe seco contra el metal, y cerré los ojos mientras soltaba un suspiro.

Sabía que la temporada sería dura. Sabía, como había dicho el entrenador, que habría un montón de dificultades. Estaba preparada para el rechazo del equipo. Estaba preparada para las bromas a mi costa. Estaba preparada para que no me tomaran en serio, para tener que demostrar mi valía a cada paso.

No estaba preparada para esto.

Ahora, no era solo *la chica del equipo de fútbol americano*, sino que tenía que compartir habitación con la única persona en todo el mundo a quien odiaba de verdad.

Increíblemente perfecto.

CAPÍTULO 4

Riley

—Puede que esta sea la única ocasión en la que no te tengo envidia, hermanita —dijo Gavin, arrugando la nariz mientras hacía girar su silla hasta la esquina de mi nueva habitación. Era pequeña, austera y con un colchón que parecía de los años setenta por la cantidad de manchas que tenía.

—¿Qué? ¿No te gusta el olor? —bromeé, agitando la mano delante de mi cara como para que el aire se impregnara aún más mientras aspiraba una gran bocanada de aire—. Ah... huele a suspensorios mohosos y a olor corporal.

—Qué asco das.

Me reí entre dientes, golpeando la caja que acababa de dejar sobre la cama.

—Tengo una más en el carrito. Vuelvo enseguida.

Dejé a mi hermano en mi habitación, agradecida por que las habitaciones del equipo para estudiantes de primer año al menos tuvieran la cortesía de tener dormitorios separados. Zeke y yo compartiríamos un baño y una cocina pequeña, así como una abismal zona de estar que tenía un sofá que estaba en condiciones similares a mi colchón, pero solté un suspiro de alivio cuando vi que tenía mi propia habitación, y una puerta, una que ya sabía que mantendría cerrada en todo momento.

Corrí hacia el carrito de golf que había alquilado para trasladar mis pertenencias de la residencia temporal que había tenido durante el verano, y recogí la última caja antes de volver a entrar. Tuve que esquivar a mis compañeros de equipo por todo el pasillo, tenían las habitaciones abiertas mientras se lanzaban balones de un lado a otro, jugaban a videojuegos con una multitud reunida a su alrededor, montaban barras de dominadas en las puertas, grababan vídeos para las redes sociales y solo Dios sabía qué más.

Mantuve la vista clavada en el suelo y los ignoré, como había hecho durante la mayor parte de la pretemporada. El único al que reconocí de lejos fue a Holden, que había sido amable conmigo las últimas semanas y era el único del equipo, aparte de Zeke, que me saludaba.

—¿Necesitas ayuda con eso? —me preguntó cuando pasé por su habitación, a

solo tres puertas de la nuestra.

A cualquier chica, fuese cual fuese su orientación sexual, le resultaría difícil no sonrojarse un poco si tenía la atención de Holden Moore. Era, probablemente, el espécimen más guapo que jamás había visto, con el pelo rubio color arena y unos ojos color verde eléctrico, hoyuelos, y un cuerpo de Adonis. Cuerpo que estaba exhibiendo ahora sin ningún reparo, con una toalla alrededor de la cintura y el pelo mojado de la ducha.

Joder, esperaba que no se me notase el rubor en las mejillas al contestar.

—Yo me encargo. Gracias, de todas formas.

Asintió, y la sonrisa que me dedicó fue la misma de todos los días, una que me decía que mantuviera la cabeza bien alta.

Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta de una patada con el tacón, empujé la última caja y la dejé en el suelo junto a la silla de ruedas de Gavin.

—No puedo dejar que duermas en este colchón —dijo, haciendo una mueca ante una mancha indistinguible a los pies de éste.

—Y yo no puedo ser la del cuento de la Princesa y el guisante que pide cualquier cosa. —Me encogí de hombros, con las manos en las caderas—. No pasa nada. Traeré un protector para el colchón.

Gavin no parecía aliviado, pero saqué la silla del escritorio que había en cada dormitorio y la hice girar hacia atrás, sentándome frente a él para cambiar de tema.

—¿Cómo estás? —le pregunté—. ¿Mejor?

Cuando me enteré que la NBU y algunas universidades más estaban interesadas en mí, hice que mi hermano me hiciese una promesa en compensación por la que yo había hecho hacía más de dos años: que iría a la misma universidad que yo.

Empezó a enviar solicitudes de inmediato a todas las universidades que mostraban un mínimo interés en mí. Y cuando la NBU me ofreció la beca, mi hermano firmó junto a mí, declarándolo nuestro nuevo hogar, e incluso eligió empezar en verano en vez de en otoño, ya que yo tenía que hacerlo como estudiante atleta.

De todas formas, era nuestra primera opción, ya que habíamos crecido en un suburbio no muy lejos de Boston. Sería fácil ir a casa y ver a nuestros padres, y no tendríamos que pelearnos con el calor y la humedad infernales de las universidades del sur, que también habían estado sobre la mesa en un momento dado.

Habría sido difícil jugar dondequiera que fuese, pero ¿ir sin Gavin?

Habría sido imposible.

Mi gemelo se encogió de hombros, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Mejor. No genial, pero mejor. Le estoy cogiendo el tranquillo al campus, a qué caminos son los mejores para ir y a qué horas hay más gente. Sin embargo, estoy seguro de que todo cambiará ahora que empieza el semestre de otoño.

—Sigo pensando que deberías de pillarte…

—Si dices una silla eléctrica, te daré una patada en el pie que usas para patear.

Sonreí.

—Yo solo digo que sería más fácil para tus brazos.

—¿Estás de broma? Estas armas están genial, gracias. —Entonces levantó sus enormes bíceps, besando cada uno de ellos—. Mis imanes de chicas. Necesitan trabajar más si quiero echarme una novia que esté buena para Navidad.

Rodé los ojos.

—¿Estás seguro de que podrá competir con tu preciosa Angelina?

Dejé caer la mirada hacia su silla de ruedas granate y dorada, una silla ligera que mamá y papá habían hecho a medida para él. Era una mucho mejor que la que nuestro seguro le había proporcionado al principio, una por la que nuestros padres trabajaron duro para poder pagarla.

Y entonces, después de trabajar y ahorrar en la tienda de comestibles de nuestra ciudad durante un año, Gavin ahorró y se compró una silla deportiva para poder jugar al baloncesto.

Cuando empezó a jugar, se sintió humillado al tener que practicar no solo un deporte al que no había jugado mucho, sino al hacerlo en una silla. Pero no tardó en cogerle el tranquillo y empezar a competir de verdad. Lo que empezó siendo pasar las noches y los fines de semana jugando en la liga juvenil de baloncesto en silla de ruedas se convirtió en una prueba para entrar en el equipo de la NWBA de Boston, lo que supuso otra ventaja para que nos quedáramos en la ciudad durante la universidad.

El chico nunca podía estarse quietecito. También era una de las personas más optimistas, trabajadoras y apasionadas que jamás había conocido, y le quería por ello.

—Ah, no es de Angelina de quien tienen que tener celos. Es de Emily.

Emily era el apodo cariñoso de su silla deportiva, una bestia negra y amarilla con forma de abejorro a la que bautizó con el nombre de la modelo a la que atribuyó el mérito de su despertar sexual: Emily Ratajkowski.

—No tienen ninguna posibilidad —bromeé.

—No lo sé… algunas puede que sí. ¿Has ido a Greek Row? —Silbó—. Voy a ofrecer a una de esas Zetas un paseo en mi regazo hasta el sindicato de estudiantes un día de estos.

Me reí de un resoplido, pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y entró Zeke.

Estaba sudado, la camiseta de deporte gris de la NBU que llevaba pegada al pecho estaba húmeda. Dejó su bolsa en el sofá. Le había cortado las mangas y había rasgado los lados de la camiseta para que se le vieran las costillas, y si a eso le sumábamos los pantalones cortos de baloncesto que dejaban ver la banda superior de sus calzoncillos, parecía un anuncio andante de la marca Under Armour.

—Oh, mierda, ahora nos hemos metido en un lío —bromeó Gavin, que ya estaba volviéndose para saludar a su mejor amigo.

Yo, por mi parte, puse los ojos en blanco y me centré en la caja que tenía sobre la cama, abrí las solapas superiores mientras empezaba a deshacer el equipaje e ignoraba por completo a Zeke.

Por el rabillo del ojo, vi a Zeke agacharse para saludar a mi gemelo, los dos se abrazaron en un abrazo varonil acompañado de unas fuertes palmadas en la espalda del otro.

—Joder, hermano, estás hecho una mierda —dijo Zeke, chasqueando la lengua cuando volvió a estar erguido—. ¿Estas universitarias te mantienen despierto hasta tarde?

—¿Qué puedo decir? No puedo quitármelas de encima.

Resistí el impulso de señalar que mi hermano estaba cansado porque había estado recorriendo varios kilómetros al día en su silla para ir y volver de las clases en el campus durante todo el verano bajo el calor, sobre todo porque sabía que ellos eran así.

Ignoraban el accidente que provocó Zeke, y las repercusiones del mismo, como si nunca hubiera ocurrido.

Mi hermano siempre decía que prefería esto, que no quería estar siempre hablando de su silla o de sus piernas o del accidente. Y lo entendía, de verdad que sí. Era como cuando no quería que siempre se centrasen en el hecho de que era una chica que jugaba al fútbol americano.

Aun así, odiaba que Zeke nunca hubiese tenido que pagar por lo que había hecho, que siguiese siendo el mejor amigo de mi hermano cuando no se lo

merecía.

Hubo una sola vez en la que dejé que mi ira se desbordara hasta explotar contra Gavin: la noche antes de nuestra graduación. Le exigí que despertara y se diera cuenta de lo que Zeke había hecho, que le hiciera afrontar las consecuencias, que dejara de fingir que nada había cambiado.

Me dijo: «Tú no sabes todo lo que pasó aquella noche».

Eso solo hizo que me cabrease aún más.

«¡¿Qué más hay que entender?! Condujo cuando estaba demasiado borracho para ello. Puso tu vida en peligro. ¡Él es el responsable de que estés en esta silla!».

Todavía podía ver la nariz de mi hermano hinchándose, sus ojos brillantes, una emoción demasiado grande como para soportarla. Pero entonces se obligó a él mismo a tranquilizarse con una respiración, sus ojos encontraron los míos.

«Necesito que confíes en que tengo mis motivos, ¿vale? Y te pido que hagas lo que hacen los gemelos. Que me quieras y me apoyes, aunque no lo entiendas».

Era una carta que solo usábamos cuando era necesario, la que nos recordaba a ambos que a pesar de lo que la vida nos pusiera por delante, siempre nos tendríamos el uno al otro.

¿Qué otra cosa podría hacer que no fuese asentir y dejarlo pasar?

Por eso y solo por eso aguanté a Zeke tanto como lo hice. Desde cuando ayudó a Gavin a entrenarme para las pruebas del equipo del instituto, a cuando eligió la NBU de las tantas ofertas de becas que había recibido, a pesar de su terrible nota media.

Era como un grano en el culo del que no podía deshacerme. No tuve otra opción que abrazarlo y tratar de hacer las paces con el hecho de que siempre sería parte de mi vida, lo quisiera o no.

—¿Quieres jugar al Madden? —Le preguntó Zeke a Gavin, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Mi Xbox está en el coche. Puedo desempaquetar el resto de mis mierdas más tarde.

—Si quieres que te den unos azotes, siempre estoy aquí para satisfacerte —dijo Gavin—. Solo tienes que llamarme *papi*.

Zeke sonrió satisfecho, y entonces sus ojos se desviaron hacia los míos, y aparté la mirada, fingiendo que no había estado escuchando mientras sacaba mi ropa y la guardaba en la cómoda, dejando la que quería colgar en la cama.

—¿Quieres unirte? —me ofreció.

—No.

—Ay, venga, compi —dijo, acercándose a mi puerta y apoyando la cadera en el marco—. Será divertido. La hora de estrechar lazos.

—Preferiría serrarme el pie derecho con unas tijeras oxidadas —dije, poniéndome en pie y sonriéndole con dulzura mientras metía mis calcetines en el cajón superior con más fuerza de la necesaria.

Zeke sonrió satisfecho, cubriéndose el pecho con una mano y retrocediendo como si le hubiera herido.

—Qué agresiva.

Gavin me miró desde donde seguía sentado en la sala de estar, era una mirada que me decía que me portara bien.

En cambio, lo ignoré y empujé a Zeke fuera de mi habitación.

—Mi espacio. Fuera.

—¿Debería hacerte un cartel? «No se permiten chicos».

—Oh, hay un montón de chicos a los que se les permite la entrada —dije, cruzándome de brazos y apoyando mi cadera donde había estado antes la suya con una gran sonrisa—. Solo que a ti no.

Zeke seguía sonriendo, pero algo parecido a una sombra se deslizó sobre él al oír aquellas palabras. No pude averiguar qué significaba su expresión antes de que mi hermano llamase su atención.

—Venga, tío. Vamos a conectarla. Veinte dólares a que te gano al menos de siete en el primer partido.

Los ojos de Zeke recorrieron mi cuerpo, como si aún tuviera algo que decir, pero mantuvo la boca cerrada.

—Acepto la apuesta —dijo, y por suerte me dejó en paz mientras él y mi hermano volvían a la habitación.

En cuanto se fueron, cerré la puerta de mi dormitorio de un portazo y encendí el altavoz con el Bluetooth, puse Travis Scott a todo volumen para ahogar el ruido del salón.

Y el de mi cabeza.

♥ ♥ ♥

Zeke

—¡Lanza la puñetera pelota! —gritó Gavin, pero era demasiado tarde. Cuando

su jugador se preparó para el lanzamiento, el mío ya lo estaba tirando al suelo.

—¡Hora del almuerzo, cariño! —Anuncié, poniéndome de pie y saltando entre mi mejor amigo y el televisor. Fingí que me comía un gran bocadillo en su cara, comiéndomelo a mordiscos con un ñam ñam ñam.

Gavin me fulminó con la mirada antes de girar hacia mi tobillo con su silla, y emití algo entre una risa y una maldición, porque esa mierda dolía.

—En la vida real, te pitarían por eso —me advirtió.

—Menos mal que no estoy en la defensa.

Sonrió satisfecho, tirándome de la camiseta hasta que volví a sentarme y nos preparamos para la siguiente partida.

—Por cierto, ¿cómo te va? —preguntó mientras ambos seleccionamos nuestras rutas.

—¿La pretemporada? —me encogí de hombros—. Creo que bien.

Gavin me miró antes de elegir su última opción, y entonces las jugadas desaparecieron y nos pusimos en fila en el campo.

—Y eso quiere decir…

—Que, si no entro en el equipo, mataré a alguien.

Se rio entre dientes y nos concentramos, con las lenguas fuera, mientras pulsábamos los botones de nuestros mandos hasta terminar la jugada. Gavin lanzó un puñetazo al aire después de anotar un tercer *down*, y yo lo aparté de un manotazo.

—No lo sé, tío —dije mientras ojeábamos opciones para la siguiente jugada —. Supongo que estaría mintiendo si dijera que no estaba un poco nervioso. He estado sacando balones, pero el entrenador Sanders es frío como una piedra. No tiene emociones. No duda en gritarnos cuando la cagamos en algo, pero todavía tengo que ganarme un simple: «¡buen trabajo, tío!».

—Dicen que es mejor cuando el entrenador te grita. Significa que ve potencial.

—Puede ser. Es diferente a lo que estaba acostumbrado en el instituto. Todo esto es diferente.

—Fútbol americano universitario.

Grité que estaba de acuerdo, y entonces el balón apareció en la pantalla. Uno de los jugadores de Gavin hizo una carrera corta de unos metros.

—Estarás en la tabla —dijo Gavin después—. Aunque no seas titular.

—Seré titular.

Sonrió.

—Ah, ahí está el gran engreído de mi mejor amigo.

—Énfasis en gran —bromeé, agarrándome mis partes.

Justo en el momento exacto en que Riley salió de su habitación.

Sus ojos se dirigieron a donde yo tenía la mano envuelta alrededor de mi polla en los pantalones cortos, y me pareció ver un rubor en sus mejillas antes de que hiciera una mueca y pusiera los ojos en blanco.

—Voy a devolver el carrito. ¿Sigue en pie lo de la cena? —le preguntó a su hermano, ignorándome por completo.

—Soy todo tuyo.

—Genial. —A continuación, sus ojos encontraron los míos y me señaló directamente a mí—. No entres en mi habitación.

Levanté las manos en señal de rendición, y entonces nos rodeó y se fue directa a la puerta.

Luché por apartar la vista de cómo se le veía el culo en los diminutos pantalones cortos que llevaba, cómo dejaba ver un trozo de su estómago entre la cintura de los pantalones cortos y la camiseta de tirantes con la que los había combinado. Con un suspiro, mis ojos volvieron a la pantalla y me dije a mí mismo que estaría bien caminando por un pasillo lleno de jugadores de fútbol americano, universitarios y cachondos.

Más que nada porque ya sabían que si la tocaban, tendrían que responder ante mí.

Al ser estudiante de primer año sabía que no tenía tanta influencia como cuando era el rey en el instituto. Aun así, estos chicos habían estado trabajando conmigo todo el verano, entrenando y corriendo. ¿Y una vez que empezó la pretemporada y vieron lo que podía aportar? No necesité veteranía.

Tenía un talento que hablaba más alto que mi edad.

Y cualquiera que conociera la historia de Riley sabía que habíamos jugado juntos en el instituto, sabía que yo era prácticamente de la familia.

No tenía ningún problema en desempeñar el papel del hermano mayor sobreprotector.

Gavin y yo nos quedamos en silencio, jugando las siguientes partidas antes de que mi defensa detuviera su avance y cambiáramos de lado del campo.

Estaba preparando mi primera jugada ofensiva cuando me preguntó:

—¿Qué tal le va?

—Lo está bordando —respondí con sinceridad.

—¿Y le estás echando un ojo?

Se me oprimió el pecho, no solo por su pregunta, sino por la promesa que descansaba detrás de ella. Había jurado por mi vida que cuidaría de ella por él, y lo había hecho; durante todo el instituto.

Y ahora no iba a ser diferente.

—Le cubro las espaldas —le prometí—. Pero sinceramente… no me necesita. Se las arregla ella sola.

Gavin sonrió al escuchar eso.

—No me sorprende. —Hizo una pausa—. Aun así, ¿alguno de los chicos se mete con ella?

—No a la cara. Algunos piensan que ella es un truco publicitario. Algunos están molestos porque tiene una beca que creen que debería de ser para ellos. Algunos están impresionados, aunque nunca se lo dirían. —Me encogí de hombros, omitiendo contarle que algunos de ellos también habían hecho apuestas sobre quién se la tiraría primero—. No va a ser fácil para ella, amigo, pero una vez que la vean patear en el primer partido, ese respeto crecerá.

—¿Crees que llegará a la tabla?

Expulsé el aire a través de los labios con las cejas fruncidas, dirigiendo mi mirada a Gavin.

—Hermano. Venga. Ya sabes la respuesta.

Sonrió más, sacudiendo la cabeza antes de que el balón chasqueara en la pantalla. Cuando terminó la jugada, continuó.

—Sabía que sería buena —confesó—. Pero no esperaba que fuera tan buena. Quiero decir, los dos vimos el talento que tenía cuando éramos niños, pero luego se pasó al fútbol y yo... nunca pensé... —Sacudió la cabeza—. Es una locura.

—Lo es. Creo que hay veces en las que hasta se sorprende a ella misma. —Golpeé su rodilla con la mía—. Podría llegar a ser profesional.

—No quiere.

Fruncí el ceño al escuchar eso.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—No hay chicas en la NFL.

—Tal vez ella sea la primera.

—Eso es lo que yo le dije, pero creo que lo está haciendo por mí. Una vez se gradúe, dudo que vuelva a tocar un balón de fútbol americano.

Eso agrió mi expresión, y me senté, dejando el mando entre mis piernas.

—Y una mierda. Quiero decir, no dudo que vaya en serio con la promesa que

te hizo, pero es más que eso. A ella le encanta, Gav. He visto sus ojos cuando está en el campo, he visto lo decidida y apasionada que es. Se parece a... a...

Me miró.

—A ti.

Me callé.

—Sé que es difícil de entender, pero no todo el mundo ha soñado con estar en la Liga desde que llevaba pañales —se burló de mí—. Su obsesión es el arte, ¿recuerdas? Esto solo es temporal.

—Sí, pero también recuerdo que le encantaba jugar a la pelota con nosotros en el patio más que ir a museos o jugar con su propio equipo de fútbol. Con el fútbol americano es diferente, y ella también lo siente. Dime que me equivoco.

—No te equivocas —confesó con un suspiro—. Yo también veo todo eso. Pero… ¿qué se supone que debo decirle? La universidad ya es dura de por sí. Imagínatela contra un equipo de la NFL. Es pequeña.

—Pequeña, pero poderosa.

Se rio entre dientes.

—Como el Superratón. —Encogiéndose de hombros, volvió a centrarse en el juego—. Vamos, tengo dos touchdowns más que hacer antes de que me des tu dinero.

—Venga ya... me vas a dar dinero tu a mí, tonto.

Volvimos al partido, pero no podía dejar de pensar en lo que había dicho de Riley. Comprendí cuánto significó esa promesa para ella, para los dos, cuando la hizo en esa habitación de hospital después del accidente.

Pero para ella era algo más que jugar por su hermano. Lo sabía.

Ella amaba el fútbol americano.

Me ponía enfermo imaginarme en su lugar. Ya me iba a resultar bastante difícil llegar a profesional, pero sabía que tenía una oportunidad. Una gran oportunidad. Era rápido y ágil, un buen receptor, cuidadoso con el balón y un portento a la hora de encontrar huecos entre los defensas. Los equipos podían utilizarme en posiciones especiales o como receptor. Diablos, incluso si era necesario, podía jugar en posición ofensiva.

Y ni siquiera estaba en mi mejor momento.

También tenía unos padres que no solo me habían metido este sueño en la cabeza, sino que me lo habían regado, me habían dicho que era el fútbol americano o la ruina. Una parte de mí les guardaba rencor por eso, porque aparte del fútbol... ¿qué tenía?

Nada.

Pero ahora que me daba cuenta de lo diferente que era mi situación a la de Riley, me preguntaba si había tenido suerte, si no debería haberles dado las gracias por haberme inculcado que el fútbol lo era todo.

¿Cómo sería tener todo ese talento, todo ese impulso, y saber que mis posibilidades de jugar después de la universidad estaban cerca del cero por ciento?

Tragué saliva, aparté esos pensamientos y me centré en el videojuego.

Pero más tarde, cuando Riley entró, mis ojos se clavaron en los suyos y, aunque en su mirada no había más que desdén, yo sentía que en la mía no irradiaba nada más que puro respeto.

Podría tener una carrera en el fútbol americano, si ella quería.

Y estaba decidido a hacerle ver eso, sin importar las probabilidades que tuviese.

CAPÍTULO 5

Riley

La última semana de la pretemporada fue la más dura.

Como si los ejercicios a primera hora de la mañana, los entrenamientos largos, las reuniones insufribles, y las interminables horas viendo cintas no fuesen suficiente, todos y cada uno de nosotros estábamos en modo batalla, luchando por nuestras posiciones.

Era el momento.

Dentro de una semana, conoceríamos la tabla de clasificación y estaríamos preparándonos para nuestro primer partido.

—Haced balanceos —dijo el entrenador Aarons, sin apenas apartar los ojos del portapapeles que tenía en la mano antes de pasar a otras áreas de la plantilla de equipos especiales.

Bo Aarons era tan duro como nuestro primer entrenador, pero a diferencia del entrenador Sanders, el entrenador Aarons se centraba solo en mí. Bueno, en mí, y en el resto de los jugadores de los equipos especiales. Parecía darse cuenta de la adversidad que suponía para mí ser la única mujer del equipo, pero nunca me hizo trabajar menos que a los chicos.

Por eso le respetaba.

Exhalé un suspiro, ya tenía las piernas doloridas de trabajar los ejercicios estáticos de colocación de pies. A los chicos de ataque y defensa les encantaba molestarme cada vez que podían, siempre se apresuraban a señalar que yo no trabajaba tanto como ellos ahora que estábamos dedicándonos a hacer entrenamientos más especializados en nuestra posición. Pero ninguno de ellos entendía la presión que recaía en un pateador, cómo la colocación correcta del pie y un movimiento impecable de pierna suponían la diferencia entre un gol que ganase el partido y un gol fallido.

Introduje un taco negro en el césped, retrocediendo unos pasos antes de exhalar despacio. Luego, con un salto uno-dos, giré la pierna derecha hacia arriba como lo haría en una patada, como si ese tapón negro fuera mi compañero de equipo sosteniendo el balón en posición después del saque.

—Bien —dijo el entrenador, y luego se volvió, y supe sin que lo dijera que quería que siguiera.

El campo estaba lleno de energía, cada rincón estaba cubierto con un subconjunto de la ofensiva o la defensa o equipos especiales haciendo ejercicios y ejecutando jugadas. Entre un lanzamiento y otro, vi cómo Holden Moore enviaba una pelota en espiral desde la mitad del campo hasta las manos de un receptor, que se lanzó a toda velocidad hacia la zona de anotación.

Otro lanzamiento, y mis ojos se desviaron hacia donde estaba la defensa en el campo. Los defensas empujaban maniquíes de arrastre, mientras que los aspirantes a posiciones de profundo y esquinero hacían ejercicios explosivos y *sprints*, girando cuando el entrenador gritaba: «¡cambio!».

El sudor caía a chorros, los rostros se retorcían de dolor y compartíamos nuestra agonía y fatiga como un equipo.

Al menos el otoño se estaba acercando, sin prisa, pero sin pausa, con ese frío familiar que persistía en la brisa mientras recorría la ciudad. Anhelaba el mes de octubre, cuando las hojas cambiaban de color, y anhelaba aún más los días en que Gavin y yo íbamos en coche al norte, a Kanc, con nuestros padres, y hacíamos senderismo junto a las corrientes de agua y el colorido follaje.

Todavía estaba trabajando en los movimientos de piernas cuando el entrenador Sanders hizo sonar su silbato alto y claro, indicándonos que nos detuviéramos donde estábamos y nos apresuráramos a ir al centro del campo. Nos arrodillamos y los ojos del entrenador recorrieron la multitud jadeante, con una expresión ilegible en su rostro severo.

—Presión —dijo, dejando que la palabra se asentara antes de decir nada más —. Eso es lo único que falta en estos entrenamientos y lo que sentiréis en un partido. Ni siquiera cuando hacemos un simulacro se puede entender del todo lo que será el rugido del público, a veces a favor y a veces en contra. No entenderéis lo que se siente al tener la oportunidad de hacer una captura o un bloqueo que provoca una falta en lugar de un *touchdown*, o una intercepción que cambia el ritmo. —Entonces, sus ojos me encontraron—. O una patada que gana el partido.

Tragué saliva.

—Así que, en esta última semana, a algunos de vosotros os sacaré al final del entrenamiento y os presionaré todo lo que pueda de forma artificial. Estaréis cansados, como lo estaréis al final del partido. Pero aun así tenéis que rendir. — Se ajustó la gorra en la cabeza—. Novo, vamos a empezar contigo.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí y, con ellas, mi corazón se aceleró.

Sin embargo, no dejé que me calase. Me levanté de inmediato, me puse el casco y esperé a que me indicaran el camino, con la cara congelada, como si me esperara este reto, como si no fuera un reto de verdad.

—La ofensiva ha avanzado por el campo, pero no ha podido entrar para marcar un *touchdown* —dijo el entrenador, describiendo el escenario—. El primer *quarterback* lanzó el último pase con tres segundos en el marcador. Anotar desde el campo a 38 yardas hará que ganemos el partido. Si fallas, lo perderéis.

Sin esperar más instrucciones, hice los cálculos y corrí hacia la línea de veintiocho yardas, dejando diez yardas desde la línea de anotación hasta los postes, y siete yardas detrás de la línea de scrimmage donde me alinearía.

Poco después, se sumaron otros jugadores que pugnaban por su puesto en los equipos especiales.

—Tú puedes —dijo Blake Russo, dándome una palmada en el hombro antes de colocarse en posición. Blake también era quarterback, pero servía como titular para las patadas, y yo tenía la sensación de que sería el apoyo de Holden una vez que se publicara la tabla.

Asentí, con los oídos zumbándome mientras el resto del equipo se alineaba en la línea de banda.

—No os quedéis ahí parados —les gritó el entrenador—. Ella está en el equipo contrario. Estáis en las gradas. ¡Esta patada determina el partido!

En el momento justo, todos los chicos comenzaron a gritar, algunos de ellos insultándome, algunos de ellos haciendo bromas sobre mi madre, algunos gritando «¡no patees como una chica!». Golpearon los cascos contra los bancos de metal, pisotearon con los pies, y gritaron tan fuerte como pudieron.

Sabía que lo hacían porque se lo habían ordenado, pero no podía evitar sentir que algunos de ellos estaban disfrutando de verdad con el permiso para insultarme.

Las cámaras se alinearon en el campo, como todos los días de la pretemporada. Algunas eran de *vloggers* pequeños que hacían predicciones sobre la tabla de clasificación, otras eran de los medios de comunicación locales, otras de la ESPN. Y ahora mismo, sabía que todos estaban centrados en mí, en la pateadora que se probaba por primera vez delante de todo el equipo y a solo una semana del día en que se publicaba la tabla de fichajes.

Exhalé un suspiro mientras me alineaba con el lugar donde iba a lanzar,

retrocediendo y colocándome en la posición adecuada para la carrera. Moví los dedos a los lados, con los ojos fijos en el lugar donde Blake esperaba la patada.

Y entonces, se produjo una calma dichosa.

Cada molécula de mi cuerpo hormigueaba, la sangre me zumbaba, los oídos me pitaban por el ruido del equipo. Pero poco a poco, con una larga exhalación, ese ruido se apagó. Sentí el corazón firme en el pecho, la siguiente respiración fue lo único que oí. Era como si estuviera bajo el agua, como si no existiera nada en el mundo el mundo salvo el balón y yo.

Sonó el silbato.

Lanzaron el balón.

Blake lo atrapó y alineó los hombros para mirar lejos de mí mientras nuestra línea ofensiva chocaba con la defensa que intentaba bloquear mi patada. Ese sonido de almohadillas crujiendo por el impacto fue lo último que oí antes de echarme hacia atrás y patear.

Era oro.

Lo supe incluso antes de verlo pasar. Lo sentí en la forma en que mi pie conectaba, en el escozor del contacto, en el giro completo de mi pierna tras la patada.

Y cuando el balón pasó entre los postes amarillos, Tuve que luchar contra el impulso de saltar en el aire y lanzar mi puño al cielo.

En lugar de eso, me limité a correr fuera del campo hacia la línea de banda, indiferente a los gritos de aprobación del equipo.

El entrenador casi sonrió cuando pasé a su lado.

—Bien —dijo simplemente, y luego llamó a los otros pateadores para sus propios intentos.

Ahora que la patada había terminado, se me aceleró el corazón, como si mi cuerpo hubiera aguantado hasta el momento en que tuvo permiso para enloquecer. Me quité el casco y bebí un trago de agua mientras veía cómo Shay Holmes, mi mayor rival, fallaba la patada.

Intenté no alegrarme de que lo hiciera.

—Buena patada, Superratona.

—Me congelé al oír su voz y apreté los dientes.

—Vete a la mierda, Zeke.

Se rio.

—Solo era un cumplido.

Entonces me volví hacia él, deteniéndome solo un momento al verlo

empapado en sudor, con la camiseta de entrenamiento pegada a los músculos, una sonrisa arrogante se dibujó en su rostro.

—¿Superratona? Sí. Menudo cumplido.

—Puedes agradecérselo a tu hermano.

Le ignoré, centrándome en el campo mientras el entrenador llamaba a su siguiente víctima. Esta vez, alineó a la defensa en el campo, elaborando el escenario para la última oportunidad de bloquear un touchdown en el tercer down y forzar una patada.

La línea de banda rugía como lo harían los hinchas en un partido, y me uní, gritando a todo pulmón hasta que lanzaron el balón. No pude evitar sonreír en señal de victoria cuando Clay Johnson recogió el balón que había lanzado Holden, y éste corrió a toda velocidad por el campo, esquivando a cualquiera que intentara placarle. Volvió corriendo con el balón sobre la cabeza, e incluso el entrenador Sanders esbozó una sonrisa.

Clay era uno de los pocos jugadores a los que consideraría un amigo. Era una bestia, medía 1,90 metros y pesaba al menos 90 kilos, tenía la capacidad demencial de salir disparado de la línea y mover su enorme cuerpo a velocidades que no tenían sentido. Pero también era el hijo de puta más tonto que conocía, siempre cantando viejas canciones de los sesenta y gastando bromas a todo el mundo en el vestuario.

No tenía ninguna duda de que lograría llegar a la tabla.

El entrenador anunció el siguiente escenario y los jugadores salieron corriendo al campo, mientras Zeke se colgaba de mi hombro como un mosquito.

—¿Puedes ponerte en otra parte? —Arrugué la nariz—. Hueles a pies con hongos.

—Vamos, Novo. Ya no tienes que fingir. Tan solo dime que estás enamorada de mí y que lo has estado desde que éramos niños.

Me rodeó con su brazo, rozándome el hombro con su axila sudorosa y me dio una arcada antes de quitármelo de encima.

—Créeme, el amor es la última emoción que siento por ti —me quejé, aunque mis mejillas ardían con un calor traicionero que rogué que no se manifestara en forma de rubor.

—Al final de la temporada, seremos los mejores amigos —dijo, apoyando el codo en mi hombro—. Tú solo espera.

Suspiré, renunciando a intentar alejarme de él y, en su lugar, decidí centrarme en el campo.

Después de algunos ejercicios más, nos dejaron ir a comer, y Zeke trotó a mi lado todo el camino hasta el vestuario. En el momento en que cruzamos las puertas, había risas, música y voces que se burlaban unas de otras. Zeke se dirigió a los baños de agua helada, mientras que yo fui directamente a mi taquilla.

—Buena patada, Novo —dijo Clay cuando pasé por su lado, dándome un codazo juguetón—. Si haces esa mierda en un partido de verdad, te subiré a mis hombros.

—Me aseguraré de prepararme para eso. ¿El oxígeno es menos denso ahí arriba? —Me burlé, protegiéndome los ojos entrecerrados con una mano, como si estuviera mirando la cima de una montaña en lugar de la cima de su cabeza.

Me dedicó una sonrisa divertida.

—Además, puede que sea yo quien tenga que llevarte *a ti* en celebración —contraataqué—. ¿Un *pick six*? No tenías que demostrar tanto.

—¿Cuando en una semana es el día de la tabla? Sí, tenía que hacerlo.

—*Touché*.

Kyle se deslizó entre nosotros sin avisar, primero me puso el móvil en la cara y luego en la de Clay.

—Ooooh, ¿qué es esto? ¿Huele a que el amor está en el aire?

Puse los ojos en blanco mientras Clay empujaba a Kyle hacia atrás.

—Ve a inventar drama para tu programa en otra parte, Robbins.

—Parece que hay mucho drama cociéndose aquí mismo.

Me volvió a poner el teléfono en la cara.

—Novo, dinos. ¿La polla de Clay es tan grande como su ego?

Estuve a dos segundos de echar el puño hacia atrás y golpear a Kyle en la nariz al más puro estilo Helga Pataki cuando lo cogieron por detrás de la camiseta, y Zeke lo atrapó justo antes de que su espalda se estrellara contra las taquillas. Lo único que hizo fue mirarlo fijamente, con la camiseta aún apretada en el puño, pero Kyle se calló.

Zeke lo soltó, y Kyle me guiñó un ojo antes de irse a molestar a alguien más.

—Ignóralo —dijo Clay. Sabía que se refería a Kyle, pero yo tenía mi mirada de rayo láser fija en Zeke.

—Deja de hacer eso —dije, tratando de mantener la voz baja y resistir el impulso de empujarlo a las taquillas.

—¿Facilitarte las cosas?

—Intentar salvarme —rebatí, apretando los dientes—. O protegerme o lo que

sea que creas que estás haciendo. No eres mi caballero de la brillante armadura, y yo no soy una princesita indefensa, ¿vale? Si me dieses la maldita oportunidad de hacerlo, podría arreglármelas sola.

—Estaba siendo un imbécil irrespetuoso —dijo Zeke, con los ojos entrecerrados—. No me di cuenta de que eres la única que podía señalar ese hecho y ponerlo en su lugar.

Me acerqué a él y mi pecho chocó contra su caja torácica. Sus ojos se desviaron hacia mi modesto escote, arqueando una ceja al verlo, y eso me hizo entrecerrar aún más los ojos.

—Cada vez que peleas una batalla por mí, me haces parecer más débil.

—Actúas como si fueras muy especial. Acabaría con el molesto zumbido de Kyle por cualquiera de este equipo. Solo estaba siendo un amigo.

—Tú no eres mi amigo.

Zeke levantó la comisura de los labios y me miró por debajo de la nariz.

—¿Solo tu compañero de habitación?

Entonces me di cuenta de que eso era exactamente lo que quería: meterse debajo de mi piel.

Me crují el cuello, di un paso atrás y me volví hacia mi taquilla el tiempo justo para arrancarme la camiseta por encima. Juro que sentí que aquellos ojos oscuros me abrasaban la piel hasta que me puse una camiseta de tirantes nueva, y entonces cogí mi tarjeta de identificación y mi botella de agua y me largué hacia la cafetería sin dirigirle ni una mirada más.

Estaba tan concentrada en calmar la respiración que al principio no me di cuenta de los ojos que me seguían por el vestuario y el pasillo. Poco a poco, se fueron acercando a mí y me pregunté si todos habían visto cómo se desarrollaba aquella escena, si todos estaban haciendo apuestas sobre quién sería el primero en acostarse conmigo.

Típico.

Pero cuantos más jugadores me cruzaba, más se convertían esas miradas en sonrisas, asentimientos e incluso algunas palabras entre dientes que no podía entender.

Una vez tuve mi comida y me senté en una de las mesas de la cafetería, lo reconocí.

Respeto.

Irradiaba de cada par de ojos que me veían. No, no era todo el equipo, pero desde luego era más de lo que había tenido hasta entonces.

Estaba acostumbrada a comer sola, pero Holden ocupó el asiento frente a mí nada más sentarme, y enseguida el resto de la mesa se llenó de jugadores que no me habían dirigido más de una palabra en toda la pretemporada.

Nadie me elogió. Nadie destacó mi patada. Pero allí había una alianza tácita, como si por fin fuese parte del equipo.

Aquello me pareció una victoria más que la propia patada.

CAPÍTULO 6

Zeke

El lunes anterior a que la temporada diese comienzo con un partido contra los Vikingos de Virginia del Este, el entrenador Sanders publicó la tabla de clasificación.

El día que se publicaba la tabla de clasificación era muy importante en el fútbol americano universitario y lo había sido siempre, desde que tenía memoria. Cuando era más pequeño, solía ver con mi padre la ESPN todo el día. Chocábamos los cinco ante las predicciones que habíamos hecho y que resultaron ser acertadas, e indagábamos sobre los jugadores que nos sorprendían y fichaban cuando no lo esperábamos.

Me decía: «Algún día, tu nombre aparecerá en una tabla como esa. Todos hablarán de ti».

Recuerdo cómo se me hinchó el pecho al pensar en ello, que la sonrisa que esbocé fue enorme. Mi padre tenía fe en mí. Sabía que tendría un futuro en el fútbol americano sin lugar a dudas.

En este momento, anhelaba esa emoción, esa confianza, pero en su lugar, me encontré temblando un poco mientras me reunía con el resto del equipo alrededor del entrenador en el campo. El sol nos daba en la espalda, el sudor nos goteaba sobre los ojos, y todos prestábamos atención al hombre que determinaría nuestro futuro.

—Hoy es un día trascendental —dijo, con voz firme—. Para muchos de vosotros será un día de celebración, y para otros será un día de derrota. Esta tabla —explicó, levantando su portapapeles—, es un reflejo de lo duro que habéis trabajado este último mes. Aunque quiero que estéis orgullosos de vosotros mismos, también quiero recordaros que nada es permanente. El hecho de que tengáis un puesto ahora no significa que no tengáis que seguir luchando por él en cada partido y en cada entrenamiento durante el resto de la temporada. Y, asimismo, si estáis en el segundo puesto, o incluso en el tercero, os reto a que trabajéis duro para conseguir ese primer puesto.

Las cabezas asintieron en señal de comprensión, y yo tragué saliva, mirando a

los chicos que me rodeaban. Sabía que, después de hoy, al menos veinte de ellos no seguirían aquí, y que solo la mitad de los que se quedaran serían titulares.

Me dije a mí mismo que solo estaba analizando al equipo, evaluando los nervios de cada uno, pero esa mentira se tornó demasiado evidente como para ignorarla cuando mi mirada se posó en Riley una vez la encontré.

A simple vista parecía pintoresca, tranquila y serena. Llevaba el pelo recogido en una coleta apretada, tenía una mirada atenta, los hombros cuadrados y la barbilla bien alta mientras escuchaba atentamente al entrenador. Pero yo veía lo que nadie más podía ver, lo que solo alguien que había crecido con ella notaría: la forma en que movía los dedos con suavidad a los lados, la fuerza con la que sujetaba el casco con la otra mano, tenía la mandíbula tan apretada que seguramente le rechinaban los dientes.

Estaba nerviosa.

—Esta tabla se publicará en línea esta tarde —dijo el entrenador—. Pero quiero que seáis los primeros en verla. Voy a colgarla en la puerta de mi despacho. Si vuestro nombre no está en la tabla, quedáis oficialmente fuera del equipo. La señorita Pierson os asesorará en vuestros próximos pasos —añadió, haciendo referencia a la orientadora del equipo. También era ella la que nos había ayudado a hacer los horarios de clase, asegurándose de que nuestras clases de otoño tuvieran una carga más ligera que las de primavera o verano, ya que estaríamos totalmente centrados en el fútbol.

El entrenador resopló, dándole golpecitos a su portapapeles.

—Y si estáis en esta tabla, entonces quiero que entendáis la responsabilidad que conlleva esa recompensa. Celebrad vuestros logros, sí —dijo—. Pero después, volved aquí mañana y preparaos para trabajar.

Se despidió con una inclinación de cabeza, y luego los otros entrenadores hicieron sonar los silbatos y nos gritaron que nos diéramos prisa en ir a los vestuarios para ducharnos y cambiarnos. También hubo amenazas de suspensión inmediata si alguien era sorprendido filtrando la tabla en línea antes de que el entrenador la publicara, lo que hizo que Kyle frunciera el ceño, como si no hubieran sabido que estaba planeando hacer justamente eso.

Todos corrimos, como nos habían pedido, pero nadie se fue a las duchas. La mayoría no hizo otra cosa que quedarse junto a su taquilla e intentar aparentar que estaban ocupados hasta que entró el entrenador, pegó la tabla de clasificación en el pequeño tablón que había en la puerta de su despacho, se metió dentro y cerró la puerta.

A partir de ahí, aquello fue un caos.

Los chicos corrieron hacia la tabla, empujándose unos a otros mientras buscaban su nombre. Algunos salieron gritando, dando saltos y lanzando puños al aire, mientras otros agachaban la cabeza y tiraban sus cascos en señal de frustración.

Riley se sentó en el banquillo que había frente a su taquilla y se puso las manos entre las rodillas, el pie le rebotaba despacio.

Estaba esperando.

La conocía lo suficiente como para saber que no se abriría paso a codazos a través de esa multitud para ver cuál era su destino. Esperaría hasta que todas las almas hubieran salido de los vestuarios para comer y así ella podría ver la tabla en privado. Pero no pude evitarlo. Cuando por fin me abrí camino hasta los documentos, busqué primero su nombre.

Y allí estaba, en la segunda fila debajo de los Equipos Especiales.

Pateadora titular – Riley Novo

Se me hinchó el pecho de orgullo hasta casi dolerme, y di las gracias por estar frente a la tabla y no frente al vestuario cuando una sonrisa de pagafantas se dibujó en mis labios.

Lo había conseguido.

Seguí escaneando la hoja, y unas filas por debajo de su nombre, allí estaba.

Regresador de despeje titular – Zeke Collins

Arrugué los labios para evitar esbozar otra sonrisa, recuperando la compostura antes de darme la vuelta y abrirme paso entre la pequeña multitud que se apretujaba frente a la tabla. Riley seguía con la cabeza gacha y yo me acerqué y me senté a su lado en el banco.

Su pierna dejó de rebotar durante un segundo, lo suficiente para que mirara de reojo y se diera cuenta de que era yo.

Frunció el ceño.

—Déjame en paz.

—Novo. —Lo intenté, pero ella levantó la mano.

—He dicho que te largues.

—¿Puedes dejar de ser una zorra durante un segundo para que pueda decirte que has entrado en el maldito equipo?

Se quedó boquiabierta. Cuando por fin me miró tenía los ojos abiertos de par en par. Inmediatamente, me golpeó en el pecho.

—¿En serio? ¿Una zorra? Incluso tú estás por encima de ese cliché de insulto.

Seguía lanzándome bolas de fuego con esos ojos color avellana cuando se dio cuenta de lo que le había dicho. El calor abandonó su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos, su piel palideció mientras parpadeaba.

—Espera... ¿qué acabas de decir?

Sonreí, me acerqué más y bajé la voz.

—Deja de ser una zorra.

Fue a darme una bofetada, pero atrapé su mano con una carcajada.

—Estás en la tabla.

Su mano se detuvo, la mía rodeó su muñeca donde se cernía sobre mí. Despacio, dejó caer la mano y yo la solté a regañadientes, y sonreí al ver cómo lo asimilaba.

—Estoy en la tabla —suspiró.

—No solo eso —añadí—. Eres la número uno.

—¡¿Titular?!

Asentí.

Dejó escapar otro suspiro tembloroso, y entonces, se tapó la boca con la mano, cerró los ojos y soltó un pequeño chillido mientras daba pequeños saltitos como si fuese una niña.

Fue como ver un vídeo casero ante mis ojos, como retroceder en el tiempo hasta su décimo cumpleaños o al día en que sus padres nos sorprendieron a todos con un viaje a Disneyland. En ese momento, no era la jugadora de fútbol americano dura, fría como el hielo y con cara de zorra en reposo en la que tanto se había esforzado por convertirse en los dos últimos años.

Simplemente era… Riley.

Me reí, pero el sonido se apagó al instante.

Porque se lanzó a mis brazos.

La atrapé sorprendido, pero esa sorpresa fue sustituida por una oleada de calor que no me resultaba familiar en cuanto me di cuenta de que la tenía pegada a mí. Sus brazos aún estaban húmedos por el entrenamiento y me rodeaban el cuello, los míos se deslizaron por su cintura como si ese fuese su lugar. Me enterró la cabeza en el cuello, apretándome con fuerza, y el aroma de su champú me inundó.

—¡Lo he conseguido! —susurró, sin dejar de estrujarme.

La estrujé en respuesta, saboreando lo que se sentía al ser la persona a la que ella dirigía toda esa emoción. Me recordó a cuando entró en el equipo de fútbol, a cuando nos abrazó a su hermano y a mí en un chillido de alegría antes de que

la levantáramos y la lleváramos por el patio como a una reina.

—Lo has conseguido —repetí.

Como si mi voz la devolviera al presente, Riley se puso tensa, me apartó de un empujón al instante y se quedó de pie mientras fingía buscar algo en su bolsa. Y la frialdad exterior a la que estaba acostumbrado volvió, la antigua versión de ella quedó enterrada bajo el acero.

—Lo siento. Me he emocionado.

Me reí entre dientes.

—No hay nada por lo que disculparse.

—No tenías que decírmelo, ¿sabes? Lo hubiera descubierto yo sola.

—Tal vez después de morderte las uñas hasta quedarte sin.

Me miró y me preguntó con indiferencia:

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Lo has conseguido?

Me relamí los dientes.

—Venga ya. Ya sabes la respuesta.

Puso los ojos en blanco.

—Como si no estuvieras tan nervioso como el resto.

—Las estrellas no se ponen nerviosas.

Hizo un ruido que parecía un cruce entre un bufido de cerdo y un gruñido, lo que me hizo sonreír aún más.

—Bueno, felicidades —dijo, colgándose la bolsa del hombro—. Y buena suerte.

—¿Buena suerte?

—Sí. A diferencia de en el instituto, aquí tienes que aprobar para seguir en el equipo.

Sonrió ante el desafío, tal vez pensaba que era una broma, pero tenía que saber que esas palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago.

Mi chulería se desvaneció al recordar lo difícil que me había resultado mantener mis notas en el instituto, sobre todo durante la temporada. Y si el trimestre de verano había sido un indicio de lo que me esperaba en la universidad, estaba más que preocupado por mantener mi nota media lo bastante alta como para seguir siendo apto para jugar.

Una vez más, reiteró lo que yo ya sabía que todos a mi alrededor sentían.

Solo se me da bien una cosa: el fútbol americano.

Me levanté, crujiéndome el cuello.

—Bueno, supongo que ahora es un buen momento para decírtelo.

—¿Decirme el qué?

—Hay un vídeo tuyo en ropa interior en las duchas del equipo que se está haciendo viral en TikTok.

Abrió los ojos de par en par y se quedó con la boca abierta antes de volver a dejar su bolsa en el banco y empezar a rebuscar su teléfono.

—¡Kyle! ¡Juro por Dios que voy a matarlo!

Me levanté y me dirigí a mi taquilla, me desvestí y me fui a la ducha mientras ella se dedicaba a navegar por las redes sociales como una loca. No se dio cuenta de que estaba desnudo hasta que me acerqué a ella y bajé los labios para susurrarle al oído.

—Era broma.

Se detuvo en mitad de la búsqueda, con los pulgares sobre la pantalla, y vi con una sonrisa divertida como me recorría con la mirada. Pero cerró los ojos de golpe antes de que bajaran del todo.

—¡Puaj, Zeke!

Intentó empujarme, pero con los ojos cerrados, fue fácil apartarse de su camino y dejar que empujase el aire.

—Nos vemos en casa, cariño —le dije.

Entonces, me incliné y le di un beso en la mejilla. Salí corriendo antes de que pudiera pegarme al pasar por su lado.

CAPÍTULO 7

Riley

Las clases empezaron y, con ellas, la cuenta atrás para nuestro primer partido.

Pensé que la temporada de otoño era dura, los entrenamientos eternos, las reuniones interminables, los ejercicios físicos y las sesiones de acondicionamiento. Pero ahora había que compaginar los entrenamientos, las reuniones y la preparación *con* las clases, los deberes y los exámenes.

El primer día de clase pensé que estaría bien.

Me levanté a las seis, fui un rato a la sala de musculación para hacer ejercicios con las pesas y preparación física, me duché y repasé el programa de entrenamientos con el equipo en nuestra primera reunión de la temporada oficial.

Después de eso, empezó mi «día de clases ligeras», con una a las nueve y otra al mediodía. Comí entre medias, me reuní con los demás pateadores para ver vídeos de los rivales a los que nos enfrentaríamos el sábado y me dirigí a un entrenamiento de tres horas.

Cuando terminó, hablamos con los medios de comunicación, nos duchamos y cenamos en equipo antes de dirigirnos al centro de asistencia académica para hacer los deberes. Por suerte, era la semana dedicada al plan de estudios, lo que significaba que la mayoría todavía no teníamos mucho que hacer.

Al volver a la residencia, eran las nueve y media y el cansancio se apoderó de mí nada más lavarme los dientes y dejar que mi cabeza cayera sobre la almohada.

Estaba cansada, sí, pero lo había conseguido.

A la mañana siguiente, cuando la alarma sonó a las seis, supe que tenía que volver a hacerlo, con una clase más en el horario. Y ahí, fue cuando me di cuenta de lo que realmente nos esperaba.

A medida que avanzaba la semana, tenía suerte de poder abrir los ojos lo suficiente al caer la noche para lavarme la cara antes de quedarme dormida. Me dolía el cuerpo de tanto entrenar. Me dolía el cerebro por las clases y los deberes. Y me dolía el alma porque sentía que no tenía ni un momento libre para mí.

Deseaba con todas mis fuerzas decorar mi habitación, algo que no había

tenido tiempo de hacer durante la pretemporada, pero ahora me preguntaba si estaría obligada a vivir con las paredes desnudas hasta la primavera.

Sin embargo, Zeke parecía tener más energía que cuatro latas de Red Bull.

Nunca entendería como lo hacía. Su horario era tan agotador como el mío, pero, de alguna manera, encontraba la forma de invitar a una chica a casa después de estudiar o salir con algunos chicos del equipo a conocer los garitos universitarios de la zona. Claro que algunas noches volvía directamente a casa y se quedaba dormido como yo, pero otras, se iba por ahí hasta bien pasada la medianoche.

Y, aun así, cuando la alarma sonaba a las seis, él estaba despierto.

Creo que eso es lo que más me molestaba: que pudiera salir a divertirse y aun así levantarse y rendir. No aflojaba en los entrenamientos, no parecía cansado. Ese tipo de resistencia me superaba.

No es que le hiciera saber que estaba al tanto de su horario. Éramos cordiales como compañeros de piso, pero apenas hablábamos, aparte de discutir qué comida era suya y cuál era mía, o pedirle al otro que bajara el volumen de la música o que cerrara la maldita puerta. Su pasatiempo favorito parecía ser tratar de meterse bajo mi piel, pero lo guardó para los entrenamientos, donde yo podía ignorarlo.

Incluso cuando estaba molesta, tenía que admitir que habíamos caído en una rutina con la que me sentía cómoda. Él se mantenía fuera de mi camino y yo me mantenía fuera del suyo, y eso era todo lo que podía pedir.

El viernes por la noche, víspera del partido, el entrenador nos dijo adiós temprano y que nos relajáramos, nos liberáramos del estrés y durmiéramos bien. Teníamos que volver al estadio a las nueve de la mañana siguiente para el desayuno y las reuniones del equipo antes del partido, lo que significaba que no tenía que despertarme hasta las ocho.

Estuve a punto de gemir ante la idea de dormir hasta tarde.

Cuando volví a la residencia, sentí esa energía nerviosa que se acumulaba antes de un partido, igual que la noche antes de un partido en el instituto. Era lo más cerca que había estado de sentir nostalgia desde que llegué a NBU, sobre todo porque no había tenido tiempo para sentir nostalgia.

Así que me puse el último disco de Kid Cudi y por fin saqué las cajas con las obras de arte que tenía escondidas debajo de la cama, preparándome para pasar una noche de decoración que me quitase los nervios.

En cuanto abrí la primera caja, mi corazón suspiró de alivio.

Un brillante mosaico de un artista local de Boston que mamá me había enmarcado las Navidades pasadas me devolvió la mirada. Lo saqué de la caja, limpié el cristal y el marco para quitarle el polvo y lo levanté mientras daba vueltas en el centro de la habitación buscando el lugar perfecto para colgarlo.

Esa había sido mi pasión desde que tenía memoria. Mientras Gavin había crecido obsesionado con los deportes, yo acosaba a mamá y papá para que me llevaran a todos los museos de la ciudad y a los de fuera. Me encantaba el fútbol, por supuesto, y disfrutaba jugando en el campo de fútbol con Gavin cuando jugaba en las ligas menores. Pero para mí no había nada como pasar una tarde en un museo.

Cuando era pequeña, estaba segura de que se trataba de la alegría de mirar cosas bonitas, de esculturas y pinturas que hacían volar mi imaginación. Pero a medida que fui creciendo, aprendí a apreciarlas de verdad. Podía distinguir de dónde era una pieza antes incluso de leer una placa, y, si miraba lo suficiente, de qué época. Empecé a entender qué hacía que una pintura fuese moderna en vez de abstracta, o impresionista en vez de expresionista. Descubrí que podía detectar con facilidad un Monet, un Picasso o un Van Gogh. Y a medida que crecía, sentí el impulso de decorar mi habitación y toda la casa con esa estética en mente, siendo el arte lo primero y lo más importante.

El espacio que había sobre el cabecero era perfecto para el cuadro que tenía en las manos; el mosaico con cuadrados pequeños que componían una imagen más amplia de patos y otras aves jugueteando en el río Charles. Me subí al colchón con un clavo entre los dientes, el martillo bajo el brazo y el cuadro a los pies de la cama. Una vez colocado el clavo, colgué el cuadro, ayudándome de un pequeño nivelador para asegurar que quedaba recto.

—¿Necesitas ayuda?

La voz de Zeke me sorprendió y di un salto, estuve a punto de hacer caer el cuadro de la pared antes de estabilizarme con el marco.

Solté una risa ahogada.

—Estoy bien —dije sin volverme, y me senté sobre mis talones, inclinando la cabeza hacia un lado mientras observaba el cuadro.

—¿Estás segura? Ya sabes que puedo llegar más alto que tú. Y aquí no hay ninguna escalera.

Me di la vuelta y vi que Zeke sostenía un grabado de Dalí que le había suplicado a mi padre que me comprara cuando visitamos el museo de Tampa, y palidecí. Tardé un segundo en bajar de la cama y quitárselo de las manos.

—No toques mis cosas.

Arqueó una ceja, y levantó las manos en señal de rendición.

—Solo estaba echando un vistazo. Yo no tengo la culpa de que escondas cuadros raros en una caja debajo de la cama.

Entrecerré los ojos.

—No es raro. Es surrealista. Pretende ser desconcertante.

Zeke desvió la mirada hacia el grabado que tenía en las manos, y abrió los ojos de par en par al ver a la mujer sin cabeza, con un vestido blanco casi transparente que se ceñía a sus amplias curvas. Junto a ella había una figura espantosa de un hombre que sostenía un palo largo, y la mujer sujetaba una cuerda que ataba a una tercera figura desmantelada, todo en un escenario de un páramo estéril con rocas aterradoras, arena y un cielo gris.

—Fue un éxito.

No pude evitar sonreír, y tal vez fue el agotamiento de la semana, o los nervios previos al partido, o el hecho de que estaba volviendo a tocar el arte, pero me relajé y se lo devolví.

—Se llama *Plage enchantée*, es decir, *La playa encantada*. Lo creas o no, en realidad, esta era una de sus piezas más contenidas y equilibradas. —Señalé con la cabeza la pared blanca que había sobre mi escritorio—. ¿Puedes colocarla ahí por mí?

—Vaya, ¿de veras vas a dejarme ayudar?

—No hagas que me arrepienta —dije, colocándole el martillo en el pecho.

Zeke se quedó callado mientras colgaba el marco, y yo lo observé en todo momento, asegurándome de que dedicaba el mismo empeño que yo en que quedara perfecto. Sentí un tirón extraño en el pecho, como una cuerda enrollada alrededor de una costilla que había olvidado por completo que tenía hasta que sentí el tirón.

Me vino un recuerdo de Zeke de pequeño, su sonrisa amplia y brillante, su risa. Durante un instante, recordé lo que era la despreocupación cuando era una niña enamorada del mejor amigo de mi hermano.

Pero la sensación se esfumó tan rápido como había llegado.

Cuando me aseguré de que Zeke había nivelado el marco correctamente, rebusqué debajo de mi cama para sacar la pieza más grande que tenía, una cubierta con una sábana gruesa. La destapé y solté un suspiro de felicidad.

Era arte callejero, pero sobre un lienzo, con brillantes colores de neón bailando sobre un fondo blanco. De cerca, podrían parecer meras salpicaduras de

pintura, pero, a medida que el espectador retrocedía, podía verse toda una serie de imágenes enigmáticas: una mujer seductora con exuberantes labios de rosas, ramas de árbol por pelo, una cascada por cuello. La tierra se extendía a su alrededor y, sobre ella, una interminable noche estrellada.

—Ese es precioso —comentó Zeke.

—Lo pintó un sintecho en Dorchester —dije, con las manos en las caderas y la mirada alrededor de la habitación—. John Blackman.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Pues claro.

—No hay mucha gente que le pregunte su nombre a un sintecho —recalcó.

—Es un artista.

Mis ojos se encontraron con los de Zeke durante un instante, pero lo que encontré allí me inquietó por razones que no podía explicar, así que me aclaré la garganta y señalé la pared en blanco junto al armario, frente a la única ventana que tenía.

—Ahí. Para que le dé la luz.

Zeke levantó el marco y se puso a trabajar mientras yo recogía el resto de las cajas.

—Había olvidado lo mucho que te gusta esto. ¿Quieres ser artista?

—Dios, no —respondí de inmediato—. Quiero decir, ojalá tuviese el talento para pintar o dibujar, pero lo intenté cuando era más pequeña, y digamos que las figuras de palo son lo más artístico que puedo llegar a ser.

Sonreí, saqué mi jarrón de barro texturizado favorito y lo coloqué encima de la cómoda más alta. Lo llené de flores secas y hierbas aromáticas.

—Sin embargo, creo que mi futuro está ahí —comenté—. En la conservación del arte.

Zeke levantó una ceja, mirándome apenas un segundo antes de volver a concentrarse en colgar el lienzo.

—Lo que significa…

—Significa que, en mis sueños más descabellados, trabajaré para un museo y me encargaré de adquirir y catalogar las piezas y exposiciones nuevas.

Zeke hizo una mueca, pero no dijo nada.

—¿Qué?

—Nada.

Lo miré fijamente.

—Ya está.

Se encogió de hombros y dio un paso atrás para asegurarse de que el cuadro estaba bien colgado. Le pasé el nivelador para asegurarme.

—Nada. Es solo que… ¿no crees tener futuro en el fútbol americano?

La pregunta me afectó más de lo que esperaba y se me formó un nudo en la garganta mientras luchaba por recuperar la compostura.

—*Ja, ja* —dije y le saqué la lengua antes de indicarle que inclinara el cuadro un poco hacia abajo en el lado izquierdo.

Zeke se volvió, sus ojos oscuros se encontraron con los míos, tenía la mandíbula desencajada y el ceño fruncido. No me había detenido a estudiarlo cuando entró, pero ahora veía el cansancio de la semana, estaba igual que yo. Aun así, sus músculos estaban abultados, como si acabara de hacer pesas en el gimnasio, y tenía los hombros relajados, como si no le importara lo más mínimo que tuviéramos un partido mañana.

—Lo digo enserio —dijo.

—Entonces eres más idiota de lo que creía que eras.

—¿Crees que porque no haya mujeres en la NFL en este momento, no puede haberlas nunca?

—Creo que es muy poco probable, y no es algo que yo quiera personalmente.

La última parte se me hizo bola y busqué la botella de agua de la mesilla de noche, bebí un sorbo.

—¿Aunque seas tan buena?

—Llegué a la tabla —dije—. No al equipo de la Super Bowl. Ni siquiera he jugado en un partido universitario aún.

—Has conseguido una beca para una universidad de primera división. ¿Entiendes lo impresionante que es eso solo?

Odiaba cómo mi corazón se hinchaba con esas palabras, algo parecido al orgullo rogándome que lo dejara salir, y la esperanza estaba justo ahí, pisándole los talones, esperando su oportunidad para salir.

Pero las reprimí, pues sabía que si me dejaba llevar mucho por ese camino imaginario lo único que me esperaría sería la decepción.

Me encogí de hombros, rascándome el esmalte de las uñas y pensando que quizá debería quitármelo del todo para el partido de mañana.

—Sabes por qué estoy aquí.

Esa frase hizo que ambos recuperáramos la lucidez, un silencio pesado se apoderó de la habitación.

—Creo que es más que eso —dijo en voz baja.

Me sonrojé.

Y entonces, de la nada, me invadió una sensación de inquietud, rápida y envolvente.

«¿Cómo se atrevía a fingir que sabía algo que yo no? Como si ambos no supiéramos exactamente por qué jugaba al fútbol americano».

Como si la razón no estuviera directamente ligada a él.

—Sí, bueno, pues no lo es —dije tajante, volviéndome hacia las cajas—. Yo me encargo del resto. Puedes irte a jugar a videojuegos o a acostarte con una animadora o lo que sea que ibas a hacer antes de irrumpir en mi habitación.

—En realidad, iba a estudiar. La clase de economía es…

No pretendía soltar la carcajada que salió de mi pecho sin querer, pero lo hice, y Zeke se calló. Levanté la vista con una ceja arqueada y una sonrisa divertida para encontrar su expresión endureciéndose en piedra.

—Lo siento —dije, aunque todavía me estaba riendo un poco cuando sacudí la cabeza y saqué una pequeña acuarela de la caja—. Pensaba que era una broma.

Se quedó inmóvil en la esquina de mi habitación y volví a levantar la vista justo a tiempo para ver cómo tensaba la mandíbula. Algo en sus ojos hizo que los míos se ablandaran y abrí la boca para disculparme, pero se fue antes de que pudiera hacerlo.

Le dio un portazo tan fuerte a su puerta que hizo temblar toda la habitación, y me estremecí al oírlo, parpadeando mientras se me helaban las venas.

Pero me deshice de esa sensación un momento después. Observé mi habitación para ver dónde colocar la siguiente pieza.

No me importaba si había herido sus sentimientos.

Él nos había herido mucho más a toda mi familia y a mí.

♥ ♥ ♥

Zeke

Tuve que esforzarme al máximo para no dar un portazo cuando me retiré a mi habitación, con el pecho abrasado por cada bocanada de aire encendida que expulsaba. Tiré de la silla del escritorio y me dejé caer sobre ella, abriendo el libro de texto con demasiada fuerza. A continuación, me coloqué los auriculares y encendí una lista de reproducción de ambiente, algo que estimulara mi cerebro sin distraerlo con melodías o letras.

Durante un buen rato, me quedé mirando el libro, que había abierto por el Capítulo cuatro, la lectura que nos habían asignado antes de la clase del lunes. Eran pocos Capítulos. Todo lo que tenía que hacer era leerlos y comprenderlos lo suficiente como para aprobar el examen que nos esperaría el lunes por la mañana para comprobar que los habíamos leído.

Ojalá fuese tan fácil.

Para casi todos los estudiantes de mi clase, supuse que sí que era así de fácil. Seguramente esperarían hasta el domingo por la noche y se pondrían a estudiar esos Capítulos como si nada, absorbiendo cada palabra y llegando al lunes por la mañana seguros de su capacidad para aprobar el examen.

En cambio, yo tendría que leerlos varias veces, tomar notas, y aun así tendría suerte si retenía lo suficiente como para aprobar.

La risa de Riley me atormentaba mientras miraba el libro abierto. Siempre había dado por sentado que odiaba la escuela, que era un vago o un incompetente, o quizá una combinación de las tres cosas. No sabía cuánto me esforzaba. No muchos lo sabían. Aparte de mis padres, Gavin y los profesores, que tenían que saberlo para darme más tiempo con los exámenes, me lo guardaba para mí.

Un vistazo al reloj me dijo que podía bajar a la sala de estudio del equipo si quería, tal vez pedir ayuda a uno de nuestros tutores. Pero teníamos un partido por la mañana, y yo quería avanzar lo suficiente como para sentirme seguro de que podría dedicar toda mi energía al fútbol durante un día entero y estar bien.

Solté un suspiro, me senté un poco más recto y utilicé el borde de mi cuaderno para alinearlo justo debajo de la primera frase. Solo lo moví hacia abajo cuando estuve listo para leer la siguiente línea, para no distraerme.

Despacio, leí la primera página, teniendo que detenerme de vez en cuando; cuando una palabra no tenía sentido porque había leído las letras desordenadas. Cada vez que eso ocurría, perdía por completo el contexto de la frase y tenía que volver a leerla. Pero estaba acostumbrado. Para mí, las cosas eran así. La lectura y la comprensión requerían tiempo y dedicación.

Nunca iba a ser algo que me resultara fácil, nunca iba a ser algo en lo que destacara. Y eso estaba bien.

Porque tenía el fútbol americano.

Me senté a descansar después de la primera página, dándole un sorbo a mi bebida energética. Tenía que tener cuidado: necesitaba energía para concentrarme, pero no quería demasiada o no podría dormir, y eso era lo que

más necesitaba hacer antes de nuestro primer partido.

El zumbido profundo de la canción atmosférica que sonaba por los auriculares hizo que me concentrase en silencio, y pensé en el día en que descubrí que tenía dislexia.

Las lágrimas me recorrieron el rostro mientras miraba fijamente el examen que tenía entre las manos, las letras y las palabras que no tenían sentido. Mis padres estaban sentados a mi lado, con las manos sobre mis hombros, y no creían que me diera cuenta de las miradas de preocupación que me dirigían mientras esperaban a que respondiera a lo que me habían dicho.

—Así que soy tonto.

—No —dijo mamá al instante, mientras papá se arrodillaba frente a mí. Me quitó el papel de las manos y lo dejó a un lado.

—No eres tonto —dijo, y sus ojos se encontraron con los míos—. Eres especial.

Por algún motivo, esa palabra me dolió aún más.

—Esto solo significa que aprendes de forma un poco diferente al resto de los niños —añadió.

—Te ayudaremos —dijo mi madre—. Y ahora tendrás más tiempo para los exámenes, así podrás tomártelo con más calma para leer y entender lo que te están preguntando.

Parecía que todo había cambiado de la noche a la mañana. Pasé de no tener ninguna preocupación en el mundo como estudiante de primaria, a, de repente, despertar a una realidad muy diferente como estudiante de secundaria. Los niños ya no reían ni jugaban como en quinto. Todo era más serio y te juzgaban en cuanto entrabas en el instituto el primer día. Cómo te vestías, con quién salías y qué aficiones tenías de repente te definían y te situaban en la jerarquía, tanto si querías que te etiquetaran como si no.

Gracias a Dios que tenía a Gavin.

Papá debió darse cuenta de que no estaba convencido de que ser disléxico fuera algo bueno, porque se levantó y me ordenó que hiciera lo mismo.

—Vamos —dijo, señalando con la cabeza la puerta trasera.

No tuve más remedio que seguirle, arrastrando los pies mientras salía tras él. Volví a la realidad justo a tiempo para atrapar un balón de fútbol americano que iba directo a mi cara.

—Buena recepción —dijo, y luego levantó las manos para que se la devolviera—. Lánzala lejos.

Supuse que no era más que una forma de distraerme, pero salí trotando junto al columpio en el que solía jugar de niño, girándome justo a tiempo para saltar y agarrar el lanzamiento que había hecho mi padre.

En el momento en que la pelota quedó atrapada en mi pecho, no pude evitar sonreír.

—¡Otra vez! —gritó mi padre, y mi madre me quitó el balón solo para lanzárselo a papá, que me hizo alinear una jugada falsa como si fuera un receptor.

Señaló la jugada, una que había jugado a menudo en mi equipo el año pasado, y yo me lancé como si estuviera evitando un safety *antes de atrapar el balón y atravesar el patio. Mamá y papá me aclamaron y volví corriendo a por otra.*

Una y otra vez, sin parar, mamá o papá gritaban un simulacro y yo lo ejecutaba. Antes de que me diera cuenta, estaba jadeando, empapado en sudor y eufórico por la adrenalina que solo el fútbol americano era capaz de proporcionarme.

Lo último en lo que pensé fue en aquel examen.

Mamá me trajo una botella de agua al cabo de una hora, y mientras bebía, papá me puso una mano en el hombro y me miró a los ojos.

—No eres tonto, hijo —dijo—. Eres extraordinario.

Miré el césped.

—¿Crees que cualquier muchacho podría correr carreras como tú acabas de hacer? ¿Que podrían ser tan rápido, tan ágil, que explosivo? ¿Crees que todos los niños nacen con ese talento, con la capacidad de atrapar todas las pelotas sin dejar caer un pase o incluso sin tambalearse? —Sacudió la cabeza y me clavó el dedo en el pecho—. Tú eres especial.

Otra vez esa palabra, aunque esta vez…

Fue distinto.

—¿Sabes lo que vas a hacer, Zeke? Llegarás a lugares con los que otros apenas sueñan. Vas a jugar al fútbol americano en el instituto. Vas a conseguir una beca para una universidad de primera división. Y un día, serás elegido en la primera ronda de la selección de la NFL. ¿A quién le importará que no puedas leer un libro en un día, o que no saques un sobresaliente en la clase de historia? —Papá pasó de largo mientras mamá se reía—. Ninguna de esas cosas es importante. No para ti. Ni para nosotros. El fútbol americano, hijo —volvió a decir, dándome una palmada fuerte en el pecho—. Ese es tu futuro.

Ese fue el momento en que mis padres empezaron a creer en mi sueño. Pasaron de apoyarme como se apoya a un niño que juega al fútbol americano por diversión, a formarme como el jugador de la NFL que ya sabían que sería algún día.

Fue amor en la más pura de las formas.

Pero justo debajo de esa capa de amor había una más gruesa y pesada capa de presión.

Cuando me dejó aquí para el semestre de verano, mi padre dijo: «haz lo que tengas que hacer para poder jugar». Él sabía tan bien como yo que aquí no me esperaba ningún título, ninguna carrera que en el futuro que me exigiera algo más que rendir en ese campo.

Era el fútbol o la ruina.

Así que, respiré hondo y volví a leer solo el tiempo suficiente para terminar de leer el primer Capítulo, y luego me metí en la cama para asegurarme de dormir bien.

Porque mañana era el Capítulo que más me importaba: el siguiente en mi carrera futbolística.

Eso era en lo que tenía que centrarme.

CAPÍTULO 8

Zeke

El día de nuestro primer partido me desperté como si fuese el último.

Me levanté y me duché antes de que Riley se despertara, y me alegré de haber preparado la bolsa y estar de camino al estadio antes de que apareciera. No tenía que salir tan temprano, pero no quería verla antes del partido.

No después de lo que había dicho.

No debería haberme molestado tanto como lo había hecho, pero me había tocado la fibra sensible, lo supiera o no. Ya no podía más después de una semana agotadora de clases y entrenamientos; el hecho de que anoche *pensara* siquiera en estudiar era un milagro.

Cuando se rio de mí, decidí que solo intentaba engañarme a mí mismo.

Yo no era el estudiante estrella. Era el atleta estrella.

Y hoy, me recordaría a mí mismo por qué con eso bastaba.

No *necesitaba* una nota media de sobresaliente para entrar en la NFL. Ni siquiera necesitaba un título. Lo único que tenía que hacer era jugar bien y mantenerme sano, dos cosas que, en su mayor parte, podía controlar.

Así que, que le dieran a Riley y a cualquiera que pensara que era tonto.

Se lo demostraría a todos.

Algunos entrenadores y miembros del personal ya estaban en el estadio cuando me presenté con mi atuendo para el partido: pantalones caqui, zapatos de vestir y el polo del equipo, de color rojo ladrillo, con nuestra mascota y la NBU cosidas en dorado sobre el pecho. Noté que me miraban de arriba abajo cuando entré y me dirigí a mi taquilla. Estaban observando en silencio el comportamiento de todos los jugadores, dentro y fuera del campo.

Desayuné con algunos de los otros que habían madrugado y me dirigí a la sala de entrenamiento para prepararme para el partido.

Cuando salía, Riley entraba.

No había derecho a que unos pantalones caqui le quedaran tan bien a nadie, y aquel polo diminuto tampoco debería haberle sentado tan bien a su delgada figura. Llevaba el pelo suelto y aún húmedo de la ducha, la cara limpia y fresca.

Colgó su bolsa en el gancho de la taquilla antes de que sus ojos se volviesen hacia los míos.

Resoplé y pasé junto a ella para ir a mi taquilla y sacar los auriculares. Me los coloqué en las orejas y puse la lista de reproducción previa al partido; luego salí al campo para estirar las piernas antes de la reunión.

Puse mi teléfono en «no molestar», no quería ninguna distracción. No quería ver las proyecciones que estaban haciendo en los programas prepartido, o escucharlos analizar las fortalezas y debilidades de cada equipo. Y cuando el entrenador Sanders nos reunió en la sala de proyección para nuestra reunión, sabía que él sentía lo mismo.

—Hoy va a haber mucho ruido —dijo, con las manos en las caderas al frente de la sala—. Del público, del otro equipo, de los periodistas. Tenéis que buscar la manera de desconectar. Es esto. Esto es por lo que hemos trabajado. Tenemos mucha sangre nueva en la plantilla, y aunque muchos lo ven como una debilidad, yo he sido testigo de la química que tenemos desde hace un mes.

Se acercó a la primera fila de pupitres y presionó con el dedo el que ocupaba Leo Hernández.

Ramírez también era estudiante de primer año, un corredor que, por lo que había visto en los entrenamientos, era un auténtico tanque. También era uno de los corredores más solicitados, y yo había aguantado la respiración tanto como el resto del país cuando tomó su decisión el día de la firma. La NBU lo necesitaba, pero corría el rumor de que se iría al sur, al alma mater de su padre.

Nadie le habría reprochado que hubiera ido a la Universidad de Alabama del Sur.

Sin duda, era el mejor equipo de su liga y varias veces campeón nacional.

Pero por cualquier razón, Leo Hernández eligió venir a Nueva Inglaterra.

Gracias a Dios que lo hizo.

—Apagad las voces que dicen que sois un equipo demasiado joven para rendir —dijo el entrenador, dando golpecitos en el escritorio de Leo—. Apagad vuestra propia voz que os dice que no pertenecéis a este equipo.

Entonces, desvió la mirada hacia Riley y noté cómo tragaba con dificultad.

—Hoy empieza la temporada. Hoy nos lo dejamos todo en el campo. Hoy —dijo, mirando al equipo—. Ganamos.

Aquellas palabras fueron recibidas con un rugido, y Clay Sanders saltó de su asiento, golpeándose el pecho antes de empezar a corear.

¡¿De quién es la casa?!

¡Nuestra!

¡¿De quién es la casa?!

¡Nuestra!

La sala se llenó de nuestra energía explosiva y el entrenador dio una palmada y nos dirigió a los vestuarios.

Era hora de cambiarse, salir al campo y entrar en calor.

Y después, a jugar.

♥ ♥ ♥

Riley

Al principio era un zumbido lejano.

Lo oí crecer mientras calentábamos, lo sentí crecer mientras el entrenador Aarons me guiaba en los estiramientos y las patadas previas al partido. Y aunque se atenuó cuando todos corrimos de vuelta a los vestuarios para los últimos ajustes o retoques, para pintarnos los ojos de negro y meditar con los auriculares, seguía ahí, zumbando bajo la superficie como una bomba de relojería.

Y cuando nos pusimos los cascos y corrimos por el túnel, explotó.

Las gradas aún no estaban llenas, pero animaban con la energía de un concierto de Drake con todas las entradas agotadas mientras corríamos hacia el campo. Algunos de los jugadores saltaban y agitaban los brazos para atraer a la multitud, mientras que otros permanecían concentrados, ignorando a las animadoras y a los aficionados de las gradas, con los brazos a los lados.

Yo iba la última, unos nervios que no sabía que podían existir burbujeaban en mi pecho como un experimento químico a punto a estallar.

La mañana había pasado volando, y ahora que estaba en el campo, mi mente se puso en modo defensa, bloqueando todo el ruido y la conmoción. Toda su atención parecía centrada en asegurarse de que seguía bebiendo oxígeno.

Perdí la consciencia de mí misma.

Esa es la única manera de describir cómo me movía, con el cuerpo en piloto automático, mientras Holden —nuestro recién nombrado capitán— y el capitán del otro equipo corrían hacia el centro del campo para el lanzamiento de la moneda.

Ganó su equipo, decidieron aplazar, y lo siguiente que supe fue que el pateador de los Vikingos se estaba poniendo el casco y corría hacia el campo

para hacer el saque inicial.

Me di cuenta al instante: «pronto esa persona seré yo».

«En algún momento, estaré en ese campo para marcar un punto extra o para meter un gol de campo».

Las chispas volvieron a burbujearme en el pecho e inhalé una bocanada de aire tenso y caliente que me escoció en las costillas. El pánico amenazaba con apoderarse de todo el control motriz mientras escrutaba a la multitud enardecida, el caleidoscopio de colores de nuestra universidad mezclados con los de nuestro oponente. Busqué a Gavin, dándome cuenta demasiado tarde de que sería imposible encontrarlo en medio de aquella locura.

Pero entonces vi a Zeke.

Estaba preparado y esperando en la línea de las cinco yardas, saltando de un lado a otro mientras crujía el cuello hacia un lado. Hizo una pausa, saltando en el aire y metiendo las rodillas en el pecho en una hazaña que me sorprendió sin importar cuántas veces lo hubiera visto hacerlo. Podía aterrizar con facilidad en la parte más alta de una caja de metro y medio con ese salto, lo cual era un testimonio de lo explosivo que podía ser.

Sus bíceps abultaban donde la camiseta cortaba la carne, el blanco nítido contrastaba con su piel oscura. Los pantalones del mismo color le sentaban como un guante, y tuve que esforzarme más de la cuenta para no fijarme en lo bien que le abrazaban el culo. Le quedaban bien los colores de nuestra universidad, el blanco, el rojo ladrillo y el dorado.

Por otra parte, el imbécil se veía bien llevase lo que llevase.

Como si pudiera sentir mis ojos en él, la mirada de Zeke se dirigió a la mía.

Apenas fue una fracción de segundo, pero me pilló mirándolo y mientras se agachaba para ponerse en posición para echar a correr, separaba las piernas en una embestida y sus manos se extendían a los lados, me guiñó un ojo.

Me sonrojé.

Patearon el balón.

El partido había empezado.

♥ ♥ ♥

Zeke

A falta de tres minutos para el final del último cuarto, Riley se puso el casco y

corrió hacia el campo para marcar un gol de campo de veintidós yardas.

Si lo conseguía, iríamos ganando de diez, asegurándonos prácticamente la victoria.

Si fallaba, los Vikingos no necesitarían más de un *touchdown* para empatar y mandar el partido a la prórroga.

No pude concentrarme en nada más cuando se preparó para la patada, trazando una línea con el brazo hasta la mitad de los postes, con los pies en su sitio, donde Blake Russo esperaba el chasquido antes de retroceder y colocarse en ángulo para la carrera.

No podía pensar en que ya había conseguido dos puntos extra y un gol de campo con éxito. No podía pensar en mis propias estadísticas, aunque sabía sin hacer cálculos que eran impresionantes para ser mi primer partido. Había corrido casi sesenta yardas en una sola recepción en el segundo cuarto, liderando nuestro ataque hacia el primer *touchdown* del partido. Ni siquiera recordaba por qué me había cabreado la noche anterior con su comentario de que estudiar fuese un chiste.

En aquel momento, nada de eso importaba.

Lo único que podía hacer era ver cómo movía los dedos, cómo se le hinchaba el pecho, cómo sus ojos se concentraban en las manos de Blake, que podían sujetar un balón en tres... dos... *ruido*.

Blake atrapó el balón, giró los tacos hacia el poste de la portería y lo sostuvo en posición vertical con una mano robusta y bien colocada mientras Riley retrocedía y chutaba a la perfección.

El balón voló por el centro, los árbitros de ambos bandos levantaron los brazos para indicar que la patada era buena, y estallamos en la banda.

Riley trotó hacia atrás toda tranquila y serena, pero vi la sonrisa en su rostro. Fue recibida con fuertes palmadas en el casco y en los hombros cuando se reunió con nosotros, y se quitó el casco con una cascada de pelo húmedo que le llegaba a los hombros. Incluso con las almohadillas puestas y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, estaba sexy, y tal vez el hecho de que ella no se diera cuenta era lo que lo hacía aún más evidente para mí y para todos los chicos en ese campo.

Y había muchos con los ojos puestos en ella, igual que yo.

La vi beberse un vaso de agua y recogerse el pelo a toda prisa en una coleta suelta antes de apartar la mirada y volver al campo, donde los Vikingos estaban lanzando.

Y aplaudí de inmediato cuando nuestros chicos derribaron al receptor en la

yarda veinte de su campo.

Realizaron un impresionante ataque. Incluso con los tiempos muertos ya agotados y sin poder salir del campo para detener el reloj, fueron capaces de anotar de nuevo, pero no con tiempo suficiente como para recuperar el balón. Hincamos la rodilla, agotando los últimos veintidós segundos, y eso fue todo.

Ganamos.

Salí trotando al campo con el resto del equipo, estrechando las manos de los jugadores rivales mientras los periodistas me ponían micrófonos y cámaras en la cara. Nos habían entrenado para esto y, aun así, la gran cantidad de caos hacía que el corazón me latiera más fuerte que en todo el partido.

—¡Recordad el entrenamiento! —nos gritaba Giana a cada uno corría entre la multitud, con el pelo rizado agitándose mientras lo hacía.

Me detuve a hablar con algunos de los periodistas, sin perder de vista a Riley, que estaba rodeada igual que yo. Era mucho más pequeña que nosotros y pude ver el pánico en sus ojos cuando el espacio a su alrededor se llenó y el aire se volvió más escaso.

Tras unas cuantas preguntas más, me abrí paso entre la multitud, deteniéndome el tiempo suficiente para abrazar a Holden y aplaudir a algunos miembros de la defensa antes de acercarme y subirme a Riley a los hombros.

—¡Guau!

Chilló y levantó las manos, sorprendida, antes de agarrarme con fuerza la cabeza para mantener el equilibrio. Esperé a que me diera una bofetada y me dijera que la dejara en el suelo, pero, sorprendentemente, se dejó llevar hasta el túnel antes de protestar para que la soltase.

Cuando lo hice, aproveché el momento al máximo. Hice que el descenso fuera lento y le sujeté con firmeza las caderas entre mis manos mientras su cuerpo se deslizaba por el mío. Estaba caliente y temblaba mientras la sujetaba, con las manos fijas en mis hombros y sus ojos patinando hacia los míos mientras yo volvía a posar sus pies en el suelo con suavidad.

Ambos respirábamos con dificultad, pero no sabía si era por el partido, por el frenesí de los medios de comunicación o por algo totalmente distinto.

Las manos de Riley seguían aferradas a mi camiseta, con los ojos fijos en algún punto cercano a mi mandíbula, mientras pequeñas bocanadas de aire escapaban de sus labios.

Entonces, me empujó hacia atrás con fuerza.

—¡¿Qué ha sido eso?!

—Un viaje gratis para salir del circo de los medios de comunicación —dije, tocándole la nariz—. De nada.

Se abalanzó sobre mí, pero la esquivé y corrí hacia los vestuarios con ella pisándome los talones.

—Ha sido…

—¿Arrollador? —propuse.

—Sí —coincidió, pero entonces sus labios se abrieron en una sonrisa de satisfacción—. E increíble.

Apenas tuve tiempo de devolverle la sonrisa antes de que más jugadores se amontonaran a nuestro alrededor, separándonos, y todos nos dirigimos a los vestuarios, quitándonos las protecciones y las camisetas a medida que avanzábamos. La música empezó a sonar en cuanto Ramírez llegó a su altavoz *bluetooth*, y Robbins ya estaba retransmitiendo en directo con la mitad de la línea ofensiva reunida a su alrededor para tener su oportunidad ante la cámara.

Kyle enganchó un brazo alrededor del cuello de Riley mientras ella pasaba, haciéndola girar hacia la cámara, y ni siquiera ella pudo evitar seguirle el juego por un minuto antes de empujar a Kyle con una sonrisa y dirigirse a su taquilla.

La vi quitarse el casco, luchar para quitarse las protecciones y el maillot y subirse la camiseta de tirantes hasta media cintura. Una vez se quitó la camiseta, volvió a bajársela para cubrirse el vientre y se quedó allí aturdida, con los labios curvados mientras sacudía la cabeza con incredulidad.

¿Pero yo?

No estaba sorprendido, en absoluto.

Lo has conseguido, Superratona.

CAPÍTULO 9

Riley

—¿Vas a establecer un nuevo récord cada vez que juegues? —se burló Gavin una tarde a finales de septiembre, con una sonrisa traviesa dibujada en la pantalla de mi portátil—. Primero, veintidós yardas. Luego, veintinueve contra Rochester. Y ahora, ¿treinta y una contra nuestros rivales?

Sonreí a pesar de la creciente presión que me invadía con cada estadística que recitaba, con los ojos clavados en los subrayadores fluorescentes y las fichas que tenía sobre mi escritorio.

—No te acostumbres. Esa última patada... estuvo a punto de ser un fallo.

—Pero no lo fue.

—No, pero…

—No lo fue —repitió mi gemelo, esperando a que le mirase antes de continuar —. Estás jugando muy bien, hermanita, y lo sabes. Está bien estar orgullosa de ello.

Suspiré.

—No sé por qué... me da mucho miedo.

—Es normal.

—A mí no me parece normal. Parece que a Zeke no le da miedo nada. En realidad, a ninguno de los jugadores.

—Zeke es un mutante. Y el resto sienten la presión igual que tú, lo demuestren o no. Créeme.

Asentí, pero sentí la acción débil. La temporada estaba en pleno apogeo, y con tres victorias a nuestras espaldas y el segundo partido en casa este fin de semana, me sentía más incómoda que aliviada por nuestro récord; y por el mío. Todavía no había fallado ni un gol de campo ni un punto extra.

Pero sabía que no podría seguir así para siempre.

Y me preguntaba si el equipo, que había comenzado a aceptarme poco a poco, me echaría a los perros cuando le fallase.

—En el fútbol americano nadie es perfecto —dijo Gavin como si estuviera leyéndome la mente—. Ni siquiera Tom Brady, aunque casi.

Intenté sonreír, pero no lo conseguí.

—Me alegra que vayas a estar en las gradas para este próximo. Te necesitaré allí.

—No me lo perdería. ¿Un helado en el North End después?

—Obvio.

Gavin sonrió.

—Muy bien, sigue estudiando. Espero que saques todo sobresalientes este semestre, señorita.

Le regalé una dulce sonrisa y le hice una peineta antes de cortar la videollamada, y luego abrí la pestaña con la guía de estudio. Suspiré y volví al trabajo.

Los parciales estaban a la vuelta de la esquina y, por primera vez en toda mi vida, iba apurada con los estudios. El contenido en sí no estaba mal, pero la cantidad de trabajo que había que añadir a mi, ya de por sí, apretada agenda deportiva era agotador. Me alegré de tener la residencia tranquila y una noche entera para estudiar porque el entrenamiento de la mañana empezaría más tarde.

Al menos, estaba tranquila, hasta que la puerta principal se abrió y Zeke entró con todo un maldito desfile.

Tenía la puerta de la habitación cerrada, pero las paredes eran de papel y oía una mezcla de voces del equipo y de chicas que no reconocía. Entraron a trompicones en el salón, riendo y hablando lo bastante alto como para pensar que estaban en un bar abarrotado en vez de en una habitación de la residencia de estudiantes vacía. No sabía qué me molestaba más, si el volumen grave de las voces de los chicos o las risitas constantes de las chicas.

Un segundo después, se escuchó música en la habitación de Zeke, y suspiré. Abrí de un tirón el primer cajón para sacar los auriculares y ponérmelos con premura. Prefería el silencio cuando estudiaba, pero tendría que conformarme con un poco de música lo-fi.

Tuve que subir el volumen hasta un nivel insufrible para ahogar el ruido que llegaba del salón, pero ni siquiera así fue posible. Se oían risas estridentes o golpes como si estuvieran practicando lucha libre, que rompían la calma de mis auriculares, y me vi leyendo el mismo párrafo diez veces sin retener nada.

«No pasa nada» —intenté decirme—. «Bloquea el ruido como haces durante un partido y ya está. Concéntrate en lo que tienes delante. No explotes. No pasa nada».

Pero cuando hubo otro fuerte golpe contra mi pared y un coro de risas, todos

los intentos de calma se esfumaron con el humo que me salía por los oídos.

Me arranqué los auriculares, caminé hacia la puerta y la abrí de golpe.

Todas las miradas de la sala se dirigieron hacia mí; las chicas, sorprendidas y confusas por mi presencia en una residencia de fútbol americano, sin duda, y los chicos del equipo, entretenidos antes de que pudiera expresar mi enfado.

—¿Podríais bajar la voz, por favor? —pedí entre dientes lo más educadamente que pude—. Estoy intentando estudiar.

Zeke se asomó desde la cocina, donde tenía vasos de chupito alineados y una botella de whisky de la marca Fireball junto a ellos. Me di cuenta de que solo había siete vasos, pero ocho personas, y a pesar de mi enfado, me pregunté de pasada si Zeke seguía sin beber.

Había jurado dejar el alcohol después de la noche del accidente, pero nunca pensé que esa promesa fuese a durar, y menos en la universidad.

Sus ojos se abrieron un poco al verme.

—Oh, mierda. Tienes ese examen pronto.

El hecho de que se acordase de que había estado estresada por el examen y de que, aun así, hubiese traído a un montón de gente a nuestro dormitorio. Era la única noche en la que, por la tarde acabamos pronto y el informe de la semana era tarde a la mañana siguiente, eso hizo que me hirviese aún más la sangre. Intenté calmarme antes de soltar una respuesta grosera, pero no pude evitarlo.

—Sí, y a diferencia de ti, tengo la oportunidad de graduarme con una carrera. Así que, si pudieras llevarte tu fiesta a otra parte, sería genial.

Ya iba a cerrar la puerta cuando Zeke frunció el ceño y se acercó corriendo. Su mano salió disparada para agarrar la puerta antes de que yo pudiera cerrarla.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Justo lo que he dicho. No todos tenemos el sueño de estar en la NFL y nos lo hemos apostado todo a esa carta. Algunos tenemos aspiraciones fuera del campo.

—¿Y no crees que yo las tenga?

—¿Cuáles son tus notas ahora mismo? —indagué, cruzándome de brazos—. No te he visto abrir un libro de texto desde que llegamos. Te quedas dormido la mitad de las clases. ¿Has empezado siquiera ese trabajo de Economía que vale el setenta por ciento de tu nota?

Eso le hizo cerrar la boca, toda emoción desapareció de su rostro mientras daba un paso atrás y retiraba la mano de la puerta.

—Eso pensaba. Ahora, por favor, os vais o bajáis el volumen. Esta también es

mi habitación.

Cerré la puerta antes de que pudiera responder, ignorando el coro de «ooh» por parte de los chicos y a las chicas preguntando cuál era mi problema y llamándome «zorra». No podía importarme menos lo que cualquiera de ellos pensara de mí; y menos las *groupies* de Zeke.

Me senté en mi escritorio, exhalé un suspiro y volví a ponerme los auriculares. Justo cuando por fin leí y comprendí el párrafo en el que había estado atascado durante diez minutos, la música en la sala de estar se elevó aún más, y una especie de cántico estalló antes de que oyera el sonido de cristales rompiéndose.

Volví a arrancarme los auriculares y solté un grito que estaba segura de que no oirían por encima de su estúpida fiesta. Luego agarré la mochila del gancho que había junto al armario y empecé a meter todo lo que tenía en el escritorio, me la eché al hombro y salí furiosa de mi habitación.

—¿Por fin te has decidido a unirte a nosotros? —bromeó Ramírez, tratando de rodearme con el brazo cuando pasé junto a él. Pero lo empujé hacia atrás, reajustándome la mochila mientras alcanzaba el picaporte de la puerta principal. La abrí de un tirón, deteniéndome lo suficiente para lanzarle una mirada asesina a Zeke.

Él se limitó a sonreír, inclinando su vaso de plástico hacia mí.

Me aguanté las ganas de gruñirle y meterle la cabeza en el retrete más cercano, pero en vez de eso, cerré la puerta de un portazo y me fui echando humo a la biblioteca.

♥ ♥ ♥

Zeke

La biblioteca de la NBU olía a madera podrida y moho, pero, por otro lado, me imaginé que todas las bibliotecas con más de cien años olían así.

Arrugué la nariz, preguntándome cómo alguien podía estudiar aquí mientras pasaba junto a mesas llenas de estudiantes haciendo precisamente eso.

Supuse que tenía algo curiosamente reconfortante: la luz tenue, los muchos estantes con libros que, a su manera, resultaban acogedores. Me pregunté si a Riley le gustaba estar aquí, si le producía la misma alegría que un museo. Desde luego, nunca había tenido una experiencia divertida en ningún museo que hubiera visitado. Por otra parte, solo había ido a excursiones escolares, donde

pasaba la mayor parte del tiempo haciendo el tonto con mis amigos o intentando encontrar un rincón donde besarme con alguien.

Rodeé toda la planta baja antes de subir a la segunda, donde encontré a Riley escondida en una esquina del ala este, con los auriculares puestos, el portátil abierto delante de ella y las fichas, subrayadores y lápices esparcidos a su alrededor. Tenía las cejas fruncidas en señal de concentración hasta el momento en que sus ojos miraron hacia donde yo me había detenido frente a su mesa y suspiró, sacudió la cabeza y volvió a mirar el portátil.

—Vete, Zeke.

—Shhhh. ¿No sabes que esto es una biblioteca? Hay reglas…

Me detuve en mitad de la frase cuando se dio un golpecito en el auricular derecho con la punta del lápiz y me dedicó una sonrisa sarcástica que decía: «No te oigo, gilipollas, ni quiero oírte».

La frustración luchaba contra una sonrisa que no pude contener, sobre todo porque por mucho que odiara que su escupitajo siempre estuviera en mi dirección, no me hacía respetarla menos.

Encogiéndome de hombros, aparté la silla que había frente a ella, me dejé caer y saqué mi teléfono del bolsillo. Abrí Instagram y navegué sin pensar, esperando a que me prestase atención.

Me fulminó con la mirada.

—¿Es en serio? Lárgate.

—Es una biblioteca de estudiantes y yo soy estudiante. Puedo estar aquí igual que tú.

Cuando se arrancó los auriculares en el siguiente resoplido, supe que, en efecto, podía oírme.

—Sí, pero eso no significa que tengas que sentarte en mi mesa cuando hay muchas más aquí arriba. Además, ¿qué pasa con tu pequeña fiesta?

—No era una fiesta.

Se mofó.

—Solo eran algunos chicos del equipo, y, por cierto, también querían pasar el rato contigo.

—Sí, claro. Y estoy segura de que todas esas *groupies* querían lo mismo, sobre todo a juzgar por los encantadores sobrenombres que me pusieron.

Me clavó una mirada sarcástica y frunció los labios cuando recordé cómo Jaylie y Victoria la habían llamado «zorra». Debió de perderse cómo la defendí justo después y les advertí que, si decían otra palabra sobre ella, las echaría a

patadas.

—Siento lo que te dijeron —dije con sinceridad.

Riley puso los ojos en blanco, pero antes de que pudiera ponerse auriculares, mi mano se levantó para detenerla.

—Y también siento cómo te traté.

Se me quedó mirándome durante un segundo, y luego sus ojos cayeron hacia el lugar donde mi mano rodeaba su muñeca.

La solté y me eché hacia atrás.

—Me olvidé de tu examen —dije—. De verdad. Y lo único que quería era desahogarme antes del partido de mañana. Pensé que querrías lo mismo, y pensé que te unirías a nosotros para tomar un par de copas. No pretendía ser algo que durase toda la noche. El resto de los chicos ya están en sus habitaciones también, preparándose para mañana.

—Hablaste aún más alto cuando te pedí que bajaras el tono —señaló—. Y no finjas que no lo hiciste a propósito.

—Oh, lo hice —confesé—. Pero solo por lo que dijiste.

Arrugó la cara, confundida, y luego rechinó los dientes, haciéndome señas para que me fuera.

—Por favor. No intentes culparme de esto ahora, sobre todo porque sé que no existe ningún universo en el que pudiera molestarte con un comentario estúpido sobre tus estudios.

—Pero lo hiciste.

Parecía que iba a volver a discutir, pero sus ojos se encontraron con los míos, y debió ver la sinceridad en ellos. Sus ojos se suavizaron, los labios se apretaron en una línea fina.

—Sí que me molestaste. No solo esta noche, sino cada vez que haces comentarios como ese.

Sus pequeñas cejas se tensaron hacia dentro, pero entonces un escudo de piedra volvió a cubrirla. Antes de que pudiera decir que me lo merecía, me le adelanté.

—Y me molesta porque tienes razón.

Riley frunció el ceño y dejó caer el lápiz sobre la mesa mientras se cruzaba de brazos.

—¿Tengo razón?

—Tienes razón —repetí—. No soy un buen estudiante. No se me da bien nada más que el fútbol americano. —Tragué saliva, haciendo una pausa—. Soy un

puto estúpido, pero me pone de los nervios que otra persona lo diga.

Riley suspiró.

—Tú no…

—No intentes retractarte ahora —le advertí.

Se produjo un silencio entre nosotros que duró poco, y me pasé una mano por la frente, soltando un largo y lento suspiro.

—Quería molestarte. Quería herirte como tú me habías herido a mí —confesé —. Así que subí el volumen de la música y rompí la botella vacía después de que se tomasen los chupitos. Empujé a Ramírez contra la pared de tu habitación lo bastante fuerte como para que temblara todo el dormitorio. Quería cabrearte. —Sacudí la cabeza—. Y en el momento en que lo conseguí, me sentí aún peor que antes.

La comisura de la boca de Riley se torció, pero no dijo nada.

Quería decirle lo mucho que me enfurecía, que lo único que quería era acabar con toda la mierda que seguía hirviendo a fuego lento entre nosotras por algo que pasó hace años y ser amigos. Quería que supiera lo mucho que la defendía cuando no estaba, quería que se diera cuenta de que yo era su amigo, lo quisiera o no.

Pero ahora no era momento para eso.

No estaba seguro de que alguna vez llegase ese momento.

Tal vez eso era lo más difícil de superar: que había perdido su amistad para siempre.

Pero al menos estaba escuchándome, aunque solo fuese por un segundo.

—Cuando éramos pequeños, siempre estaba en tu casa —dije, con los ojos fijos en las yemas de mis dedos, que descansaban sobre la mesa de roble—. Gavin era mi mejor amigo, así que claro que quería pasar el rato con él, y contigo —añadí con los ojos fijos en los suyos antes de volver a mirar la mesa —. Pero era más que eso. ¿Te diste cuenta de que nunca os invité a mi casa? ¿Alguna vez se te ocurrió preguntar por qué?

Riley reflexionó.

—Supongo que nunca lo hice.

—Era porque mi casa no se sentía como un hogar, no de la forma en la que lo era la vuestra. Parecía una fábrica o una mina, como miles de años de presión con la esperanza de obtener un solo diamante.

No podía mirarla, no podía creer que estuviese diciendo nada de esto en voz alta. Pero quería que supiese por qué esos comentarios que hacía me afectaban y

por qué activaban la parte de mí que ninguna otra cosa podía activar.

—Quiero a mis padres, y ellos me quieren a mí; con fiereza. Me quieren como imagino que cualquiera en su posición amaría a su único hijo, uno por el que lucharon duro después de no uno, ni dos, sino tres abortos antes de tenerme a mí. —Tragué saliva—. Ambos tuvieron infancias terribles, sobrevivieron a situaciones horribles, y luego se encontraron el uno al otro. Se labraron carreras impresionantes. Ya lo sabes: mamá es auxiliar de medicina, papá es dueño de una tienda de automóviles; y también tenían grandes sueños para mí.

Sonreí, aunque sentía que me pesaba el corazón en el pecho.

—Pero hace mucho tiempo, desde que era muy pequeño, supieron que la escuela no era lo mío. —Tragué saliva, incapaz de ponerle un nombre que pudiera ayudarla a comprender con facilidad—. Tardaba más que otros niños en hablar, en leer... así que me apuntaron a deportes. A fútbol americano —aclaré —. Y por primera vez en mi vida, me mostré prometedor.

Me crují los nudillos, sonriendo un poco al recordarlo.

—Con el descubrimiento de ese talento llegó una inmensa presión. Durante toda mi vida, mis padres me dejaron claro que debía destacar en el fútbol americano. Ya estaban haciendo planes de cómo me haría profesional a los doce años. *A los doce* —repetí, sacudiendo la cabeza—. Y cuando era más pequeño, me encantaba. Iban a todos los partidos, se implicaban, y yo creía que era algo especial que tenía con mis padres. Me sentía afortunado de tener su atención de esa manera, sobre todo cuando tantos otros niños nunca tenían a sus padres en las gradas.

—Pero a medida que me hacía mayor, esa presión aumentaba. Si mis notas bajaban demasiado para jugar, sentía la ira de mi padre. Si metía la pata en el campo, también la sufriría. Mi madre intentaba apoyarme a pesar de todo, pero la verdad es que tenía las mismas expectativas puestas en mí. Habían hecho algo por sí mismos. Querían que yo hiciera lo mismo. Y si la escuela no era mi fuerte, si el fútbol americano era lo único que tenía... ella esperaba que fuese muy bueno en ello.

Fue como si me desangrara en esa biblioteca vieja y maloliente, como aquellas palabras seguían filtrándose. Pero por mucho que dolieran... estaba feliz de poder sacármelas de encima.

—Empecé a beber en el instituto, jugué un poco con algunas drogas cuando me las ofrecieron. —Me encogí de hombros—. Cualquier cosa que pudiera aliviarme un poco... lo quería. Pero entonces, eso solo actuaría en mi contra, solo

decepcionaría más a mis padres. —Tragué saliva—. Como la noche del accidente.

Riley se puso tensa, pero continué.

—Los he decepcionado más veces de las que puedo contar, todo debido a... ¿qué? ¿A que ven lo que es mejor para mí y quieren ayudarme a conseguirlo? ¿A que saben de lo que soy capaz y me empujan a ser el mejor? Debería darles las gracias. Pero yo…

Tragué saliva, sin saber cómo terminar la frase antes de cambiar de dirección.

—No me malinterpretes, amo el fútbol americano. Lo es todo para mí. Pero pienso que solo es eso —dije y por fin miré a Riley—. Es todo para mí. Tienes razón. No soy inteligente. No tengo ni idea de lo que voy a hacer si lo de la NFL no sale adelante. Lo es todo para mí, Novo. —Extendí las manos—. El fútbol americano es todo lo que tengo. Y la mayor parte del tiempo, me encanta. Pero a veces —confesé—, me asusta la mierda que vive fuera de mí.

Aquellas palabras pendían entre nosotros como medusas flotando en aguas poco profundas, una amenaza siempre latente. Podía sentir sus tentáculos chispeando como la electricidad con cada aliento que daba, pero no tenía nada más que decir.

Al final, Riley tomó aire despacio y lo soltó con la misma calma. Sus ojos se cruzaron con los míos y tragó saliva.

—Lo siento —dijo al final—. No me había dado cuenta de cómo…

Se mordió la mejilla y dejó la frase a medias.

—Sabes que solo te estoy tomando el pelo cuando digo cosas como esa —decidió decir en su lugar.

—No, no lo haces —le reprendí—. Tal vez cuando éramos pequeños, sí. Pero ya no.

Se miró las uñas, sin afirmarlo o negarlo, pero los dos lo sabíamos. Antes, aquellas cosas solían ser una tomadura de pelo de su parte. Pero después de esa noche que lo cambió todo... quería hacerme daño.

No podía culparla.

—Está bien —le dije—. No me debes una gran disculpa, ni ninguna disculpa, a decir verdad. Yo solo... —Me encogí de hombros—. Solo quería que lo supieras.

Riley asintió y, aunque no era mucho, extendió los brazos que tenía cruzados sobre el pecho, inclinándose un poco más. Parecía una tregua pequeña, como si se construyeran los cimientos de un puente muy frágil sobre un abismo que nos

había separado durante años.

—Y para que conste —dijo, bajando la voz—. No pienso que seas estúpido. Si quisieras obtener tu título, podrías hacerlo con facilidad, con solo el 10% del esfuerzo que dedicas al fútbol americano.

—Nah —le dije, guiñándole un ojo—. Eso suena aburrido. Prefiero estar en la NFL con una mansión y una docena de coches de puta madre.

Riley rodó los ojos, pero compartimos una sonrisa que alivió la presión que sentía en el pecho.

La pequeña arruga que tenía entre las cejas era tan profunda como cuando llegué y la encontré estudiando. Me mordí la mejilla, observando las ojeras bajo sus ojos, la forma en que sus hombros se desplomaron.

—¿Sabes? He notado que has cambiado tus pasos un poco en los entrenamientos de esta semana —dije—. No estoy tratando de meter la nariz donde no me llaman, pero... pareces un poco estresada.

Riley frunció el ceño.

—Estoy bien.

—Sé que todo ha ido a mejor. Unas cuantas victorias a nuestra espalda... que pueden ser intimidantes. Si alguna vez quieres hablar sobre…

—Vete a la mierda, Zeke.

Contuve la sonrisa y me encogí de hombros.

—Solo me ofrecía a ayudar. El lado mental del deporte puede ser más duro que el físico.

—Estoy bien. Solo tengo que estudiar.

Tomó su lápiz, y por un momento pensé que iba a volver a ignorarme, pero hizo una pausa, golpeándolo contra su portátil.

—De verdad que lo siento, por si sirve de algo —dijo, sus ojos se volvieron a encontrar con los míos—. Pero la verdad, no creo que mi delito se acerque al tuyo.

Se me revolvió el estómago al oír sus palabras, al ver cómo me miraba cuando las decía.

Me esforcé por vencer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Nunca me dejarás olvidar esa noche, ¿verdad?

—¿Por qué debería?

Era una pregunta válida, y todo lo que pude hacer fue asentir, sin estar seguro de tener la respuesta correcta.

—Riley, esa noche… yo…

—Oh joder, ¡¿qué tenemos aquí?!

La voz de Gavin me interrumpió, y tanto Riley como yo giramos la cabeza en su dirección mientras él se daba la vuelta, con una sonrisa cada vez más amplia al mirarnos.

—¿Mi hermana y mi mejor amigo por fin vuelven a llevarse bien? —preguntó, acercándose a Riley y poniéndole la mano en el hombro mientras se cubría el pecho con la otra. Se lo tomó muy a pecho, como un padre orgulloso en una graduación, mientras nos miraba.

—Ni mucho menos —respondió Riley rápido, encogiéndose de hombros. Pero sus ojos se deslizaron hasta los míos, y una pequeña sonrisa sustituyó al habitual ceño fruncido al que estaba acostumbrada—. Has tardado bastante en llegar —comentó a continuación.

—Me mandaste un mensaje hace como media hora, y no esperaba salir de mi habitación. Discúlpame si necesitaba darme una ducha —dijo Gavin. Pero entonces su atención volvió a nosotros—. Sin duda, no esperaba encontrarte aquí a ti también.

Esas palabras iban dirigidas a mí, y Riley intervino antes de que tuviera la oportunidad.

—Créeme, no estaba invitado.

—Ah, pero tampoco le han echado todavía, ¿verdad?

Gavin le lanzó a su hermana una mirada que ella se limitó a esquivar como si se estuviera agarrándose a un clavo ardiendo.

—Esto merece una celebración —dijo, ignorándola—. Esto —continuó, levantando un dedo—, se merece una pizza.

—Lo apruebo —declaré, señalándole.

Después, los dos miramos a Riley, que frunció el ceño y miró con nostalgia su libro de texto, su portátil y el montón de material de estudio que la rodeaba.

Con un suspiro de derrota, sonrió y apagó el ordenador.

—Oh, qué demonios. ¿Quién puede decir que no a una pizza?

Gavin lanzó el puño al aire con un grito, ya dando vueltas y hablándome a mil por hora de una chica de su clase de psicología mientras su hermana recogía sus cosas.

Escuché con atención, pero mis ojos estaban en Riley.

Y mi mente estaba en cómo esa pequeña conversación, de alguna manera, me parecía la mayor victoria de la temporada.

CAPÍTULO 10

Riley

Algo no encajaba.

Aquella mañana, mientras me vestía y me preparaba para el partido contra los Troyanos de Rhode Island, no podía explicarlo. Calenté con soltura, fui tan flexible como siempre en los estiramientos y mis lanzamientos se elevaron con facilidad a través de los postes durante los ejercicios previos al partido.

Pero había un zumbido bajo que me recorría las venas, una vibración inquieta que me impedía oír y me hacía sentir como si estuviera viendo todo el partido bajo el agua. Incluso el rugido del público estaba amortiguado mientras coreaban nuestro himno, animándonos a conseguir otra victoria.

Intenté ignorarlo mientras su equipo pateaba el balón campo abajo hacia Zeke, que lo atrapó y fue golpeado tras ganar una corta distancia de ocho yardas. Aun así, la ofensiva encontró la manera de conectar, logrando el tercer *down* varias veces hasta que llegamos a la zona de anotación.

Touchdown.

Las gradas estallaron en celebración y, como un robot en piloto automático, me puse el casco y salí corriendo para patear.

Fue entonces cuando supe que algo no iba bien.

Mientras que mis manos solían estar firmes, mis latidos solían ser tranquilos y mi respiración larga y lenta, cuando me preparaba para patear el balón me di cuenta de que ocurría todo lo contrario. Temblaba, solo podía respirar a bocanadas y, mientras corría hacia el balón, antes de entrar en contacto con él, supe que todo iba mal.

De algún modo, logré un contacto decente en el último segundo, pero ya era demasiado tarde, la patada estaba descentrada y el balón salió disparado medio metro a la izquierda del poste izquierdo de la portería.

Me quedé allí de pie durante lo que me parecieron diez años, pero supe que fue solo una fracción de segundo antes de correr hacia la línea de banda, tratando de ignorar el grito de decepción del público. El entrenador Aarons me dio un

golpecito en el casco antes de que me lo quitara. Me lo quité.

—No pasa nada —me dijo—. La siguiente la conseguirás.

Asentí, y dejé el casco en uno de los bancos metálicos antes de dirigirme directamente al puesto de agua.

Mientras lo hacía, me sentí como si tuviera la peste.

Mi primera mala patada y ninguno de los demás jugadores me miraba. Evitaron el contacto visual mientras trotaba a su lado, sin palabras de ánimo, aunque no las esperaba. Al fin y al cabo, esto era fútbol americano. Era fútbol americano *universitario*.

Tenía que ponerme las pilas.

Nuestra defensa de equipos especiales salió al campo para el saque, junto con Shay Holmes, que lanzó una hermosa patada que puso a los Troyanos a empezar en la línea de ocho yardas.

Y el partido continuó.

Las defensas de ambos equipos lucharon duro, manteniendo el marcador en seis a cero hasta justo antes del descanso, cuando los Troyanos por fin consiguieron colarse en nuestra zona de anotación. Entramos en los vestuarios perdiendo por un punto.

El punto que yo fallé.

Me quedé callada mientras nos preparaban para la segunda parte, con los ojos clavados en mis dedos entre las rodillas.

«Vamos, Novo. Concéntrate en el partido. Deshazte de... sea lo que sea».

Levanté la vista cuando el entrenador nos indicó que volviéramos a salir y vi a Zeke mirándome fijamente.

Frunció el ceño, preguntándome sin decir nada si estaba bien. Me limité a negar con la cabeza advirtiéndole que me dejara en paz, que me dejara sola. Sus palabras de anoche en la biblioteca ya me picaban demasiado bajo la piel.

«No quiero meter las narices donde no me llaman, pero... pareces un poco estresada».

El recuerdo me hizo rechinar los dientes, y cerré los ojos en una exhalación, expulsando el aire.

Si quería concentrarme, no necesitaba ninguna distracción.

El tercer cuarto comenzó igual que el primero para nosotros, la defensa detuvo su avance seguido inmediatamente por nuestra ofensiva conectándose en cada unidad y anotando un *touchdown*.

Esta vez, salí trotando y pateé con las tripas hechas un nudo mientras veía

cómo entraba el balón.

Me relajé un poco al volver a la línea de banda, que me recibió con palmadas en los hombros y aplausos que me hicieron sentir que me había redimido.

Pero, al final del último cuarto, los Troyanos habían logrado bajar lo suficiente para marcar dos goles de campo sólidos y el partido estaba empatado.

Así que fuimos a nuestra primera prórroga de la temporada.

—¡Muy bien, chicos, vamos! ¡Ya está! ¡Nuestra casa! ¡Nuestra victoria! —dijo Clay, corriendo arriba y abajo de la línea lateral y golpeando cascos con todos los que le dejaban pasar.

Yo permanecí en silencio, concentrada y ágil, haciendo estiramientos y manteniéndome en calor a un lado.

Holden salió al campo para lanzar la moneda y, por suerte, ganamos. Eligió que jugáramos primero a la defensiva y, sin más, empezó la prórroga.

Era diferente a lo que estaba acostumbrada en el instituto. En la universidad, el equipo contrario empezaba en nuestra línea de veinticinco yardas, con una única posesión para anotar. Sin embargo, nuestra defensa se mantuvo firme y estuvo a punto de interceptar el balón antes de obligar al equipo a patear.

Lo consiguieron, y entonces nos tocó a nosotros responder.

Con el corazón martilleándome los oídos, observé a Holden liderar la ofensiva en un lanzamiento muy justo. Leo subió la pelota como una máquina, pero su defensa era tan dura como la nuestra, y en el tercer *down* estaba segura de que nos marcarían, Holden fue atropellado y despedido al campo trasero.

Perdimos de nueve, el cuarto *down* y doce para conseguir el primero.

Lo supe antes de que el entrenador me dijese que iba a entrar.

Me puse el casco y corrí hacia el campo con la misma presencia incómoda que había estado hirviéndome durante todo el juego.

Blake me miró a través de su máscara mientras nos alineamos.

—Tú puedes, Novo —me prometió, tal y como había hecho el día del entrenamiento antes de asegurarme mi lugar en la tabla.

Asentí con la cabeza, alineando todo justo como lo necesitaba antes de inclinarme hacia atrás y colocarme en posición.

«Solo es una patada de treinta y una yardas. Puedes hacerlo cualquier día. Puedes hacerlo hasta mientras duermes».

Solté un suspiro cuando el balón fue lanzado, y luego, como a cámara lenta, troté hacia donde Blake esperaba por el balón.

Un suspiro y lo atrapó.

Un salto y lo colocó.

Un latido y pateé.

Y entonces vi, junto con todas las demás personas del estadio, con la respiración contenida cómo el balón subía, arriba, arriba…

Y demasiado a la izquierda.

Otra vez.

Debió de rozar el poste. Debió dejar una marca marrón al pasar porque estuvo muy cerca de entrar.

Pero no lo hizo.

La pequeña sección de estudiantes de Rhode Island en las gradas enloqueció, su equipo explotó en la línea de banda mientras yo miraba el poste con incredulidad.

—Vamos —me dijo alguien al pasar, intentando sacarme del campo, pero yo estaba pegada al sitio.

Fallé.

Fallé y perdimos.

Perdimos, y todo fue por mi culpa.

Debería haber hecho caso de la advertencia que intentó hacerme mi compañero de equipo, porque en el instante siguiente, tuve delante de mí una cámara y una mujer que sonreía demasiado para mi gusto mientras intentaba obtener mi primera reacción sobre la patada que había fallado.

Tragué saliva y parpadeé, traté de recordar lo que nos enseñaron en la formación sobre medios de comunicación.

«Di algo. Di que ha sido un partido muy disputado y que estás orgullosa de tu equipo. Di que estás decepcionado por tu rendimiento, pero que sabes que solo ha sido un mal partido y que la próxima patada la darás tú. Di... cualquier cosa».

Pero no pude.

Sabía que tenía la cara blanca como un fantasma cuando me negué a hacer comentarios y salí trotando del campo, maniobrando entre mis compañeros de equipo y consiguiendo de algún modo estrechar la mano de algunos miembros del equipo contrario antes de escabullirme al final dentro de los vestuarios.

Nadie me miró mientras se unían a mí uno a uno, no hasta que Holden entró trotando y se detuvo justo delante de mí.

—Oye, no es culpa tuya, ¿vale? Todos podríamos haber jugado mejor.

—Habla por ti —murmuró Kyle.

Holden no tuvo que levantar la voz cuando se dirigió a Kyle y le dijo:

—Hablaré por todos, ya que soy el capitán. Y si no recuerdo mal, fallaste no una, sino dos recepciones cuando el balón estaba a tiro. La última vez te dio en el pecho, por el amor de Dios, y podría haber marcado la diferencia en ese último lanzamiento antes de la prórroga.

Kyle cerró la boca, pero no me miró con menos desdén mientras se dirigía enfurruñado a su taquilla y lanzaba el casco con tanta fuerza que me estremecí al oírlo chocar contra el metal.

—Ganamos como un equipo, perdemos como un equipo —dijo Holden lo bastante alto como para que todos lo oyeran—. Esto no es culpa de una persona. Si estáis pensando eso, os reto a que reflexionéis sobre vuestro propio partido de esta noche e intentéis decirme que habéis jugado perfectamente.

Nadie discutió, el vestuario quedó en silencio salvo por el ruido de los tacos sobre las baldosas, los cascos golpeando el metal y las camisetas desprendiéndose.

El entrenador Sanders fue el siguiente en entrar, resoplando mientras se situaba en el centro del vestuario y pensaba qué decir. Holden me dedicó una sonrisa comprensiva y me apretó el hombro por última vez antes de dejarme sola.

Pero no podía hacerme sentir menos fracasada.

Nadie podía.

Perdimos.

Perdimos, y todo por mi culpa.

♥ ♥ ♥

Zeke

—Una derrota dura, hijo —dijo papá, metiéndome bajo su brazo para darme un breve medio abrazo antes de que mamá me tragara en uno aplastante.

—¡Pero tuviste un regreso letal en el segundo cuarto! —Se echó hacia atrás, sacando la lengua mientras golpeaba el aire de un lado a otro como si fuera Ali —. Los esquivaste todo el tiempo. No pudieron atraparte.

Sonreí, dejando caer la bolsa a mis pies.

—Gracias, mamá.

Papá sacó el teléfono y envió un mensaje de texto a alguien sobre algo: supuse que estaba relacionado con el trabajo, ya que el hombre no sabía cómo no

trabajar. Si hubieran permitido ordenadores portátiles en el estadio, probablemente habría tenido el suyo sobre el regazo, enviando correos electrónicos entre jugada y jugada.

Admiraba en muchos sentidos su ética de trabajo, y también la de mamá. Ambos sabían que se necesitaba tiempo, dedicación y perseverancia para conseguir algo. Me lo habían inculcado desde que tenía uso de razón.

Pero cuando tenías dos padres en apariencia perfectos que tenían unos estándares más que altos en cuanto a lo que esperaban de ti, era duro enfrentarse a ellos después de una derrota.

—¿Qué ha pasado con Riley? —preguntó papá, guardándose el teléfono y volviendo a mirarme. Sus ojos eran iguales a los míos, y cada día veía más lo mucho que me parecía a él. Tenía su nariz, su corpulencia, incluso la forma de su mandíbula, sobre todo a medida que maduraba.

Pero tenía la sonrisa de mamá, y eso quizá era lo que más me gustaba.

—Tuvo un partido duro —respondí, mirando en dirección a las residencias deportivas como si pudiera ver a través de los árboles y los edificios hasta su habitación. Sabía que estaba allí, quizá enfurruñada o castigándose a sí misma por algo que le pasa a cualquiera.

—Ya lo creo. Se rompió como un huevecillo frágil ahí fuera, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. Inaceptable. Apuesto a que el entrenador la dejará en el banquillo. Al menos, debería hacerlo.

Me quedé boquiabierto.

—Papá.

—¿Qué? Ahora está en la universidad. Esto no es un bonito truco de instituto de una chica que intenta homenajear a su hermano. Aquí sus fracasos tienen consecuencias reales.

Todavía tenía la boca abierta, aunque no debería haberme sorprendido. Si hubiera sido yo quien hubiera cometido lo que él creía que era el error que hacía perder el partido, las cosas serían mucho más feas ahora mismo.

—No ha fallado, Ken —dijo mamá, dirigiendo a papá una mirada que decía más que sus palabras, una que yo traduje como amable—. Y estoy segura de que se está castigando lo suficiente por todos.

—Debería —replicó papá encogiéndose de hombros—. Ha sido una vergüenza.

Se me hinchó la nariz y tuve que mirar al suelo y clavarme las uñas en las palmas de las manos para no estallar contra mi padre. No me serviría de nada, ni

él me escucharía.

Era pensar cómo él o nada. Él tenía razón y todos los demás estaban a punto de verlo si no estaban ya de acuerdo con él.

—Sinceramente, no sé cómo ha llegado a este nivel —continuó mi padre cuando mamá y yo permanecimos en silencio—. Quiero a la chica, los dos lo sabéis. Pero esto es fútbol americano. Quiero decir, Gavin y tú empezasteis cuando teníais tres años. ¿De verdad esperaba llegar como una estudiante de secundaria y triunfar?

—Obtuvo la misma beca que yo —señalé.

—Sí, pero... no por las mismas razones.

Apreté tanto los dientes que vi las estrellas.

—Sabes que también jugaba con nosotros cuando éramos pequeños, ¿verdad? Estaba en el patio con nosotros todos los días, dando patadas y haciendo pases y recibiendo balones igual que nosotros.

Papá arqueó una ceja.

—Si no puedes ver por su rendimiento de hoy que…

Mamá le dio un codazo, sus ojos brillaron cuando miró a mi espalda. Me giré y vi a Gavin que venía hacia nosotros con su silla cruzando el aparcamiento y una sonrisa tímida en la cara.

—¡Gavin! —Mamá se agachó para envolverlo en un abrazo en cuanto se unió a nosotros, y papá extendió la mano para estrechársela.

—¡Qué alegría verte! ¿Cómo va todo?

—Como siempre, señora Collins —contestó Gavin, pero sus ojos eran cautelosos mientras inclinaba la barbilla hacia mí—. Oye, sé que probablemente estés agotado por el partido, pero... ¿puedo hablar contigo un segundo?

—Claro. —Me volví hacia mis padres y, antes de que pudiera excusarme, papá me hizo señas para que me fuera.

—De todas formas, tenemos que irnos. La tienda abre temprano, incluso los domingos. —Me guiñó un ojo con una amplia sonrisa que me dijo que era algo de lo que estaba orgulloso, que trabajaba siete días a la semana—. Duerme un poco, ¿vale? Nada de fiestas. No te vas de fiesta después de una derrota.

—Sí, señor.

—Y envíame algunos videos de los entrenamientos de esta semana. Quiero ver lo que te están haciendo correr —añadió.

—Sí, señor —volví a decir, pero ya sabía que eso no iba a suceder. No solo porque el entrenador estaría cabreado si dejaba que mis padres anularan

cualquier cosa que estuviera haciendo, sino porque yo no iba a marcarme un Kyle Robbins y grabarme a mí mismo.

Con un beso en la mejilla de mi madre y otro medio abrazo de mi padre, se metieron en su todoterreno y se fueron, dejándonos solos a Gavin y a mí.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Todo lo bien que puedo estar después de eso, supongo. —Frunció el ceño —. Llevé a Riley a por helado, pero... no sé, tío. Le pasa algo. Sé que se culpa por haber perdido, pero parece que es algo más.

Tragué saliva.

—Iré a verla, a ver qué pasa.

Gavin asintió.

—Gracias, tío. Tengo que cruzar la ciudad para entrenar, pero me ha matado dejarla así.

—Estará bien —le prometí, y me sentí cómodo haciendo esa promesa porque conocía a Riley lo suficiente como para saber que nada podría detenerla.

Gavin volvió a asentir, dejando escapar un largo suspiro.

—Me alegro de que te tenga a ti.

No pude evitar reírme un poco al oír eso.

Porque estaba un 200% seguro de que Riley no pensaba igual.

—¿Y tú? —preguntó Gavin—. ¿Estás bien?

Señaló con la cabeza hacia donde acababan de estar mis padres, y me agarré la nuca encogiéndome de hombros.

—Bueno. Ya sabes cómo son las cosas.

—Sí —dijo Gavin, sus ojos me decían más que sus palabras que esa afirmación era cierta—. Te quieren. Por eso te presionan.

—Lo sé.

Y lo agradecía. Estaba agradecido por todo lo que habían sacrificado por mí, por todo lo que vieron en mí desde muy joven y me animaron a seguir, a pesar de los resultados de las pruebas y los orientadores que les dijeron que tendría problemas.

No estaría aquí sin ellos.

—Lo estás haciendo bien, Zeke —dijo Gavin, devolviéndome al presente. Esperó a que lo mirara para continuar—. Como compañero de equipo, como amigo y como estudiante.

Solté una carcajada ante la última parte.

—Lo digo en serio —dijo, frunciendo el ceño hasta que dejé de sonreír como

un tonto—. Estoy orgulloso de ti.

Gavin sabía mejor que nadie cuánto significaba para mí oír esas palabras. Apenas pude asentir con la cabeza antes de que me sintiera demasiado incómodo, extraño y forzado, como algo de lo que tenía que escabullirme.

—Me voy —dije—. Estoy agotado. ¿Te lleva alguien a entrenar?

—Sí, el hermano de Ralphy me recogerá. ¿Jugamos en tu casa esta semana?

Le di una palmada cuando me tendió la mano.

—Solo si quieres que te machaque, como siempre.

Puso los ojos en blanco.

—Tienes suerte de que tus estadísticas en la NBU no reflejen las que tienes en Madden.

Hizo un último gesto con la mano por encima del hombro mientras se giraba y rodaba hacia el final del aparcamiento, y yo lo observé durante todo el trayecto, sin evitar que me doliera el pecho al verlo. Esperé a que la furgoneta se detuviera, a que el hermano de Ralphy lo ayudara a levantarse de la silla y a entrar en el coche antes de meter la silla en la parte de atrás.

Gavin era todo sonrisas y risas, probablemente ya bromeaba con sus amigos dentro de la furgoneta antes de que la puerta se cerrara y la furgoneta se alejara.

Estaba contento.

Estaba bien.

Me había perdonado hacía tiempo.

Me preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que yo pudiera hacer lo mismo.

CAPÍTULO 11

Zeke

Siseé y me quejé al abrir la puerta principal cuando volví al dormitorio, fue un movimiento que no debería haberme dolido tanto, pero que hizo que me ardiesen todos los músculos de la espalda. Siempre me dolía después de un pitido, el resultado de sesenta minutos de yardas ganadas con esfuerzo.

¿Pero después de una derrota?

El dolor siempre parecía peor.

Apenas conseguí dejar la bolsa en un rincón de la habitación antes de caer de bruces en la cama, pensando ya en darme otra ducha. Ya me había duchado en los vestuarios, pero aquí podía estar bajo el chorro de agua caliente durante una hora sin que nadie me molestara y quitarme parte del dolor.

Si iba a hacerlo, tenía que hacerlo antes de que el sueño me arrastrara, así que me levanté de la cama con otro gemido.

Pero entonces oí la música.

Triste y lenta, un ritmo sombrío atravesaba la delgada pared que separaba mi habitación de la de Riley. Suspiré, me acerqué y apoyé la espalda contra la pared, dejé caer la cabeza hacia atrás para hacer lo mismo. Escuché cualquier indicio de que estuviera llorando, pero no oí nada más que la música.

Cerré los ojos, con el pecho dolorido por lo que sabía que ella estaba pasando allí. En todo el tiempo que habíamos jugado juntos, la había visto fallar un puñado de patadas y nunca más de una en un partido. Esta noche había estado con la cabeza en otra parte, y lo pagamos.

Sabía que nunca se permitiría olvidarlo.

Me aparté de la pared, salí de mi habitación y caminé hasta la suya antes de que pudiera convencerme de lo contrario. Golpeé con los nudillos la vieja y gruesa puerta de madera, pero no llegó ningún tipo de saludo.

—Novo —intenté, pero no respondió.

Con otro golpe para avisarla, probé con el picaporte, lo giré despacio y abrí su puerta apenas un centímetro para darle la oportunidad de gritar o lanzar algo o escupir fuego por la boca como un dragón si quería que me fuera a la mierda.

De nuevo, nada.

La abrí un poco más, y se me encogió el corazón al ver lo que encontré. Riley estaba sentada en el suelo, con los pies empapados en un triste recipiente de agua jabonosa, los hombros encorvados y los ojos desenfocados mientras miraba las burbujas. Un bol de helado de vainilla derretido estaba intacto a su lado, con virutas nadando en el pringue. La canción terminó, pero otra melancólica tomó su lugar en el siguiente compás, y ni siquiera me miró cuando me senté frente a ella.

—Por lo que veo, Gavin y tú fuisteis a por helado después de todo —comenté, señalando con la cabeza el desastre de helado derretido y fingiendo que no lo sabía.

Riley lo miró, parpadeó y luego volvió a mirar las burbujas.

—¿Estás bien?

No se movió.

Suspiré, crucé las piernas y apoyé los codos en las rodillas.

—No es culpa tuya.

Entonces, por fin me miró, y me echó una mirada que decía: «y una mierda».

—No lo es. Fallaste una patada. Pero hubo muchas de otras oportunidades en las que podríamos haber marcado, o la defensa podría haber evitado que marcaran.

—La defensa jugó de puta madre en este partido, y lo sabes —contraatacó, con voz entrecortada y cruda—. Y no solo fallé una patada. Fallé dos. Una de ellas fue un maldito punto extra. Una patada que era un punto extra, Zeke.

Apreté los labios y asentí con fuerza para hacerle saber que comprendía su frustración. Miré sus pies en la cuba.

—¿Te duelen?

—Más que de costumbre.

—Eso es el orgullo —dije con una sonrisa.

No me la devolvió.

—Aquí —dije, desplegando las piernas y extendiendo las manos hacia sus pies. Hice un gesto que decía «dame» con las manos cuando ella no se movió—. Deja que te ayude.

Como si no estuviera ya congelada de antes, cada parte de ella se puso rígida y arqueó una ceja tan alto que podría haber pasado por flequillo.

Solté una carcajada.

—Dame tus pies, Riley.

—¡Ugh! ¿Estás loco? —Se alejó de mí, llevándose su cubo lleno de espuma con ella—. De ninguna manera.

Dejé caer las manos con una palmada contra los muslos, lanzándole una mirada exhausta de fastidio. Luego, hundí la mano en el cubo lleno de jabón y la agarré del tobillo.

—¡Eh!

Intentó zafarse, pero la sujeté con fuerza.

—Ese agua está tibia y no va a ayudarte en nada. Deja de ser tan terca y simplemente... relájate, joder.

Entrecerró aún más los ojos, pero al echar un vistazo al agua patética, hizo una mueca y se relajó, dejándome guiar su tobillo hasta mi regazo.

—Están mojados —me advirtió, como si no lo supiera ya por la forma en que su pie humedeció mis pantalones cortos—. Y seguramente estén sucios.

—Hablas como si yo no me estrellara contra hombres mojados y sucios todos los días de mi vida.

Casi sonrió, pero al instante se le contrajo el rostro por el dolor y se le encogió el cuerpo mientras se le escapaba algo entre un aullido y un gemido. Apenas había empezado a masajearla, y eso me indicó lo dolorida que estaba.

—Tranquila —le dije, y me levanté lo suficiente para coger unas cuantas almohadas de la cama. Las apoyé a su espalda, esperé a que se relajara contra ellas, saqué el otro pie del agua con jabón y volví a colocar su tobillo en mi regazo—. Intenta relajarte.

Empecé despacio, apretando su pie entre mis manos y frotándole el talón en círculos amplios. Ella siseó, mirando fijamente el lugar donde actuaban mis manos, como si aún no estuviera segura de que yo la tocara. Cuando le pasé los pulgares con fuerza y despacio por el arco del pie, gimió, su cabeza cayó contra las almohadas, arqueó la espalda y apretó los puños a los lados.

Me quedé helado ante el sonido, ante la imagen. Una imagen que no era para menores de 13 años me asaltó sin avisar.

Riley pareció percibirlo también, movió los párpados y sus ojos color avellana se posaron en los míos.

Aparté la mirada y me centré en su pie, exhalando despacio mientras hacía el mismo movimiento, esta vez un poco más suave.

—Estabas pensando en tus cosas —dije, desesperado por hablar de algo para poder dejar de concentrarme en los ruiditos que hacía mientras la masajeaba—. Lo vi incluso antes de que empezara el partido.

Riley suspiró.

—Lo sé. Lo sentía.

—¿Qué está pasando?

Soltó otro profundo suspiro, seguido de un gemido mientras le masajeaba el metatarso del pie con los pulgares en sentido ascendente.

—No lo sé. Tal vez sea solo presión ya que no hemos perdido ningún partido. —Frunció el ceño—. Al menos, no lo habíamos perdido.

—Estabas nerviosa.

Arqueó una ceja.

—Quiero decir, no técnicamente. Pero ya sabes a qué me refiero, es como... un bloqueo mental.

Riley asintió, con las cejas fruncidas mientras miraba fijamente el lugar donde trabajaba en su pie.

—No sé qué pasó. No podía sacármelo de la cabeza. Yo... —Tragó saliva—. Yo nunca me había sentido así.

Se le humedecieron los ojos, pero enseguida respiró y parpadeó varias veces para despejar cualquier signo de humedad o emoción.

—Es diferente al instituto, ¿verdad?

—Mucho.

Pensé bien en lo que iba a decir a continuación.

—Sabes... si no quisieras seguir haciendo esto... Gavin lo…

—Quiero jugar.

Sabía lo que iba a decir incluso antes de incitarla a que lo dijera, pero no pude evitar sonreír un poco, mis ojos encontraron su mirada decidida.

Como si hubiera caído en una trampa, se aclaró la garganta y se echó un poco hacia atrás.

—Hice una promesa.

—Y te encanta.

Se mordió el interior de la mejilla, en silencio.

—No sé cómo recuperarme de esto —confesó unos minutos después, con voz suave y entrecortada—. Sé que solo ha sido un partido, pero... me siento como si me hubiera hincado el diente. Y la forma en que todos me miraban en el vestuario…

—Que les den. Todos tenían cosas que podrían haber hecho mejor esta noche, y lo saben.

—Pero fue *mi patada* la que nos hizo perder el partido, Zeke —dijo ella,

mirándome—. Los dos lo sabemos y el resto también.

Durante un rato, me limité a trabajar en su pie, subiendo por el tobillo, incluso dedicándole tiempo a estirar y crujir los dedos antes de pasar al siguiente pie. Gimió con aún más fuerza, y me di cuenta de que era el pie con el que pateaba, con la parte superior un poco magullada por los malos contactos de esta noche.

—Tal vez podríamos ayudarnos mutuamente.

Ladeó la cabeza.

—No te ofendas, pero estoy bastante segura de que no tienes ni idea de patear.

—¡Oye! Ayudé a entrenar a tu hermano cuando éramos más jóvenes, muchas gracias —me defendí—. Y te ayudé a prepararte para las pruebas en el instituto, por si lo habías olvidado. —Sacudí la cabeza—. Pero no me refiero a eso.

Riley se quedó callada, esperando.

—Sé que hemos estado un poco enfrentados esta temporada... —Hice una mueca—. O desde hace años, si somos sinceros. Pero, y si en lugar de trabajar el uno contra el otro ... ¿y si trabajamos juntos?

Me encontré con la mirada escéptica de Riley.

—Mira, el entrenador me llamó a su despacho después del partido. Mis notas son... bueno, no son muy buenas. Si quiero permanecer en el equipo, voy a necesitar ayuda. Y sé que tú podrías ayudarme. Y yo —continué, encogiéndome de hombros—, sé lo que se necesita mentalmente para jugar al fútbol, en las buenas y en las malas. Puedo devolverte el control y enseñarte a superar momentos como el de esta noche.

—Tenemos una psicóloga —argumentó Riley—. Puedo ir a verla.

—Claro que puedes. Pero ¿te abrirías a ella? ¿Serías capaz de concretar lo que te pasa?

Frunció el ceño.

—Bueno, me ayudaría a averiguarlo.

—Solo si estuvieras dispuesta a abrirte. Y, seamos realistas, tú no te abres a nadie.

Riley frunció aún más el ceño.

—Te conozco —dije en voz baja, tocándole la espinilla hasta que volvió a mirarme—. Sé por lo que has pasado. Sé que sentiste presión esta noche porque Gavin estaba en las gradas, y porque nuestro récord hasta ahora parecía demasiado bueno para ser verdad. Ya estabas planeando fallar esta noche, porque la vida te ha enseñado que cuando las cosas vayan bien, sucederá algo que hará que todo se derrumbe. Y sé que te presionas tanto para ser perfecta que el

resultado se ha convertido en tu identidad.

Abrió los ojos un poco más con cada cosa que decía, sus respiraciones eran cada vez más erráticas.

—Cuando actúas bien, estás feliz y eres asombrosa. Cuando te equivocas lo más mínimo, te sientes inútil y una impostora.

Sus labios se separaron y supe que había dado en el clavo.

—Ahora mismo, seguramente estás sobreanalizando todo lo que has hecho esta noche: la forma en que te alineaste para patear, tu salto hacia arriba, la colocación del balón, la forma en que hiciste contacto. Te estás preguntando si deberías cambiar algo, o todo, porque está claro que no funciona. Pero eso es mentira, Novo, funciona. Ha funcionado el noventa y nueve por ciento de las veces. Constancia, eso es lo que queremos. No la perfección. Y puedo ayudarte a superar esto y volver a rendir como sé que puedes.

Me miraba como si acabase de desnudarme, tenía la boquita abierta y parpadeó un par de veces antes de cerrarla.

—Así que... tú me ayudas en el campo y yo te ayudo con los deberes —dijo por fin.

Asentí con la cabeza.

Riley apretó los labios, se recostó contra las almohadas y sacudió la cabeza como si fuera una idea ridícula. Pero entonces sus ojos se desviaron hacia mí y tragó saliva.

—¿Qué tienes que perder? —le pregunté.

Se lo pensó y luego, con las cejas fruncidas, se limitó a asentir.

Yo asentí en respuesta y volví a cogerle el tobillo para trabajar en el tendón de Aquiles.

—Mañana empezamos.

CAPÍTULO 12

Riley

—Deja de intentar cambiar tus pasos.

La voz de Zeke fue firme, pero tranquila, como la de un abuelo sabio.

Y, aun así, me cabreó.

—No estoy haciendo eso.

—Sí, sí lo estás haciendo. Acabas de volver a dar cuatro pasos medianos cuando normalmente das dos pasos grandes.

—Sigo alineada en el mismo sitio.

—No, no lo estás. Estás estirando demasiado la zancada.

Exhalé un suspiro frustrado.

—Estoy cansada. Deberíamos parar.

—¿Vas a parar durante un partido?

Le dediqué un ceño fruncido homicida que respondía por mí, pero Zeke solo sonrió, arqueando una ceja.

—Enfádate conmigo todo lo que quieras. También te enfadarás cuando tengamos que jugar. Pero estás intentando hacer cambios donde no hay que hacerlos.

—Los resultados del partido del sábado discrepan.

Se acercó, me puso una mano en el hombro y me miró fijamente.

—Te arde el cerebro por la ansiedad ahora mismo, ¿vale? Y tienes que luchar por no hacerle caso.

Solté un suspiro, sabía que tenía razón, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Otra vez, relacionas lo que vales con el resultado en lugar de relacionarlo a lo que aportas. Cuando te va bien, te sientes genial. Cuando te equivocas, te sientes como una mierda. Por eso, cuando tuviste un mal partido, tu cerebro entró en «modo fracaso». Ahora, está intentado que arregles algo que no está roto, porque no fue tu postura ni tus pasos los que hicieron que fallaras esas patadas. —Me dio un golpecito en la sien—. Fue tu bloqueo mental.

—Pero, tal vez si…

—Si empiezas a cambiar lo que te ha funcionado durante años, solo

conseguirás acabar más frustrada porque tendrás la sensación de que nada de lo que intentes funciona. Constancia. Perseverancia. —Esperó hasta que le miré a los ojos de nuevo—. Ejecución.

Alzó las cejas y asintió, esperó hasta que le devolví el gesto para saber que le había entendido. Entonces, me apretó el hombro y dio un paso atrás, apartándose del camino para dejarme volver a intentarlo.

Pensé que me iba a arrepentir de hacer un trato con el diablo que era Zeke Collins. Pero cuando llegamos al entrenamiento el lunes después de aquella derrota y sentí aquella presión y culpabilidad que no podía superar rodeándome desde todos los ángulos, supe, tanto si quería admitirlo como si no, que necesitaba ayuda.

Estaba en mi cabeza, y como atleta universitaria de primera división, ese no era un lugar seguro.

Había tenido la peor semana de entrenamientos hasta el momento, una mezcla de ejercicios buenos y malos, patadas buenas y malas, incluso repeticiones buenas y malas en la sala de pesas. Parecía que no importaba cómo intentara deshacerme de la derrota, estaba pegada a mí como un chicle en la suela de una zapatilla.

Pero, todos los días después de entrenar, Zeke trabajaba conmigo, y cuanto más me ayudaba, más sentía astillarse esa culpa y dar paso a la firmeza que una vez hubo debajo.

Moví los dedos de las manos a los lados a la vez que alineaba el pie con el balón, di dos pasos grandes hacia atrás y dos hacia mi izquierda, como siempre había hecho. Inhalé con fuerza y solté el aire despacio, y entonces avancé hacia delante, di un paso de uno-dos antes de que mi pie conectara con el balón.

Salió disparado hacia el centro de los postes.

—Bien —dijo Zeke—. Otra vez.

Alineó otro balón y repetí, logrando exactamente el mismo resultado.

—Fantástico. Otra vez.

Volví a hacerlo, y esta vez…

Joder.

El balón golpeó el poste amarillo y rebotó.

Antes de que pudiera hundir los hombros o soltar una maldición, Zeke se acercó trotando y colocó otro balón.

—Buen trabajo. La patada fue sólida, la colocación estaba bien. Vuelve a intentarlo.

Fruncí el ceño, pero no tuve tiempo de rebatir su apreciación antes de que chasqueara los dedos para que volviera a patear. Me coloqué, tomé aire y repetí el mismo movimiento.

Salió bien.

—Creo que vamos a dejarlo aquí —dijo Zeke, aferrándose a la última pelota que nos quedaba para trabajar antes de que tuviéramos que ir a por las que ya había pateado.

Se acercó a mí lanzándola entre sus manos mientras yo colocaba las mías sobre mis caderas para recuperar el aliento.

—Esto es lo que marca la diferencia: el éxito basado en lo que aportas frente al basado en los resultados. A veces, haces todo bien y el resultado no es el que quieres. Pero, si sigues haciendo todo bien en lugar de dejar que un mal resultado haga que te lo cuestiones todo, ahí es donde la coherencia entra en juego. Y —añadió con un guiño—, no deja espacio para que te castigues como sé que te encanta hacer.

Esbocé una sonrisa culpable, sacudiendo la cabeza con los ojos puestos en los postes.

—Tengo que rendir mejor en este partido.

—Reformulémoslo.

Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Qué tal… «voy a dar lo mejor de mí en cada patada de este partido»?

Me senté con esas palabras un minuto, con la forma en que sonaban en contraposición a lo que yo había dicho.

—Voy a dar lo mejor de mí en cada patada de este partido —repetí.

—Y voy a centrarme en cada paso de la patada.

—Y voy a centrarme en cada paso de la patada.

Sentí el pecho más ligero y negué con la cabeza, asombrada, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y miraba a Zeke como si no lo reconociese.

—¿Desde cuándo eres tan inteligente?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, recordé nuestra conversación en la biblioteca y negué con la cabeza, acercándome a él con las manos extendidas.

—No me refería a eso. Es que... ¿cómo has llegado a saber tanto de esto? Quiero decir, todo esto parece de sentido común, pero nunca me lo había planteado así. Y cuando lo planteas así, esto... encaja.

Zeke sonrió, moviendo la pelota entre las manos. Llevaba una camiseta cortada pegada al pecho húmedo y cada centímetro de sus bíceps se marcaba con

el movimiento.

—Pasé por mi propia versión de los nervios en secundaria, y sabía que, si quería llegar a ser profesional algún día, tenía que averiguar cómo manejar la mente, y rápido. El entrenador Ziegler me ayudó.

Sonreí con él al pensar en nuestro viejo entrenador, donde todo había empezado para mí.

—Bueno, gracias por transmitir el conocimiento.

Zeke levantó una ceja.

—Ah, guarda esa gratitud para cuando tengas que soportarme haciendo los deberes esta noche.

Bajamos corriendo a recuperar los balones que había pateado, colocándolos en la gran bolsa de lona para guardar los balones de fútbol americano que habíamos tomado prestada del almacén antes de dirigirnos a los vestuarios.

—Sé que te lo pregunté en la biblioteca, y siéntete libre de responder lo mismo si quieres, pero... ¿crees que tal vez has estado un poco más estresada de lo normal? —preguntó Zeke mientras caminábamos.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Creo que no. ¿Por qué?

—¿No crees que quizás echas un poco de menos tu casa, o te sientes fuera de lugar en un sitio nuevo o algo así?

—Sentí algo parecido durante el verano, ¿pero ahora? Me parece que he estado tan centrada en el fútbol que no he tenido tiempo de pensar en mucho más.

Zeke se detuvo, y yo también, me coloqué frente a él mientras se mordía la mejilla.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada, es que… estás un poco tensa en las repeticiones. Y estallas contra cualquiera que te mire mal.

—Si fuera un chico, me admirarías por eso.

Se rio entre dientes.

—Yo solo digo que… quizás centrarte tanto en el fútbol americano te está afectando. Cuando estábamos en el instituto, tenías amigos fuera del fútbol americano, y a tu familia, y tu habitación llena de todas las cosas que te gustan. Ibas a museos los fines de semana, salías más con Gavin... tenías citas.

Se me encendieron las mejillas.

—No muchas.

—Peter Garrett y tú fuisteis bastante en serio durante un tiempo.

Rodé los ojos.

—Peter Garrett me quitó la virginidad y me enseñó todo lo que no quiero que me hagan en la cama. Solo sirvió para eso.

Zeke enarcó las cejas al oír eso, y mis mejillas se encendieron aún más antes de que me aclarara la garganta y le hiciera un gesto para que se callara.

—Da igual. Estoy bien. Tengo el estrés promedio de cualquier atleta universitario.

—Bueno, tal vez deberías pensar en formas de aliviarte. Nuestros cuerpos y nuestras mentes soportan mucho. Podría ayudar...

Hizo una pausa, con la boca aún abierta como si hubiera enmudecido a mitad de frase antes de cerrarla.

—¿A qué?

Zeke miró a su alrededor antes de dar un paso más cerca, con la voz lo bastante baja como para que la sintiera retumbar cuando dijo:

—Encontrar una salida.

Fruncí el ceño, negando con la cabeza mientras le miraba.

—¿Podrías ser más pre...?

La palabra se vio interrumpida cuando vi el brillo travieso de sus ojos, la curvatura sensual de su boca.

Y la mía se abrió de golpe.

Lo empujé hacia atrás.

—¿Me estás diciendo en serio que tengo que...? —Miré a mi alrededor, asegurándome de que estábamos solos, antes de bajar la voz a un susurro—. ¡¿Tener sexo para recuperar mi forma de jugar?!

Zeke se encogió de hombros entre risas.

—No tiene por qué. Solo... alivia la tensión. Ya sabes... con un amigo o... —Bajó la mirada hacia mi mano, que estaba cerrada en un puño junto a mi costado —. Tú misma.

Me quedé boquiabierta y volví a darle un empujón antes de salir disparada hacia los vestuarios con el cuerpo a mil grados más que el fresco clima otoñal que se cernía sobre el campus.

—Eres un cerdo, Zeke Collins.

Se rio y me dejó marchar, y para cuando volvió de guardar los balones y llegó a los vestuarios, yo ya estaba de camino a la residencia.

Pero mientras caminaba por el campus, no podía pensar en otra cosa que no

fuese lo que me había dicho.

Y no pude evitar preguntarme si tal vez estaba en lo cierto.

♥ ♥ ♥

Zeke

La noche antes de nuestro partido fuera de casa en la Universidad de New Hampshire, el entrenador nos envió temprano a los dormitorios y nos dijo que descansáramos bien. Nos reuniríamos temprano en el estadio para subir a los autobuses, y esperaba que todos fuéramos puntuales.

Así que, por supuesto, Ramírez, Sanders y yo fuimos a un bar.

Leo intentaba ligar con una de las animadoras, Clay quería tomarse una cerveza y yo solo quería relajarme un poco. Todos sabíamos que no podíamos trasnochar demasiado, de lo contrario lo pagaríamos mañana, tanto en el campo como fuera de él si el entrenador se enteraba.

Por mucho que nos gustase la fiesta, queríamos más al fútbol americano.

Así que, antes de salir, decidimos irnos a dormir pronto. Me alegré de tener una noche de descanso después de otra semana agotadora.

—Así que, de verdad crees que es serio, ¿eh? —le pregunté a Clay, dándole un sorbo a mi bebida. Leo ya se estaba besando con Mindy en una esquina, y Clay estaba contándome lo increíble que era su novia.

—Sí, tío. De verdad que sí. Me imagino casándonos.

Alcé las cejas al oír eso.

—Vaya. Eso es serio para alguien que tiene diecinueve años.

Se encogió de hombros.

—Es auténtica. Es de las que se quedan a tu lado en las buenas y en las malas, ya sabes. De las que te apoyan.

Sonreí, pero no pude evitar la sospecha que me invadió. Había conocido a la novia de Clay y, aunque solo fue una vez y se trataba de una pequeña quedada después de nuestro primer partido en casa, no me dio esa sensación.

Tal vez fue por la forma en que miraba a los demás jugadores de fútbol en la fiesta, o la forma en que se apartó sutilmente de Clay cuando él la buscó, pero algo me decía que tenía en mente otras cosas distintas al matrimonio.

Aun así, no era asunto mío, y no la conocía lo suficiente como para decir nada de ella. Por lo que sabía, podría haber tenido una mala noche. Podría ser la mejor

chica del mundo y ellos podrían ser la futura pareja perfecta.

—Me alegro por ti, tío —le dije, alzando mi Sprite para que brindara. Incluso hice que el camarero le pusiera una lima para que pareciera un cóctel. A veces me apetecía una cerveza o una copa, pero no lo suficiente como para olvidarme de todas las razones por las que elegía mantenerme sobrio.

—Gracias. —Chocamos los vasos, Clay dio un buen trago antes de tragárselo y hablar—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a decirle a Novo que la quieres al final de la temporada? ¿O qué?

Estuve a punto de escupir el refresco, pero se me quedó atascado en la garganta cuando Leo me dio una fuerte palmada en la espalda e interrumpió la conversación.

—Bueno, familia, odio interrumpir, pero será mejor que durmamos un poco o mañana el entrenador nos dará por culo.

Yo seguía tosiendo cuando Clay asintió con la cabeza, haciendo una señal al camarero para que nos trajera la cuenta. Luego usó el mismo dedo para limpiar una mancha de pintalabios rosa de la cara de Leo, lo que le hizo sonreír.

Pagamos rápido y nos dirigimos al otro lado del campus, hablando de fútbol americano y no de Riley, gracias a Dios.

Aun así, Clay me regaló una sonrisa de complicidad cuando llegamos a la residencia.

—Buenas noches. Saluda a tu compañera de cuarto de mi parte.

Sonrió de una forma aún más burlona cuando dijo «compañera de cuarto», y se escabulló por la puerta antes de que pudiera cortar de raíz aquella broma. Apenas había conseguido que Riley hablara conmigo. Lo último que necesitaba era que se enterara de que había rumores de que estábamos juntos.

Nuestra habitación estaba al final del pasillo, y cuando abrí la puerta y entré, me encontré con el sonido de un canto amortiguado apenas por el agua de la ducha.

Me detuve para ver si me había oído. Pero cuando entonó la segunda estrofa de *Could've Been* de H.E.R., supe que no lo había hecho.

Reprimí una sonrisa y cerré la puerta lo más en silencio que pude antes de acercarme de puntillas al lavabo doble que estaba justo al otro lado de la puerta del baño. El retrete y la ducha estaban separados por una gruesa puerta, pero las paredes eran tan finas que podía oír el agua golpeando el suelo de baldosas de la ducha entre las palabras que cantaba.

«Joder, la verdad es que tiene una voz bastante decente». Sonreí divertido,

apoyé una cadera en el lavabo y me crucé de brazos mientras escuchaba. Pensaba quedarme allí mismo hasta que ella saliera, solo para ver la cara que pondría cuando se diera cuenta de que la había oído ponerse sentimental con su R&B, no tendría precio.

Pero después de un rato, su voz se volvió más y más tranquila, las palabras se convirtieron en un suave canturreo. Yo estaba a punto de rendirme e irme a jugar a los videojuegos cuando algo... cambió.

Sus susurros murieron por completo, y fue como si estuviese completamente quieta en la ducha, el agua emitía el mismo sonido una y otra vez en lugar de un ritmo caótico como cuando se estaba duchando.

Fruncí el ceño, preguntándome si me habría oído o algo así, cuando de repente...

Un gemido.

Fue suave, delicado, casi como un jadeo más que nada, pero me golpeó como un rayo, y mi espina dorsal se puso rígida.

Junto con otra parte de mí cuando otro gemido le siguió.

El patrón del agua empezó a cambiar, y se oyó un suave ruido sordo antes de que oyera su suspiro, seguido de un pequeño gemido.

Joder...

Se estaba tocando.

Tragué saliva, y aunque sabía muy bien que lo que debería haber hecho era irme a mi habitación y poner música o la televisión lo más alto posible para no oírla —y para que supiera que no estaba sola— no lo hice.

Me acerqué con sigilo, con el corazón retumbándome en los oídos mientras apoyaba la espalda contra la puerta y me esforzaba por oír más.

—Oh… —suspiró, sus respiraciones eran agitadas y superficiales entre el canto del agua derramándose sobre la baldosa—. Ah... oh... *sí*.

Ahogué una maldición, mi polla palpitaba ante el sonido como un puto monstruo cobrando vida a sus órdenes. Me pasé la mano por la cara, intentando que mis pies me alejaran de la puerta, pero se quedaron clavados.

Y entonces, mi mano viajó hacia abajo, buceando bajo la banda de mis pantalones cortos y mis calzoncillos al mismo tiempo para agarrar mi pene dolorido.

El gemido que solté fue amortiguado por otro de Riley, el suyo fue mucho más agudo y tan jodidamente dulce que cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, imaginando lo que estaba pasando al otro lado de la puerta.

Me imaginé el agua caliente, humeante y volviendo su piel bronceada de un rojo brillante mientras se deslizaba por cada centímetro de su cuerpo desnudo. Imaginé la ligera hinchazón de sus pechos, los músculos delgados y tonificados de su abdomen flexionándose con cada jadeo mientras sus dedos se movían entre sus piernas.

Mierda.

Su respiración se intensificó, sus gemidos se volvieron más desenfrenados a medida que se acercaba al orgasmo. Y después de haberla visto serena, atenta y concentrada en el fútbol americano, resultaba jodidamente sexy oírla indómita.

Me acaricié la polla al compás de los sonidos salvajes que escapaban de aquella ducha, imaginé irrumpir por la puerta y atrapar su jadeo de sorpresa con mi boca sobre la suya. Apreté más los ojos, imaginando a qué sabría, cómo me sentiría al tener su culo entre mis manos mientras la alzaba y la inmovilizaba contra la resbaladiza pared, cómo se abriría para mí mientras me introducía en su interior...

—Oh, Dios... oh... jodd…

Su maldición fue interrumpida por erráticos jadeos y gemidos mientras llegaba al orgasmo, y yo me acaricié más deprisa, a punto de caer al vacío con ella.

Cuando de repente, cerró el grifo, el silencio que produjo me devolvió a la realidad y abrí los ojos de par en par.

El sonido de la cortina de la ducha al abrirse fue el único aviso que tuve para volver a meterme la polla en los calzoncillos. Me metí la punta de la polla por debajo de la cinturilla, con la esperanza de que, junto con la camiseta holgada, ocultara mi erección, mientras me alejaba de la puerta y me acercaba al lavabo, con el corazón latiéndome con fuerza, inestable.

Acababa de abrir el grifo y había empezado a lavarme las manos cuando se abrió la puerta y vi a Riley envuelta en una toalla blanca, con las clavículas, los hombros y los brazos relucientes, las mejillas sonrojadas y el pelo empapado por la espalda. Sus ojos se abrieron de par en par al verme y se quedó como una estatua en la puerta.

La vi en el espejo, pero me las arreglé para bajar la mirada hacia donde me lavaba las manos antes de que se diera cuenta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Arqueé una ceja al verla mientras cerraba el grifo y agarraba la toalla de manos, apoyé la cadera en el lavabo como había hecho antes.

—Acabo de volver del bar.

Y no pude evitarlo.

Sonreí burlón, dejando que esa ceja subiera aún más mientras pregunté:

—¿Por qué?

—Por nada —respondió rápidamente, colocándose el pelo detrás de la oreja a pesar de que ya lo tenía ahí—. Yo solo… yo… eh… —Se humedeció los labios, forzó una sonrisa y me miró a los ojos solo un segundo antes de volver a mirarme las rodillas—. Iba a ir a estudiar. Deberías venir.

«Mentirosa», quise decir.

Me pregunté qué haría si lo hiciera, si me acercara a su pecho agitado, abriera la toalla y la dejara caer al suelo y le preguntara si estaba satisfecha o si quería más.

En vez de eso, resoplé, apartándome del lavabo y esperando que mi erección estuviera lo bastante contenida como para que ella no la viera.

—Mañana tenemos partido.

Tragó saliva.

—Sí. Pero también tenemos un examen la semana que viene: yo de Historia del Arte y tú de Psicología. Podemos ir a la biblioteca una hora y dormir bien.

Pensar en esa biblioteca acabó con mi erección, cosa que agradecí por extraño que pareciese mientras exhalaba una sonrisa.

—Lo que tú digas, Ratona. Soy tuyo para que me tortures.

Me fulminó con la mirada.

—No me llames así. —Luego, pasó junto a mí y entró en su habitación, cerrando la puerta antes de gritar—: Nos vamos en diez minutos.

Diez minutos.

Dejé escapar un suspiro y pensé que era el tiempo justo para descargar mis propias frustraciones antes de irnos.

CAPÍTULO 13

Riley

Me hizo falta hasta la última gota de mi fuerza de voluntad para no lanzar el casco a las malditas gradas, apuntando al primer aficionado de la Universidad de South Hartford que viera. El entrenador Aarons también debió de notarlo, porque me dirigió una mirada de advertencia que me hizo tomar aire con dificultad antes de depositar tranquilamente el casco en la hierba.

A continuación, bebí un trago de agua, con la esperanza de refrescarme, antes de dejarme caer en el banquillo y ver cómo trabajaba nuestra defensa.

No sabía lo que había pasado.

Sentía que había mejorado en las últimas dos semanas. Trabajar con Zeke me había abierto los ojos, y estaba trabajando duro, sin perder la cabeza, con más calma y serenidad que cuando llegué al campus. Habíamos arrasado en nuestro partido contra la NHU, y mi éxito en ese partido me había impulsado a la mejor semana de entrenamiento que podría haber pedido.

Pero esta noche, había fallado un gol de campo.

Y el entrenador Sanders me sacó del partido.

Intenté ser comprensiva. No quería que se repitiese lo que pasó en nuestro último partido en casa, así que me retiró del partido cuando vio las señales y sacó a mi reserva. Fue inteligente. Tenía sentido.

Pero estaba cabreada.

Y más que eso; estaba herida.

Zeke se sentó a mi lado, tan silencioso que no me di cuenta hasta que su rodilla rozó la mía. Sus pantalones ya tenían manchas de hierba, y apoyó los codos en las rodillas, con los ojos puestos en el partido, mientras decía:

—¿Estás bien?

No era momento de hablar de cómo estaba, él y yo lo sabíamos.

Pero, de todos modos, agradecí que se fijara en mí.

Asentí con la cabeza, y él también. Entonces su mano se deslizó sobre mi rodilla, apenas unos centímetros más arriba, y me dio un apretón mientras sus ojos encontraban los míos.

Dos segundos.

Tal vez solo fue uno.

Fue tan rápido, tan inconsciente, un simple gesto reconfortante antes de levantarse del banquillo y dirigirse a la línea de banda a observar con el resto de los equipos especiales.

Pero me ardió la piel en el lugar donde había estado su mano.

Me mordí el labio inferior, reprimiendo un gemido mientras ponía los ojos en blanco por lo patético que resultaba que una caricia tan pequeña pudiera incendiarme de aquella manera.

Pero entonces abrí los ojos.

Un momento…

Pensé en nuestro último partido, en cómo había pasado la noche anterior... relajándome... como Zeke había sugerido. Al principio me pareció ridículo, pero ahora...

Tal vez sí que sirvió de algo.

Esa noche dormí muy bien y me desperté fresca y preparada. Además, tuve una de las mejores semanas de rendimiento en los entrenamientos desde que había llegado a la tabla.

No podía quitarme esa idea de la cabeza a medida que avanzaba el partido y, al final del último cuarto, ganábamos de nueve.

Sin mí.

Debería haberme alegrado por mi equipo, y lo hice. Me alegré. Salté sobre la espalda de Holden en el campo, me uní a los cánticos de Leo en el vestuario, e incluso dejé que Kyle me convenciera para hacer un baile estúpido para su TikTok.

Pero mi instinto no dejó de resentirse, porque, por mucho que me alegrara de que hubiéramos ganado, me sentía desolada por no haber sido parte de ese éxito.

Me dio una ligera idea de lo que podría ser estar lesionada, tener que estar fuera un partido, o unos pocos partidos, o incluso toda una temporada y no poder hacer nada al respecto.

Salvo que... yo no estaba lesionada.

Podía hacer algo al respecto.

Estaba entrenando con Zeke. Trabajaba duro en los entrenamientos. Pero, aun así, estaba tensa, estresada, desmoronándome bajo la presión de equilibrar los estudios y el fútbol como nunca antes lo había hecho.

Una parte de mí quería darme de cabezados por siquiera considerar que Zeke

podría tener razón sobre buscar una... salida. Sonaba tan adolescente, y quería demostrarle tanto a él como a mí misma que había otras mil maneras de encontrar alivio al estrés.

Pero una gran parte de mí no podía negar lo bien que me había sentido en la ducha antes del partido de la semana pasada, cómo me había sentido después: ligera como el aire, flotando en una nube de felicidad hasta que mi cabeza tocó la almohada y dormí mejor de lo que había dormido en semanas.

Hacía mucho tiempo que no me tocaba.

Y aún más desde la última vez que dejé que otro lo hiciera.

Después de lo que pasó con Gavin, me había apagado, toda mi atención se centró en el fútbol. Peter, mi novio de entonces y el chico que me quitó la virginidad, no podía soportarlo. No le gustaba en quién me había convertido: callada, seria, una chica con una misión. Y después de romper, no tenía tiempo ni energía para preocuparme por encontrar a otra persona. Claro que había salido con un par de chicos cuando se presentó la ocasión, en una fiesta o después de ganar un partido. Pero nunca fue nada más que eso.

Tenía una relación con el fútbol americano. No necesitaba un novio.

Pero ahora, me preguntaba si tal vez sí. O, si no un novio, tal vez solo alguien con quien divertirme.

Y no sabía si era una estupidez, o si terminaría arrepintiéndome, pero sabía que, como mínimo, tenía que intentarlo.

Así que, en el autobús de vuelta al campus, me descargué una aplicación de citas, me creé una biografía, y empecé a cotillear.

♥ ♥ ♥

Zeke

—¿Qué haces? —le pregunté a Riley en el vestuario después de un entrenamiento por la noche la semana siguiente. Le arrebaté el teléfono móvil de las manos antes de que supiera siquiera que estaba al alcance de su mano.

—¡Eh! —saltó, intentado recuperarlo antes de que lo subiera más alto de lo que ella podía llegar.

Arqueé una ceja mientras miraba la página de citas que me devolvía la mirada, la de un inútil llamado Tristan que tenía una foto demasiado profesional para una aplicación famosa por ser útil sobre todo para ligar.

—Si no escuchas el podcast de Joe Rogan, no te molestes en deslizar a la derecha. —Leí, sacudiendo la cabeza mientras deslizaba la izquierda—. Bueno, ahí lo tienes. Te he hecho un favor, confía en mí.

—¡Zeke! ¡Devuélvemelo!

Riley estuvo a punto de ponerse a escalar sobre mí con esa petición, y a mí me divirtió un poco su fuerza, pero me confundió más que estuviera en una maldita aplicación de citas.

Y tal vez también me molestó un poco.

—¿Por qué estás en Minglr?

Me mordió la parte posterior del hombro, lo que me hizo chillar y soltar el teléfono justo cuando levantó la mano y lo cogió en el aire.

—Eso no es de tu incumbencia.

Me froté el lugar donde me había mordido.

—Creía que habías dicho que «no tenías tiempo para citas».

—Y no lo tengo.

—¿Entonces por qué…?

Dejé la pregunta a medias al ver cómo enrojecía, cómo se apresuraba a meter el móvil en la bolsa de deporte antes de coger la toalla y el gel de baño.

—Oh —musité con una sonrisa arrogante, lo cual fue un milagro teniendo en cuenta cómo la idea de lo que estaba insinuando me hacía hervir la sangre—. Entiendo. Estás buscando un lío.

—Solo sigo su consejo, entrenador —dijo con una dulce sonrisa, echándose la toalla al hombro—. Voy a ducharme. No toques mi teléfono —me advirtió, dándome un puñetazo en el pecho.

Levanté las manos.

—Nunca me interpondría en el camino hacia tu... alivio.

Me miró de reojo y se fue a las duchas con una sonrisa y un suave movimiento de cabeza.

En cuanto se dio la vuelta, se me borró la sonrisa.

Me obligué a contener la bilis que se me subió a la garganta al pensar en ella intentando encontrar a un chico con el único propósito de follar, sobre todo teniendo en cuenta que yo era un chico y sabía exactamente el tipo de cabrones que se metían en esas aplicaciones buscando lo mismo. Encontraría lo que buscaba con facilidad.

Pero no estaba tan seguro de que no saliera herida en el proceso.

«Sí, claro, por eso estás enfadado, porque podría salir herida y no porque no

puedas soportar la idea de que alguien la toque».

Apreté la mandíbula y dejé escapar un suspiro frustrado mientras me despojaba de la camiseta por encima de la cabeza. Mi cuerpo vibraba con vida como si estuviera listo para dar vueltas incluso después de un entrenamiento largo y duro, pero sabía que tenía que ahorrar energía. Teníamos nuestro partido de bienvenida a finales de semana, y necesitaba estar concentrado.

—Joder, ahí está.

La voz de Kyle fue aguda y parecía como uñas sobre una pizarra, pero la forma en que su declaración hizo que una docena de chicos se agolparan a su alrededor y armaran un alboroto me despertó la curiosidad.

—Riley Novo. Atleta. Amante del arte. ¡Con ganas de pasar un «buen rato»!

Alzó aún más la voz al pronunciar las dos últimas palabras, y eso hizo que algunos de los chicos hicieran comentarios y chocaran los cinco. Kyle pasó el dedo por las fotos del perfil de Riley, se detuvo y soltó un silbido en sincronía con el resto de los chicos a su alrededor en una de ella en la playa cuando fue a Florida con su familia durante las vacaciones de primavera.

Recordaba esa foto de cuando la había publicado en Instagram, y no necesitaba estar lo suficientemente cerca para ver el pequeño bikini verde aceituna que llevaba para recordar cómo resaltaba cada aspecto de su cuerpo bien definido.

Me abalancé sobre él y le arranqué el teléfono de la mano.

Ni siquiera se inmutó cuando miré la pantalla donde estaba la sonrisa familiar de Riley antes de volver la mirada hacia él. Se limitó a reírse, cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—Maldita sea, tío. Creía que ella y tú teníais algo, pero ahora que sé que está libre y busca un poco de diversión... —Su sonrisa era la de un malvado personaje de Disney—. Lo primero que voy a hacer es crearme un perfil.

Le clavé el teléfono en el pecho con tanta fuerza que golpeó las taquillas de detrás, haciendo que los chicos soltaran siseos de dolor empático. La sonrisa de Kyle se transformó en una mueca antes de devolverme el empujón, y entonces estuvimos nariz con nariz.

—¿Por qué siempre eres tan capullo cuando se trata de ella? Está claro que no estáis saliendo —dijo, sosteniendo el teléfono como prueba—. De hecho, estoy bastante seguro de que te odia.

—Muestra un poco de maldito respeto —fue lo único que dije mientras daba un paso atrás, tratando de ignorar su comentario que en gran parte era cierto

mientras me crujía el cuello—. Es tu compañera de equipo.

—¿Y qué? ¿Acaso eres su guardaespaldas?

—Tienes suerte de que haya sido yo quien te ha oído decir esas mierdas y ponerle fin, porque si hubiera sido ella, te hubiera comido vivo.

—¿Quién?

Todos nos giramos al oír la voz de Riley, que estaba de pie cerca del grupo que se había formado a nuestro alrededor, con una toalla alrededor y los tirantes mojados del sujetador deportivo a la vista. Parpadeó y estrechó la mirada cuando se dio cuenta de que éramos Kyle y yo.

—¿Qué pasa?

Los chicos que nos rodeaban se dispersaron, actuando inocentemente mientras fingían meter cosas en sus bolsas o estirar, mientras tanto todos escuchaban.

—Zeke —dijo, caminando hacia nosotros.

Se me tensaron los músculos de la mandíbula, pero no encontraba las palabras para decírselo.

Por otro lado, Kyle...

—Encontré tu perfil en Minglr —dijo, todavía con los ojos puestos en mí mientras sonreía burlón y se encogía de hombros—. Y Zeke está cabreado porque tengo más posibilidades contigo que él, así que...

Me lancé sobre él, pero Holden se interpuso entre nosotros, sujetándome con una mano el pecho mientras me dirigía una mirada de advertencia.

—De acuerdo, ya basta. Los dos —añadió, mirando a Kyle a continuación.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Riley a Kyle, con los hombros un poco caídos mientras negaba con la cabeza—. Has intentado hacer de mi vida un infierno desde que entré en el equipo. Pero a veces actúas como si fueras mi amigo. Así que, ¿de qué vas?

Kyle guardó silencio, evitando su mirada.

Riley negó con la cabeza, se quitó la toalla y la tiró mojada en su taquilla. No llevaba más que unos pantalones cortos mojados y un sujetador deportivo igual de empapado, lo que provocó algunos silbidos y que la mayoría de los chicos apartaran la vista al unísono.

—Riley —advertí.

—No. Estoy harta de esta mierda. Vamos a resolverlo de una vez por todas. —Pasó a mi lado, al lado de todo el mundo, para agarrar un balón de la taquilla de Clay antes de volverse hacia mí y a Kyle de nuevo—. En el campo.

—Ponte algo de ropa —dije, con voz baja pero firme.

—¿Por qué? —preguntó, caminando hacia nosotros con ese balón metido entre las costillas y el brazo—. ¿Porque soy una chica? Todos andáis por aquí sin camiseta todo el tiempo. ¿Acaso alguna vez me habéis visto babear o tener una puta erección?

Algunos de los chicos tosieron al oír eso, y me di cuenta de que estaban de espaldas a nosotros, y que lo más probable es que, de hecho, estuvieran ocultando una erección en ese mismo instante.

—Vamos —dijo, lanzando la pelota al pecho de Kyle—. Tú. Yo. *Quarterback*. Al campo. Ahora.

—No quiero ser parte de esto —dijo Holden.

—Qué pena, necesitamos un *quarterback* —dijo Riley antes de que pudiera seguir discutiendo, y lo miró con una mirada que decía me debes una.

Holden apretó los dientes, pero le arrebató el balón de las manos a Kyle.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —preguntó Kyle con recelo.

—Simple. Vamos a jugar al juego de los quinientos. Holden dará las cantidades y lanzará el balón, el que lo atrape se lleva esos puntos, el primero que llegue a quinientos gana.

Kyle soltó una carcajada como si fuera un juego absurdo, y tuve que darle la razón. Agarré a Riley por el codo y la atraje hacia mí.

—Tú eres pateadora. Él es un ala cerrada —le recordé—. Va a ganar.

—Hombre de poca fe —se burló, regalándome una sonrisa dulce antes de encogerse de hombros y volver a mirar a Kyle—. ¿Y bien?

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Kyle.

—Si gano yo, empezarás a tratarme como una puñetera compañera de equipo en vez de como una chica que no merece estar aquí. —Hizo una pausa—. Y tienes que hacer un reto en un directo de Instagram. Lo que a mí y al resto del equipo se nos ocurra.

Eso hizo que algunos de los chicos se rieran y se empujaran unos a otros, maravillados por las posibilidades.

Kyle hizo una mueca.

—¿Y si gano yo?

Riley se encogió de hombros.

—Me acostaré contigo.

El vestuario estalló, y mi sangre hirvió cuando volví a extender el brazo hacia ella. Se separó de mí antes de que tuviera la oportunidad de retenerla y sus ojos se cruzaron con los míos apenas un segundo.

—Yo me encargo —me dijo.

—La reunión del entrenador durará solo veinte minutos más si tenemos suerte —dijo Holden—. Así que, si vamos a hacer esto, lo haremos ahora.

Riley miró a Kyle, desafiante, y todo dentro de mí rezaba para que se diera cuenta de lo estúpido que era esto, para que se disculpara y dejara de ser un imbécil y pusiera fin a todo esto.

Pero, por supuesto, el cabrón sonrió, extendió la mano y dijo:

—Que empiece el juego.

CAPÍTULO 14

Riley

—Esto es una mala idea.

Rodé los ojos ante el décimo intento de Zeke de hacerme cambiar de opinión mientras estiraba y daba algunos saltos para preparar los isquiotibiales. Aparte de hacer ejercicios o el acondicionamiento con el entrenador, los *sprints* fuera de la línea no eran precisamente mi fuerte.

Aun así, no estaba preocupada.

La confianza se apoderó de mí como si acabara de tomarme un chupito, como si me calentara del mismo modo que lo haría una botella de whisky.

—Puedo hacer más de lo que crees —dije.

—Es un ala cerrada. Es dos veces tú.

—Bueno, si gana él, entonces conseguiré un poco de alivio para el estrés. —Entonces me volví hacia él—. Que es lo que dijiste que necesitaba, ¿verdad? A mí me parece que todos salimos ganando.

Sonreí con la broma, pero la cara de Zeke era cualquier cosa menos divertida. De hecho, estaba bastante seguro de que podría freír un huevo en su cuello, o usar el vapor que salía de su nariz para hacer fideos.

—Tenemos que hacer esto rápido —dijo Holden, agarrando el balón con las manos mientras todos nos reuníamos a su alrededor—. Nada de juego sucio. Todo lo que en un partido se considere una falta, aquí también lo será. Eso significa no agarrarse de la ropa, no sujetarse el uno al otro, no empujar al otro hacia abajo o lejos del balón. Jugad limpio.

Dirigió esa advertencia sobre todo a Kyle, que tenía una sonrisa despiadada en la cara mientras movía los brazos de un lado a otro.

—Los dos correréis carreras, empezando cada uno en uno de mis lados. La lanzaré en una zona neutral donde los dos tendréis que esforzaros. Diré los puntos cuando el balón esté cayendo. ¿Entendido?

Kyle y yo asentimos, y luego nos alineamos en lados opuestos a Holden en posición de ataque, con el pecho bajo, las piernas flexionadas y listos para la acción.

Zeke estaba a mi izquierda, con el codo apoyado en el antebrazo contrario mientras se mordía la uña del pulgar.

Atrapé su mirada y le guiñé un ojo, como él hizo conmigo en aquel primer partido.

Y entonces, Holden palmeó el lateral del balón y gritó:

—¡Ya!

Salí en línea recta por el campo, atajé por la izquierda y me volví hacia Holden justo a tiempo para verle lanzar el balón por los aires.

—¡Cien! —gritó, y la lanzó justo en medio de donde Kyle y yo habíamos acabado.

Ambos corrimos hacia ella, y yo extendí las manos para atraparla justo cuando Kyle saltó por delante de mí y atrapó el balón antes de que pudiera llegar a mí.

Algunos de los chicos vitorearon, otros abuchearon, y Kyle se volvió hacia mí con esa maldita sonrisa que tenía mientras se metía el balón bajo el brazo y los dos trotábamos de vuelta para repetir.

—Me muero por saber si tienes el coño tan apretado como el resto de ese cuerpecito —murmuró en voz baja, recorriéndome con la mirada.

Me ardía la garganta y tenía ganas de darle un rodillazo en las pelotas, pero sabía que solo quería sacarme de mis casillas.

Así que le respondí:

—Y yo estoy deseando que todo Instagram vea tu polla de lápiz.

Sonreí con dulzura, alineándome al otro lado de Holden sin siquiera mirar a Zeke mientras Kyle se burlaba y me hacía señas para que me retirara.

Tuvimos un minuto para recuperar el aliento y nos pusimos en marcha de nuevo.

Esta vez, me abrí bastante, giré hacia dentro cuando oí el número y esperé llegar antes que Kyle al final de la curva.

—¡Doscientos cincuenta! —gritó Holden, y Kyle y yo estábamos ambos a mitad de carrera, con los ojos en el balón.

Quedaba cerca, y me lancé, esperando como el demonio poder atraparla antes de que tocara el suelo.

Pero de nuevo, no tuve oportunidad alguna.

Kyle era tan alto, tan explosivo, que de alguna manera se las arregló para pasar por debajo mucho antes de que estuviera siquiera cerca del suelo.

Lo atrapó sin esfuerzo.

—¡Sí! ¡Vamos, nena! —Se golpeó el pecho y le devolvió el balón a Holden

antes de ayudarme a levantarme del suelo sin que yo quisiera. Me dio una palmada en el culo y corrió hacia atrás antes de que pudiera darle una bofetada en la cara por hacerlo—. Eso son trescientos cincuenta, Novo. Por si has perdido la cuenta.

Me crují el cuello, respirando entre la frustración que amenazaba con apoderarse de mí. Cuando me volví a colocar Holden me agarró del brazo.

—Podemos parar esto ahora. Todos te apoyaremos si quieres retirarte.

Me encogí de hombros.

—Lo tengo controlado.

Tragó saliva, la mandíbula tensa como si quisiera discutir conmigo, pero por suerte dio un paso atrás en la línea y confió en mí.

Eso, o se dio por vencido.

Cualquiera de las dos cosas era mejor para mi concentración.

Holden me miró de reojo, con la misma preocupación que Zeke. Le dediqué una mirada de determinación antes de bajar la vista al campo, con los dedos hormigueándome a los lados mientras me agachaba.

La voz de Holden era un poco más débil cuando dijo:

—¡Ya!

Cambié de estrategia y le pisé los talones a Kyle. Yo era más rápida que él, aunque me superaba en altura, y me pegué a él como si fuera un *safety* mientras corríamos.

Ambos nos giramos justo a tiempo para que Holden gritara:

—¡Ciento cincuenta!

—Aquí, cariño —murmuré, frotando mi culo contra la entrepierna de Kyle mientras empujaba un poco hacia él—. Una pequeña muestra de lo que podrías tener.

Giré las caderas, provocándole un gemido y sus manos se acercaron a mi cintura. Entonces, con la guardia baja, le di un empujón hacia atrás con el culo, me lancé hacia arriba y cogí el balón antes de que tuviera la oportunidad de recuperarse.

Estalló la ovación.

—¡*Sí, joder, Novo*!

—¡*Así se hace*!

—¡*Eso es jugar*!

Sonreí, con el corazón acelerado mientras trotábamos de vuelta, y Kyle me fulminó con la mirada cuando llegamos de nuevo a la línea.

—¿Crees que eres mona? Es la última vez que ese truco funciona, créeme —me advirtió.

Me encogí de hombros con inocencia y le devolví la pelota a Holden mientras él y Zeke me miraban con un millón de preguntas en los ojos.

—Vamos —dije, ignorándolos a ambos.

Holden negó con la cabeza, claramente todavía no le gustaba participar en esto, pero después de un largo suspiro, dio una palmada y nos fuimos.

Me bastó atraparla una vez para animarme. Atrapé la siguiente por cincuenta puntos, y las dos siguientes fueron balones caídos. Kyle atrapó otra de cien, y luego yo atrapé una de trescientos.

Y estábamos empatados.

Y exhaustos.

Y ambos decididos a ganar.

—Muy bien, última bola —nos dijo Holden antes de que hubiéramos salido de la línea—. Serán cincuenta puntos. Que sea juego limpio —volvió a advertir.

Un suspiro.

Un escalofrío.

Y luego un lejano:

—¡Ya!

Esprinté tan rápido como pude, en línea recta, sin molestarme en hacer un recorrido completo. Kyle hizo lo mismo, y nos pusimos en fila a unos metros el uno del otro, sin saber adónde iría el balón.

Cuando Holden la lanzó, el viento atrapó la pelota, que voló hacia arriba y hacia la izquierda. Corrí tras ella y supe que era mía incluso antes de alcanzarla. Estaba en el blanco, iba a llegar justo debajo, era mía.

Esprinté con el corazón latiéndome en los oídos, pateé con fuerza el césped y estiré la mano.

De repente, de la nada, me golpearon.

Perdí el aliento, perdí el equilibrio, lo perdí todo cuando el golpe me sacudió y me envió al suelo con un sonido de huesos aplastados contra el suelo duro.

A lo lejos, reconocí el clamor colectivo de los chicos que me miraban, pero todo se volvió negro durante un segundo, y cuando volví a la realidad...

Había una pelea.

Kyle sostenía el balón con aire victorioso, afirmando que había ganado, mientras Holden, Leo y Clay le amenazaban de muerte y le llamaban la atención por haber cometido una sucia interferencia en el pase.

—¡Apenas la toqué!

—La empujaste tan fuerte que cayó al suelo, imbécil de mierda —argumentó Clay, arrebatándole el balón de las manos a Kyle—. No lleva protectores. Podrías haberle hecho mucho daño.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba arropada y acunada, y mis párpados se agitaron mientras miraba a quien me sostenía.

Zeke.

Tenía la mandíbula apretada, el cuello hinchado por la emoción y las fosas nasales abiertas.

Había tanto en su mirada... demasiado. Me prendió fuego por dentro, su protección salvaje salía de él a raudales.

Y algo más.

Algo que no podía comprender.

Tragué saliva, me incliné hacia arriba y luché contra el impulso de hacer una mueca de dolor. Sabía que, si lo hacía, el juego habría terminado.

—Estoy bien —dije, empezando a levantarme.

Zeke me detuvo, abrazándome con más fuerza.

—Te diste un buen golpe contra el suelo. Perdiste el conocimiento. —Sacudió la cabeza—. Esta mierda se ha acabado.

—No —dije, zafándome de su agarre y poniéndome de pie—. No se ha acabado.

Después miré a Holden, que seguía mirando a Kyle como si fuera un insecto que hubiera que aplastar.

—Otra vez —dije.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí y se quedaron boquiabiertos mientras yo trotaba hacia la línea de salida.

Holden y Zeke me pisaban los talones al minuto siguiente.

—No deberías hacer nada después de esto —me advirtió Holden—. Puede que tengas una con...

—No me he dado en la cabeza —respondí—. Me ha dolido mucho, sí, pero estoy bien. Mirad —dije, haciendo un pequeño baile para ilustrarlo—. Todos habéis recibido golpes más duros y habéis vuelto a la carga.

—Con las protecciones puestas —me recordó Zeke.

Me encogí de hombros.

—El partido no ha terminado. Vamos. Otra vez.

Entonces miré a Kyle, que acababa de reunirse con nosotros. Me guiñó un ojo

a cámara lenta y la comisura de sus labios se curvó cuando se colocó en la línea.

Tragué saliva y dirigí mi atención hacia el campo mientras soltaba un largo y lento suspiro.

Lo tienes.

Es tu balón.

Es tu jugada.

Es tu victoria.

Holden apretó los dientes, era evidente que no estaba contento mientras palmeaba la pelota con fuerza, sin molestarse siquiera en añadir una indicación verbal.

Salimos corriendo hacia abajo, y cada costilla y articulación de mi cuerpo dolía por la caída mientras intentaba seguir el ritmo de Kyle. Esta vez bajó más rápido que yo, y no tuvo que hacerme ninguna falta, ni siquiera tuvo que intentar alinearse a la perfección bajo el balón.

Se me entrecortó la respiración en la garganta, un jadeo de un «no» suave en mis labios.

Pero entonces...

El balón rebotó en sus dedos y se elevó en el aire.

Abrió mucho los ojos y alargó la mano para intentar agarrarlo, para intentar corregir la caída, pero ya era demasiado tarde.

Lo agarré en el aire y lo acuné contra mi pecho, mientras daba una voltereta hacia el suelo.

Se produjo un pequeño silencio.

Y entonces todo el mundo se volvió loco.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver a Kyle golpear el suelo con el puño, maldiciendo, mientras los chicos que venían detrás saltaban y corrían hacia nosotros.

Clay me levantó tan rápido que se me cayó el balón, y entonces estaba sobre sus hombros, riendo y levantando los puños en señal de victoria mientras todos coreaban mi nombre.

¡Novo! ¡Novo! ¡Novo!

Holden, bendito sea, fue el único que se acercó a Kyle. Le tendió una mano y le ayudó a levantarse, dándole una palmada en el hombro con palabras de aliento. Pero Kyle se lo quitó de encima, visiblemente enfadado.

Zeke me ayudó a bajar de los hombros de Clay, y entonces me encontré en sus brazos, con un abrazo aplastante que me cortó el oxígeno mientras reía y le

abrazaba con la misma fuerza.

—Te dije que lo tenía controlado —bromeé cuando me soltó. Sin embargo, sus manos permanecieron en mis caderas, con las palmas calientes rodeándome por completo.

Negó con la cabeza.

—Si no lo hubieras tenido controlado, habría ido a la cárcel esta noche.

Fruncí el ceño, sin saber a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, Holden levantó la pelota y me agarró la muñeca, levantándola en el aire, también.

—¡Tenemos a nuestra campeona!

Todos los chicos rugieron con aprobación, bueno, todos menos Kyle, que se cruzó de brazos y echó humo.

—¿Entonces? —preguntó Leo, echando su brazo alrededor de mi hombro—. ¿Cuál será su castigo en el directo de Instagram? ¿Correr por el campo? ¿Limpiarnos los tacos con su cepillo de dientes?

Se oyeron risitas, mientras Kyle apretaba los dientes y miraba al suelo antes de cruzarse con los míos.

Me encogí de hombros.

—Resolvedlo vosotros. Creo que mi trabajo aquí ha terminado.

Lancé el balón a un receptor que lo atrapó por los pelos.

—¡Espera! Pero... has ganado.

—Exacto —dije, y entonces mis ojos se clavaron en Kyle—. Eso es recompensa suficiente para mí.

Una sonrisa comprensiva y de aprecio bañó la cara de Holden.

—Ya la habéis oído. Nos llevamos los honores, chicos. Entonces... ¿cuál será nuestro castigo?

Los chicos empezaron a gritarse unos a otros, lanzando ideas locas que iban desde afeitar mi nombre en la cabeza de Kyle hasta obligarle a llevar pintalabios en el próximo partido. Me reí y me volví hacia los vestuarios, pero cuando lo hice, Zeke estaba justo a mi lado.

—¿De verdad no vas a hacerle pagar por esa mierda?

Me reí.

—Creo que el hecho de que perdiera era premio suficiente. —Me encogí de hombros—. Además... para mí no se trataba de un reto. Se trataba de respeto.

Zeke asintió, relajando un poco los hombros.

—Creo… creo que necesito una cerveza después de esto —añadí con una risa

nerviosa.

Zeke sonrió, me abrazó y me llevó hacia los vestuarios.

—En eso sí puedo ayudar.

CAPÍTULO 15

Zeke

Riley quería ganarse el respeto... y, joder, lo consiguió.

Durante los siguientes días que entrenamos, vi cómo el equipo la acogía como nunca antes, discutiendo sobre quién se sentaría con ella en la cafetería y clamando por la oportunidad de quedar con ella después de los entrenamientos. Había más chicos en nuestro dormitorio que en toda la temporada, hasta la noche anterior al partido de vuelta en casa, cuando Riley los echó a todos para que pudiéramos estudiar y dormir bien.

Como si darle una lección a Kyle no hubiera sido suficiente, luego se marcó un partido espectacular contra uno de nuestros mayores rivales, marcando no uno, ni dos, sino tres goles de campo cuando nuestro ataque se acercó pero no lo suficiente como para anotar. Ganamos gracias a esas tres patadas, y la llevaron a hombros hasta el vestuario jugadores que habían actuado como si no existiera tan solo una semana antes.

Estaba orgulloso de ella, aunque en la noche de la competición era más rabia que orgullo lo que me abrasaba el pecho. Nunca había estado tan cerca de asesinar a alguien en toda mi vida como cuando vi a Kyle empujar a Riley al suelo.

La imagen me persiguió varias noches: cómo caía de lado, cómo su cuerpo se inclinaba de forma antinatural hasta chocar contra el césped. Vi su pelo extendido a su alrededor, su cuerpo flácido y sin vida mientras corría hacia ella con el alboroto de los demás jugadores apagado en el fondo.

Nunca había sentido mi corazón latir así antes, nunca me había sentido tan... posesivo.

Me asustó muchísimo por más de una razón, la mayoría de ellas demasiado profundas para que las afrontara o intentara descubrirlas. Pero cada noche, cuando me despertaba con esa pesadilla repetitiva, estaba cubierto de sudor, jadeando, y tenía que luchar contra el impulso de correr a su habitación y meterme en la cama junto a ella, abrazándola contra mi pecho.

No sabía lo que me estaba pasando.

Lo único que sabía era que algo había cambiado. Una tarde, después de entrenar, estaba recogiendo mis cosas en silencio cuando Riley me dio un golpecito por detrás.

—Tengo que estudiar y trabajar en un proyecto que es para dentro de un par de días —dijo, sin mirarme demasiado mientras se ponía una camiseta suelta sobre el sujetador deportivo—. Deberías venir. Sé que tienes ese examen de Estadística pronto.

Gruñí.

—No me lo recuerdes.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo o vas a aparecer sin estar preparado —dijo riéndose. Se echó la bolsa al hombro—. Vamos. Puedo ayudarte.

Suspiré y metí las últimas cosas en mi bolsa antes de cerrarla con fuerza.

—No seas crío —se burló—. Pediré pizza de camino a casa.

Refunfuñé.

—Todavía te odio.

Eso me costó una carcajada, y entonces me miró con ojos verdes como la miel, el pelo húmedo cayéndole sobre los hombros.

—No, no es verdad —dijo sacándome la lengua.

Pero no pude sonreír por la broma.

Porque tenía razón.

No la odiaba.

Y en ese momento me di cuenta de la gravedad de ese problema.

♥ ♥ ♥

Riley

—Esto es una tontería y no tiene sentido.

Zeke tiró el lápiz al suelo y se echó hacia atrás en la silla antes de desplomarse en ella con los ojos furiosos fijos en el libro de texto que tenía delante.

Le di una palmada comprensiva en el brazo.

—No es para tanto. Hay que verlo como una especie de apuesta. Como las probabilidades de que ocurra algo.

—Eso tampoco tiene ningún sentido para mí.

Me reí entre dientes.

—Bueno, ¿entonces por qué te has apuntado a esta clase?

—¿Pues porque la señora Pierson me lo dijo? —Se encogió de hombros, como si fuera algo obvio.

—Vale, ¿pero le dijiste en qué quieres especializarte?

—Eso da igual —dijo enseguida—. El fútbol es en lo que quiero especializarme.

Apreté los labios y dejé el lápiz a un lado mientras me inclinaba hacia él.

—Vale, solo estoy jugando a ser el abogado del diablo, porque los dos sabemos que llegarás a ser profesional —le dije—. Pero... ¿y si no tuvieras el fútbol americano? ¿Qué querrías hacer?

—Morirme.

Toda emoción resbaló de mi cara.

—No bromees con eso.

—¿Honestamente? —Entonces por fin me miró—. No sé si es una broma.

Fruncí el ceño, mirando el libro de texto que tenía enfrente durante un buen rato.

—Mira, sé que ese es tu plan A, B y C. Lo que digo es que, en lugar de estudiar empresariales porque eso es lo que te dijeron que hicieras, ¿qué tal si te especializas en algo que te gusta? ¿Algo que pueda ser un plan alternativo?

—¿Como qué?

Me encogí de hombros.

—Gestión deportiva. Educación física. Psicología del deporte. —Me animé—. Honestamente, serías muy bueno en eso. Mira cuánto me has ayudado.

Sonrió satisfecho.

—Creo que el haberle pateado el culo a Kyle es lo que te ayudó.

—Ni siquiera habría tenido los huevos de hacer esa apuesta si no hubiera sido por ti.

Levantó las cejas, se inclinó y me miró entre las piernas.

—¿Tienes huevos?

Le di un fuerte codazo en las costillas, lo que me supuso un gruñido satisfactorio.

—De todos modos —dije, volviendo al tema en cuestión—. Hablo en serio. Ve a ver a la señora Pierson y habla con ella de lo que de verdad quieres hacer, de lo que te interesa. —Esperé hasta que recuperó el aliento y volvió a mirarme —. Eres más listo de lo que crees. Y apuesto a que te sorprenderías incluso a ti mismo si tuvieras delante el contenido adecuado.

Algo parecido a una sombra se cernió sobre él, pero se la quitó de encima,

inclinándose hacia delante y cogiendo el lápiz.

—Vale. Sigamos.

Dejé pasar el tema y me centré en mi propia guía de estudio durante un rato antes de que Zeke volviera a resoplar. Enderezó los hombros y se sentó bien erguido antes de ponerse a estudiar de nuevo.

Solo para repetir el proceso.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—Siempre estoy así cuando se trata de estudiar.

—Lo sé. Pero ¿por qué?

Soltó un largo suspiro y se agarró la nuca con una mano. Sus ojos se posaron en los míos antes de volver a su libro de texto.

—Para mí es diferente.

—¿El qué?

—Esto —dijo, empujando una mano abierta hacia el libro de texto—. Estudiar. Leer. Escribir. Cualquier cosa que esté relacionada con eso.

Sacudí la cabeza.

—No lo entiendo. Quiero decir, sé que no es muy divertido, pero...

—Soy disléxico, Riley.

Sus palabras me hicieron enmudecer y fruncí el ceño, lanzando la palabra en mi mente como una moneda. Sin embargo, no pude hacer cara o cruz. Conocía la existencia de ese problema de aprendizaje, había oído hablar de él, pero no conocía a nadie que lo padeciera.

Al menos... no sabía que conocía a alguien con él.

—Yo... no tenía ni idea.

—No muchos lo saben —dijo—. Mis padres. Los profesores. Gavin. —Se encogió de hombros—. No me gusta hablar de ello.

—¿Y eso qué quiere decir? —Me retracté—. Oh cielos, eso ha sido grosero. No tienes que contestar.

—No, no, no pasa nada —dijo, dejó caer el lápiz y se reclinó en la silla. Dejó escapar un largo suspiro, cruzándose de brazos—. Es difícil de explicar. A veces confundo las palabras, pongo las letras en el lugar equivocado. Y eso estropea toda la frase o el párrafo. Me cuesta mucho comprender lo que leo, en gran parte porque me cuesta mucho leerlo bien, por no hablar de retener algo.

Tragó saliva.

—Joder… eso suena…

—¿Frustrante? —terminó por mí—. Lo es. Y ahora entiendes por qué lo evito

a toda costa.

Asentí con la cabeza, pensando en lo fácil que me resultaba sentarme con el portátil y la guía de estudio y ponerme a trabajar, en lo fácil que me resultaba seguir las clases, en que los exámenes no me perturbaban.

No podía imaginarme estar en su situación.

Pero tenía que haber una manera. Tenía que haber algún truco para que fuese más fácil.

Tomé nota mentalmente de investigar un poco, pero sabía que eso no serviría de nada mientras tanto. Y una mirada a la cara derrotada de Zeke me hizo querer hacer algo.

Así que... le ofrecí un poco de motivación.

—¿Qué? —preguntó con suspicacia al ver el brillo travieso en mis ojos.

—Tengo una propuesta.

—Oh, dios —me reí—. ¿Y si nos preguntamos el uno al otro?

—Suena emocionante.

Sonreí con satisfacción.

—Pero con algo más en juego.

Arqueó una ceja.

—Si aciertas una pregunta, me quito una prenda de ropa.

Levantó la otra ceja para unirse a la primera y miró a su alrededor como si le estuvieran gastando una broma y hubiera una cámara oculta en alguna parte.

—De todas formas, me ves siempre en pantalón corto y sujetador deportivo, así que no creo que sea una gran apuesta —añadí.

—Oh, créeme —dijo, interrumpiéndome—. Es apuesta suficiente. —Entonces frunció el ceño—. ¿Cuál es tu objetivo final? Es imposible que me ofrezcas esto sin querer algo a cambio.

—Bueno, para empezar, no me preocupa quitarme algo más que los calcetines —dije, moviendo los dedos de los pies para enfatizar el punto—. Si tengo que apostar, no vas a acertar más de una pregunta.

Fingió ofenderse.

—¿Ahora quién tiene poca fe?

—Y cuando gane y superemos este examen sin que me quede desnuda, tendrás que hacerme la colada. —Hice una pausa—. Durante un mes.

Zeke silbó.

—Auch. Eso ha sido duro.

—Esa es la apuesta. Lo tomas o lo dejas.

—Últimamente te gustan mucho las apuestas, ¿eh?

Me encogí de hombros, expectante.

Zeke me observó durante un buen rato, debatiendo, pasando la mirada de sus tarjetas a mí.

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

—Una semana —intentó negociar.

—Bueno, ahora es para el resto del semestre —dije, extendiendo la mano hacia las tarjetas—. Y solo tienes una oportunidad para responder.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y me dio las tarjetas, inclinándose hasta que quedamos frente a frente en lugar de uno al lado del otro.

Y fue la primera vez en mi vida que vi a Zeke emocionado con algo relacionado con los estudios.

—Muy bien —dije, leyendo el escenario de la primera tarjeta. Cuando terminé, pasé a la primera pregunta—. ¿De qué tipo de diseño de muestreo se trata? ¿Por conglomerados, estratificado, aleatorio simple o sistemático?

Zeke me miró como si tuviera cuatro cabezas.

Me reí entre dientes, pero no le ofrecí ayuda, no con nuestro nuevo acuerdo.

Se lo pensó un momento, mordiéndose el labio inferior antes de decir:

—¿Aleatorio simple?

—No. Por conglomerados.

Maldijo mientras barajaba la siguiente tarjeta.

—Bien. «Número de visitas por semana», ¿qué tipo de dato es?

—Cuantitativo-discreto.

Estoy segura de que me quedé boquiabierta por lo rápido que soltó esa respuesta, y Zeke sonrió ante mi reacción.

—He acertado, ¿verdad?

Le fulminé con la mirada en lugar de contestarle, quitándome las zapatillas de deporte por debajo de la mesa mientras él movía las cejas.

—En una encuesta, se pregunta a los estudiantes si piensan asistir al partido de fútbol americano de esta semana. El cincuenta por ciento responde que sí. Ese cincuenta por ciento es... A: un parámetro; B: una estadística; C: una variable; o D: datos.

Zeke cerró los ojos, con las pupilas moviéndose de un lado a otro bajo los párpados, como si estuviera visualizando algo. Sus dedos hicieron pequeñas palas en el aire, y luego...

—¿B?

El calor me subió al rostro y volví a mirar su estúpida cara sonriente antes de quitarme un calcetín y golpearle con él en la cara.

—¡Venga ya! Eso son al menos los dos calcetines. Has contado los dos zapatos como uno.

Me quité el otro de un tirón y también se lo lancé.

Contestó mal a las tres siguientes preguntas seguidas, lo que me devolvió la confianza, y estuve tomándole el pelo hasta que acertó la siguiente y tuve que quitarme el coletero. Intentó argumentar que eso no contaba, pero yo le dije que como era yo la que se desnudaba, yo ponía las reglas.

Tenía que admitir que era lo más divertido que había hecho nunca estudiando, los dos nos reíamos y hacíamos bromas a costa del otro. Nos estábamos quedando sin tarjetas cuando me hizo quitarme la camiseta por la parte de arriba.

Y fue entonces cuando cambió el humor.

Zeke seguía riéndose de algún chiste que había hecho sobre acontecimientos mutuamente exclusivos cuando puse los ojos en blanco y me llevé la mano al dobladillo de la camisa. Era holgada, una que me había puesto después del entrenamiento, y me la quité sin pensármelo dos veces, arrojándola detrás de mí.

—Muy bien, veamos qué es lo siguiente —dije barajando la próxima tarjeta.

Pero entonces levanté la vista y descubrí que los ojos de Zeke me seguían desde la clavícula hasta el hueso de la cadera.

Había perdido todo el humor y sus ojos se habían vuelto vidriosos mientras patinaban por mi piel. Era la misma mirada que me había dirigido en el campo cuando Kyle me había tirado al suelo, cuando había vuelto en mí y me había encontrado acunada en sus brazos.

Tragó saliva, el músculo de su mandíbula crujió con el movimiento.

Y entonces sus ojos se clavaron en los míos.

Esa mirada me provocó una oleada de fuego que me abrasó por dentro y me hizo buscar el agua antes de aclararme la garganta y concentrarme en la siguiente pregunta.

Mi voz sonaba lejana, apagada, como si estuviera bajo el agua y otra persona estuviera leyendo la pregunta sobre la distribución de Poisson. Lo único que oía con claridad y firmeza era el ritmo desordenado de los latidos de mi corazón, y me concentré en ello mientras terminaba la pregunta y mis ojos encontraban los de Zeke.

—Una distribución de Poisson modela el número de eventos que ocurren en un intervalo fijo de tiempo o espacio —respondió, con voz más baja, más suave.

Tragué saliva.

—¿Qué más?

Frunció el ceño.

—Los eventos tienen que ser... como... independientes entre sí. Y la tasa media de los eventos debe ser ya conocida.

Joder.

No pude mirarle mientras asentía, dejé caer las tarjetas sobre la mesa y me levanté despacio. Enganché los pulgares en la banda de los pantalones cortos y me los pasé por las caderas, el culo y los muslos antes de dejar que se deslizaran por mis piernas.

Los aparté de un puntapié, pero no volví a sentarme.

Me quedé allí de pie, con un escalofrío recorriéndome la piel, hasta que miré a Zeke.

La bocanada de aire que soltó fue profunda y larga, sus ojos recorrieron un camino desde mis tobillos hasta el hueco entre mis muslos. Se humedeció los labios y se pasó una mano por la cara para amortiguar lo que saliera a continuación de su boca.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, tragó saliva.

Y entonces susurró mi nombre.

Eso fue todo, un leve y ronco *Riley*, que envió una nueva oleada que me puso la piel de gallina. Me estremecí, con los párpados entornados por el sonido, por lo que sentía al tenerle mirándome así.

Como si pensara que era guapa.

Como si no pudiera apartar la mirada.

Como si quisiera tocarme.

Parpadeé, una vez al principio y luego con rapidez, mientras me agachaba inmediatamente y me recogía la camiseta del suelo. Me la puse rápido, recogí mi portátil y la guía de estudio de nuestra mesa del comedor.

—Tengo que… —murmuré, pero no terminé la frase, ni siquiera volví a mirar a Zeke mientras recogía todo en mis brazos y me dirigía a mi habitación. Cerré la puerta en cuanto estuve dentro y dejé caer todo sobre mi escritorio antes de caer al suelo, apoyándome en los talones.

Mi espalda chocó contra la puerta con un suave golpe, mi respiración era errática, el corazón me latía con fuerza mientras me tapaba la boca como si pudiera calmar la respiración.

Al otro lado de la puerta, escuché a Zeke maldecir en voz baja.

Entonces, él también se retiró a su habitación.

CAPÍTULO 16

Zeke

El sudor me entraba por los ojos mientras fortalecía el torso y me concentraba en el punto en el que mis manos sujetaban la barra mientras la alejaba de mi pecho. Los brazos me temblaban por la fuerza y las manos de Clay se mantenían bajo la barra por si necesitaba un punto de apoyo.

—Venga, una más —dijo, observándome con atención mientras volvía a bajar la barra.

Tomé aire, la rodilla me rebotó un poco antes de volver a mantener todo firme, y con los brazos y el pecho ardiendo, dejé escapar un gruñido y empujé la barra hacia arriba una vez más.

—Bien —dijo Clay, ayudándome a colocarla en las ranuras de metal en la parte superior una vez hube terminado.

Me senté, sentía los brazos como si fueran de goma y apenas capaz de levantarme y secarme el sudor de las cejas.

—¿Vas a decirme por qué te sometes hoy a una sesión de tortura? —preguntó Clay, ayudándome a levantarme mientras cambiábamos de posición. Quitó una placa de cada extremo de la barra antes de tumbarse en el banco y ponerse en posición.

—Nada fuera de lo normal —mentí.

Clay frunció los labios dándome a entender que había visto más allá.

Aun así, me dejó seguir mintiendo, al menos el tiempo suficiente para hacer su primera serie de diez repeticiones. Luego se sentó, bebió agua y me roció un poco en la cara.

—¿Pero qué cojones? —Me limpié la cara con la toalla, mirándole como si estuviera loco o tuviera ganas de morir, o ambas cosas.

—¿Qué pasa?

—Nada. Aparte de que eres un imbécil y me has tirado agua.

Algunos de los chicos que entrenaban en la máquina de prensa de piernas a nuestro lado nos miraron, pero Clay les dirigió una mirada que les dijo que se metieran en sus asuntos antes de que sus ojos volvieran a posarse en mí.

—Mira, me alegro de que saques la frustración aquí y no dejes que se te meta en la cabeza en un partido, pero quizá te ayude hablar de ello.

—Hablar está sobrevalorado. Vamos —dije, señalando la barra con la cabeza.

Clay apretó los labios, pero se echó hacia atrás y se puso en posición, haciendo otra serie.

Cuando volvió a sentarse, apoyó los codos en las rodillas y me miró mientras el sudor le caía por la frente.

—Es Riley, ¿verdad?

Mis fosas nasales se encendieron al oír su nombre y miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie le había oído decirlo.

Clay se rio un poco, como si mi reacción fuera respuesta suficiente. Sacudió la cabeza y bajó a hacer su última serie. Cuando terminó, se levantó y limpió la barra y el banco con una toallita húmeda antes de darme un golpe en el brazo.

—Venga. Vamos a dar un paseo.

Permanecí en silencio mientras nos conducía al campo y caminábamos por los laterales, a un paso ligero que más parecía un trote que un paseo. Durante un rato, dejó que el silencio se prolongara, pero cuando ya no nos oía nadie más, volvió a hablarme.

—A mí también me volvería loco —dijo, con los brazos balanceándose al compás de los costados—. Vivir con ella, fingir que solo es tu compañera de equipo.

—Solo es mi compañera de equipo.

—Cierto. Pero eso no es lo único que quieres.

Apreté los dientes, acelerando el paso.

—¿Has intentado hablar con ella?

Quería seguir ignorándolo, hacer como que no le oía o dejarle claro que no quería hablar de ello. Pero, como era obvio, él veía lo que nadie más veía o, al menos, lo que yo esperaba que nadie más viera.

Y, si era sincero, necesitaba consejo.

No tenía ni puta idea de en qué mierda me había metido.

—Esto queda entre nosotros.

No era una pregunta ni una petición, era una amenaza, y Clay me miró como si le ofendiera que insinuara lo contrario.

Suspiré, sintiéndome mal al dar vida a las palabras que habían estado latiendo en mi cabeza toda la semana.

—Apenas acaba de empezar a hablarme.

Clay chasqueó la lengua.

—Ah. Parecía que te odiaba al principio de la temporada.

—No estoy seguro de que esos sentimientos hayan cambiado.

—Fuisteis juntos al instituto, ¿verdad? ¿Pasó algo? ¿Por qué esa actitud hostil?

El corazón me latía con tanta fuerza que dejé de correr y me colgué las manos de las caderas cuando nos detuvimos a un lado del campo. Me concentré en mi respiración, entrecerrando los ojos contra el sol poniente mientras recorría con la mirada las gradas vacías.

—Mierda... ¿tan malo es?

Sacudí la cabeza.

—Peor de lo que puedas imaginarte.

—¿Te follaste a su mejor amiga o algo así?

Solté una carcajada.

—Hubiera preferido eso, sinceramente. Hubiera preferido cualquier cosa menos lo que pasó en realidad.

Clay se limitó a esperar, sin presionar, tenía sus enormes brazos doblados sobre el pecho mientras me observaba.

—Su hermano es mi mejor amigo —dije al cabo de un minuto—. Lo ha sido desde que éramos niños. Cuando estábamos en segundo, salimos de fiesta. Se suponía que yo iba a ser el conductor oficial.

Los hombros de Clay se hundieron.

—Mierda...

Él ya sabía a dónde iba.

Sacudí la cabeza.

—Gavin había estado hablando con una chica... Kaylee. Y se pelearon en la fiesta, y Kaylee se besó con uno de los receptores del equipo, un tipo con el que Gavin nunca se llevó bien porque era un imbécil obstinado.

—Un auténtico Kyle Robbins, ¿eh?

Ni siquiera pude reírme, pero asentí.

—Exacto. —Tragué saliva, sacudiendo la cabeza—. Gavin estaba hecho polvo por eso. Empezó a beber mucho y quería que bebiera con él. Así que lo hice.

Sabía cómo sonaba. No había excusa para que el que tenía que conducir bebiese, independientemente de quién quisiera que lo hiciese. Podría haber dicho que no. Debería haber dicho que no.

—No pasó mucho tiempo antes de que él simplemente necesitara salir de allí

—continué—. Traté de conseguirnos un Uber, pero él no quería esperar. Estaba como... temblando, furioso. —Hice una pausa—. Creo que no confiaba en sí mismo para quedarse más tiempo sin pelearse con el tipo con el que Kaylee se enrolló, o pelearse con ella, o cualquier otra cosa de la que se arrepentiría.

Clay asintió en señal de comprensión.

—Agarró mis llaves, dijo que estaba bien para conducir, cosa que ambos sabíamos que era mentira. Intenté discutir, pero insistió. Ni siquiera habíamos recorrido tres manzanas antes de diese contra un bordillo.

—¿Se estrelló?

—No, pero le hice parar. —Me dolía el pecho—. Estaba hecho un desastre. Emocional. Y yo solo había tomado un par de copas. Así que pensé que si alguien debía conducir... debería ser yo.

Clay cerró los ojos y exhaló lentamente antes de volver a abrirlos.

—¿Qué pasó?

—Había una señal de stop que no vi —dije, con la voz temblorosa—. Nos dieron un golpe, su lado del coche se llevó la peor parte. —Entonces le miré a los ojos—. Parte inferior de la médula espinal.

Ni siquiera podía decir las palabras para contarle lo que pasó después, cómo descubrimos que Gavin estaba paralizado de la cintura para abajo, pero no tuve que hacerlo. Clay tragó saliva.

En el fútbol americano, sabíamos lo que significaba una lesión en la parte baja de la médula espinal.

—Gavin… él nunca me culpó. Pasó por todas las etapas del duelo, sí, pero él... Dios, me perdonó tan condenadamente rápido, como si no hubiera sido culpa mía ni mucho menos. Al instante pensó en cómo sacar provecho de la situación. Así es él. Ahora juega al baloncesto en silla de ruedas y es uno de los mejores del equipo.

Clay sonrió.

—Pero Riley… —continué, luchando contra la dificultad de tragar saliva—. Riley me culpó de todo: de su parálisis, del estrés de su familia, del dolor que les hice pasar a todos. A sus ojos, le arruiné la vida. Me odiaba, y con razón.

—¿Qué ha cambiado?

—Nada —dije, pero negué con la cabeza—. No lo sé. Tal vez algo. No puedo explicarlo. No parece que me odie tanto, pero...

Me callé. No tenía ni idea de cómo explicar lo que había pasado en el último mes o así, cómo habíamos reparado de alguna manera el puente roto que había

entre nosotros y habíamos llegado a algo que se parecía un poco a la amistad.

—Creo que, incluso a través del odio... hay una parte de mí con la que se siente cómoda.

—Como en casa —terminó Clay por mí.

Asentí, con la garganta apretada, y se me cerró aún más con su siguiente pregunta.

—¿Cuándo te diste cuenta de que la deseabas?

Solté un largo suspiro.

—¿Sinceramente? Creo que siempre lo he sabido. En algún lugar muy en el fondo, tal vez desde que estábamos en primero de secundaria. Me di cuenta de que ella también estaba colada por mí. Pero entonces sucedió todo, y se abrió una brecha entre nosotros, y ni siquiera podía pensar en nada más allá de la promesa que le hice a su hermano.

Clay arqueó una ceja.

—Que la protegería.

Asintió con la cabeza, dejando escapar un suspiro por los labios mientras miraba la puesta de sol en el campo. Al cabo de un rato, extendió la mano y me apretó el hombro con fuerza.

—Mira, tío, puede que todavía te odie. Puede que no te odie, pero que lo único que quiera sea que seáis amigos. O tal vez —dijo, encogiéndose de hombros—, a ella también le gustas.

La esperanza me arañó la garganta como un animal enjaulado a punto de escapar, pero me la tragué.

—Nunca lo sabrás si no le dices lo que sientes.

—Somos compañeros de equipo —le recordé—. Joder, somos puñeteros compañeros de habitación. ¿No te parece un poco egoísta por mi parte poner eso en riesgo complicando lo que obviamente sigue siendo muy frágil entre nosotros?

—Todas las decisiones que tomamos conllevan riesgo —dijo Clay—. Solo tienes que decidir qué riesgo merece la pena correr. ¿Preferirías decírselo y arriesgarte a que las cosas se pongan un poco incómodas o que te rechace? ¿O prefieres no decir nada y ahogarte en lo desconocido preguntándote si ella siente lo mismo?

—Yo solo... no veo un escenario donde ella alguna vez lo sintiese. En el que pudiera sentirlo.

—Entonces estás muy ciego —dijo Clay riéndose—. Tío, si no ves cómo te

mira esa chica, cómo reacciona cuando respiras cerca de ella, por no hablar de cuando la tocas... —Sacudió la cabeza—. Entonces tienes un problema importante.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Creo que voy a vomitar.

—Bueno, si lo haces, hazlo por allí —dijo Clay, señalando hacia la línea de banda—. Acabo de limpiar estas zapatillas.

Me reí entre dientes, dejando escapar una larga exhalación mientras valoraba su consejo.

Le dije que estaría fuera toda la noche, un poco porque sabía que se sentía incómoda después de lo ocurrido, pero sobre todo a petición suya, ya que dijo que necesitaba una noche tranquila para estudiar.

No pasé por alto la forma en que ni siquiera podía mirarme a los ojos después de nuestra última sesión de estudio y cómo había resultado.

Pero esta noche no entrenábamos, lo que significaba que tenía la oportunidad de tenerla un rato a solas, de hablar sin toda la distracción que siempre nos rodeaba.

No sabía lo que iba a decirle, no sabía lo que iba a hacer, no sabía si sería peor al final de todo o si sería la mejor decisión de mi vida.

Lo único que sabía era que tenía que intentarlo.

Tenía que verla.

Tenía que tantear el terreno y ver si ella también sentía lo mismo que yo.

—Ponme una vela, tío —le dije a Clay, dándole una palmada en la espalda mientras corría hacia los vestuarios.

Su risa resonó detrás de mí cuando gritó:

—Pondré unas cuantas.

♥ ♥ ♥

Riley

Chance Hughes estaba de pie frente a mi escritorio, con las manos en los bolsillos de sus pantalones caqui y los ojos azules brillantes fijos en el grabado de Dalí que colgaba de mi pared. Lucía una sonrisa despreocupada y un polo azul marino con el emblema de su fraternidad en el bolsillo del pecho.

—Esto mola —comentó, inclinando un poco la cabeza para mirarlo desde un

nuevo ángulo—. Y es un poco espeluznante.

Sonreí.

—Así es Dalí.

Se giró hacia mí con una sonrisa amable y su mirada recorrió toda la habitación antes de posarse de nuevo en mí.

Chance Hughes era estudiante de tercer año. Era el presidente de deportes de su fraternidad, le encantaba jugar al golf con sus amigos, iba a una casa de vacaciones en Myrtle Beach con su familia todas las Navidades y asistía a festivales de EDM como si fuera su trabajo.

Eso era todo lo que sabía sobre él y, mientras él cruzaba la habitación con ojos hambrientos, tuve la sensación de que eso sería todo lo que llegaría a saber de él.

Y me pareció bien.

Para empezar, esta fue la razón por la que me metí en Minglr. Esto era lo que había estado tratando de hacer realidad.

Pero ahora que estaba sucediendo de verdad...

Me estremecí por los nervios cuando se acercó a mí y sonrió un poco más, colocándome el pelo detrás de una oreja antes de acariciarme el cuello.

—¿Nerviosa? —preguntó.

Solo pude responder con un leve asentimiento, porque si abría la boca, sabía que lo arruinaría. Sabía que le confesaría que el sexo ocasional no era algo que hubiera hecho o ni siquiera considerado antes. Que la única razón por la que estaba pensando en ello ahora era porque tenía oleadas de calor indecisas entre las piernas cada vez que mi compañero de piso me miraba, y estaba claro que estaba frustrada sexualmente, y eso parecía estar vinculado a mi rendimiento en el campo. Por lo tanto, lo único que buscaba era divertirme un poco y aliviar un poco el estrés, pero el hecho de divertirme y aliviar el estrés de esta manera me estresaba aún más.

Apreté aún más la boca para no decir ni una palabra sobre eso.

Y entonces, Chance Hughes me besó.

Fue... agradable, el beso. Todavía me acunaba el cuello, su mano libre me rodeaba la cintura y tiraba de mí hacia él mientras gemía y profundizaba la presión contra mis labios.

Mis ojos seguían abiertos, pero los suyos estaban cerrados, así que yo también cerré los míos e intenté imitar su ruido, gemir como si también me gustara el beso.

Finge hasta que lo consigas, ¿no?

Chance me hizo retroceder hasta que mis rodillas chocaron con la cama y me senté, rodeándole el cuello con los brazos y haciéndole caer conmigo. Nos golpeamos contra la pared, lo que me hizo reír, y él también sonrió y metió la mano bajo mi camiseta.

Me estremecí, pero solo porque su mano estaba helada contra mi cálido estómago. Sin embargo, sonrió más, como si su tacto me deshiciera mientras me besaba a lo largo del cuello.

—Estás buenísima —susurró.

—Gracias —le susurré, y luego me ruboricé, encogiéndome de hombros. Antes de que me mirara y viera que me acobardaba, volví a besarlo, poniéndole todo el entusiasmo que pude.

*«*Relájate, Riley. Diviértete.*»*

Chance rodó hasta colocarse entre mis piernas y soltó otro gemido gutural mientras movía las caderas contra mí.

Yo, en cambio, tuve que reprimir una mueca de dolor cuando los huesos de su cadera se clavaron en mis muslos, la tela de sus pantalones era demasiado dura y rozaba mis pantalones cortos.

Chance lo tomó como una señal de que me encantaba lo que estaba haciendo y volvió a hacerlo, y esta vez grité, empujándole un poco hacia atrás y reacomodándome.

—Lo siento —susurré, sonriendo y tirando de él hacia mí.

*«*Dios, esto se me da fatal.*»*

Pero a Chance no pareció importarle, y se balanceó entre mis piernas, deslizando su mano por mi camiseta otra vez. Aquella palma helada cubrió mi sujetador deportivo, y solo tuve una fracción de segundo para sentirme cohibida por mi falta de tetas antes de que la puerta de mi habitación se abriera de golpe.

Se estrelló contra la pared e interrumpí el beso con Chance, miré por encima de su hombro para encontrar a un Zeke erguido en el umbral de mi puerta.

—¿Qué dem...?

No tuve tiempo de pronunciar la siguiente palabra antes de que arrancase a Chance de mí; literalmente, le arrancó del cuello de la camiseta por detrás. Se ahogó y tosió mientras Zeke lo lanzaba contra la pared, casi haciendo caer uno de mis cuadros en el proceso.

—¡Zeke! ¡¿Qué coño te pasa?! —Chillé, tapándome la boca con las manos. Vi con horror como agarraba a Chance por la camiseta de nuevo, despegándolo de la pared y lo dirigió hacia la puerta. Lo lanzó a través de ella, y Chance tropezó

hacia atrás, apenas se recuperó antes de que Zeke estuviera allí empujándolo de nuevo.

—¡Zeke! —intenté, pero me ignoró.

—Fuera. —Fue lo único que dijo, empujando a Chance hacia la puerta.

Chance me miró con los ojos muy abiertos, y de repente, toda esa energía nerviosa fue sustituida por un manojo de rabia absoluta.

—No puedes decirles a mis invitados que se vayan —le dije a Zeke.

Me ignoró, su mirada asesina se clavó en Chance, cuya sorpresa se convirtió poco a poco en sospecha e ira. Se recompuso y se alisó las manos sobre el polo antes de cuadrar los hombros.

—¿Hay algún problema, tío?

Zeke se le quedó mirando.

Chance me miró, levantando el pulgar hacia

Zeke.

—¿Es tu novio o algo así?

—No —dije furiosa, yendo hacia Zeke y empujándolo hacia su habitación.

Apenas se movió, y sus ojos no se apartaron de Chance mientras aspiraba profundamente como si fuese un maldito dragón.

Chance negó con la cabeza, mirando de mí a Zeke y viceversa.

—Mira, no quiero problemas. Dijiste que querías divertirte.

—Sí, eso quiero —dije, acercándome a él. Se puso un poco tenso, pero luego me rodeó la cintura con el brazo.

Y Zeke frunció el ceño.

—Quítale las manos de encima —advirtió.

—Zeke —le dije en voz baja, lanzándole una mirada que decía que si decía una palabra más estaba muerto. Pero no me estaba mirando. Y cuando Chance me agarró por la cintura, Zeke apretó los dientes.

Luego, voló por la habitación.

Apenas pude romper el contacto con Chance antes de que Zeke lo empujara contra la puerta principal, su espalda la golpeó tan fuerte que hizo temblar toda la estancia. Zeke se alzaba sobre él, y cualquier intento de lucha de Chance se desvaneció en un instante.

Sacudió la cabeza, mirándome como si yo fuera un psicópata, antes de sacudir la cabeza y apartar a Zeke de un empujón.

—Me voy de aquí —dijo, y luego giró la manilla de la puerta y desapareció en el pasillo, la puerta se cerró tras él con un fuerte golpe.

El silencio que envolvió nuestro dormitorio a continuación era como una capa húmeda y caliente, y me quedé boquiabierta mirando por debajo de ella la puerta por la que Chance acababa de salir corriendo, parpadeando una y otra vez como si esto no fuese más que un sueño.

Entonces, me volví hacia Zeke.

Estaba de pie en medio del salón, con el pecho y las cejas arqueadas mientras sus ojos oscuros se encontraban con los míos. Una fina capa de sudor cubría los músculos de sus brazos, de su cuello, de su pecho, con la camiseta ligeramente pegada a él.

Sacudí la cabeza, y rugí mientras me abalanzaba sobre él.

—¿A ti qué coño te...?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Zeke se abalanzó sobre mí con la misma fuerza, acortando la distancia que nos separaba. La conmoción me invadió como un terremoto, repentino e inesperado, y las palabras murieron en mis labios mientras lo veía acercarse a mí.

Sus pisadas resonaron en mi corazón.

Su aliento cálido silenció cualquier intento de decirle que parara.

Sus manos se deslizaron por mi pelo, tirando con fuerza e inclinando mi barbilla hacia arriba.

Y, entonces, su boca reclamó la mía en un beso tan intenso que atrajo la tormenta que había en mi interior.

Tenía unos labios cálidos, pero firmes, exigentes, que capturaron los míos y me robaron toda esperanza de volver a respirar.

El tiempo se detuvo, tambaleándose al borde de un abismo, mientras cada nervio de mi cuerpo ardía en una nube de llamas. Me fundí con él en un suspiro llorón, y él se lo tragó, con las yemas de los dedos enroscándose en mi pelo, los pulgares apretándome la mandíbula lo bastante fuerte como para dejarme un moratón mientras me besaba con más intensidad.

Al principio, apoyé las manos en el centro de su pecho con suavidad, como si quisiera atraerlo hacia mí. Pero entonces el reconocimiento me golpeó como un autobús, y lo empujé con todas mis fuerzas, ambos tambaleándonos hacia atrás y alejándonos el uno del otro mientras el beso se rompía y el mundo parecía derrumbarse a nuestro alrededor con él.

Mi espalda estaba contra la puerta, la suya contra la pared, y los pechos de ambos subían y bajaban al ritmo de un soldado en guerra. Cada bocanada de aire salía de su nariz como si fuese fuego, y sus manos se agarraban a la pared detrás

de él como si tuviera que sujetarse para no volver a lanzarse sobre mí.

Se lamió los labios, arrastró los dientes sobre el inferior y esperó.

Pero sus ojos nunca se apartaron de los míos.

Y me quedé allí, jadeando, a punto de llorar o gritar o destrozar cada prenda de ropa que tenía puesta.

Y también esperé.

Esperé a que me vinieran las palabras, a que se me escaparan de la lengua las razones por las que debía enfadarme con él. Esperé y esperé a que me viniera la sensatez, a que recordara por qué le odiaba, a que recordara por qué lo último que quería era que volviera a besarme así.

Pero no llegó nada.

Sin sentido y sin razón, sin poder evitarlo, reduje el espacio que nos separaba en tres largas zancadas y me lancé a sus brazos.

Y él me atrapó en otro beso que me robó cualquier argumento que pudiese haber sobrevivido.

CAPÍTULO 17

Riley

Manos.

Unas manos grandes y exigentes.

Unas manos grandes y exigentes por todas partes.

En mi pelo mientras atraían mi boca hacia la suya, mientras respiraba el siguiente beso como un hombre que lleva años bajo el agua y yo fuese la superficie. Agarrándome la garganta mientras me besaba con más ganas, como si no supiera si quería asfixiarme o adorarme. Recorriendo todo mi cuerpo, bajando por mis costillas y pasando por encima de mis caderas hasta que me tocaron el culo y me levantaron sin esfuerzo.

Era una sinfonía de jadeos y gemidos mientras me llevaba a ciegas por la habitación, abriendo la puerta de mi dormitorio de una patada. Mi siguiente bocanada de aire se vio interrumpida cuando me inmovilizó contra la pared, y su beso posesivo se deslizó por mi mandíbula, bajó por mi cuello, hasta que me mordisqueó la clavícula y me arqueé contra él, suplicándole en silencio que me diera más.

Las sirenas de alarma siseaban como el temblor de la cola de una serpiente de cascabel, como una voz lejana que intentaba atravesar el éxtasis con desesperación y recordarme que era Zeke quien me estaba deshaciendo con cada caricia.

Era Zeke, el mejor amigo de mi hermano.

Zeke, mi compañero de equipo, mi compañero de cuarto.

Zeke, a quien odiaba, el que desearía que no hubiese nacido, a quien culpaba por arruinar la vida de mi hermano.

Y, sin embargo, cuánto más fuerte me agarraba, cuanto más me besaba… Menos podía aferrarme a otra cosa que no fuera el deseo de tenerlo dentro de mí.

Dejó caer mis pies al suelo y sus manos me abandonaron el tiempo suficiente para alcanzar su nuca y arrancarse la camiseta húmeda.

—Quería matarlo —gruñó, su siguiente bocanada de aire onduló sobre su pecho firme, sus costillas, las montañas y valles de músculos que cubrían su

abdomen. Volvió a besarme, me rodeó la garganta con la mano y me levantó la mandíbula hasta que gemí en su boca—. Quería matarlo, Riley.

—¿Por qué? —exhalé.

Sacudió la cabeza, apoyó la frente contra la mía mientras se lamía los labios.

—Porque estoy marcado por el fuego que provocaste en mí. Porque me has reducido a puñeteras cenizas.

Sus manos se deslizaron bajo mi camiseta, cálidas y envolventes, mientras las yemas de sus dedos se extendían a lo ancho de mi caja torácica, subiendo la tela, arriba, arriba y arriba, hasta que me la arrancó por completo.

—Porque me muero por ti —suspiró contra mis labios—. Y acabaré con cualquiera que toque lo que es mío.

Sus labios rozaron los míos en el beso más breve y castigador posible antes de que sus manos se posaran en mi cintura y me hiciese girar. Me mordió la nuca mientras me arqueaba hacia él, con el calor acumulándose entre mis muslos y los pezones tan excitados que me dolían.

—No soy tuya —dije en un suspiro mientras me besaba los hombros.

Se rio, pero no burlón, sino de una forma oscura y aterradora que hizo que me estremeciera cuando me quitó el sujetador deportivo. Se inclinó hacia mí por detrás y respiré hondo al sentir su erección contra mi culo antes de que se apartara lo suficiente para deslizar los pulgares bajo la goma de mis pantalones cortos.

—¿De veras? —murmuró en mi oído, rozándome el lóbulo de la oreja con la lengua antes de bajar del todo. Sus manos, tirando de mis pantalones cortos con ellas. Su lengua, marcando una línea abrasadora en mi espina dorsal, su voz acalorada mientras gruñía contra el hueso de mi cadera—. Entonces... ¿quieres que pare?

Mis pantalones cortos cayeron al suelo deslizándose por mis tobillos, y sus dedos recorrieron una línea perezosa sobre el borde de la ropa interior que llevaba, trazando la curva de mi culo.

No podía hablar.

Lo intenté, devanándome los sesos en busca de algún comentario insolente o alguna forma de combatir su arrogante declaración de que le pertenecía.

Pero cuando esos dedos se deslizaron entre mis piernas desde atrás, cuando se deslizaron por la fina y húmeda tela que nos separaba, lo único que pude hacer fue jadear.

—¿Quieres que deje de tocarte? —me provocó, pasando un dedo traicionero

por la costura mientras yo temblaba y me aferraba a la pared para seguir con vida—. ¿Quieres que deje de... saborearte?

Su lengua recorrió caliente y plana la parte posterior de mi muslo, la punta apenas rozó donde más lo deseaba antes de que la sensación desapareciera.

—¿Quieres que me vaya? —murmuró, y me quitó las bragas despacio, tomándose su tiempo mientras me pasaba la tela por el culo, bajaba por los muslos hasta las rodillas antes de dejarlas caer y unirse a mis pantalones cortos.

Respiraba con tanta dificultad que cualquiera habría creído que acababa de correr a lo largo del campo, con los dedos arañando la pared y los ojos entrecerrados mientras me concentraba en el calor de su aliento contra mi núcleo dolorido.

Se arrastró de nuevo por mi cuerpo, besando y chupando y mordiéndome el culo, las caderas, la columna, el hombro, hasta que sus labios se acercaron a mi oreja.

—Dímelo —desafió, y solo el sonido de su voz, de su aliento en la parte exterior de mi oreja me hizo temblar, jadear y arquearme para sentirlo contra mí una vez más—. Dime que me odias, Riley.

—Te odio —susurré, pero aun así apreté el culo contra él y me mordí el labio cuando él contuvo un gemido al sentirme contra su erección.

—¿De verdad? —se burló, succionándome el lóbulo de la oreja entre los dientes mientras deslizaba la mano a lo largo de mi cuerpo. Gemí cuando esa mano se deslizó entre mis piernas, un dedo cálido se deslizó por mi centro húmedo y palpitante.

Me tembló todo el cuerpo, tanto que su mano libre me rodeó la cintura para mantenerme firme.

—Sí —respondí, mirando por encima del hombro para encontrarme con su mirada. Sus ojos se clavaron en mis labios cuando dije—: Pero no quiero que dejes de tocarme.

Gruñó, capturando mi boca con un gemido que me hizo soltar otro yo. Y al mismo tiempo, sus dedos se deslizaron más adentro, separando mis labios y deslizándose hasta mi clítoris hinchado. Convulsioné al primer contacto, y Zeke volvió a deslizar sus dedos por esa línea antes de presionar uno en mi interior.

Grité, con la espalda dolorida por lo mucho que me había arqueado para facilitarle el acceso. Sonrió en mi cuello, besando y mordisqueando la piel mientras su dedo trabajaba en mi interior. Entraba y salía, de forma lenta y controlada, cada movimiento de su dedo me penetraba un poco más mientras yo

me retorcía, gemía y me abandonaba.

Cada bocanada de aire me quemaba los pulmones, y el fuego crecía en lo más profundo de mi vientre a medida que Zeke me besaba y me acariciaba. Deslizó otro dedo hacia el interior para unirse al primero, y mi inhalación aguda ante aquella sensación se vio interrumpida cuando su otra mano subió para rodearme la garganta.

Abrí los ojos, el corazón me latía con fuerza, no porque me sintiera en peligro, sino porque me encantaba. Me encantó la forma en que me apretaba la garganta, la ligera presión que ejercía sobre mi siguiente respiración y la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando se dio cuenta.

Me estremecí cuando aquella mano aflojó el agarre y bajó hasta tocarme el pecho y me empujó contra él mientras sus dedos se deslizaban más adentro. Luego, esa mano se deslizó entre mis piernas y, con la palma plana, Zeke me frotó el clítoris.

Estrellas.

Vi las estrellas, brillantes y eléctricas, mientras caía rendida hacia él por el placer abrumador que me provocaba aquel pequeño movimiento.

Sonrió contra mi cuello, atrapándome antes de soltarme por completo, haciéndome girar en sus brazos.

—Mmm —musitó, besándome suavemente mientras me guiaba de vuelta a la cama—. Así que ese es el punto.

No tuve tiempo de confirmarlo o negarlo antes de que me arrojara al desorden formado por las sábanas y el edredón.

Zeke se elevó sobre mí, su cuerpo divino se agitaba con cada respiración mientras dejaba que sus ojos recorrieran mi cuerpo. Se me encendieron las mejillas y apreté las rodillas, pero en cuanto lo hice, las manos de Zeke volvieron a separarlas.

—Déjame verte —me pidió, con las manos calentándome el interior de cada muslo mientras me ayudaba a subirme a la cama para que él pudiera subirse conmigo. Siguió avanzando incluso cuando mi espalda chocó con el cabecero, empujándome hasta que me incorporé lo suficiente para ver cómo colocaba la parte posterior de cada uno de mis muslos sobre sus hombros.

Sus ojos tenían un brillo perverso mientras me besaba a lo largo de los muslos, y yo me estremecí con cada caricia, con los labios entreabiertos y el corazón en llamas mientras lo veía acomodarse entre mis piernas.

Aquellos oscuros iris se encendieron cuando se posaron en los míos, y su

lengua salió disparada, lamiéndome de una vez, en un movimiento largo y torturador.

Gemí y retorcí las sábanas con los puños mientras echaba la cabeza hacia atrás y los párpados se me cerraban.

Entonces me dio un azote en el culo.

Volví a levantarme, frunciendo el ceño y dispuesta a maldecirle cuando su lengua volvió a pasar por encima de mí y perdí la voluntad de hacer otra cosa que suspirar.

—Mira —fue todo lo que ordenó, y luego se puso a trabajar.

Era lo único que podía hacer para aguantar y no gritar su nombre lo bastante alto como para que lo oyera todo el edificio mientras me acariciaba el clítoris, me chupaba, me lamía, me besaba y me comía como nadie lo había hecho antes. Entonces me di cuenta de que quizá nunca me había comido un tío, no de verdad. No así. Todos habían sido lenguas sucias y chicos que no sabían lo que hacían.

Era un hombre tocándome como si mi cuerpo le perteneciese, como si tuviese un mapa en el que se detallaban todos los puntos sensibles que harían que me deshiciese.

Me retorcí y gemí bajo su tacto experto, con los ojos entornados al ver su cabeza hundida entre mis muslos, sosteniéndome las piernas con las manos mientras intentaba alejarme.

Era demasiado, estaba demasiado excitada.

La piel me ardía, tenía la cara roja, la sangre me ardía mientras algo se acumulaba en mis entrañas, profundo e intimidante.

Entonces, Zeke me abrió más, manteniendo una mano en mi muslo mientras me acariciaba con la boca, pero la otra mano se deslizó hacia arriba y hacia dentro hasta que sus dedos me presionaron por debajo de donde me chupaba el clítoris.

—Oh mierda, oh dios, oh… ¡joder!

Grité, mi cuerpo intentó apartarse de forma involuntaria mientras Zeke me sujetaba y me torturaba con la boca y los dedos. Era demasiado. Estaba...

En llamas.

Caliente y candente, que dejaba cenizas a su paso mientras me abrasaba desde los dedos de los pies hasta las orejas. Sentí que me chamuscaba cada nervio del cuerpo, y me quedé paralizada antes de que oleadas y oleadas de placer me consumieran.

Zeke me sujetó con más fuerza, sus dedos mantenían un ritmo constante y su lengua lamía y daba vueltas hasta que caí sin fuerzas.

Cada músculo se relajó, mi respiración se volvió entrecortada y débil mientras me recuperaba del orgasmo más fuerte de mi vida.

Zeke se limitó a sonreír burlón contra mi centro, depositando un beso ligero como una pluma que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera antes de que se arrastrara hacia arriba para presionar esos labios contra los míos.

Saboreé su sabor, mi sabor en él, y mi cuerpo se revolvió sin que yo se lo ordenara, deseoso de más, desesperado por sentirlo de todas las formas posibles.

Metí la mano entre los dos y tiré de sus pantalones de baloncesto.

—Fuera —exhalé.

Y Zeke sonrió contra mis labios antes de responder a mi plegaria.

♥ ♥ ♥

Zeke

No fue más que un minuto, tal vez ni siquiera sesenta segundos, pero fue demasiado tiempo separado de Riley mientras corría a mi habitación a por un preservativo.

Rasgué el paquete con los dientes y dejé el envoltorio en el salón al volver, hasta que me estrellé de nuevo contra su puerta.

Seguía tendida en su cama, tenía las mejillas de un precioso tono rojizo recién salida del clímax y el pelo hecho un desastre mientras me miraba embelesada.

Me lamí el labio inferior y extendí la mano para impedir que cerrara las rodillas.

—No, no —fue lo único que dije, y ella se mordió el labio para no sonreír, dejando caer las rodillas abiertas de nuevo.

Gemí al verla, deslizando el condón sobre mi pene mientras apreciaba aquel sexo hinchado y resbaladizo que sabía que acabaría conmigo. Había sentido cómo se apretaba alrededor de mis dedos cuando se corría, había oído los gemidos de placer de Riley cuando aún no estaba dentro de ella.

Estaba acabado, y lo sabía.

Pero caí de buena gana en mi perdición.

Volví a recorrer con la mirada su cuerpo delgado y esbelto hasta que sus ojos se abrieron de par en par y se fijaron en mí. Sentí una mezcla de asombro y

pánico, bajé la mirada y me acaricié una vez antes de arquear una ceja en su dirección.

Separó los labios y tragó saliva, con los ojos fijos en los míos.

—Ven aquí —susurré, acercándome a ella. Dejó que le cogiera las manos y la guiara fuera de la cama hasta que ocupé su lugar, con la espalda apoyada en el cabecero, y la ayudé a sentarse en mi regazo.

Los dos respiramos acalorados cuando me metí entre sus piernas y sus labios rodearon mi pene lo suficiente como para hacernos temblar a los dos. Flexioné las caderas, saboreando la sensación de separar aquellos labios, y Riley gimió, clavándome las uñas en los hombros al mover las caderas también.

Reclamé su boca mientras me introducía entre nosotros, colocando mi miembro en su entrada. Y nunca sabré cómo logré contenerme, pero lo mantuve ahí, luchando contra el impulso de llenarla de una sola embestida mientras rodeaba sus caderas con las manos.

—Tú tienes el control —le dije, besándola larga y profundamente mientras esperaba.

Era tan delgada que sabía que no sería la experiencia más placentera meterme por completo dentro de ella. Quería que ella estuviera en el asiento del conductor, quería que ella controlara el ritmo.

Riley tragó saliva y asintió mientras apoyaba la frente en la mía. Sus ojos se hundieron entre nosotros mientras bajaba un centímetro.

Me cago en la puta.

Ni siquiera tenía toda la punta dentro de ella, pero todo mi cuerpo se agarrotó y me dolieron las pelotas del deseo de penetrarla.

Respiré hondo y reajusté mi agarre en sus caderas mientras las suyas se apoyaban en mis hombros con suavidad.

Ella bajó un poco más, recibiendo la punta de mi polla, y ambos siseamos.

—Zeke —gimió, y entorné los ojos antes de cerrarlos del todo, concentrándome en mi respiración para no correrme en cuanto la llenara.

—Ve tan despacio como necesites —respiré, abriendo los párpados para buscar su mirada. Ella asintió, lamiéndose los labios mientras se levantaba más sobre las rodillas.

Luego, bajó y metió otro centímetro.

Era una tortura lenta y hermosa a medida que ella subía y bajaba, sus piernas temblaban mientras introducía cada vez un poco más. Cada bocanada de aire era como un sorbo de humo, y cuando por fin se acomodó del todo, abrazándome

hasta el fondo, con las uñas clavadas en mi carne, solté el gemido más profundo y gutural de mi vida.

—Joder, Riley —exhalé, apretando sus caderas lo bastante fuerte como para dejarle un moratón—. ¿Estás bien?

Asintió con el ceño fruncido mientras se levantaba y volvía a bajar, encontrando de algún modo un centímetro más de espacio para meterme dentro de ella.

Gemí y Riley gimió cuando encontró el ritmo, subiendo y bajando despacio y cabalgándome mientras yo me aferraba a su cuerpo con todas mis fuerzas.

Mis manos recorrieron su caja torácica, envolviéndola para abarcar sus pechos con cada palma mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Me agarró de las muñecas, sujetando mis manos contra ella mientras se inclinaba hacia atrás y me tomaba desde otro ángulo.

—Mierda —maldije, acariciando sus pechos, que rebotaban en mis palmas.

Riley aceleró el ritmo, cabalgándome como una maldita amazona mientras movía las caderas y su pelo se mecía en la cresta de su espalda.

—Zeke —volvió a respirar, y reprimí otra maldición al oír mi nombre jadear entre aquellos labios dulces. Sus ojos encontraron los míos mientras giraba aún más las caderas—. Voy... Voy a...

Antes de que pudiera terminar la frase, metí la mano entre los dos y le di a su clítoris la fricción necesaria para hacerla saltar por los aires. Y en cuanto se apretó contra mí y se estremeció gimiendo mi nombre, mi propia liberación se disparó a través de mí.

Me retorcí, con los músculos contraídos por el poderoso orgasmo, mientras ella seguía cabalgando y cabalgando, clavándome las uñas, con el pelo revolviéndose de un lado a otro, con gritos tan fuertes que estiré la mano para taparle la boca con una suave palma.

Me lamió la piel, intensificando mi clímax al imaginar aquella lengua en una parte muy distinta de mí, y sujeté sus caderas mientras bombeaba y me derramaba dentro de ella.

Cuando nos detuvimos, las manos de Riley se apoyaron en mis hombros, su pecho se agitaba y sus ojos se acercaron a los míos despacio.

Le sostuve la mirada, aun intentando recuperar el aliento, manteniéndola pegada a mí mientras flexionaba las caderas apenas un centímetro.

Sonrió, cerrando los ojos ante la sensación, antes de sentarse sobre los talones y dejarme ver todo su hermoso cuerpo sentado sobre el mío.

—Creo que me encanta cuando me odias —bromeé, arqueando una ceja.

Riley se echó a reír, se inclinó hacia delante y me besó con fuerza.

—Cállate y hazlo otra vez —jadeó, empezando a cabalgarme.

Y por arte de magia, empecé a endurecerme dentro de ella a pesar de que estaba agotado.

CAPÍTULO 18

Riley

—¡NBU! ¡NBU! ¡NBU!

El cántico resonó alto y con orgullo en el vestuario de nuestros adversarios después de que les derrotáramos en una batalla sin tregua dos noches más tarde, con la friolera de cuarenta y dos a tres al final del partido.

Leo y Clay estaban en plena batalla de baile en el centro de la habitación, azotándose con toallas entre los movimientos mientras Kyle lo capturaba todo en su TikTok Live. Toda la línea defensiva estaba haciendo algún tipo de elaborado apretón de manos, mientras que un grupo de receptores pretendía posar para la portada de *Sports Illustrated*.

Me reí y me quedé mirando, aplaudiendo junto a Holden, que miraba con una sonrisa de pesar.

Parecía que habíamos llegado a un punto decisivo, que teníamos al alcance de la mano un partido de la *bowl* e incluso el título de campeones nacionales.

Nunca me había colocado, ni siquiera había dado una calada a un porro en ninguna de las fiestas en las que había estado. Pero me preguntaba si eso era estar colocada: el zumbido de la sangre en mis venas, la sonrisa imparable, la hinchazón de mi pecho.

Por supuesto, también me pregunté si ese colocón era por el fútbol o por la forma en que Zeke me miraba desde la otra punta del vestuario.

Mis ojos se encontraron con los suyos y el alboroto se desvaneció como un ruido de fondo cuando nuestras miradas se cruzaron. Zeke se había echado una toalla húmeda sobre un hombro, con el pecho y el abdomen resbaladizos a la vista bajo las tenues luces del vestuario. No pude evitar recorrer cada curva y cada valle, y cuando mis ojos volvieron a ascender, lo vi sonriendo como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

Ya éramos uno.

Habían sido quizás las cuarenta y ocho horas más confusas de mi vida.

Desde el momento en que Zeke irrumpió en la puerta de mi habitación y me arrancó a Chance de encima para reclamarme como suya, apenas habíamos

salido a respirar. Pasamos cada hora despiertos de esa noche en un sueño febril, durmiendo apenas unas horas antes de tener que arrastrar el culo al entrenamiento de la mañana siguiente.

Tuve un nudo en el estómago durante todo el entrenamiento, a pesar de que solo los orgasmos múltiples de Zeke Collins podían producirme un subidón. Fue una tortura asistir a clase después y, cuando volví a la residencia esa noche, estaba a punto de estallar a preguntas sobre lo que significaba todo aquello.

Pero nunca tuve la oportunidad de dar vida a ninguna de esas preguntas porque, en cuanto crucé la puerta, me vi envuelta en los brazos de Zeke y me llevó de vuelta a su cama.

Nos despertamos justo a tiempo para subir al autobús de esta mañana, y entonces llegó el día del partido, los dos nos concentramos, ninguno de los dos éramos capaces de pensar en otra cosa que no fuese fútbol americano.

Hasta ahora.

Zeke se relamió el labio inferior, su lengua se deslizó despacio por la carne mientras yo seguía el movimiento. Una chispa de calor inundó mis piernas y las crucé, como si eso fuera a ayudar.

Zeke sonrió más.

El rugido del equipo me sacó de mi aturdimiento, y me levanté de un salto para unirme a todos los demás apiñados en el centro. Tan pronto como Holden gritó: «No hay días libres y las manos volaron en el aire», el equipo comenzó a dispersarse.

Y Zeke se me acercó.

—Buen partido, Superratona.

Entrecerré los ojos, pero a diferencia de antes, esa mirada fue mermada por una sonrisa que no pude contener.

—Sí, tú también lo hiciste bien. Para ser un regresador de patada.

Sus cejas se alzaron hasta la línea del cabello.

—¿Solo bien? Hice dos regresos de más de cuarenta yardas cada uno.

—Sí —dije, acercándome a él mientras bajaba la voz—. Pero... no metiste ningún gol.

Un brillo malvado apareció en sus ojos.

—Todavía.

Me sonrojé, y entonces Leo apareció entre nosotros, rodeándome con un brazo primero a mí y luego a Zeke.

—Vamos a salir —dijo, mirándonos a ambos antes de apuntarme con un dedo

directamente al pecho—. Eso significa que tú también, Novo.

Me reí y le quité el brazo de encima.

—Creo que la cama del hotel me está llamando.

—Ohhh no, no lo está haciendo. No hasta por lo menos medianoche —argumentó Leo, y luego me tiró por encima de su hombro como un saco de patatas.

Y allí donde lo normal hubiese sido que me revolviese y le diese un tortazo en la cabeza hasta que me dejase en el suelo, me limité a reírme mientras me llevaba corriendo por los vestuarios.

—Hemos ganado. Nuestra temporada está que arde. Y estamos en Filadelfia solo una noche. Te vienes —dijo con rotundidad, dándome una pequeña palmada en el culo cuando por fin me dejó en el suelo.

¿Quién podría discutir eso?

♥ ♥ ♥

—No te creo.

—Los demás tampoco —me aseguró Clay con una sonrisa, chocando su vaso de agua contra el mío. La mayoría de los chicos del equipo tenían carnés falsos o eran lo bastante conocidos en el campus como para que conseguir una copa allí nunca fuera un problema.

Pero no estábamos en nuestro campus, así que teníamos que pedir chupitos a escondidas a los chicos del equipo que tenían edad suficiente para comprarlos. Todos bebíamos agua entre medias.

—Me da igual que lo creáis o no —dijo Leo encogiéndose de hombros, con los ojos vidriosos y una sonrisa perezosa—. Pero me has preguntado si alguna vez he hecho un trío, y te he contestado.

El bar que habíamos encontrado estaba a unas manzanas del campus, un antro oscuro repleto de estudiantes que estaban visiblemente molestos al ver que la mayoría llevábamos nuestra equipación de los rebeldes de North Boston.

O, mejor dicho, la mayoría de los chicos parecían cabreados de vernos; a las chicas no les importó en absoluto, sobre todo cuando dos de nuestros defensas se arrancaron las camisetas por encima de la cabeza y retaron a algunas a tomarse chupitos directamente desde sus abdominales.

—Te habríamos creído si lo único que hubieras dicho hubiera sido que sí —señaló Holden—. Es el hecho de que luego dijeras que fue con la hija del rector

de la universidad y su mejor amiga lo que ha hecho que nos despistemos.

—Que su padre dirija la institución y tenga una nota media excelente no significa que no le guste ponerse un poco cachonda cuando se apagan las luces.

Leo enarcó las cejas y me rodeó con un brazo mientras yo hacía un esfuerzo por no resoplar. En lugar de eso, bebí un sorbo de agua, al menos hasta que me pusieron otro chupito en la mano por debajo de la mesa.

Los chicos me protegieron de la vista de los camareros y el guardia de seguridad, y me tomé el tequila con rapidez, tratando de no hacer una mueca de asco mientras le daba las gracias al alumno que me lo había proporcionado.

—¿Y tú, Novo? —preguntó Clay.

—¿Me estás preguntando si alguna vez he hecho un trío? Porque creo que todos sabemos la respuesta —contesté sin gracia, ganándome una risita por parte de los chicos.

—Bueno, entonces cuéntanos otra cosa. ¿Cuál es el sitio más sucio donde lo has hecho? —Clay movió las cejas, inclinándose sobre la mesa como si estuviera a punto de contarle el mayor secreto del mundo.

Arrugué la nariz.

—¿Lo has hecho? Suenas como un niño de doce años.

—Evitando la pregunta, por lo que veo —comentó, y no se me pasó por alto cómo le guiñó un ojo a Zeke, que lo observaba con una mirada asesina.

Incliné la cabeza, pero Zeke se limitó a mirar hacia otro lado y a beber agua a grandes tragos. También me di cuenta de que esta noche no había bebido ni un trago, ni siquiera un sorbo de cerveza.

«Sigue sin beber...»

No supe por qué eso me calentó el pecho, pero no tuve tiempo de procesarlo antes de que me estuvieran volviendo a preguntar.

—Vamos, danos algo —dijo Leo—. Déjame adivinar: el cine. El bosque. ¡Un baño público!

—Ugh —dije y sacudí la cabeza mientras los evaluaba—. Qué asco. ¿La gente de verdad quiere que se la follen en un baño sucio?

—No tiene por qué —dijo Leo—. A veces es en el retrete sucio. O inclinado sobre él. O…

Holden le dio un codazo en las costillas, acabando con el resto de la frase y con su siguiente bocanada de aire.

—Ignóralos, Novo. No tienes por qué responder a sus estúpidas preguntas.

—¡Eh! Ahora es uno de los chicos —se defendió Leo, como si eso debiera

haberme hecho sentir mejor.

Por otra parte, ser uno de los chicos era mejor que cómo había empezado la temporada, eso estaba claro.

Dejé escapar una carcajada por la nariz, con los ojos en el borde de mi vaso, donde mis dedos marcaban el sudor, y culpé al tequila que corría por mi organismo de lo que dije a continuación.

—No sé, creo que no me he aventurado mucho en el exhibicionismo. No soy la más... —Me encogí de hombros, encontrándome con sus miradas—. Experimentada.

Los ojos de Zeke se clavaron en los míos y había algo oscuro en ellos, algo que no pude identificar. Frunció las cejas con tanta furia que la línea que las separaba era lo bastante profunda como para retener agua. Cada parte de su cuerpo se tensó, desde la mandíbula hasta el lugar donde agarraba con fuerza el vaso de agua.

¿Estaba... enfadado? ¿Decepcionado?

¿Sentía curiosidad?

Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido como lo noté, y entonces Holden se levantó y golpeó la mesa de madera.

—Bueno, yo sé una cosa: ninguno de vosotros va a follar en un baño esta noche.

—Habla por ti —se burló Leo, dándole un codazo a uno de los chicos que tenía al lado.

Holden negó con la cabeza.

—Voy a marcharme. Comportaos —advirtió, señalando con el dedo a Leo, pero sus ojos nos siguieron a todos—. Y no lleguéis tarde al autobús por la mañana. El entrenador nos dará una paliza. Y si tengo que dar vueltas gracias a uno de vosotros, podéis estar seguros de que el castigo que os impondré yo será peor.

—¡Señor, sí, señor! —se burló Clay, levantándose de su asiento y despidiéndose de Holden al pasar. Cuando se fue, Clay transformó su expresión seria en una sonrisa que le atravesó el rostro mientras me cogía la mano—. Vamos a bailar.

Me tiró del taburete antes de que pudiera reírme o discutir, y no me importó, sobre todo con el alcohol zumbando caliente y bajo en mi sistema. Dejé que Clay me llevara al centro de la oscura y abarrotada pista de baile y le seguí la corriente.

Se dedicó sobre todo a hacer el tonto, y yo seguí su ejemplo, haciendo frente a su baile de hombre corriendo con uno mío de carrito de la compra. Estaba sacando las pistolas cuando más miembros del equipo se unieron a nosotros, algunos de ellos trayendo chicas con ellos, otros encontrando una chica una vez que llegaron a la pista de baile.

Las luces parpadeaban en lo alto y el bajo me retumbaba en el pecho cuando el DJ cambió de canción. La pista de baile, ya repleta, parecía ahora una lata de sardinas, con los cuerpos moviéndose unos contra otros, quisiéramos o no.

Clay estaba cerca de mí, rozándome de vez en cuando el punto entre los hombros para hacerme saber que estaba allí. Y en medio de todos mis compañeros, me di cuenta de que me sentía... segura. Cuidada.

Como si no tuviera nada de lo qué preocuparme.

Mis manos se elevaron por encima de mi cabeza, cerrando los ojos mientras movía las caderas y me dejaba llevar por la música. Ese último trago me había llevado al límite, y saboreé la sensación de estar borracha por primera vez en más tiempo del que podía recordar mientras bailaba y bailaba y bailaba.

No me había dado cuenta, hasta ese mismo momento, de la cantidad de rabia, estrés y presión a la que me había estado aferrando. Ni siquiera era como si me ahogara bajo su peso, sino como si me aferrara a esas emociones como si fuesen el salvavidas que me mantenía a flote. Era como si tuviese que estar enfadada, centrada, con la guardia en alto cada segundo de cada día; de lo contrario, me hundiría.

Pero esta noche, me sentía como si flotara en la superficie, las olas me acunaban y me llevaban con la corriente.

Y no tenía miedo.

Me sentía liberada.

Esta noche no pensaba en el fútbol americano. No pensaba en mi forma física ni en el entrenamiento ni en la promesa que le había hecho a mi hermano gemelo. Solo bebía, bailaba y me divertía con mis amigos.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aquello.

El compás volvió a cambiar, encontrando un ritmo constante y más lento. Clay volvió a tocarme el hombro y sonreí, sabiendo que estaba allí, sabiendo que todo iba bien.

Las luces se atenuaron aún más, el ritmo aumentó, y entonces volví a sentir la mano de Clay.

Solo que esta vez estaba más abajo.

Al principio, me tocó con suavidad, con la palma de la mano en la parte baja de la espalda, pero luego la palma se deslizó hasta acariciarme la cintura y la otra mano enmarcó el lado opuesto.

Abrí los ojos de golpe y tragué saliva.

«Tiene novia».

El miedo se me hundió en el estómago cuando sus manos me agarraron con fuerza por las caderas, tirando de mí hacia él, y emití un quejido interno.

«¿Por qué, Clay? ¿Por qué has tenido que hacer que esto se volviese incómodo?»

Ladeé la cabeza, preguntándome si debía decirle que se apartara o simplemente reírme mientras yo misma le quitaba las manos de encima. Estaba borracho. No quería pasarse de la raya.

Pero antes de que pudiera hablar, una voz grave me retumbó en el cuello.

—Es divertido, ¿sabes?

Los ojos se me cerraron al oír la voz de Zeke, los dedos de los pies se me curvaron cuando sus manos se deslizaron unos centímetros hacia abajo y las yemas de los dedos jugaron con la piel que quedaba al descubierto entre mi camisa y los vaqueros.

Me atrajo hacia él, mi espalda quedó pegada a su pecho, sus caderas se movían al compás de las mías mientras me sujetaba con fuerza.

—¿Qué? —logré decir, respirando con dificultad cuando los cálidos labios de Zeke recorrieron la curva de mi cuello. Miré a la multitud para asegurarme de que nadie del equipo nos había visto. Pero estaba demasiado oscuro y no podía distinguir a nadie más que el destello de una cara de vez en cuando.

Me relajé.

Hasta que Zeke susurró:

—El exhibicionismo.

La palabra sonó tan sucia, tan seductora, cuando salió de su lengua y chocó contra mi piel húmeda. Busqué su camiseta por detrás y apreté las manos en ella para acercarlo más a mí.

—Es como una especie de... subidón —continuó, sus labios se movían contra mi cuello, su voz era un soplo de calor en mi oído—. Saber que estás rodeado de gente, que en cualquier momento podrían verte, descubrirte.... —Sus dedos se hundieron por debajo de la cinturilla de mis vaqueros, apenas un centímetro, pero lo suficiente para que mi siguiente respiración se atascara en mi garganta mientras susurraba—: Mirarte.

Me humedecí los labios y dejé caer la cabeza contra su pecho. No tenía palabras, ni una sola. Seguí moviéndome con él, deleitándome en la sensación de tener sus manos sobre mí.

—¿Confías en mí? —susurró a continuación, dándome un ligero beso en la nuca.

Tragué saliva y me giré un poco en sus brazos para poder ver sus ojos en la oscuridad.

No.

Eso es lo que debería haber dicho. Era lo que sentía hasta la médula hace solo unos días.

¿O no?

Lo había odiado.

¿O no?

Busqué en lo más profundo de mi alma ese odio que le tenía, todas las razones por las que esto estaba mal. Pero todo quedaba tan lejos de mi cabeza: Gavin, el fútbol americano, el accidente...

Me centré en el momento en que la mano de Zeke se deslizó entre las mías y me guio en silencio a través de la multitud.

Estaba oscuro, salvo por los destellos de las luces que nos iluminaban de vez en cuando. Me aferraba a todo lo que veía en esos destellos: los dedos de Zeke rodeando los míos, los músculos de su espalda mientras me guiaba, la curva de sus labios cuando me miraba por encima de un hombro.

Nos adentramos cada vez más en la multitud, hacia el DJ, hasta que Zeke tiró de mí hacia el rincón más profundo de la sala. La música sonaba tan fuerte en los altavoces que ya no podía oír nada, ni siquiera los latidos de mi corazón, que se aceleraban en mi pecho de una forma peligrosa.

Aquí arriba había más gente, los cuerpos chocaban entre sí mientras bailaban y levantaban las manos. Unas cuantas chicas se balanceaban precariamente sobre tacones altos en la pequeña plataforma que había junto al DJ, y una de ellas servía chupitos directamente de una botella a la boca de cualquiera que se presentara a sus pies.

No había otro sitio adonde ir, pero Zeke seguía tirando de mí, metiéndonos entre cuerpos que se resistían a dejarnos pasar.

—¡Zeke! —intenté gritar por encima de la música, pero fue inútil. Sabía que no podía oírme.

Estábamos casi tocando la cabina del DJ cuando Zeke me sonrió una vez más

por encima del hombro, y luego desapareció detrás de una pared que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí.

Y me llevó con él.

La música se atenuó un poco, la diferencia entre estar delante de los altavoces gigantes y detrás de ellos. Me zumbaron los oídos cuando me arrinconó contra la parte trasera del altavoz, deslizándonos en el espacio oscuro entre éste y la cabina del DJ.

Mis manos subieron por su pecho hasta llegar a su cuello, y las yemas de mis dedos recorrieron la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Me mordisqueó el dedo, provocándome una descarga eléctrica en las piernas y, aunque no podía oír nada, sentí las palabras que pronunció contra mi dedo.

Confía en mí.

Entonces se acercó, presionando mi espalda resbaladiza contra el altavoz frío y duro mientras sus manos me enmarcaban la cara. Sus dedos se enroscaron en mi pelo, tirando de él, y mi cuello se arqueó sin elección, y luego reclamó mi boca en un lento y tortuoso círculo con su lengua.

Jadeé en aquel beso, en la forma en que su cuerpo aprisionaba el mío, mi respiración errática se encontró con la suya. Me besó como nunca me habían besado en mi vida: poderoso y posesivo, con su lengua experta acariciando la mía antes de morderme el labio inferior con tanta fuerza que gemí contra su boca.

Estaba tan oscuro que lo único que podía hacer era rendirme a su presión contra mí, a la forma en que sus labios se encontraban con los míos en la oscuridad más absoluta. Pero cuando empezó a besarme en el cuello, levanté la vista para permitirle un mejor acceso.

Y me di cuenta de que estábamos justo debajo del DJ.

Estaba concentrado en la música, con los auriculares pegados a la oreja mientras se mezclaba con la siguiente canción y movía la cabeza al ritmo de la música. Las chicas bailaban a su lado, y cuando no estaba manejando los controles de la cabina, las miraba.

Si miraba hacia abajo y a su izquierda, si echaba un vistazo detrás del altavoz, nos vería.

El pánico se apoderó de mí, pero no era del tipo que me paralizaba antes de una patada. No, era... más intenso, más profundo, ansiedad mezclada con algo deliciosamente prohibido.

Las manos de Zeke, que se deslizaban a lo largo de mi cuerpo, me devolvieron

a él, con aquellas manos cálidas recorriéndome las costillas antes de seguir bajando. Dejó de besarme y sus labios se posaron en los míos mientras me desabrochaba el botón de los vaqueros y bajaba la cremallera despacio mientras yo intentaba no desmayarme.

—Respira —pidió contra mi oreja, pero a continuación paseó su lengua por ese mismo espacio, y dejé escapar un gemido sin poder evitarlo.

Aquellos labios que se cernían sobre mi piel esbozaron una sonrisa y me bajó los vaqueros por las caderas, no hasta el suelo, sino hasta los muslos, llevándose las bragas.

Tomé aire a grandes bocanadas, presa del pánico, y volví a mirar al DJ para asegurarme de que no nos miraba. Pero él seguía concentrado en su trabajo, y cuando Zeke presionó una mano contra el altavoz junto a mi cabeza y la otra se deslizó entre mis piernas, cerré los ojos.

Y me rendí.

Aquellos dedos cómplices me rozaron donde me dolía, haciendo que me temblaran las rodillas mientras me aferraba a Zeke con todas mis fuerzas. Me besó, chupó y lamió el cuello mientras bajaba la mano y deslizaba el índice por mis pliegues. Temblaba, desesperada por tenerlo dentro de mí, por sentir la liberación que ya estaba creciendo como un incendio en mi interior.

Zeke me estrechó aún más, rodeando todos mis sentidos. Me rodeaba la garganta con una mano, impidiéndome gemir, pero dejándome el espacio justo para respirar a pequeñas bocanadas de oxígeno, mientras su otra mano trabajaba entre mis piernas. La música retumbaba en mi cuerpo en una vibración constante y, en la oscuridad, apenas podía distinguir la silueta de su cara, o mirar hacia arriba para ver al DJ justo encima de nosotros, ajeno al placer que Zeke me estaba dando justo debajo de él.

Saboreé su piel salada en mi lengua mientras mordía su hombro, ahogando mis gritos. Su olor me envolvió: hierba, tierra y jabón, un aroma terroso y juvenil, la libertad en una sola bocanada de aire.

Me acarició con la palma de la mano y me frotó el clítoris mientras me penetraba con los dedos. Luché contra las ataduras de mis vaqueros, desesperada por abrir las piernas, por abrirme a él, por empujar más las caderas y alcanzar el orgasmo que me acechaba.

Extendí la mano en la oscuridad, trazando un sendero a lo largo de sus abdominales hasta la cinturilla de sus pantalones de chándal. Su estómago se endureció al contacto, y su mano entre mis piernas se detuvo un poco cuando

bajé la mía.

Zeke gimió cuando lo rodeé con una mano, acariciándolo al mismo tiempo que sus dedos trabajaban lentamente dentro de mí.

—Por favor —supliqué contra su oído, repitiéndolo para asegurarme de que me oía—. Zeke, por favor.

Maldijo, mordiéndose primero el labio antes de capturar el mío en un beso ardiente.

—No puedo —dijo entre dientes.

Fruncí el ceño, acariciando su cuerpo mientras él presionaba más dentro de mí.

—No tengo condón —me explicó.

Asentí en señal de comprensión, pero no le quité las manos de encima. En lugar de eso, cerré los ojos y me lo imaginé dentro de mí, imaginé que esos dedos eran la gruesa, impresionante longitud que tenía.

Moví las caderas, apretándome contra la palma de su mano, y él sonrió contra mi cuello, chupando la piel e invitándome a seguir.

—Suéltalo —me ordenó.

Y lo hice.

El orgasmo me recorrió como una feroz tormenta, los gemidos ahogados por la música que retumbaba con fuerza en el altavoz. Cada músculo de mi cuerpo se liberó a la vez, la sangre recorrió, entumeció y consumió todo a la vez.

Aguanté hasta que el último relámpago cayó entre mis piernas, hasta que Zeke sacó sus dedos de mí y los paseó por mi pecho hasta mis labios, donde me los metí en la boca y le sostuve la mirada a través de la oscuridad.

Maldijo, dejando caer su frente sobre la mía.

—Vas a hacer que me corra si no paras —siseó, pero todavía se flexionó en mi mano, como si por mucho supiera que no podía correrse aquí, no quería dejar de intentarlo.

Sin condón, sin lugar donde correrse con seguridad...

Salvo que...

Le besé con intensidad y le acaricié con movimientos largos y suaves que le hicieron temblar y jadear.

—Riley —me advirtió, pero antes de que pudiera alejarse, me puse de rodillas.

Sentí sus manos tirando de mi codo, tratando de hacer que me levantara, que lo soltara, pero me zafé de su agarre. En un movimiento rápido, tenía sus *joggers*

alrededor de los tobillos, junto con los calzoncillos.

Y entonces me lo llevé a la boca, deslizando la lengua a lo largo de su duro miembro antes de chuparle la corona.

No pude oír la maldición que le salió de la garganta, pero sentí sus manos en mi pelo y cómo se cerraban en puños mientras yo repetía la tortura, lamiendo, chupando y tratando de encontrar lo que lo llevaría al orgasmo.

Eché un vistazo al DJ, pero seguía sin darse cuenta, o tal vez lo había visto y estaba sonriendo para sí mismo sabiendo lo que estaba pasando debajo de él. Por alguna razón, eso me mojó aún más de lo que ya estaba por el orgasmo, e intensifiqué mis esfuerzos, usando una mano junto con mi boca para envolver la polla de Zeke.

Me agarró el pelo con fuerza, guiándome, ayudándome a chupársela. Su ritmo se aceleró, el estómago le temblaba con su respiración entrecortada, y me advirtió, intentando tirar de mi pelo para hacerme saber que estaba allí.

Pero le aparté, mantuve el ritmo y me deleité cuando se derramó en mi boca.

Su gemido fue profundo, vibrando a través de cada centímetro de él de modo que sentí ese temblor en mi garganta. Saboreé cada gota de aquel orgasmo, trabajando al mismo ritmo que le había ayudado a llegar al límite hasta que se calmó por completo.

Me ayudó a levantarme, jadeante, y su pulgar me acarició los labios antes de que su mano me recorriera la garganta.

Tragué saliva.

Y maldijo, dejando caer su cabeza hacia la mía con una sonrisa lasciva mientras yo saboreaba su rendición.

CAPÍTULO 19

Zeke

Cuando era pequeño, mis padres solían llevarme al circo.

No recordaba muchas cosas: el algodón de azúcar, las luces y los colores brillantes, lo mal que olía todo con los animales y la facilidad con la que se enfadaba mi padre cuando los artistas intentaban atraerle a las carpas. Todo estaba borroso, era un buen recuerdo, pero no podía recordarlo con detalle.

Pero había una actuación que recordaba muy bien.

Bajo la carpa, un hombre montaba en monociclo sobre un fino cable tendido de un extremo a otro de la carpa. Llevaba un sombrero gigante que se balanceaba de forma peligrosa de un lado a otro mientras él se tambaleaba y se balanceaba, avanzando y retrocediendo sobre aquella cuerda floja mientras todos jadeábamos y nos maravillábamos a sus pies.

Recuerdo estar esperándolo, que aquel hombre cayera, que su cuerpo salpicara las gradas. Podía visualizarlo, podía ver cómo daba un paso en falso, cómo la bicicleta salía volando hacia un lado mientras él iba hacia el otro, los brazos agitándose y la multitud gritando mientras intentaban despejar el camino.

Nunca se cayó, claro está, pero por algún motivo, tuve pesadillas sobre ese hombre y su precario juego de equilibrio durante años.

Y ahora mismo, me sentía como si estuviera viviendo esa pesadilla.

Había pasado casi una semana desde que dejé a un lado la sensatez y cedí a lo que sentía por Riley. No podía contenerme ese día cuando irrumpí en su puerta y le arranqué a ese maldito cretino de encima. No podía hallar el sentido común en mi cerebro.

Lo único en lo que podía pensar era que ella me pertenecía, lo supiera o no.

Cuando me empujó, pensé que había cometido un error. Pensé que acababa de poner el último clavo de mi ataúd y que estaba a punto de ver cómo ardía todo lo que amaba en mi vida: mi amistad con Gavin, mi sitio en el equipo y, sobre todo, la relación de mierda que tenía con Riley.

Pero antes de que las llamas pudieran alcanzarme...

Ella volvió a tirar de mí.

Desde entonces, había estado a punto de enfermar por las tumultuosas emociones que me envolvían en un ciclón de locura. Un día estaba dentro de ella, saboreando cada caricia, cada aliento y cada beso como si nunca más pudiera hacerlo. Al siguiente, fingía ser un chico cualquiera con ella en el equipo, intentando provocarla sin mirarla demasiado, sin dejar que mi contacto durase más de la cuenta. Entonces, me volvía loco de celos, viendo a mis compañeros flirtear con ella como siempre lo habían hecho. Antes era algo normal, algo que lograba digerir.

¿Pero ahora que la tenía?

Era como si bailaran delante de un oso famélico y llevasen salmón fresco sujeto a cada parte de su cuerpo.

Y justo cuando ya era demasiado, cuando estaba a punto de hacer pedazos a uno de mis compañeros o de decir algo de lo que me arrepentiría, Riley calmaba una tormenta que ni siquiera sabía que se estaba desatando.

Bastaba con una mirada, una sonrisa tímida, un toque suave al pasar junto a mí, y las nubes se despejaban, al igual que mi cabeza.

Volvía a estar bien.

Hasta que dejase de estarlo.

No podía seguir así. Aunque mi forma de jugar no parecía haberse visto afectada por el caos, no ocurría lo mismo con mi estado mental. Si no estaba con ella, no tenía hambre, y no dormía hasta que la oía profundamente dormida en mi cama o en la suya, dondequiera que acabáramos esa noche.

No sabía qué etiqueta podíamos ponernos, pero sabía que tenía que definirlo de alguna forma, de lo contrario, acabaría en un hospital psiquiátrico.

La voz de Clay rondaba por mi cabeza mientras Riley y yo hacíamos ejercicio una tarde después del entrenamiento, los dos abrigados y profiriendo maldiciones contra el frío glacial mientras ella se alineaba patada tras patada. Las nubes grises se arremolinaban en el cielo y los árboles se sacudían las pocas hojas muertas que aún quedaban en sus ramas. Era el otoño en pleno esplendor, con el invierno respirándole en la nuca a modo de advertencia.

Habíamos estado callados todo el día, incluso aquella mañana, cuando nos despertamos enredados bajo sus sábanas. Me quitó los brazos de encima, salió de la cama y se metió en la ducha. Y aunque habíamos hablado de camino al campo y nos habíamos mensajeado cuando estábamos en clase, sabía que ella estaba tan jodida como yo.

No podíamos hablar de ello, porque si hablábamos podría terminar.

Pero no podíamos no hablar de ello, nos mataría.

—Riley —dije cuando terminó de patear, con las manos en las caderas mientras veía cómo el balón se colaba por el centro. Agitó el puño con una sonrisa radiante y se preparó para lanzar otro, pero la agarré por el codo antes de que pudiera hacerlo—. Eh.

Sus ojos se encontraron con los míos, tenía la respiración agitada y resopló, dejando escapar el aire en pequeñas bocanadas blanquecinas contra el cielo gris. Sus ojos, normalmente verdes como la miel, adquirieron el color del acero, enmarcados por unas cejas preocupadas.

—Tenemos que hablar.

Se lamió la comisura de los labios y asintió con la cabeza mientras sus ojos se perdían detrás de mí.

Volví a oír la voz de Clay en mi mente, cómo me decía que estaría ciego si no me daba cuenta de que Riley también sentía algo por mí. Intenté aferrarme a la seguridad de su voz mientras calmaba mi corazón acelerado.

«Es ahora o nunca».

«¿Qué era lo peor que podía pasar?»

Opté por ignorar las respuestas obvias a esa pregunta, aclarándome la garganta antes de hablar.

—Riley, yo... las cosas entre nosotros... tal vez deberíamos...

—Espera —interrumpió ella, levantando una mano, con la otra se pellizcó el puente de la nariz.

Fruncí el ceño.

—Yo... yo también he estado pensando mucho en ello. Simplemente... déjame hablar a mí primero, ¿vale?

Me mordí el labio y asentí.

—Sé lo que vas a decir —dijo, suspirando—. Que es una mala idea. Que tenemos que dejarlo. Que todo esto ha sido un error.

Arqueé una ceja y abrí la boca para decirle que cada pensamiento que tenía en la cabeza distaba mucho de todo eso, pero volvió a cortarme.

—Pero de verdad que lo he estado pensando y... creo que esto podría ser bueno para nosotros.

Interpretó la confusión de mi rostro como si dudara, porque me agarró por los brazos, clavando su mirada en la mía.

—Sé que nunca podríamos... estar juntos —empezó a decir, con las mejillas encendidas por aquellas palabras mientras me miraba a los ojos.

Fruncí aún más el ceño, reprimiendo las ganas de decirle que no pensaba así y que me dolía que fuese lo primero que se le pasase por la cabeza.

—Pero... siento que ambos hemos sido felices. Nos divertimos, ¿sabes? Y, no sé tú, pero mi rendimiento está por las nubes. Me siento mejor que nunca en el campo. Y solo por cómo has rendido este fin de semana, creo que puedes decir lo mismo, ¿no?

Asentí, pero antes de que pudiera decir una palabra, ella siguió hablando.

—Esto es lo que propongo. ¿Y si simplemente… no nos complicamos? —Hizo un gesto con la mano—. ¿Y si lo dejamos como está?

—Riley…

—Yo tampoco quiero nada más, ¿vale? Te lo prometo. Estoy muy de acuerdo con lo que hacemos.

Su confesión me sentó como un jarro de agua fría y estuve a nada de tambalearme por el golpe.

—Pero... te deseo, Zeke —susurró, acercándose a mí—. Y sé que tú también me deseas.

Mi polla palpitó con solo pensar en tomarla aquí y ahora. Y, sin embargo, me dolía el pecho al pensar que eso sería todo lo que podría tener de ella.

—¿Verdad? —preguntó cuando no respondí.

Tragué saliva.

—No actúes como si necesitaras que te responda.

Sonrió burlona, arrastrando las uñas por mi brazo.

—Entonces... ¿por qué deberíamos parar?

Parar.

Ella creía que yo quería parar.

—No podemos decírselo a nadie del equipo —dijo antes de que pudiera decirle que estaba muy equivocada sobre lo que yo quería—. En serio, no podemos decírselo a nadie. —Sacudió la cabeza—. Ya sabes a lo que me enfrento. Si alguien descubriera que estábamos... que yo estaba... con alguien del equipo... yo...

Y así, cualquier esperanza que tuviera de contarle la verdad se disipó como nuestro aliento cálido en el aire frío de la noche.

—Además —añadió con una sonrisa—. Estoy bastante convencida de que Gavin te mataría.

Ante eso, me pasé la lengua por los dientes.

—Qué va. Seguramente Gavin montaría una fiesta.

Se cruzó de brazos, arqueando una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Crees que haría una fiesta porque te estás follando a su hermana gemela?

Relajé la expresión.

—Vale, tal vez no una fiesta, pero…

Riley se rio, el sonido de la carcajada fue suficiente para desarmarme.

—Bueno, no tiene por qué saberlo. Es solo un poco de diversión. —Se encogió de hombros—. Nos ayuda a los dos... a relajarnos.

Ella arqueó las cejas, y yo ignoré la punzada que sentí en el pecho mientras le rodeaba el hombro con un brazo y nos dirigía hacia la zona de anotación para recuperar todos los balones que ella había pateado.

—¿Y después?

—¿Después? —repitió ella.

—Después de la temporada, cuando ya no seamos compañeros de cuarto y todavía tengamos que jugar juntos en el equipo. ¿Cuándo paramos? —Tragué saliva, la palabra «parar» me quemaba la garganta—. ¿Y qué pasará entonces?

Me pareció ver un destello de miedo en sus ojos, pero desapareció enseguida y se encogió de hombros, mirándome como si la respuesta fuese obvia.

—Se acaba cuando uno de nosotros quiera que se acabe, cuando nos aburramos o… no lo sé, nos enamoremos o algo así.

Se echó a reír, como si la idea fuera absurda.

Volví a tragar saliva.

—¿No quieres nada más? —pregunté tentativo, tirando de ella a una parada para que pudiera mirarla a los ojos cuando respondiese.

Sus ojos color avellana se iluminaron un poco y frunció el ceño, mirando hacia la hierba, antes de volver a mirarme.

—¿Hay algo más?

Me costó Dios y ayuda no reaccionar ante aquella afirmación de manera física, no zarandearla y reclamarla con todas mis fuerzas.

—Así que... compañeros de equipo —probé, tanteándola.

Ella sonrió, acercándose a mí.

—Y compañeros de cuarto —añadió—. Con algunos beneficios.

Riley me guiñó un ojo y me dio un beso antes de saltar por la zona de anotación para recoger los balones que había pateado y meterlos en la bolsa de lona gigante.

—¿Te apuntas? —me preguntó con una ceja alzada cuando trotó a mi lado.

¿Y qué otra cosa podía hacer?

Ella no quería más, pero yo no podía soportar la idea de no tenerla.

Así que si era esto lo que me ofrecía...

Me tragué cualquier voz interna que gritara lo contrario y simplemente dije:

—Me apunto.

Y la cuerda floja se balanceó, casi haciéndome caer antes de recuperar el equilibrio a duras penas.

Me pregunté cuánto tiempo podría aguantar.

CAPÍTULO 20

Zeke

A partir de entonces, todo fue un desenfreno.

Había desaparecido mi contención a la hora de mantener las manos alejadas de Riley en función de dónde estuviéramos o quién nos rodease. Sentía como si una bomba hiciera tictac bajo la superficie de mi caja torácica, y me empeñaba en aprovechar al máximo el tiempo que me quedaba antes de que explotara.

Una mañana la metí en un oscuro armario de suministros después de entrenar, los dos nos reímos e intentamos no hacer ruido mientras le quitaba la ropa y me la follaba contra las estanterías de balones, hombreras y ropa para el frío. Riley me rodeó la cintura con las piernas y se agarró a las estanterías mientras las camisetas de deporte se salían de su sitio y caían al suelo a nuestros pies. Pero no nos detuvimos, no hasta que ambos nos dejamos llevar y nos hundimos el uno en el otro, sonriendo, besándonos y planeando cómo salir para no llamar la atención.

Y a la noche siguiente, Riley me envió un mensaje cuando el vestuario empezaba a despejarse.

Ven a las duchas.

No era suficiente con tenernos el uno al otro en nuestra habitación. Cada minuto que pasaba sin mis manos sobre ella o su boca sobre la mía era demasiado. Y, mientras el resto del equipo no se percatara, mientras mantuviéramos nuestra farsa de odiarnos, o, en el mejor de los casos, tolerarnos, cuando estábamos solos...

Ardíamos.

Las horas se convirtieron en días y los días en semanas mientras me perdía en Riley y en el fútbol. La devoré hasta que se corrió en mi lengua en la oficina de entrenamiento físico, y ella me cabalgó tortuosamente despacio y en silencio en la sala de estudio de la biblioteca. Cuando íbamos al cine con el equipo, ambos nos escabullíamos a distintas horas y nos encontrábamos en el baño, cerrando la puerta con llave antes de que tuviera que taparle la boca a Riley para contener sus gritos.

Y aunque me volvía loco por aquellos momentos robados, por la forma en que mi corazón se aceleraba por el riesgo cada vez que ella me dedicaba esa sonrisa cómplice, cuando más saboreaba el tiempo era cuando estábamos en casa.

Ya no cerraba de golpe la puerta de su habitación, y las etiquetas de lo que era de ella desaparecieron. Era como si viviéramos juntos de verdad, como si compartiéramos un hogar.

Lo mío era suyo, y lo suyo era mío.

Me deleitaba con ella tumbada sobre mi pecho después de una larga noche de entrenamiento, con mis dedos bailando en su pelo mientras se dormía poco a poco. Me dolía el pecho cuando nos sentábamos en su cama a media tarde, ella masajeándome las pantorrillas mientras yo sonreía y la escuchaba hablar de sus clases. Incluso estudiar era más divertido, sobre todo cuando me daba la mejor de las recompensas.

Termina el trabajo y lo hacemos en la cocina.

Haz una página de ese ensayo y podrás llevarme a la cama.

Una hora de estudio, y luego mi boca es tuya.

No había manera de evitar la cruda realidad.

Era adicto.

Y, como diría cualquier adicto, no importaba que en el fondo supiera que estábamos jugando con fuego. No importaba que un día todo tuviese que acabar, que un día tuviese que pasar por el síndrome de abstinencia y quitarme.

Ahora mismo, la tenía.

Y aunque me había dicho que no podía darme más, fingí que esto siempre sería suficiente.

El entrenador nos dio libre el domingo después de nuestra séptima victoria. La séptima victoria era importante en el fútbol universitario: significaba que nos habíamos asegurado un partido de la *bowl*. Cómo se desarrollase el resto de la temporada determinaría qué partido, pero ahora mismo, teníamos siete victorias y una derrota, y era algo que había que celebrar.

Gavin había estado ocupado con las clases y los entrenamientos de baloncesto, la temporada estaba en pleno apogeo para él también. Así que cuando nos encontramos con que todos teníamos el mismo día libre, decidimos pasarlo juntos.

—¿Crees que llegaréis a la final? —me preguntó Gavin mientras empujaba su silla despacio por una exposición del Museo de Bellas Artes de Boston. Había sido idea de Riley, por supuesto, y por mucho que no fuera mi manera favorita

de pasar un día libre, no podía decirle que no a aquella chica.

Y después de una hora caminando detrás de ella, de ver cómo se le iluminaban los ojos cuando le llamaba la atención una pieza, quería llevarla a todos los museos del mundo para poder verla así toda la vida.

—No lo sé —confesé, deteniéndonos ante un impresionante retrato de un rey africano. Formaba parte de la exposición holandesa y flamenca, que era la razón por la que Riley quería venir, y Gavin y yo dejamos que nuestros ojos vagaran por el lienzo mientras yo hablaba—. Somos buenos. Los mejores de nuestra categoría, sin duda. Pero... —Me rasqué la nuca—. La parte más dura de nuestro calendario es la última. Kentucky, Carolina del Sur, Georgia Atlantic...

Gavin silbó.

—Joder.

—Sí.

—Al menos sabes a ciencia cierta que jugarás un partido de la *bowl*.

Sonreí, sacudiendo la cabeza mientras sus palabras calaban en mí.

—Voy a jugar en un partido de la *bowl*, Gav. Un puto partido universitario de la *bowl*.

Gavin me miró con una sonrisa de comemierda.

—Más te vale no cagarla como cuando jugamos esa temporada de la NCAA en la Xbox.

Entonces emitió un sonido ahogado, abrió mucho los ojos mientras se rodeaba la garganta con las manos y exageraba el teatrillo.

Le di un codazo haciendo que el reposapiés de su silla cruzara la línea que alertaba que estaba demasiado cerca del cuadro. Maldijo cuando sonó, retrocediendo mientras yo me alejaba de su silla con las manos en los bolsillos, silbando como si no hubiera tenido nada que ver.

Clavó la silla en mis talones, riéndose cuando aullé antes de volver a empujarle.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo va la temporada? —le pregunté.

Gavin suspiró y señaló un cuadro en la galería contigua. Le hice rodar hacia él, muy consciente de Riley cuando pasamos junto a ella, de cómo capté el aroma de su pelo cuando me miró por encima de un hombro.

—No lo sé, tío. Es... difícil. Quiero decir, justo cuando creo que le he cogido el truco, hay un nuevo reto. ¿Y algunos de los equipos contra los que jugamos? Estos tipos no es que sean buenos. Son jodidamente buenos. —Me lanzó una mirada para hacerme entender la diferencia y luego sacudió la cabeza, con el

ceño fruncido—. Parece una locura cuando lo digo en voz alta, pero la mayoría llevan toda la vida en una silla, ¿sabes? Están más preparados que yo. No es que desee otra cosa, es que...

—La tuya es una situación extraña.

Asintió.

—Sí. Y doy gracias por tener esto, pero a veces... —Tragó saliva, y ambos fingimos leer la placa junto al cuadro que contemplábamos—. A veces, me pongo triste. Y echo de menos el fútbol americano. Y no quiero pensar en todo lo que tengo que agradecer. Quiero pensar en todo lo que he perdido.

Se me hizo un nudo en la garganta tan fuerte que no pude volver a respirar, ni siquiera cuando Gavin se volvió para mirarme y me dio un golpecito en el brazo.

—Oye, no hagas eso —dijo, y ni siquiera tuvo que especificar qué era eso—. Es pasado. Tengo derecho a estar triste a veces sin que eso signifique que te guarde rencor.

Asentí, pero no pude borrar el ceño fruncido ni la culpa que me invadió el pecho.

—Le encantan estos sitios —dijo Gavin, el extraño arrebato me sacó de mis pensamientos. Seguí su mirada hacia donde Riley admiraba un cuadro pequeño y oscuro.

Tenía un brazo cruzado en medio de la caja torácica, mientras el codo del brazo opuesto se mantenía en equilibrio en el pliegue, con las yemas de los dedos flotando suavemente sobre los labios entreabiertos. Tenía los ojos muy abiertos y brillosos, que recorrían despacio el lienzo como si no pudiera ver todo lo que el artista le ofrecía, aunque se quedase mirándolo para siempre.

Para mí, ella era más arte que el cuadro que atraía su atención.

—Oh, mierda —jadeó Gavin, dándome un codazo en el muslo. Señaló con la cabeza a una chica rubia que acababa de entrar en la galería en la que estábamos —. Es ella. Es la chica de mi clase de Física.

La forma en que tragó saliva tras esa afirmación me hizo arquear una ceja. Antes de que pudiera cuestionar sus evidentes nervios, murmuró que ahora volvía y rodó directamente hacia ella.

Me metí las manos en los bolsillos y sonreí al ver cómo la chica se ruborizaba un poco cuando él se acercó a ella. Él dijo algo que la hizo reír, y entonces ella se recogió el pelo detrás de una oreja, respondiendo a la pregunta que le había hecho.

Riley seguía de pie frente al cuadro pequeño y oscuro.

Me aclaré la garganta y me acerqué a ella con las manos en los bolsillos para no tocarla por costumbre.

—Artista en su estudio —leí en la placa junto al cuadro.

Riley dio un pequeño respingo, como si hubiera estado perdida en su propio mundo y acabara de darse cuenta de que estaba de nuevo en un museo lleno de gente. Se sonrojó y me miró de reojo antes de señalar la esquina del cuadro, con cuidado de no acercarse demasiado.

—¿Ves cómo aquí ha preferido centrarse en el caballete, en las grietas del suelo del estudio y en la iluminación, en lugar de en el propio artista?

Dejé que mis ojos recorrieran el cuadro mientras ella hablaba y asentí con la cabeza.

—Sí.

—No es más que un cuadro pequeño, probablemente uno por el que cientos, o incluso miles, de personas pasan sin mirarlo dos veces por día —dijo, con una voz suave y llena de asombro. Sacudió la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho—. Pero es brillante. El dramatismo, la iluminación, la forma en que captó algo aparentemente insignificante de un modo delicado e interesante. Es el mensaje de Rembrandt de que el arte no es solo técnica, sino... inteligencia. Es algo más que pintura sobre un lienzo. Es un sueño, una visión, un momento que cobra vida.

Sonreí, pero ya no miraba el cuadro. Estaba mirando a Riley que miraba el cuadro, sus ojos brillaron una vez más, rebosantes de lágrimas no derramadas.

—Te entristece —le dije.

—No —respondió de inmediato, negando con la cabeza. Pero luego apretó los labios y asintió—. Sí.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Yo... No hay razón para que haya evocado este sentimiento en mí, pero cuando lo miro, yo... yo pienso en el fútbol americano.

Estuve a punto de reírme, pero el hecho de que llevara el corazón roto como una máscara me lo impidió.

—¿Y eso?

Me miró y luego volvió a mirar el cuadro.

—Me encanta, Zeke.

La forma dolorosa en que el susurro salió de ella casi me hizo caer de rodillas.

—Me encanta, y me siento culpable por quererlo, como si no fuera mío, como si tuviese una aventura con alguien ya comprometido con otra persona.

—¿Por Gavin? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Puedo cumplir la promesa que le hice —dijo—. Pero ¿más allá de eso? No puedo... no puedo quitarle su sueño.

—También puede ser tu sueño.

—No sé si puede serlo —susurró, y sus ojos encontraron los míos una vez más—. No sin hacerle daño.

Fruncí el ceño, pero no tuve la oportunidad de discutir aquello antes de Gavin se uniera a nosotros rodando, colocándose entre nosotros con una amplia sonrisa.

—Adivinad quién tiene una cita el martes por la noche con la rubia sexy que está en la esquina.

Riley y yo fijamos nuestra atención en dicha rubia sexy, que se estaba riendo y estaba sonrojada porque había escuchado su declaración.

No parecía ni un poco arrepentido. Se limitó a inclinar un sombrero imaginario en su dirección antes de guiarnos hacia la siguiente galería mientras Riley y yo le seguíamos el paso entre risas.

Pero la risa de Riley se desvaneció enseguida y pude ver cómo se encerraba en sí misma, cómo libraba una batalla en su interior que su hermano no podía ver.

Así que alargué la mano y la envolví alrededor de la suya, haciéndole saber que alguien la veía.

Riley parpadeó y miró el lugar donde nuestras manos se tocaban antes de buscar mi mirada. Se le dibujó una media sonrisa en los labios y me apretó la mano que sostenía la suya.

Entonces, Gavin se detuvo de golpe y se giró mientras Riley apartaba su mano de la mía y fingía admirar un barco de madera dentro de una gran vitrina.

—Tengo hambre. ¿Quién está listo para estudiar el arte del bocadillo de langosta?

CAPÍTULO 21

Riley

Pide un deseo.

Me quedé mirando la tarjeta de cumpleaños de mis padres, la tarta de cumpleaños que aparecía en el anverso con las velas derritiéndose por los lados. Había un oso rosa peludo preparándose para soplarlas y, sobre él, una inscripción brillante: «Pide un deseo».

Un pequeño suspiro risueño me abandonó mientras pensaba en lo que desearía, si realmente supiera que se haría realidad. Tal vez desearía volver a la noche en que Zeke y yo cruzamos todas las líneas y no tirar de él hacia mí después de que lo empujara la primera vez. Tal vez desearía volver a cuando le dije que podíamos tener algo pasajero, que no quería más.

O tal vez desearía la cosa más imposible de todas.

Que fuese mío.

Que hubiera alguna forma, algún lugar, algún universo que existiera donde pudiéramos estar juntos. Donde no fuese un desastre para mí, la única chica en el equipo de fútbol, salir públicamente con otro jugador; peor aún, el jugador con el que comparto habitación. Un lugar donde mi hermano no perdiese la cabeza al saber que su mejor amigo y su hermana habían pasado últimamente más tiempo juntos entre las sábanas que en el campo.

Todo había ocurrido tan… rápido.

Al principio no lo reconocí, lo rápido que caí, lo fuerte que salté sin siquiera pensar en mirar atrás. Había pasado de detestar a Zeke y desear que nunca hubiera nacido a desearlo en cualquier momento que no estábamos juntos.

Y quizá eso era lo que más me reconcomía.

Seguía siendo el responsable de que mi hermano gemelo estuviese en una silla de ruedas de por vida, y, sin embargo, ahora, no podía reunir ni un ápice de odio o repugnancia por lo que él había hecho.

Lo deseaba.

Lo deseaba con todo mi ser.

—Pide un deseo —murmuré, frunciendo el ceño—. Ojalá fuera así de simple.

Metí la tarjeta en el cajón del escritorio y suspiré al verme reflejada en el espejo apoyado en la parte trasera de la puerta del armario. Me veía ridícula con una pamela, pero ni siquiera eso me hacía sonreír.

Había pasado las últimas semanas ignorando todos esos sentimientos que bullían bajo la superficie. Había sido más fácil así, lanzarme a los ejercicios, al entrenamiento, a las clases y, al final, a Zeke. Teníamos un trato, un acuerdo.

Tenía que tomarlo como lo que era.

Recordar lo que nunca sería.

Fue mi brillante idea.

¿O fue mi lamentable intento de protegerme de la única manera que sabía, para tomar las riendas de lo único que podía controlar?

Lo que había guardado en mi interior saltó como si fuera confeti lanzado por un cañón mientras me preparaba para salir con el equipo en Halloween.

Por mi cumpleaños.

Unos nudillos golpearon con suavidad el marco de mi puerta, que estaba abierta. Había permanecido así desde que Zeke la atravesó volando y me arrancó a otro tipo de encima semanas atrás.

Ahora estaba ahí de pie, con la cadera apoyada en el marco de la puerta, de brazos cruzados, mirándome. Sus ojos oscuros recorrieron desde el sombrero que llevaba en la cabeza hasta los tacones rosas con los que intentaba no tambalearme, antes de volver a subir.

—Voy de Barbie —expliqué encogiéndome de hombros y señalando mi atuendo con un largo movimiento de la mano.

Zeke soltó una carcajada, cruzó el umbral de mi habitación y me abrazó sin vacilar, como si fuera algo natural, como si yo perteneciera a ese lugar.

—Este disfraz es... un problema.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fruncí el ceño, el pánico me recorrió mientras miraba el conjunto—. Me parecía mono.

—Bueno, eso es parte del problema —me explicó—. Es mono. Adorable, la verdad. Y extraño. Y ridículo. Y, de alguna manera... —Trazó la ajustada camiseta de tirantes rosa fuerte a juego con los tacones, dibujando con el dedo el logotipo de *Barbie* en cursiva sobre mi pecho—. Sexy de cojones.

Ese dedo bajó hasta mi ombligo, y su contacto me puso la piel de gallina, lo que le hizo sonreír aún más.

—¿Quieres tu regalo de cumpleaños ahora o luego?

El estómago se me revolvió con un dolor tan específico causado por Zeke que

me pregunté si debería darle un nombre científico: el Zekes. Era un cruce entre querer dejarme llevar por él, mis muslos apretándose ante la idea de que estuviera dentro de mí, y mi cerebro luchando por recordarme que todo esto acabaría conmigo hecha pedazos en el suelo.

—Más tarde —dije en voz baja—. El equipo está esperando.

Como si nada, un aluvión de puños se abalanzó sobre la puerta de nuestro dormitorio, y todos los chicos nos gritaron que dejáramos de acicalarnos y saliéramos de una vez.

Sonreí con satisfacción, pero cuando intenté apartarme, Zeke me retuvo. Buscó mis ojos entre las cejas curvadas, con la mandíbula firme.

—¿Estás bien?

Forcé una sonrisa más amplia.

—Sí. Es que... no sé. Siempre estoy un poco rara el día de mi cumpleaños. —Hice una pausa y luego agité la mano—. Reflexiva o algo así, yo qué sé.

Zeke frunció un poco más el ceño, pero intentó sonreír.

—Solo tienes diecinueve años, ¿sabes? No es momento para la crisis de los cuarenta.

—Tienes razón —dije, tirando de él hacia la puerta—. Es momento de beber, y hacer fotos de todos nuestros estúpidos disfraces, y bailar. —Di una pequeña vuelta bajo su brazo al decir aquello, pero antes de que pudiera apartarme, volvió a tirar de mí, apretándome contra la puerta principal.

Me quedé sin aliento al ver cómo me inmovilizaba, cómo su muslo se deslizaba entre mis rodillas, y las separaba para él.

—¿Qué tal si nos tomamos un momento para besarnos?

Sus manos ya estaban enmarcando mi cara, tirando de mi pelo como a él le gustaba, haciendo que me arquease para él.

—Me he pintado los labios —susurré.

—Me importa una mierda —fue su única respuesta antes de besarme, profundamente, durante mucho tiempo y con autoridad. No tuve más remedio que fundirme en él, sentir cómo mi vientre estallaba en una ardiente llama de necesidad.

Cuando por fin se apartó, los dos un poco sin aliento, me reí a carcajadas.

—Vas a querer ir al baño antes de que nos vayamos —le dije, dándole un golpecito en los labios manchados de rosa.

Se limpió la comisura con el pulgar y sonrió al ver la mancha en la yema cuando se la quitó.

—¿Esto significa que esta noche no podré besarte a escondidas cuando nadie esté mirando?

Me mordí el labio y me incliné para susurrarle al oído.

—Quizá haya otros sitios donde pueda dejar manchas de pintalabios... que no estén a la vista.

Zeke gimió, rodeó mi caja torácica con las manos y me inmovilizó contra la puerta con otro beso apasionado. Pero más puños golpearon el exterior de aquella puerta, sacudiéndonos y haciendo que Zeke suspirara por un motivo completamente distinto antes de soltarme por fin.

—Dos minutos —dijo en voz alta, y luego se dirigió a uno de los lavabos del baño.

Comprobé mi propio reflejo en la cámara del móvil, asegurándome de tener bien el pintalabios, antes de abrir la puerta y encontrarme cara a cara con Leo Hernández, vestido como Forrest Gump, con una peluca y una barba larguísimas, unos pantalones cortos rojos diminutos, una camiseta amarilla pálida y una pala de ping pong en una mano.

—Ya era hora —dijo, y no ocultó cómo valoraba mi atuendo mientras me recorría con la mirada—. No necesitarás ese perfil de la *app* de citas después de esta noche, Novo, te lo aseguro.

Me reí, pero entonces Zeke saltó por detrás de mí y golpeó a Leo en la cabeza mientras pasaba trotando.

—¡Eh! —dijo Leo, arreglándose la peluca antes de salir corriendo detrás de Zeke, dándole una palmada en el culo con la paleta de ping pong.

Y la noche dio comienzo.

CAPÍTULO 22

Riley

—No seas aguafiestas —bramó Gavin mientras pasaba por mi lado disfrazado de coche deportivo, con una chica en su regazo que llevaba un casco de carreras y sujetaba un volante de plástico suelto.

Si la memoria no me fallaba, era la misma chica que nos encontramos en el museo el fin de semana pasado, y me reí mientras él hacía un caballito y ella se aferraba más a él, chillando y mirándolo como si fuera el centro de su universo.

—No soy aguafiestas —discutí, sosteniendo el vaso de plástico rojo con alcohol como prueba.

—Mmm. Siempre te pones triste en nuestro cumpleaños —señaló—. Creía que ya lo habrías superado.

—No estoy triste. Y estás siendo grosero con tu cita —dije, sonriendo a la chica que aún le rodeaba—. Soy Riley, por cierto.

—Jen —dijo, saludándome con las mejillas sonrojadas—. Encantada de conocerte.

—Avísame si mi hermano pasa de ser gracioso y molesto a necesitar que le den una colleja y te ayudaré.

Se rio entre dientes, mirando a Gavin, que le sonreía como si hubiera un millón de secretos entre ellos.

—Oh, creo que ya hemos superado esa fase. Por suerte para él, es lo bastante encantador como para que lo pase por alto.

Gavin me miró con el ceño fruncido, y yo me levanté de mi silla el tiempo suficiente para agarrar la silla y empujarlo hacia la improvisada pista de baile en medio de la fiesta.

—Id, antes de que vomite de lo bonitos que sois.

Me obedeció, pero me miró por encima del hombro con una mirada mordaz, diciéndome en silencio que me divirtiera o moriría. Forcé una sonrisa burlona y volví a acomodarme en la silla, contenta de observar a la gente desde un rincón.

Algunos de los más veteranos del equipo tenían una casa fuera del campus que habían bautizado como «el Nido de las Serpientes». Organizaban fiestas

aquí casi todas las noches que podían, es decir, las noches en las que no teníamos que ir a clase o a entrenar antes de las diez de la mañana siguiente. Aquel lugar estaba permanentemente pegajoso por la cerveza, el sudor y a saber qué más, pero me maravillaba que tuvieran tanto espacio, tanto sitio para decorar.

Aunque no lo hacían.

Estaba dándole tragos a una cerveza y mirando a mi alrededor en la sala de estar, soñando despierta sobre lo que haría si esta casa fuera mía cuando Zeke se apoyó en la pared a mi lado. No quitaba ojo a la fiesta, y se echó a reír un poco cuando Clay y Leo se dieron una especie de apretón de manos antes de saltar al unísono sobre una mesa plegable, y todo el mundo vitoreó cuando ésta se desplomó sobre ellos, haciendo volar vasos llenos de cerveza en el proceso.

—Estoy pensando en dar por terminada la noche —me dijo Zeke a mí y al mismo tiempo a nadie en particular mientras tomaba un sorbo de su vaso con los ojos todavía enfocados hacia adelante—. ¿Tú?

—Oh, Dios, por favor —dije, poniéndome de pie un poco demasiado excitada —. Estas mallas se han metido en un lugar al que no pertenecen.

Sonrió, pero siguió sin mirarme directamente mientras señalaba con la cabeza hacia la puerta trasera.

—Pediré un Uber. Sal en cinco minutos.

La forma en que se las arreglaba para ignorarme mientras me hablaba directamente era toda una hazaña, algo que le había pedido que hiciera cuando llegamos a este acuerdo. Por lo general, le estaba agradecida, incluso impresionada, de que pudiera follarme contra la encimera de la cocina un momento y al otro fingir que era una compañera más.

Pero esta noche, fue un recordatorio de lo que éramos, y lo que no éramos, y que esa línea siempre estaría allí: oscura, permanente y vinculante.

No había un trayecto largo desde el Nido de las Serpientes hasta la residencia universitaria y, por suerte, todos los dormitorios estaban vacíos cuando regresamos, el resto del equipo ni siquiera estaba a punto de irse a dormir. Aún no eran las once, pero solté un largo bostezo cuando Zeke abrió la puerta.

Abrió la puerta para mí y me quité los zapatos tan pronto como estuvimos dentro, gemí al sentir que podía estirar los dedos de los pies de nuevo. Zeke se rio, me agarró de los hombros por detrás y me plantó un beso en la cabeza.

Había cambiado de persona. De compañero de equipo a...

¿Qué, exactamente?

—¿Por qué no te pones el chándal y yo pongo una película?

—Estoy muy cansada —le confesé, retorciéndome en sus brazos—. Puede que me quede dormida pronto.

—Vale —me dijo—. Pero tienes que dejar que te dé tu regalo primero.

Sus ojos brillaban prometedores, y mi cuerpo cobró vida bajo aquella mirada como si de repente tuviera toda la energía del mundo.

—Ropa cómoda —volvió a ordenarme, dándome la vuelta y llevándome con cuidado hacia la puerta de mi habitación. Me dio una palmada en el culo antes de desaparecer en su habitación, y yo sonreí, me quité el disfraz y el maquillaje de la cara antes de dirigirme al salón.

Zeke ya estaba en el viejo sofá, con todas las luces apagadas, salvo la lámpara que tenía al lado y el resplandor de la televisión. Ni siquiera presté atención a lo que ponía antes de sentarme a su lado, y me atrajo bajo su brazo, envolviéndome en todo su calor.

Me estremecí y me hundí más en él.

—Hacía demasiado frío para llevar mallas —dije.

—No sé cómo lo hiciste. Yo llevaba un traje de NASCAR y me estaba congelando las pelotas.

—Sí, pero de alguna manera te las arreglaste para que ese traje con la publicidad de Wonder Bread se viera sexy, Ricky Bobby. Yo habría parecido literalmente un pan de molde Wonder Bread con él.

—Aun así, habría querido desnudarte, aunque llevaras un saco puesto.

Me burlé, poniendo los ojos en blanco mientras me movía un poco entre sus brazos.

—Entonces, ¿cuál es mi regalo?

—Paciencia, Superratona —se burló, pero luego algo más serio lo invadió, frunció el ceño, se sentó más erguido y me puso frente a él—. Yo... antes de eso, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Mi corazón titubeó y se me fue el color de la cara.

«Ya está».

«Aquí terminaba todo».

Los nervios sacudieron las manos de Zeke mientras tomaba las mías, pero apartó una, pasándosela por el pelo.

—Para ti no va a ser fácil oír esto, Riley. Tampoco es fácil para mí.

Tragué saliva, cerré los ojos y me preparé para el impacto. Mi corazón latía tan fuerte en mis oídos que apenas podía oírle por encima de él, apenas podía percibir otra cosa que no fueran mis deseos y mi necesidad de huir y escapar de

lo que estaba a punto de decirme.

—Quiero hablarte de aquella noche.

Fruncí el ceño, abriendo un ojo y luego el otro para encontrar a Zeke mirándome con ojos preocupados.

—¿De qué noche?

Me agarró la mano y esperó a que me diera cuenta de lo que quería decir.

Aquella noche.

La noche del accidente.

—Oh… —Un nuevo tipo de pánico me golpeó, y sacudí la cabeza—. Zeke, no tenemos que...

—Tengo que hacerlo —dijo—. Nunca hemos hablado de este tema. Nunca. De la noche a la mañana, todo cambió y yo... quiero que sepas lo que pasó. Por favor.

No podía discutir su súplica, aunque todo dentro de mi pecho en llamas quería alejarse de él y de esta conversación. Había una razón por la que había evitado esto, por la que lo había evitado durante tanto tiempo.

Nunca habría momento o lugar en el que pudiera pensar en esa noche, y mucho menos hablar de ello, sin sentir dolor.

Logré asentir levemente, y Zeke soltó un suspiro antes de contarme lo que había pasado.

—Todavía recuerdo el momento antes de que todo se fuese a la mierda aquella noche —empezó, mirando fijamente hacia donde su mano sujetaba la mía—. Recuerdo a Gavin haciendo el pino, y que me dio una patada al caer porque perdió el equilibrio. Se rio tanto de mi labio gordo que estuve a punto de darle una patada en el culo, pero fue bastante gracioso, así que dejé que se saliera con la suya.

Su sonrisa se tornó distante al recordar la noche, mientras yo también me dejaba llevar por ella. Lo recordaría todo de aquella noche el resto de mi vida: cómo había decidido quedarme en casa en lugar de ir a la fiesta con ellos. Quería reorganizar mi habitación, colgar las láminas que acababa de enmarcar después de ahorrar todo el otoño para ello.

Se me revolvió el estómago, como siempre que me preguntaba cómo habrían sido las cosas si hubiera ido con ellos, si hubiera conducido yo aquella noche.

—Me tocaba conducir a mí —dijo Zeke, devolviéndome al presente—. Habíamos quedado así incluso antes de salir de vuestra casa. Y ni siquiera había bebido hasta ese momento de la fiesta. Pero entonces... apareció Kaylee.

Casi jadeé.

—Kaylee... ¿esa Kaylee?

Recordaba demasiado bien a la chica con la que Gavin había estado obsesionado la mayor parte de su segundo año de instituto. Yo no era de las que odiaban a una chica que no conocía bien porque sabía que probablemente tenía sus razones para comportarse como lo hacía, pero me volvía loca cómo trataba a Gavin.

—La misma —Sacudió la cabeza—. Por alguna razón, ella le estaba ignorando en la fiesta, seguramente estaba jugando a algo, como siempre. Empezó a afectarle, y empezó a servir chupitos. Para los dos.

Tragué saliva, sintiendo sus manos húmedas alrededor de las mías.

—En ese momento, me di cuenta de que necesitaba a su mejor amigo más que a un conductor. Decidí que nos iríamos en Uber cuando llegara el momento, e hice lo que pensé que él necesitaba que hiciera.

—Pero cuanto más se emborrachaba, peor se ponía. Kaylee y él tuvieron una pelea bastante fea. Y entonces ella añadió sal a la herida besándose con Omar Maben.

—Espera, ¿se besó con Omar? —Hice una mueca—. Gavin odiaba a Omar. Se peleaban todo el tiempo. Y me echó mucha mierda cuando me uní al equipo.

—Exacto. Así que, como puedes imaginar, lo único que quería Gav era salir de allí. Quería irse. Él...

Zeke se detuvo, con la mandíbula tensa mientras se frotaba una mano en ella.

—Intenté pedir un Uber, pero no quiso esperar. Estaba tan jodido por todo aquello. Temblaba, se paseaba. Necesitaba salir de allí. —Zeke se quedó callado un buen rato—. Así que agarró mis llaves.

Sus palabras me helaron las venas.

—Insistió en que estaba bien —continuó Zeke—. Pero no llegamos lejos cuando chocó contra un bordillo y demostró lo contrario. Le grité, le dije que estaba siendo un idiota y le hice parar. —Juntó los labios, sacudiendo la cabeza —. Pero estaba tan mal, Riley. Estaba muy alterado por todo y lo único que quería era volver a casa. Yo solo me había tomado un par de esos chupitos que me sirvió. Pensé que...

No pudo terminar la frase, pero supe lo que pasó sin que tuviera que decirlo.

Zeke pensó que estaba bien para conducir.

Se me contrajo el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar a mi hermano en la cama del hospital, con las heridas cosidas, pero aún hinchadas,

amoratadas y ensangrentadas.

Zeke finalmente me miró.

—Mentí y le dije que estaba bien.

Cerré los ojos al oír la confesión y dos lágrimas silenciosas corrieron calientes por mis mejillas.

Durante un buen rato, Zeke se limitó a cogerme la mano, mirando como lloraba, esperando. A qué, no lo sabía. No sabía qué decir.

—Tenías todo el derecho a odiarme, Riley. A culparme. Sé que hay una parte de ti que aún lo hace.

—No —Lo intenté, negando con la cabeza, pero Zeke me apretó la mano como si supiera que era mentira.

—No pasa nada. Yo también me culpé. Debería haber dicho que no. Debería haber insistido en que consiguiésemos un conductor. Yo era joven, tan jodidamente joven y tan jodidamente estúpido. No podía ver más allá de lo que en ese momento me parecía lo más importante del mundo: que mi mejor amigo tenía el corazón roto y necesitaba que le ayudara a salir de esa situación.

Apretó los labios y sacudió la cabeza mientras miraba distraídamente la televisión.

—Me arrepiento de aquella noche. Cada segundo que paso despierto, me arrepiento. Nunca olvidaré que mis decisiones tienen consecuencias. —Sus ojos encontraron los míos—. Pero estoy intentando perdonarme. Y... te pido que tú también me perdones.

Otra lágrima silenciosa se escapó ante su petición, y él la apartó con el pulgar, manteniendo esa mano en mi cara.

—No tienes que hacerlo ahora. Esta noche. O mañana. O la semana que viene. Pero... han pasado tres años, y quería que supieras la verdad. Quería que entendieras lo que pasó. No para que me excuses, sino para que tal vez, puedas encontrar paz en esto si nada más... —Agachó la cabeza hasta que le miré a los ojos—. Yo nunca, jamás, le haría daño a propósito a tu hermano, Riley. Y nunca te haría daño a ti de forma intencionada.

Me incliné hacia su tacto, y asentí con la cabeza mientras se me escapaban más lágrimas.

Era demasiado pesado para tragarlo, demasiado espeso para digerirlo. Todo este tiempo pensé que había conducido borracho porque estaba siendo estúpido, porque no quería dejar el coche en la fiesta o alguna otra estúpida razón.

Y en realidad, lo había hecho para salvar a mi hermano de sí mismo.

La ironía enfermiza de lo que ocurrió tras esa decisión me provocó náuseas.

—Solo quería que lo supieras —terminó Zeke, y entonces su tacto desapareció y buscó detrás de él un cilindro envuelto con torpeza.

Cuando me lo dio, me reí, secándome las lágrimas que me quedaban en la cara antes de escarbar en el papel rosa.

—Se te da fatal envolver regalos.

—Lo que importa es el interior.

Me reí entre dientes, despegando el papel para revelar un tarro delgado con...

Estrellas.

No confeti dorado ni plástico blanco fosforescente, sino papel brillante y bonito doblado en forma de estrellitas abultadas.

—¿Origami? —pregunté arqueando una ceja.

—Saca una.

Lo hice y lo sostuve en mis manos con una sonrisa mientras la inspeccionaba. Y cuanto más lo hacía, más se enfocaba la pintura.

—Espera —dije, ladeándola entre las yemas de mis dedos—. Es *El beso*, de Gustav Klimt.

Zeke sonrió.

—Ábrela.

—¿Abrirla?

Se limitó a asentir ante mi confusión, observó cómo giraba la estrella de un lado a otro antes de encontrar un pequeño resquicio donde empezaba y terminaba el pliegue. La abrí con cuidado, revelando el pequeño cuadro, arrugado por el origami.

—Es precioso —comenté, recordando la primera vez que había visto ese cuadro en un libro de texto y cómo me había impactado ya entonces.

—Ahora, dale la vuelta.

Hice lo que me dijo, y el reverso de la pequeña impresión era completamente negro, salvo por una pequeña cita escrita en blanco en el centro.

—«Todos somos mortales hasta nuestro primer beso» —leí—. «Y nuestra segunda copa de vino». —Entonces me reí entre dientes, alisando el pulgar sobre el texto—. Eduardo Galeano.

—Cada estrella es una pintura famosa —explicó Zeke, sacando otra del tarro. La sostuvo entre el índice y el pulgar—. Y dentro, una cita o un poema a juego. En los días en que el entrenamiento te mate, o las clases te abrumen, o las cosas empiecen a acumularse y te sientas desconectada en lo más profundo de ti

misma... —Se encogió de hombros y volvió a meter la estrella en el tarro—. Puedes abrir un pequeño destello de arte que te sirva de recordatorio.

La vista se me nubló de nuevo al releer la cita y volví a doblar el cuadro con cuidado, aunque no conseguí darle la forma de estrella. Lo coloqué dentro del tarro, giré la tapa y lo dejé a un lado antes de arrastrarme hasta el regazo de Zeke.

—Es, con diferencia, el regalo más bonito que me han hecho nunca —dije, riéndome mientras un par de lágrimas más se deslizaban por mis mejillas y Zeke las secaba—. Y estoy muy enfadada contigo por hacerme llorar tanto.

—Es tu cumpleaños —me susurró. Deslizó una mano por mi mejilla y volvió a acomodarme el pelo detrás de la oreja—. Llora si quieres.

Sacudí la cabeza, una sonrisa imparable se dibujó en mis labios antes de bajarlos hasta los suyos.

—Se me ocurren otras cosas que preferiría hacer —susurré.

Atrapó mi siguiente beso con una profunda inspiración y un gemido, sus manos se entrelazaron alrededor de mis caderas mientras las mías se enredaban en su pelo. Moví las caderas, deleitándome al sentir cómo se endurecía debajo de mí, cómo su bulto me rozaba el vientre.

Esperé a que llegara ese momento, a que ambos nos volviéramos animales, a que gruñéramos y nos rasgáramos la ropa hasta quedar desnudos. Esperé a que me mordiera el labio y me magullara las caderas, como tanto me gustaba y ansiaba.

Pero no lo hizo.

No me metió prisa, no hizo nada más que ralentizar mis movimientos con las manos, sujetándome las caderas a un ritmo constante. Su beso era pausado y profundo, sus labios suaves y tiernos, su lengua dulce y tranquila acariciando los míos.

Y esa suavidad...

Me desarmó.

Sentí que cada nudo de mi garganta se liberaba, que cada músculo tenso se relajaba, que cada pensamiento ansioso se evaporaba como vapor en el aire que había entre nosotros. Me fundí con él, fundiendo mi cuerpo con el suyo, y sentí cada nuevo latido de su corazón como si fuese el mío.

Pum pum.

Pum pum.

Era un sueño ver cómo aquellas lentas caricias se convertían en un despojo

intencionado de nuestra ropa. Sus manos se deslizaron por mis caderas y por encima de mi caja torácica, llevándose mi camisa antes de despojarme de ella y dejarla caer detrás de mí. A continuación, tiré de su manga larga, y él interrumpió nuestro beso solo el tiempo suficiente para deshacerse de ella.

Me besó en el arco de la garganta y me masajeó los pechos con las manos en círculos constantes. Jadeé con su siguiente beso y me aferré a él con fuerza mientras nos levantaba a los dos con un movimiento fluido.

Sus pantalones de chándal, luego los míos. Sus calzoncillos, luego mis bragas. Y entonces solo llevaba sus manos mientras me acercaban a él, guiándonos de nuevo hacia abajo, con mis piernas a horcajadas sobre él en el sofá.

Me estremecí al sentir su calor deslizándose entre mis piernas, al ver cómo gemía al contacto, al sentir cómo flexionaba las caderas y sentía cómo mi deseo lo cubría de la base a la punta. Pero, aun así, mantuvo aquel ritmo tortuoso, tomándose su tiempo para besar y lamer y tocar cada centímetro de mi cuerpo hasta que me estremecí y le supliqué que me saciara.

Intentó levantarme, y yo sabía lo que quería, sabía que me dejaría helada en aquel sofá para ir a buscar un condón. Pero me agarré al respaldo del sofá, lo mantuve allí, besándolo con fuerza y largo mientras giraba las caderas para volver a sentirlo resbalar entre mis labios vaginales.

—Te perdono —susurré, y eso también lo calmó. Sus manos me sujetaron la cintura mientras se retiraba para mirarme a los ojos—. Te perdono. Te creo. —Volví a girar contra él, haciendo que sus párpados aletearan—. Y confío en ti.

Tragó saliva.

—Riley...

—Quiero sentirlo, aunque sea una vez —dije, esas palabras, un beso y una súplica contra sus labios—. Quiero saber lo que es tenerte dentro de mí sin nada entre nosotros.

Su siguiente respiración fue ardiente y corta, su frente se posó sobre la mía.

—Ambos sabemos que esto no durará para siempre. —Tragué saliva, luchando contra la emoción que nació dentro de mí cuando Zeke frunció el ceño como si las palabras también lo hubieran matado—. Así que... déjame sentirte ahora mismo.

Un beso profundo y apasionado fue la respuesta, y me rodeó la espalda con un brazo mientras se introducía entre nosotros y se colocaba en mi entrada. Su corona se hundió en mi interior, haciéndonos sisear y quedarnos quietos mientras apoyaba mis manos en sus hombros y las suyas buscaban el surco de mis caderas

y muslos.

Lentamente, con los ojos fijos el uno en el otro, bajé.

Lo introduje en mi interior una fracción marginal de un centímetro por vez, sintiendo cómo su longitud cálida me abrasaba a cada segundo. Cuando creí que había llegado hasta el fondo, me levanté y volví a bajar las caderas para encontrar aún más profundidad.

Los labios de Zeke se posaron sobre los míos antes de soltar una maldición y dejar caer la cabeza hacia atrás, abriendo los ojos para verme repetir el movimiento. Aquellos ojos eran pesados y rasgados, y cuando subieron por mi cuerpo hasta encontrarse con mi mirada, me apreté contra él, pues aquella mirada me ponía al borde del abismo.

—Estás... —Me ayudó a moverme, otro aliento corto y caliente saliendo de sus labios—. Jodidamente increíble, Riley.

No pude más que gemir conforme, clavándole las uñas en la carne a la vez que encontraba un ritmo lento y constante, usando los músculos de mis muslos para levantarme antes de que él me guiara hacia abajo para volver a penetrarme.

Arriba y abajo, adelante y atrás, un movimiento de balanceo que hizo que mi clítoris captara la más sutil fricción contra su pelvis cada vez que bajaba. Me incliné aún más hacia delante, deseando una conexión mayor, y Zeke se mordió el labio antes de pasarme la lengua por el pezón que ahora tenía delante de la cara.

Una electricidad ardiente me lamió la columna con él, sacudiéndome entre las piernas y haciendo que mis paredes se apretaran alrededor de Zeke sin que yo pudiera controlarlo. Gimió al sentirlo, al ver cómo lo cabalgaba con más intensidad, con las uñas arañándole el torso mientras me echaba hacia atrás para poder mirarlo mientras lo hacía.

Aceleré el ritmo, moviendo las caderas y arqueando la espalda, y cada bocanada de aire salía de mí como humo. Estaba tan cerca, justo al borde, cuando él flexionó las caderas y recibió mi empuje con el suyo.

Un relámpago.

Golpeó algo tan profundo dentro de mí que vi un relámpago.

Grité su nombre, aferrándome a la vida mientras él me penetraba una y otra vez, manteniendo mis caderas firmes mientras lo hacía. Ya no podía moverme sola. No podía mover nada. Simplemente sucumbí al placer que se encendía en los dedos de mis pies, en mis oídos, hasta extenderse como el fuego por cada parte de mí y encontrarse en el centro.

Exploté.

Una oleada tras otra de mi orgasmo me recorrió. No podía contener lo fuerte que gemía, lo salvajes que eran mis movimientos mientras me retorcía contra el clímax. Y apenas había terminado el mío antes de que Zeke me apartara de él, estirándose a mi alrededor para terminar la faena con la mano y no derramarse en mi interior. Sentí su descarga caliente contra mi culo, la parte posterior de mis muslos, y lo besé con fuerza mientras él expulsaba lo último que quedaba.

Cuando se relajó, yo también lo hice y me desplomé sobre su pecho mientras él me rodeaba con su mano limpia y mantenía la otra alejada.

Me eché hacia atrás y miré por encima del hombro el desastre que me había hecho en la piel.

Me ruboricé al ver que me encantaba.

—Hablando de arte... —Me burlé, arqueando una ceja hacia él mientras me giraba para mirarle de nuevo.

Él sonrió satisfecho.

—Feliz cumpleaños.

Los dos nos reímos, y luego me atrapó entre sus brazos y me llevó a la ducha para limpiarme.

Y para un maravilloso segundo asalto.

CAPÍTULO 23

Zeke

—No me das pena —dijo Riley, moviendo una cadera con descaro mientras se cruzaba de brazos y miraba hacia donde yo estaba sentado en nuestra pequeña mesa de comedor—. Has sabido de este trabajo todo el semestre. Te dije que no esperaras para empezarlo. ¿Y qué hiciste?

Suspiré, mirando el cursor en blanco parpadear en la pantalla de mi portátil.

Mis ojos volvieron a Riley, que no tenía ni idea de lo jodidamente sexy que estaba en aquel momento. Llevaba el pelo largo sucio y recogido en una coleta desordenada; la mayor parte de la suciedad se debía a lo mucho que había metido las manos en esa mata de pelo últimamente. Mi camiseta de los *Rebels Athletics* le quedaba holgada, justo por debajo del dobladillo de los pantaloncitos que yo sabía que llevaba debajo solo porque la había visto ponérselos esta mañana.

De repente, ese trabajo era lo último en lo que pensaba, aunque mi elegibilidad para jugar al fútbol dependiera de ello.

Me eché hacia atrás en la silla, me levanté y rodeé a Riley con los brazos mientras tiraba de ella. Al principio se puso tensa, como si fuera a apartarse, pero una sonrisa se dibujó en sus labios cuando mis manos se deslizaron hacia abajo para agarrarle el culo con firmeza.

—Esto no ayuda —dijo ella.

—No estoy de acuerdo.

Susurré las palabras bajo la concha de su oreja, chupé el lóbulo entre mis dientes a continuación y me gané el suave maullido que buscaba. Pero en cuanto mi polla se endureció y Riley la sintió presionar contra su vientre, clavó las manos en mi pecho y puso espacio entre nosotros.

—Siéntate —dijo con un chasquido de dedos, y luego señaló mi silla vacía—. Y escribe.

Zapateé y me dejé caer en la silla.

—Pero no quiero.

Se rio un poco de mi rabieta y se colocó detrás de mí con las manos en los

hombros. Me masajeó los músculos, doloridos por una dura semana de entrenamiento, y yo murmuré mi aprobación, hundiéndome en la silla.

—¿Necesitas motivación?

Mi única respuesta fue otro «hmmm».

—Tengo una tarea en la que tengo que trabajar, luego me meteré en la ducha y me iré a clase. Después tengo el día completo: prácticas, grabaciones y reuniones. —Cada palabra era una canción de cuna en sus labios, lenta y sexy—. Además, después me reúno con mi grupo para nuestro proyecto. Así que —dijo, inclinándose para hablarme al oído. La sensación de su dulce boca me provocó otra sacudida en la polla—, tienes dos horas para terminar este trabajo y acompañarme a la ducha, o va a ser una noche larga... —Sus manos bajaron por mi pecho y mi abdomen—. Fría... —Pasó esas manos por mi erección mientras yo gemía y me flexionaba al contacto—. Y dura.

Me dio un beso en la mejilla, retiró las manos y cualquier otra parte de su calor mientras se alejaba de mí y se dirigía a su dormitorio.

—Eso es cruel —dije tras ella.

Se rio entre dientes, deteniéndose en la puerta.

—No es para tanto. Tuve al profesor Marks durante el verano, y siempre y cuando vea que te esfuerzas y tienes una comprensión general de la oferta y la demanda, la inflación y la recesión; te aprobará.

La miré como si acabara de hablar en alemán.

Puso los ojos en blanco y se acercó lo suficiente para girar mi portátil hacia ella y abrir una cuenta de Google Drive. Unos clics más tarde, tenía un ensayo completo de economía en la pantalla.

—Toma. Este es el mío del semestre pasado. Léelo a ver si te ayuda.

Volví a suspirar con pesar, pero antes de que pudiera alejarse, la cogí por la muñeca y tiré de ella hacia abajo para darle un beso largo y profundo.

—Gracias —murmuré contra sus labios cuando estaba completamente sin aliento.

Sonrió.

—Haz el trabajo. No quiero ducharme sola...

Bajó las yemas de los dedos por mi pecho, tiró de la banda de mis pantalones de chándal y se pasó la lengua por los labios antes de bajarse de mi regazo y entrar en su dormitorio, la puerta bien cerrada tras ella. Otro largo suspiro me abandonó mientras volvía la atención al ensayo que me devolvía la mirada en la pantalla. Cada molécula de mi cuerpo se resistía a leerlo, a trabajar por mi

cuenta, a todo lo que tuviera que ver con los deberes. Deseaba tanto poder saltarme esta parte y ser simplemente un atleta sin la parte de estudiante.

Pero esto era parte del proceso, y si quería llegar a ser profesional, primero tenía que ganarme un hueco en la universidad.

No supe cuánto tiempo estuve allí sentado, enfadado y molesto, antes de ponerme los auriculares y empezar a leer. Tardé demasiado, como siempre, y tuve que luchar contra mi frustración a cada paso mientras las letras y las palabras se confundían y mezclaban como si bailaran y yo intentara seguirles el ritmo.

Pero lo leí, sin prisa, pero sin pausa, y entonces, por algún milagro, conseguí empezar a escribir mi propio trabajo.

Repasé las notas con las que Riley me había ayudado a lo largo del semestre para esbozar mis puntos principales antes de empezar el ensayo, señalando lo más importante para que no se me olvidara o lo pasara por alto. La introducción fue la parte más difícil, pero luego me guie por esos puntos.

El tiempo pasó más deprisa de lo que pensaba, porque solo llevaba hechas dos páginas y media de las cinco cuando Riley abrió la puerta de su habitación, sonriéndome con maldad mientras me quitaba la camiseta por encima y entraba trotando en el cuarto de baño con solo unos calzoncillos puestos. Me miró por encima del hombro cuando también se los quitó despacio y cerró la puerta tras de sí.

Un momento después, cayó el agua de la ducha.

—No me jodas —gemí, crujiéndome el cuello antes de volver al portátil.

Después escribí como un poseso, cruzando referencias entre el documento de Riley y mi esquema mientras mis dedos volaban sobre el teclado. Las letras y las palabras seguían bailando mientras yo trabajaba, pasando de un ritmo lento de paso doble a un frenético foxtrot. Me sentía como ese GIF de Jim Carrey en *Bruce Almighty*, y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado hasta que escribí la última frase y cerré de golpe el portátil.

—¡HECHO!

Grité lo bastante alto como para que en la ducha se oyera una risa floja. En diez segundos, tenía mi propia ropa tirada por el suelo y descorrí la cortina de la ducha el tiempo suficiente para deslizarme dentro y sentir la lluvia de agua caliente sobre mi piel fría.

—Lo has hecho —comentó Riley con una sonrisa, rodeándome el cuello con los brazos mientras yo estrechaba su cuerpo contra el mío. Yo ya estaba duro,

dolorido y desesperado por estar dentro de ella.

—Y ahora voy a hacértelo a ti.

Soltó una carcajada.

—Oh, dios mío, Zeke.

Pero antes de que pudiera burlarse de mí por esa frase tan poco convincente, le di la vuelta y la incliné, sus manos se agarraron a la pared de la ducha mientras un grito de sorpresa salía de sus labios entreabiertos.

Me arrodillé, arqueé más su espalda, separé sus nalgas y pasé mi lengua desde su bulto hinchado hasta toda su resbaladiza costura.

Mientras disfrutaba de mi recompensa, sonreí al ver cómo perdía la capacidad de hacer más bromas.

♥ ♥ ♥

—Oh, cielos. No puedo mirar.

Riley me apretó el antebrazo con tanta fuerza que me estremecí antes de que cerrara los ojos, solo para abrirlos lo suficiente como para mirar a través de ellos mientras nuestro ataque se alineaba en la línea de las veintidós yardas. El viento gélido nos azotaba el rostro, la piel rosada y el aliento en nubes blancas.

Quedaban veintiséis segundos en el reloj, perdíamos de tres y todo dependía de las siguientes jugadas.

Si conseguíamos unas yardas más y nos salíamos de los límites, probablemente lo volveríamos a intentar. Al entrenador le encantaría ver un touchdown para acabar el partido en lugar de una patada para llevarnos a la prórroga.

Pero si la defensa de los águilas nos detenía, Riley tendría que patear.

A uno bajo cero y con un viento a cuarenta kilómetros por hora.

No era el peor viento al que se había enfrentado en su carrera como pateadora, pero yo sabía que la presión iba en aumento, sabía lo nerviosa que estaba a pesar de que ya había marcado un gol de campo en este partido y también había anotado todos los puntos extra.

—Respira —le dije, y nada más pronunciar la palabra, el balón salió disparado.

Fui en contra de mi propio consejo, la respiración se me quedó atascada en el pecho mientras veía a Holden lanzar un pase directo a las manos de Kyle. Nuestra línea de banda estalló, sobre todo cuando Kyle consiguió salirse de los

límites a falta de trece segundos.

Un primer *down* sellado y a solo siete yardas de la línea de gol ahora, el entrenador ni siquiera dudó, dándole a Holden la señal de que no estábamos listos para patear todavía. Fue una decisión arriesgada, porque eso significaba que teníamos trece segundos para anotar, o salir de los límites con tiempo suficiente para patear.

Holden reunió al equipo para anunciar la jugada, aplaudió y volvieron a jugar.

—Vamos, vamos —recé.

—Prepárate, Novo —dijo el entrenador Aarons detrás de nosotras, y Riley se puso en marcha, poniéndose el casco.

Ya había estado lanzando patadas a la red, calentándose por si acaso.

Llegó el momento del saque y Holden mantuvo el balón en el campo, con los ojos escudriñando las posibles opciones de recepción.

Pero no había ninguna.

Todos estaban cubiertos, y mi corazón se aceleró mientras veía a Holden pasar por las distintas opciones descubriendo lo mismo.

Pero entonces...

Una apertura.

Solo una brecha insignificante, pero Holden la vio y actuó rápido. Metiéndose el balón en el estómago, cargó hacia arriba por el centro, alrededor de donde dos linieros estaban juntos y...

—¡*TOUCHDOWN*! —gritó Clay en mi oído, saltando sobre mis hombros mientras el resto del equipo salía de la línea lateral también.

Holden lanzó las manos al aire justo a tiempo para ser barrido por los receptores, todos ellos dándole palmadas en los hombros y en el casco antes de unirse a nosotros en la línea de banda.

Riley chocó los cinco con Holden al salir para patear el punto extra, que fue bueno, y agotó los últimos segundos del reloj.

Casi sentí lástima por el equipo anfitrión, por su afición, que se quedó en estado de shock al ver cómo transcurrían los segundos y ver que nos habíamos llevado la victoria tras ese último ataque. Pero ese sentimiento se desvaneció enseguida por la euforia de conseguir otra victoria.

De asegurar casi con toda probabilidad nuestro puesto en los *playoffs*.

En el fútbol universitario nunca se sabía. Todo era una apuesta, un extraño sistema de votación de los medios de comunicación que decidía quiénes eran los mejores equipos, quiénes tendrían esos dos mejores partidos de la *bowl* que

conducen a la final.

Pero esta noche, me importaba una mierda lo que informaran los medios de comunicación.

Sentí que estábamos en la cima.

Y ahora nada podía detenernos.

Tuve que esforzarme al máximo para no estrechar a Riley entre mis brazos cuando todos corrimos hacia el campo, cuando el enjambre de periodistas nos engulló. Quería abrazarla. Quería subirla a mis hombros. Quería besarla allí mismo para que todo el mundo lo viera.

Mis costillas crujieron por la contención, por el doloroso recuerdo de que ella no quería eso, de que probablemente nunca lo querría.

Pasajero.

Aún podía escucharla decir la palabra, aún podía ver con qué facilidad la dijo aquel día en que lo resolvimos todo.

Y, sin embargo, «pasajero» era lo último que sentía cuando se trataba de lo que éramos.

—¡Zeke! ¡Zeke!

Me pusieron un micrófono en la cara, las luces del estadio me cegaron y justo detrás apareció el objetivo de una cámara. Una de mis reporteras favoritas de NBC Sports me sonrió, gritando lo más alto que podía para que yo pudiera escucharla por encima de la multitud.

—Tuviste un regreso monstruoso al comienzo del partido. Háblanos de ese momento. ¿Sientes que te preparó para esta victoria?

—Oh, sin duda —respondí, respirando contra el frío—. Nos dio ese ímpetu inicial que impulsó nuestra primera parte. Pero, honestamente, ha sido nuestra defensa la que más se ha esforzado esta noche y, por supuesto, nuestro ataque con ese último avance por el campo que nos ha dado la victoria. En definitiva, ha sido un esfuerzo de equipo y estoy contento de haber participado en él.

Sonrió.

—Por supuesto. Fue increíble verlo. ¿Y qué hay de Riley Novo? El pateador de las águilas tuvo que luchar contra el brutal viento de esta noche, pero ella se las arregló para mantener la calma y conseguir esos puntos extra para el equipo. ¿Hasta qué punto fueron cruciales?

Miré hacia donde estaba Riley, rodeada de su propio grupo de periodistas, con los ojos brillantes y llenos de vida mientras respondía a sus preguntas. Como si sintiera que la miraba fijamente, su mirada se clavó en la mía y todo a nuestro

alrededor desapareció.

Fue a cámara lenta, el aliento que se escapó de sus labios rojos, quemados por el viento. Aquellos labios se curvaron en una leve sonrisa, las mejillas sonrosadas, el pelo húmedo y desordenado donde le caía alrededor de las hombreras antes de que el viento se lo llevara hacia atrás.

El corazón se me aceleró en el pecho con tanta fuerza que estiré la mano para cubrirlo antes de enganchar los dedos en la parte superior de las hombreras bajo la camiseta, una postura despreocupada que adoptaba a menudo y que esperaba que enmascarara el evidente efecto que aquella chica tenía en mí.

Un parpadeo y Riley volvía a mirar a la cámara, y el tiempo reanudaba su ritmo habitual.

—No tengo palabras para expresar lo cruciales que fueron esas patadas, y lo crucial que es Riley Novo para este equipo —dije, de alguna manera me las arreglé para apartar la mirada de Riley y encontrarme con la mirada de la reportera—. No habríamos llegado tan lejos sin ella.

—Y vosotros dos fuisteis juntos al instituto, ¿verdad? ¿Sois amigos de la infancia? ¿Qué significa jugar en el mismo equipo?

Me tragué otro vuelco de mi corazón.

—Lo significa todo —respondí con sinceridad.

Algo se reflejó en el rostro de la reportera, que miró a la cámara antes de inclinarse para indagar. Sabía que tenía que seguir hablando, hacer una broma o llamar la atención sobre otro jugador antes de que ella y el resto del mundo del deporte se fijaran demasiado en lo que había dicho.

Pero no tuve la oportunidad antes de que casi me abordaran por detrás, Leo saltó sobre mi espalda y levantó una mano como si estuviera preparando un lazo.

La reportera se echó a reír y le hizo unas cuantas preguntas a Leo antes de despedirnos a los dos, y todos salimos trotando hacia los vestuarios de los visitantes para la sesión de informe sobre el partido.

—Qué locura —me dijo Riley cuando corríamos por el pasillo, con el pelo al viento detrás de ella—. Estoy deseando ver la clasificación de la *Associated Press* después de este fin de semana.

Quería intervenir, quería decir algo ingenioso, inteligente o incluso estúpido, pero no pude hacer otra cosa que sonreírle al darme cuenta en ese mismo instante de algo que ya no podía negar.

No quería algo pasajero.

Nunca lo había querido.

Y tenía que decírselo, aunque eso significase perderlo todo.

CAPÍTULO 24

Riley

¿Algo bueno de ser la única chica en un equipo de fútbol universitario masculino?

Cuando viajábamos, tenía mi propia habitación de hotel.

Al principio de la temporada había sido un buen descanso de Zeke, pero ¿ahora? Me encantaba todavía más porque significaba una forma sencilla de estar a solas con él cuando teníamos un partido fuera de casa.

Los dos lo habíamos sentido en el vestuario, esa necesidad de estar juntos, que yo sabía que era lo que le había llevado a declinar la invitación de salir con los chicos después del partido. Yo también la rechacé, alegando un examen inexistente para el que tenía que estudiar. Pero el equipo estaba tan entusiasmado con nuestra victoria que no nos presionaron demasiado a ninguno de los dos, todos estaban desesperados por salir por Charleston y celebrarlo.

Zeke se había colado en mi habitación en cuanto su compañero se fue y pedimos una pizza para los dos.

—Me esperaba las brutales temperaturas de Nueva Inglaterra, ¿sabes? —dije, despegando un trozo de pepperoni y metiéndomelo en la boca. Los dos estábamos sentados en mi cama, con la caja de pizza en medio, yo con las piernas cruzadas y Zeke apoyado en el cabecero—. ¿Pero en Carolina del Sur? ¿No se supone que aquí hace calor?

Sonrió levemente.

—La semana pasada había veintidós grados.

—Uf, ¿por qué no podíamos estar aquí en ese momento? —Negué con la cabeza, mordiendo un trozo de pizza que me dejó el queso colgando de la boca. Me reí de mí misma, lo que hizo que la ceja de Zeke se alzara más mientras sorbía aquella ristra de queso y me la comía con una sonrisa.

Una sonrisa que él no pudo corresponder.

Fruncí el ceño y tomé un sorbo de agua antes de señalar con la cabeza su porción sin tocar.

—¿Estás bien? No has comido y sé que tienes que estar hambriento después

de ese partido.

Tragó saliva y frunció el ceño.

—¿Zeke?

Con la mandíbula apretada, se incorporó, dejando con cuidado su plato en la mesilla de noche antes de coger el mío y hacer lo mismo. A continuación, cerró la caja que había entre nosotros y la dejó en el suelo.

—¿Qué...?

No pude formular la pregunta antes de que la boca de Zeke estuviera sobre la mía, sus brazos atrayéndome hacia las sábanas, hacia él, un suspiro pesado y tembloroso lo abandonó mientras nos derretíamos el uno contra el otro. Estaba casi... temblando cuando sus dedos se enredaron en mi pelo, cuando una de sus piernas se deslizó entre las mías y apretó el agarre como si no pudiera acercarse lo suficiente.

Aquel beso era nuevo... diferente. No podía ponerle nombre, no podía decir exactamente qué era, pero algo tenía claro.

Me necesitaba.

Pasase lo que pasase, fuese lo que fuese lo que le atormentaba, en ese beso me pidió que lo compartiese con él.

Así que le respondí con mi propio beso anhelante, tirando de Zeke sobre mí y abriendo mis muslos para que descansara entre ellos.

Acogí cada beso desesperado que me dio con el mío propio, y nos convertimos en un frenesí de manos y bocas y suspiros de deseo hasta que tiré de su camiseta, necesitando sentirlo contra mí, piel con piel. Se apoyó sobre las manos el tiempo suficiente para ayudarme a quitársela, pero luego se cernió sobre mí apoyándose en los codos, con la respiración agitada y entrecortada mientras sus ojos buscaban los míos.

Había tanto dolor en aquellos ojos, tanta preocupación grabada en sus cejas. Recorrió cada línea de mi rostro como si fuera la última vez que tuviera la oportunidad de hacerlo, jugando distraídamente con las yemas de sus dedos en mi pelo extendido sobre las almohadas.

—¿Qué pasa? —Me atreví a preguntar y me acerqué a él para pasarle el pulgar por el entrecejo.

Zeke respiró al contacto y cerró los ojos antes de inclinar la cabeza para atraparme la palma con un beso. Cuando sus ojos volvieron a encontrar los míos, vi que el miedo se intensificaba y su nariz se encendía antes de hablar por fin.

—Quiero más.

El corazón comenzó a palpitarme en el pecho antes de detenerse por completo, aunque de algún modo seguía oyéndolo latir con fuerza y de forma extraña en mis oídos.

—No quiero algo pasajero —continuó—. No quiero fingir que no soy tuyo en todas las formas que hay de pertenecer a alguien, que no anhelo que seas mía de la misma forma. No quiero esconderme. No quiero seguir teniendo el corazón jodidamente destrozado ante la idea de que todo esto termine en cualquier momento.

Tragó saliva y sacudió la cabeza antes de dejar caer su frente sobre la mía, con su aliento cálido y mentolado donde entraba en contacto con mis sentidos.

—Quiero más, Riely. Y si tú no puedes dármelo, lo entiendo, pero no puedo… —Se detuvo, se lamió los labios con otra descarga de dolor recorriéndole y su ceño se frunció contra el mío—. No puedo seguir en este punto muerto. Así que, si no sientes lo mismo, lo entiendo. Puedo... —Volvió a tragar saliva—. Puedo alejarme ahora si eso es lo que necesitas. Pero si tú también me deseas... si incluso una pequeña parte de ti siente que...

—Sí.

Las palabras fueron un suspiro, un suspiro anhelante y desgarrador que hizo que Zeke levantara la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—¿Tú... sí?

Me mordí el labio inferior, con los ojos brillantes, mientras asentía con la cabeza y volvía a atraerlo hacia mí. Sabía que había miles de cosas por resolver: el equipo, los entrenadores, Gavin, pero todo eso podía esperar.

Ahora mismo, Zeke me deseaba, y yo le deseaba a él, y no quería pensar en nada que pudiera interponerse en el camino de que nos tuviéramos el uno al otro solo por esos dos hechos.

Mis manos se enredaron en su pelo y me levanté para acercar mi boca a la suya, para tragar con avidez el suspiro de alivio que acompañó a aquel beso. Todo su cuerpo se relajó, pero seguía temblando en mis manos mientras él movía las caderas contra mi cuerpo y yo le rodeaba la espalda con los tobillos y tiraba de él más cerca.

Ahora era un ballet, la forma en que nos besábamos y nos tocábamos mientras nos despojábamos de la ropa era una conmovedora obra de arte. Solo nos separamos el tiempo que tardé en despojarme de mi camisa por encima de la cabeza o en dejar sus pantalones de chándal en el suelo. Una a una, fuimos dejando nuestra ropa en el suelo o en la cama hasta que estuvimos piel con piel,

pecho con pecho, con su dura longitud presionando entre mis piernas.

Esa noche se tomó su tiempo, incluso más que de costumbre, bajando por mi cuerpo para besarme y lamerme entre los muslos hasta que me retorcí y estrujé las sábanas con los puños. Estaba a punto de correrme cuando tiré de él hacia arriba, cuando saboreé mi sal en su lengua antes de rodar sobre mi estómago.

Una mirada por encima de mi hombro le dijo lo que quería.

Zeke se arrodilló detrás de mí el tiempo suficiente para alinearse en mi entrada, y luego bajó, envolviéndome con cada centímetro de su cuerpo mientras se flexionaba suavemente y presionaba dentro de mí. Arqueé la espalda contra su abdomen y me apoyé en los codos para que pudiera tocarme los pechos y sujetarlos mientras se alejaba y volvía a introducirse en mi interior.

En aquella postura me penetraba tan profundamente que cada centímetro de su cuerpo se enroscaba para acariciar aquel delicioso punto de mi interior que desencadenaba en mí el clímax. Acababa de encontrar su ritmo, acababa de besarme la concha de la oreja con un gemido placentero retumbando por todo su cuerpo cuando me incendié.

Me estremecí debajo de él, y mi orgasmo se intensificó cuando su mano me rodeó la garganta y apretó con suavidad, mientras sus caderas continuaban sus tortuosas y constantes pulsaciones. Y cuando estaba descendiendo, me metí los dedos en la boca, chupando y gimiendo mientras me cabalgaba desde atrás.

Fue su perdición.

Retrocedió y se arrodilló sobre mí mientras se acariciaba hasta correrse. Observé por encima del hombro cómo me pintaba la espalda, el culo, los muslos, cómo se le contraía la cara por el potente placer que sacudía su cuerpo.

Era el viaje de poder más ferviente, verlo deshacerse, saber que yo era la razón, que yo era lo que él quería.

Cuando lo último de su liberación salió temblando de él, Zeke me ayudó con cuidado a salir de la cama, me cogió de la mano y me llevó a la ducha. Se quedó callado mientras usaba una toallita para limpiarme y luego me envolvió en sus brazos, besándome con dulzura mientras el vapor se elevaba a nuestro alrededor.

Quedaba tanto por resolver, tanto por discutir. Ni siquiera era el mayor obstáculo que tendríamos que superar juntos. Pero en ese momento, lo único que importaba era una verdad irreverente.

Queríamos estar juntos.

Y en lo más profundo de mi alma, sentí de verdad que era suficiente, que podíamos conseguirlo, que encontraríamos la manera de hacerlo funcionar con el

equipo y con Gavin y con cualquier otra cosa que se nos pusiera por delante.

En mi mente, ya nada podía detenernos.

Y me subí a ese tren hasta que la realidad me golpeó y me demostró lo equivocada que estaba.

CAPÍTULO 25

Riley

Gavin: *¿Debería preocuparme?*

Levanté el mensaje de Gavin para enseñárselo a Zeke el lunes siguiente y le sonreí antes de responderle que todo iba bien. Gavin me envió un GIF de un Homer Simpson sospechoso, del que Zeke se rio antes de que yo guardase mi móvil.

Teníamos un plan.

No era el plan más perfecto, y sin duda habría obstáculos en el camino que ahora no podíamos ver. Pero habíamos hablado de lo más importante, de con quién había que hablar y en qué orden.

Primero, se lo diríamos a Gavin.

Lo habíamos invitado a cenar esta noche, y no lo culpé por sospechar que la invitación provenía de los dos. Lo máximo que nos había visto llevarnos bien había sido cuando fuimos juntos al museo, y sin duda seguía pensando que había sido idea mía y que Zeke solo había venido para pasar el rato con él.

Se me revolvía el estómago solo de pensar en cuál podría ser su reacción, pero Zeke me prometió que todo saldría bien, aunque se enfadara al principio. Al fin y al cabo, éramos hermanos, gemelos, y saldríamos adelante.

Cuando Gavin lo supiera, nos encargaríamos del equipo, empezando por el entrenador Sanders.

Aún no habíamos concretado los detalles exactos de la conversación. Sugerí que empezáramos pidiendo tener compañeros de habitación distintos, para demostrar que, aunque tuviéramos una relación, el equipo seguía siendo lo primero y queríamos respetar las normas en la medida de lo posible.

Para sorpresa de nadie, Zeke detestó esa idea y pensó que debíamos seguir siendo compañeros de cuarto para evitar que los otros chicos del equipo tuvieran que estar cerca de nosotros cuando queríamos pasar el rato juntos después de los entrenamientos.

Pensamos que Gavin podría ser el desempate, y seguramente tuviera más

sugerencias sobre cómo darle la noticia al entrenador y al equipo.

—Voy a coger un Uber para ir al supermercado —dije, colgándome la bolsa sobre un hombro—. No creo que la tienda del campus tenga todo lo que necesitamos.

—Y yo tengo que limpiar. —Zeke se levantó de golpe y saludó como un soldado antes de que le diera un puñetazo en las tripas que le dejó sin aliento.

Miró a nuestro alrededor, asegurándose de que ninguno de los otros chicos estaba prestando atención antes de extender la mano y apretar la mía.

—Todo va a salir bien —me aseguró, leyendo a través de los nervios que intentaba ocultar—. Gavin lo entenderá. Y si no, lo solucionaremos. Juntos. ¿De acuerdo?

Suspiré, pero sonreí al saber que estaría ahí en cada paso del camino.

—Vale. —Entonces, una sonrisa se dibujó en mis labios—. Esto es bastante tierno, ¿sabes? Nosotros siendo caseros, yo comprando para hacer la cena, tú limpiando para los invitados.

—Lo próximo será tener programas que solo veamos juntos.

—Suena tan patético —dije, pero sonreí antes de bajar la voz—. Me muero de ganas.

Zeke me apretó la mano con una sonrisa una vez más antes de soltarla, aclarándose la garganta mientras miraba a su alrededor. Sus ojos volvieron a encontrar los míos y, sin que dijera una palabra, supe lo que quería en ese momento.

Besarme.

Pero se resistió y me guiñó un ojo antes de dirigirse a la puerta de los vestuarios.

Antes de que diera tres pasos, ambos nos sobresaltamos al oír nuestros apellidos.

—Novo, Collins —dijo el entrenador Sanders, con una voz profunda y dominante.

Seguimos el sonido de su voz hasta donde se encontraba en la puerta de su despacho, con una expresión ilegible, aparte de que desde luego no nos llamaba para alabarnos.

Tampoco dijo nada más, simplemente se quedó allí esperando, una exigencia tácita de que llevásemos nuestros culos a su despacho de inmediato.

Zeke y yo compartimos una mirada antes de dejar las bolsas en el banco más cercano y correr hacia allí, Zeke ocupó una silla y yo la otra.

El entrenador cerró la puerta tras nosotros, bajó las persianas de la ventana y rodeó el escritorio para sentarse en su silla.

El entrenador tragó saliva mientras miraba hacia donde tenía las manos juntas sobre el escritorio. Abrió la boca para hablar, la volvió a cerrar y levantó la mirada para mirarnos a los dos.

Joder.

Lo sabía.

El pánico se apoderó de mí al mismo tiempo que la mano de Zeke se movía sobre el reposabrazos, apenas un centímetro, lo suficiente para que supiera que intentaba calmarme mentalmente. No podía cogerme la mano en la vida real, pero quería que supiera que estaba ahí, que todo iría bien.

Respira, podía oírle hablar en mi cabeza.

Así que tomé la mejor bocanada de aire que pude reunir, dejándola salir con temblorosa contención.

—Tengo que ser sincero —dijo al final el entrenador—. Estoy tan cabreado que podría dar la vuelta a este puto escritorio y tumbaros a los dos con él.

Se me hizo un nudo en el pecho, y di gracias por estar sentada con las manos metidas bajo los muslos para que el entrenador no pudiera ver cómo me temblaban en ese momento.

—Tener a dos de mis novatos más prometedores haciendo una estupidez como esta...

Sacudió la cabeza y juraría que respiraba humo cuando Zeke se aclaró la garganta y dijo:

—Señor, podemos explicarlo.

—¿Explicarlo? —El entrenador le cortó con una risa socarrona—. Por favor. Explicadme por qué pensáis que copiar es justificable para un atleta universitario o para un estudiante.

Zeke se quedó con la boca abierta y los dos fruncimos el ceño, confundidos, mi cabeza se inclinó hacia un lado mientras trataba de averiguar de qué demonios estaba hablando el entrenador.

—¿Señor? —preguntó Zeke.

El entrenador resopló y se echó hacia atrás en la silla el tiempo suficiente para sacar dos montones de papeles con clips del cajón de su escritorio. Los dejó sobre el escritorio y nos miró expectante, mientras yo fruncía aún más el ceño.

La de arriba era reconocible: la primera página de la redacción de economía de Zeke, con su nombre y correo electrónico al principio. Pero cuando el

entrenador la inclinó hacia un lado para mostrar mi redacción del semestre pasado, me limité a negar con la cabeza.

—No lo entiendo.

—El profesor Marks me las entregó esta mañana —explicó con calma el entrenador—. Lamentaba informarme de que mi receptor estrella, Zeke Collins, había plagiado el trabajo de una compañera de equipo. —Sus ojos se clavaron entonces en los míos—. Nuestra pateadora: Riley Novo.

Se me desencajó la mandíbula, y ya estaba sacudiendo la cabeza y dispuesta a defenderme cuando Zeke se me adelantó.

—¡Eso es ridículo! Yo no...

—Ten cuidado con lo que digas a continuación, hijo, porque tengo muchas pruebas en estas páginas. —El entrenador levantó el papel y lo golpeó contra su mano, con la cara roja mientras esperaba a que Zeke recapacitara sobre lo que estaba a punto de decir.

—Zeke —logré decir cuando se quedó callado—. Díselo.

Zeke tragó saliva y su rostro se tornó ceniciento. Y cuando no habló...

Se me subió la bilis a la garganta.

—Tú no... —susurré.

Zeke me miró, con los ojos muy abiertos mientras negaba con la cabeza.

—No lo hice, lo juro. A ver... leí el tuyo, sí. Y... puede que me inspirase en algunos de tus puntos, pero...

—¿Inspirarte? —preguntó el entrenador, y luego desenganchó el artículo de Zeke, seguido del mío, leyendo un párrafo en uno y luego en otro que estaban redactados de forma diferente, pero decían prácticamente lo mismo.

Apreté los ojos y me hundí en la silla, incrédula, mientras el entrenador nos miraba fijamente y esperaba.

—Señor, Riley no ha tenido nada que ver con esto —dijo Zeke—. Ha sido mi tutora toda la temporada y no ha hecho más que intentar ayudarme. Fui yo quien pospuso el trabajo, y ella trató de ayudarme...

—¿Dejándote copiar el suyo?

—¡No! —me defendí, con los ojos llenos de lágrimas. Odiaba que estuvieran allí, odiaba que la emoción se apoderase de mí en una situación en la que las lágrimas solo me harían quedar peor—. Entrenador, te lo juro, solo le dejé ver el mío para que pudiera coger ideas sobre cómo hacer el suyo. Yo... nunca pensé...

Esas palabras fueron cortadas por mi respiración errática, por mi garganta cerrándose en torno a esa verdad tan fría.

Nunca pensé que Zeke haría esto.

Nunca pensé que me copiaría el trabajo, que pondría en peligro nuestros puestos en el equipo y nuestras becas.

Nunca pensé que me traicionaría.

Me quedé en silencio mientras lo asimilaba todo, mientras intentaba asimilar la verdad y me decía que era imposible.

Zeke no haría esto.

Sus palabras surgieron con tanta fuerza en mi mente que fue como si volviera a aquella noche de mi cumpleaños, con mis manos entre las suyas en nuestro sofá mientras me hablaba con el corazón sobre la noche del accidente.

«Nunca te haría daño de forma intencionada».

Y yo le creí. Incluso cuando le odiaba creía que él nunca...

Pero...

Lo hizo.

Sacudí la cabeza, incapaz aún de comprenderlo mientras Zeke asumía la responsabilidad.

—Señor, le prometo que nunca fue mi intención —dijo, con voz suave y tranquila—. Leí su ensayo, sí, pero no lo copié a propósito. Escribí el mío. Puede que haya una parte hacia el final en la que yo...

Su voz se apagó y recordé cómo me había burlado de él, cómo le había dicho que terminara su redacción para que pudiera acompañarme en la ducha esa mañana.

Apuró el final porque quería...

Cerré los ojos, incapaz de terminar el pensamiento mientras contenía las lágrimas que amenazaban con caer.

—Lo reescribiré —dijo Zeke—. Volveré a hacerlo. Lo...

—¿No entiendes lo serio que es esto? —preguntó el entrenador, inclinándose sobre su escritorio y mirando a Zeke como si le hubiese salido una pierna de la frente—. Sois unos afortunados hijos de puta porque el profesor Marks es un buen amigo mío y vino a mí con esta información en lugar de al decano. Deberían echaros del equipo. Deberían revocar vuestras becas. Deberíais ser expulsados.

Ahogué un sollozo y me tapé la boca mientras los ojos se me llenaban de lágrimas contra mi voluntad. El entrenador me miró sin un ápice de compasión antes de negar con la cabeza y sentarse de nuevo en la silla, con las manos cruzadas sobre el estómago, mientras nos invadía otro silencio.

—Volverás a escribir la redacción. Para el viernes —añadió, con los ojos fijos en Zeke—. Y Novo, se te asignará un nuevo compañero de cuarto de inmediato.

Sorbí por la nariz, incapaz de mirarlo a él o a Zeke, incapaz de creer que esto estuviera sucediendo.

—Sí, señor.

El entrenador suspiró.

—También estáis suspendidos los dos últimos partidos de la temporada regular.

Todo dentro de mí me rogaba que gritara, que protestase y le recordase que el resultado de esos dos partidos determinaría si jugábamos en un partido de *bowl* o en alguno de los partidos de la *bowl*, los dos que servían de semifinales antes de la final del campeonato nacional.

Pero me mordí la lengua, porque sabía que él ya sabía eso, sabía que le cabreaba tanto como nos mataba a nosotros sacar a dos de sus mejores jugadores de aquellos partidos.

—Espero que los dos sigáis apareciendo y entrenando como si estuvierais jugando, y que apoyéis a vuestro equipo en esto. Si pensáis que estoy molesto, espero que estéis preparados para hacer frente a su ira cuando les digáis por qué no vais a estar jugando a su lado en el entrenamiento de mañana por la mañana.

Me quedé mirándome los muslos, las manos entumecidas debajo de mí, una lágrima silenciosa me manchó la mejilla.

Esto no podía estar pasando.

Esto no podía...

Era como estar boca abajo en una montaña rusa destartalada, ya que hacía unos segundos estaba volando muy alto y sonreía y mi mayor preocupación era cómo reaccionaría mi hermano gemelo ante la noticia de que estaba saliendo con su mejor amigo.

Y ahora…

Miré a Zeke, que me miró con dolor, culpa y disculpas escritas en cada pliegue de su frente.

—Riley, yo…

Pero aparté la mirada, sacudiendo la cabeza mientras una fría resolución se apoderaba de mí.

No importaba cómo se me rompía el corazón, cómo mi alma anhelaba que la única persona responsable del dolor que sentía me lo quitara. Quería estar triste, enfadada, exigir respuestas... pero la verdad era simple.

No era quien yo creía.

—No me gusta repartir este castigo más de lo que a vosotros os gusta aceptarlo —dijo el entrenador al cabo de un minuto—. Y no me cabe duda de que ninguno de los dos tenía intención de que esto ocurriera. Pero hay consecuencias cuando no se piensan bien las cosas, y mejor que vengan de mí que de alguien de más arriba.

Perdí el enfoque de mis ojos, su voz se desvaneció en el fondo mientras entraba en modo de autopreservación.

Consecuencias.

Zeke dijo que entendía que sus acciones tenían consecuencias después de la noche del accidente.

Claramente, mintió.

—Son solo dos partidos. Manteneos en el camino y podremos discutir vuestro rol en el partido de la *bowl*... sea cual sea el que consigamos. Por ahora, mantened la boca cerrada hasta el entrenamiento de mañana. Hablaremos con el resto del equipo entonces.

Nos despidió con una simple inclinación de cabeza, y yo salí volando del despacho en cuanto lo hizo, agarré mi bolsa del banquillo e ignoré las miradas de los últimos jugadores mientras me veían salir del vestuario.

Zeke me pisaba los talones, gritando mi nombre a cada paso por el pasillo.

—Riley, por favor —suplicó al final, agarrándome por el codo cuando salí al aire frío del atardecer.

—Por favor, ¡¿qué?! —grite, empujándolo con fuerza en el pecho. No luché contra las lágrimas que brotaban de mis ojos en ese momento, no retrocedí cuando vi que se encogía ante la forma salvaje en que lo inmovilizaba con esos ojos llorosos—. Has hecho que me suspendan dos partidos. Casi consigues que me expulsen de la universidad. —Sacudí la cabeza, con las fosas nasales encendidas—. ¿Cómo has podido? ¡¿Cómo has podido?!

—Soy… un estúpido. Yo no pensé…

—No, no lo hiciste —estuve de acuerdo, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia nuestro dormitorio.

—Lo siento, Riley —murmuró, y el dolor en su voz fue suficiente para detenerme, para hacer que un escalofrío recorriera toda mi espina dorsal mientras deseaba con todo mi ser poder retroceder en el tiempo hasta aquel día, poder cambiar mi papel en esta pesadilla y no darle nunca mi artículo.

Por mucho que odiara admitirlo... yo también tenía la culpa.

Pero confié en él.

Y quizás ese fue mi error más grave.

—No, no lo sientes —dije al cabo de un rato, girándome para mirarle de nuevo con las lágrimas nublándome la vista—. Lo único que sientes, Zeke Collins, es lo egoísta que eres. Y siempre lo has sido. Lo fuiste esa noche con Gavin, cuando le hiciste la promesa de ser su viaje seguro a casa y la rompiste, cuando arriesgaste su vida sabiendo que no estabas bien para conducir solo para poder parecer un buen amigo. —Sacudí la cabeza—. Y ahora lo estás siendo, salvándote el culo y tu puesto en el equipo sin pensar en cómo afectaría al mío.

Estaba demasiado lejos. Ni siquiera era una buena correlación, pero las ganas de hacerle daño como él me lo había hecho a mí dominaban la lógica.

Vi cómo la sangre le abandonaba a medida que hablaba, sentí el veneno al escupirlo, pero no pude parar. Paredes de acero se levantaron a mi alrededor, con alambre de espino enrollado en la parte superior, y acogí la soledad que traían consigo como si fuera el más dulce de los hogares.

—No sé por qué pensé que podrías cambiar —susurré, palabras que parecían balas.

Y me fui sin esperar a ver si habían dado en su objetivo.

♥ ♥ ♥

Zeke

La vi girarse, la vi marcharse, la vi llevarse todo mi mundo con ella mientras yo me quedaba temblando de frío.

Recé para volver atrás en el tiempo, para dejar de mirarme el ombligo aquella mañana en que había cometido lo que ni siquiera me había dado cuenta de que era un error fatal. Le pedí a Dios que se apiadara de mí, que la hiciera parar, que la hiciera escuchar.

Para que me creyera cuando le juraba que no quería hacerle daño, que lo sentía, que haría lo que fuera para compensarla.

Recé para tener la oportunidad de hacer lo correcto, para que una luz me mostrara el camino hacia la redención.

Recé para que ocurriese un milagro.

Pero todas las plegarias quedaron sin respuesta, dios sacudió la cabeza y me dio la espalda igual que había hecho Riley.

Y no podía culpar a ninguno de los dos.

Había incumplido mi palabra.

En ese momento me di cuenta de que no importaba si tenía intención de hacerle daño, la cuestión era que se lo había hecho.

Y tal vez eso era lo que me convertía en un tonto, creer que la intención tenía algo que ver con todo aquello.

Rompí su confianza.

La traicioné.

Y la verdad era simple.

Había desperdiciado mi segunda oportunidad.

Sabía sin preguntar que no tendría una tercera.

CAPÍTULO 26

Riley

Vacío.

Todo estaba vacío.

Las paredes de mi nueva habitación eran blancas y estaban desnudas; todas las obras de arte que había colgado en la habitación que tenía antes estaban metidas en cajas y debajo de la cama. El tarro de estrellas de origami que me había regalado Zeke también estaba allí, escondido en el fondo para que no tuviera que verlas sin querer, aunque no tuve valor para tirarlas.

Así me sentía yo también por dentro: desnuda, entumecida, con todo el peso guardado y clasificado en compartimentos. Pero incluso con todo aquello oculto y mis emociones reprimidas en contra de su voluntad, seguía siendo incapaz de fingir que estaba contenta o emocionada por algo.

Permanecí en ese estado de entumecimiento todo el tiempo que tardé en mudarme de mi dormitorio con Zeke al nuevo que me habían asignado con Clay. Me quedé sin emociones cuando tuve que contarle al equipo lo que había pasado la mañana después de que estuviéramos en el despacho del entrenador, cuando tuve que ver cómo la confusión, el dolor y la rabia inundaban sus caras al darse cuenta de lo que eso significaba para ellos: Zeke y yo sentados en el banquillo.

Después, todos nos ofrecieron palabras de aliento, pero ninguno de los dos pudo aceptarlas.

Y menos yo.

Y desde aquel momento, no había hecho otra cosa que entrenar, estudiar y dormir, aunque esto último a veces resultaba complicado.

Sabía lo que se sentía al estar colocada por la vida, al zumbar bajo la caricia de un chico al que deseaba tanto que lo sentía zumbar en cada nervio de mi cuerpo. Y había conocido el dolor inmenso, el inalcanzable, el que nace solo de una circunstancia impensable que se convierte en realidad, como ocurrió cuando mi hermano gemelo se quedó paralítico.

Había conocido todo el espectro de emociones, pero esto...

Esto no era nada.

Era apatía, densa y pesada y era peor que el dolor.

Al menos, si me doliera, sentiría algo.

Cuando llamaron a mi puerta, no hice más que parpadear y, al no responder, Clay la abrió con tiento.

—Eh —dijo, inspeccionando el lugar donde estaba tumbada de espaldas en mi cama deshecha—. Algunos vamos al estadio a desayunar antes del entrenamiento. ¿Te apuntas?

—No tengo hambre —fue lo único que respondí, y luego rodé sobre un costado, haciéndole saber que no tenía nada que más que decir.

Me dejó con un suspiro que me dijo que no quería, pero me alegré de que me respetara lo suficiente como para no presionarme.

Comprobé la hora en mi móvil, observando exactamente cuánto tiempo podía estar allí tumbada sin vida antes de tener que despegarme del colchón y dirigirme al entrenamiento. Presentarme a hacer ejercicios sabiendo que no jugaría era una nueva forma de tortura.

También abrí mi hilo de mensajes con Zeke por millonésima vez, sabiendo antes de abrirlo que nada había cambiado.

Lo siento mucho, Riley.

Era el único mensaje de texto que había recibido desde que nos mandaron llamar al despacho del entrenador, y había hecho vibrar mi teléfono casi a las tres de la madrugada de aquella noche. Estaba despierta y había mirado el mensaje deseando poder llorar, deseando que esa disculpa fuera suficiente.

Deseando poder volver a ser quienes éramos en los mensajes anteriores, los que eran sencillos, divertidos y sensuales, pequeñas bromas compartidas entre dos almas despreocupadas.

Me dejé mirar los mensajes hasta que me encontré con una foto nuestra, una que había sacado con el móvil una noche que estábamos en el sofá. Yo estaba acurrucada en el pecho de Zeke, con su mejilla apoyada en la coronilla de mi cabeza mientras los dos ofrecíamos sonrisas perezosas y saciadas a la cámara. Se la envié a Zeke a la mañana siguiente, cuando estaba en clase.

Ojalá estuviera en el sofá contigo en vez de estar escuchando este sermón.

Se me revolvió el estómago y cerré los ojos para contener la sensación de nostalgia que me invadió, y salí de la conversación antes de tirar el móvil al colchón. Sin embargo, una parte de mí se sentía mejor.

Porque al menos sentía algo.

Ni siquiera oí el golpe que anunció la llegada de mi hermano. Al menos,

supuse que había llamado, pero tal vez irrumpió, o tal vez Clay le dejó entrar al salir. En cualquier caso, pasé de estar tumbada de lado en silencio, a que me desgarrasen y, luego, a ponerme de pie en contra mi voluntad.

—Vale, de normal no recomendaría una ducha antes del entrenamiento, pero... uf, hermanita. —Gavin arrugó la nariz y me miró el pelo grasiento cuando me tiró de la muñeca lo suficiente como para sacarme de la cama.

Lo ignoré, agarré la mochila y me la colgué del hombro.

—He pensado que podríamos comer algo en la cafetería antes de que tengas el placer de entrenar bajo esta lluvia helada —dijo con un falso acento británico como si fuera un *maître*.

—No tengo…

—No me importa que no tengas hambre —dijo antes de que pudiera terminar, su voz más severa ahora—. Tienes que comer.

No tenía fuerzas para discutir, así que le hice un gesto para que me guiara.

Cerré la puerta detrás de nosotros cuando estuvimos fuera del dormitorio, con el corazón acelerado mientras otros compañeros llenaban el pasillo desde las puertas a ambos lados. No me atreví a mirar detrás de mí hacia la última puerta de la izquierda, no me atreví a girarme para ver si Zeke era uno de ellos.

La simple idea de verlo me provocaba un nudo en el estómago, y Gavin me fulminó con la mirada como si lo supiera, pero no dijo ni una palabra.

Cuando estuvimos fuera, desplegué un gran paraguas negro sobre los dos, y caminé junto a la silla de Gavin mientras cruzábamos poco a poco el campus.

—¿Cómo va el entrenamiento?

Resoplé.

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Cómo va tu reserva? ¿Crees que está listo para el sábado?

—Ya no es mi reserva —le recordé a mi hermano—. Yo soy la suya. Y lo hará genial, estoy segura.

—No es tan bueno como tú.

—Mientras patee, no importa. Es fácil sustituirme.

Ante esa respuesta, Gavin frunció el ceño y me dio un codazo.

—Eso no es verdad y lo sabes.

Me encogí de hombros, y me subí la cremallera del chubasquero mientras el viento empezaba a desplazar las gotas hacia los lados.

—Anoche estuve con Zeke —comentó Gavin al cabo de un rato. Como no le contesté, añadió—: Está fatal, ¿sabes?

—Debería estarlo.

Gavin me miró.

—¿Por qué, porque metió la pata y cometió un error?

—Ese chico es un error.

—¿A ti qué te pasa? —Gavin se detuvo y esperó a que yo hiciera lo mismo—. Es como nuestro hermano, pero tú lo tratas como si fuese un criminal.

—¡Casi hace que me echen de la universidad! —grité, lo bastante alto como para que algunos alumnos nos miraran con recelo al pasar—. ¡Y mira lo que te hizo a ti!

Levanté la mano antes de que pudiera pensarlo mejor, y la cara de mi hermano se desencajó, sus ojos reflejaban una mezcla de dolor y sorpresa por lo que había dicho.

Suspiré.

—Lo siento, es que... —Resoplé, señalando con la cabeza hacia la cafetería—. Vamos, resguardémonos de la lluvia.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

Me puse rígida ante sus palabras.

—Ya sabes lo que pasó. Plagió mi...

—Hay algo más, Riley, y para serte sincero, me cabrea mucho que pienses que soy tan tonto como para no darme cuenta.

Tragué saliva, y por primera vez en días sentí que los ojos me escocían por las lágrimas. No había nada que odiara más que pelearme con mi hermano.

—Gav, por favor. —Al final pude mirarle a los ojos—. Ahora mismo no puedo hacer esto.

—¿Hacer el qué?

—Cualquier cosa que no sea intentar puto levantarme cada mañana —confesé, con los ojos brillantes—. Sé que mereces más respuestas. Y sé que odias verme así, ver a tu mejor amigo así... —Sacudí la cabeza, porque incluso pensar en Zeke hacía que todo dentro de mí se cerrase—. Sé que es duro. Pero ahora mismo, de verdad necesito que... hagas lo de los gemelos, ¿vale? Estar aquí para mí sin pedirme nada.

Hacer lo de los gemelos.

Esa era la única carta de la que podíamos tirar para hacer callar al otro.

Gavin soltó un suspiro y se mordió el labio inferior antes de asentir con la cabeza.

Le devolví el agradecimiento con una inclinación de cabeza y recorrimos el

resto del camino hasta la cafetería en silencio. Desayunamos casi de la misma manera.

Cuando llegué al campo estaba tan agotada que parecía que estaba terminando el día y no empezándolo, y mi cuerpo protestó cuando me puse la camiseta de entrenamiento y las protecciones. Opté por llevar una camiseta térmica debajo, aunque sabía que no serviría de nada contra la lluvia helada.

Casi había escapado antes de que Zeke cruzara las puertas de los vestuarios, pero cuando lo hizo, se llevó todo el aire con él.

Tenía exactamente el mismo aspecto que yo, la piel de debajo de los ojos hinchada, la cara cenicienta y demacrada, todo el cuerpo encorvado como si llevara el peso del mundo donde nadie pudiera verlo. Las gotas de lluvia se le pegaban al pelo y a las cejas, rodaban por su chaqueta y caían al suelo mientras entraba. Sus ojos encontraron los míos en cuanto entró en la sala y se detuvo a medio paso, como si acabara de tropezar con un oso salvaje en medio del bosque.

Había hecho todo lo posible por evitarle desde que el entrenador nos llevó a su despacho y, en su mayor parte, lo había conseguido. Ignoré su único mensaje de texto y todas las llamadas que recibí, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Me aseguraba de irme cuando Clay decía que iba a venir y, durante los entrenamientos, me quedaba en el otro extremo del campo o en la banda siempre que podía, y solo estaba cerca de él cuando nuestros entrenadores me lo ordenaban.

Pero ahora estaba a unos metros de distancia, su agonía emanaba de él y se mezclaba con la mía en el espacio que nos separaba.

Cada célula de mi traicionero cuerpo se agitó, rogándome que fuera hacia él, que me derrumbara en sus brazos, que sintiera su calor envolviéndome y sus labios contra mi pelo mientras me susurraba que todo iría bien.

El impulso era tan fuerte que mis pies se movieron con dificultad antes de detenerlos, antes de tragarme cualquier emoción que quisiera aflorar a la superficie.

Zeke tensó la mandíbula, el músculo se abrió paso a través de la piel. Sus ojos permanecían fijos en los míos, con las cejas inclinadas sobre ellos, y el cuerpo en tensión, como si fuera a salir corriendo o a arrancarle la cabeza si hacía el más mínimo movimiento.

Me pareció que había pasado una eternidad antes de que se despertara, se inclinara unos centímetros hacia mí y abriera la boca para decir algo.

Pero me di la vuelta antes de que tuviera la oportunidad, me puse el casco y salí corriendo bajo la lluvia.

CAPÍTULO 27

Zeke

—¡Sí, joder! —gritó Gavin, levantando las manos en señal de victoria con el mando de la Xbox sujeto en una de ellas. Bailó un poco, contoneando las caderas antes de enmarcarse la entrepierna con las manos en un movimiento de succión ante el que no pude evitar sonreír.

El hecho de que las comisuras de mis labios se curvaran fue un milagro.

—Demasiado fácil, tío —dijo, echándome una mirada antes de empezar a elegir los equipos para el siguiente partido—. Despierta. He venido para una competición justa, no a vencer a un caballo moribundo.

Se me borró la sonrisa que había logrado esbozar y no pude encontrar la energía para recuperarla mientras seleccionaba a los halcones de Seattle y esperaba a que Gavin eligiera con quién quería jugar. Cuando se decidió por los potros de Indianápolis, empezamos.

Agradecí el silencio que reinaba entre nosotros mientras jugábamos, la forma en que mis dedos sabían qué hacer, qué controles pulsar sin que mi cerebro tuviera que esforzarse. Cualquier excusa para salir de mi cabeza y entrar en mi cuerpo era bienvenida estos días y, a decir verdad, era la única forma que tenía de sobrevivir.

Echaba de menos el jaleo de la temporada cuando estaba con Riley, cuando estábamos tan absortos el uno en el otro que cada día pasaba volando y lo único que me mantenía con los pies en la tierra eran los momentos robados que pasaba con ella. Ahora, la vida era un jaleo, pero de una forma completamente distinta, como lo había sido durante casi un año después del accidente que dejó a Gavin paralítico.

Era un borrón de culpa, de sufrimiento, de desear estar en una pesadilla de la que pudiera despertar.

Daba igual las veces que rememorase ese día, intentando recordar lo que había escrito en mi redacción con las prisas, nunca tenía sentido. No me acordaba de que había copiado su trabajo y lo había reformulado lo suficiente como para creer que era inteligente y que se me había ocurrido la idea a mí solo. De verdad

que pensaba que lo había escrito yo solo, con su ayuda, por supuesto, pero del mismo modo que un tutor ayudaría a cualquiera.

Sin embargo, no era difícil imaginar cómo podría haber cometido el error. Estaba tan desesperado por meterme en la ducha con ella que habría escrito cualquier cosa con tal de terminar el trabajo y pasar a tenerla entre mis brazos.

Y ahí estaba el problema.

No pensé.

Nunca lo hacía.

Riley tenía razón sobre mí.

Cada vez que pensaba en ella, cada vez que cerraba los ojos y veía los suyos empañados por las lágrimas mientras me decía que no era más que una egoísta, que nunca cambiaría, era como un puñetazo en el estómago.

Le había prometido que no le haría daño, que podía ser mejor de lo que ella había creído que era durante años, solo para echar más leña al fuego y hacer que ardiera todavía más.

Sabía sin suplicárselo que no habría otra oportunidad de demostrarle que estaba equivocada, pero eso no me impedía querer arrojarme a sus pies cada vez que la veía.

Tampoco era la única a la que había defraudado.

Cuando les conté a mis padres lo sucedido, pude sentir su decepción a través del teléfono. Mamá se excusó por completo, mientras que mi padre se tomó unos minutos de silencio antes de poder dirigirse a mí. Cuando lo hizo, me amenazó con que volviera a escribir el trabajo y me concentrase en el partido de la *bowl*, el que fuese.

También aprovechó la ocasión para recordarme lo que me había inculcado toda la vida.

—No tienes que ser bueno en los estudios, hijo. Basta con que te las arregles hasta que empiece tu verdadera carrera. Tal vez podrías cambiar de rama, encontrar otra un poco más... adecuada.

«Adecuada» significaba más fácil.

Llamó al asesor del equipo justo después de que termináramos de hablar, sin preguntarme, y antes de que pudiera pensar en una razón para discutirlo, me cambiaron de especialidad, me asignaron un tutor y reajustaron mi programa tal y como mi padre quería.

Lo más curioso fue que ni siquiera me enfadé.

Me sentí aliviado.

Por alguna sádica razón que no podía explicar, me sentí bien tumbándome, dándome la vuelta y admitiendo que todo el mundo tenía razón.

No soy inteligente. No soy un buen amigo. No soy bueno en nada.

Salvo en el fútbol.

Y que se me da jodidamente bien.

Así que me volqué en el entrenamiento, en lo único que podía controlar.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que tal vez... tal vez... me estaba haciendo sufrir más de lo necesario.

El pulso se me aceleró cuando miré a Gavin, crují el cuello y volví a dirigir la mirada a la pantalla antes de armarme de valor para decir lo que quería decirle.

—Creo que voy a presentarme al reclutamiento.

Los pulgares de Gavin se detuvieron sobre el mando durante un largo segundo, volviendo a ponerse en acción justo para terminar la jugada antes de pulsar la pausa, con los ojos desenfocados en la pantalla.

—Sé que querrás convencerme de que no lo haga, Gavin, pero... lo he pensado mucho. Y creo que es lo mejor para mí.

—¿Dejar la universidad en primer año? Perdóname si no estoy de acuerdo.

Respiré hondo.

—Odio estudiar. Y soy un estudiante pésimo. Hace años que lo sabes.

—No eres un estudiante pésimo. Tienes un problema de aprendizaje —discutió Gavin—. Hay una diferencia.

—No importa. Tuviste que cargar con mi culo en todas las clases del instituto, y mírame ahora —dije, extendiendo una mano como si Riley estuviera allí mismo, como si Gavin entendiera a qué me refería sin tener que decirlo.

No podía decírselo.

—No estoy hecho para esto —dije, aunque se me quebró la voz con las palabras—. El fútbol. Ese es mi trabajo.

Gavin negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto. Tendrás suerte si te eligen, y mucho menos en las primeras rondas.

—No me importa si me eligen el último —dije—. Haré las pruebas de la NFL. Entonces me verán.

—¿Y si no?

Me encogí de hombros.

—Entonces encontraré otra forma. Mi padre ya me ha dicho que tiene un agente que se muere por trabajar conmigo. Podrían invitarme a campamentos de

verano.

—¿Y si no lo consigues?

—Lo conseguiré.

Gavin lanzó el mando y maldijo, girándose en su silla para mirarme.

—Esto es hablar como un cobarde, Zeke. Es una gilipollez y lo sabes.

—¿Qué esperas que haga? —pregunté con calma.

—¡Quedarte! —Extendió la mano como si me estuviera dando la respuesta en bandeja de oro—. Cambia de carrera si quieres. Busca un tutor, haz que los chicos del equipo te ayuden. Mierda, déjame ayudarte. Pero no renuncies. No eres de los que se rinden.

—No voy a rendirme.

—¿Ahora también te mientes a ti mismo?

Reprimí un suspiro y tiré al suelo mi propio mando.

—He cambiado de especialidad, a algo que no me interesa lo más mínimo, simplemente porque el asesor del equipo cree que será lo más fácil para mi cerebro de cavernícola. También me asignó un tutor, ¿y adivina qué? Sigue sin tener sentido. Todavía me lleva el triple de tiempo, si no más, entender lo que estoy estudiando, por no hablar de aplicarlo.

Gavin abrió la boca para interrumpirme, pero no le dejé.

—Me he quedado sin opciones, ¿vale? Es mejor entrar pronto y pasar un par de años en el banquillo, aprender de los mejores, que arruinar mi carrera futbolística porque no puedo mantener el ritmo académico.

Había otro aspecto positivo en este plan, uno que no podía admitir en voz alta, desde luego no ante Gavin.

Riley.

Podía dejarla en paz como ella quería con desesperación, podía darle el espacio que necesitaba para ser la deportista estrella que yo sabía que podía ser, sin que yo fuera una distracción o una molestia. Lo veía cada vez que nos cruzábamos en el vestuario o nos asignaban el mismo ejercicio en el campo. Me odiaba aún más que antes y, esta vez, eso afectaba a su forma de jugar.

Tener que jugar bien conmigo la mataba, y por si no había quedado claro en los entrenamientos, verla en el banquillo en el último partido había sido prueba suficiente.

Estaba en el banquillo por mi culpa.

Una mirada letal me dijo que nunca olvidaría o perdonaría aquello.

Y para demostrar aún más esa opinión que ella tenía, mi parte egoísta deseaba

que llegara el día en que no tuviera que sufrir por estar tan cerca de ella y no poder tocarla, abrazarla o mirarla sin que se pusiera furiosa.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Gavin, con voz tranquila mientras negaba con la cabeza—. Esto no es lo que tú quieres. Lo sé, en el fondo, quieres un título. Quieres demostrar que tus padres se equivocan, joder, demostrar que todo el mundo se equivoca. Tienes mucho más que ofrecer y lo sabes.

—Creía que sí —le corregí—. Pero últimamente mis acciones han demostrado lo contrario.

Gavin me observó durante un buen rato.

—Esto no tiene nada que ver con los estudios —dijo, y no era una pregunta—. Es por Riley.

—¿De qué estás...?

—No —dijo, cortándome—. No me mientas. De ella aún puedo aceptarlo, pero de ti no.

Miré la imagen pausada en la pantalla del televisor, incapaz de mirarle a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré.

—Fui un idiota, ¿vale? Solo tenía... prisa, y supongo que tenía sus puntos de la redacción en mi cabeza mientras terminaba la mía.

—No me refiero a eso.

Me crují el cuello, por fin le miré y quise volverme invisible cuando lo hice.

—¿Había algo más entre vosotros?

Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes y, como no respondí, Gavin se puso delante de mí, clavándome la mirada.

—Respóndeme.

Tragué saliva, consciente de que estaba a punto de hacer que Riley me odiara aún más, si es que eso era posible. Pero no podía mentirle, no cuando ya lo sabía.

—Sí —balbuceé.

Gavin cerró los ojos en un suspiro, uno que sacudió mis ya frágiles huesos. Estaba impregnado de la misma traición que había sentido su hermana, y el hecho de haberlo oído de ambos estuvo a punto de destrozarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó al final, cuando volvió a abrir los ojos.

—Creo que la respuesta es bastante obvia.

Le dirigí una mirada mordaz, y él asintió con otro suspiro, pasándose una mano por el pelo mientras se hundía más en su asiento.

—Debería partirte la cara, ¿sabes? —dijo.

—Más o menos lo que esperaba.

—Pero —añadió—, sinceramente, lo veía venir. Lo único que me sorprende es que os haya llevado tanto tiempo.

Fruncí el ceño, pero no pude negar cómo me relajé un poco al saber que mi mejor amigo no estaba a punto de arrancarme la cabeza tras descubrir que me gustaba su hermana.

—¿No quieres matarme?

Lo consideró.

—Tal vez un poco. Es mi hermana —dijo, mirándome fijamente—. Pero... me molesta más que me lo hayáis ocultado.

—Íbamos a decírtelo —expliqué, y se me hizo un nudo en la garganta al recordar cómo planeábamos aquella cena para Gavin, lo felices y emocionados que estábamos a pesar de los nervios—. Pero entonces...

No tuve que terminar la frase.

—Ahora todo esto tiene mucho más sentido —dijo después de un rato—. Lo trastornada que ha estado actuando, lo miserable que te has mostrado tú. —Me clavó una mirada llena de dureza—. Y no estás pensando en el reclutamiento porque odies la universidad. Quieres huir.

Ni siquiera me molesté en discutir. Me limité a tragar saliva, con las fosas nasales encendidas por una emoción que no podía contener ahora que la verdad había salido a la luz.

—¿Puedes culparme?

Gavin se quedó callado durante un momento, digiriéndolo.

—Supongo que todos hemos hecho estupideces para huir de un corazón roto —susurró, con los ojos fijos en sus piernas inmóviles.

Cuando volvió a mirarme, tuve que apartar la vista, inspirando con fuerza para mantener los ojos secos.

—Te estás dando por vencido —dijo.

—No tengo elección.

—Eso es aún más estúpido que pensar que no puedes sacarte el título.

Sacudí la cabeza.

—No lo entiendes.

—No. Creo que eres tú quien no lo entiende. Mi hermana lleva enamorada de

ti desde que éramos niños, idiota —dijo, y su sonrisa se tornó divertida cuando yo chasqueé la cabeza y lo fulminé con mi confusión—. ¿Cómo demonios has tardado tanto en darte cuenta?

—Ella me odiaba —argumenté.

—Después del accidente, sí. Pero incluso entonces, ¿no podías verlo? ¿La forma en que te miraba? ¿Cómo se ponía toda nerviosa y rara cuando estábamos los tres juntos?

Tragué saliva, con la mandíbula apretada al recordar que Clay había dicho lo mismo.

—Ahora ya no importa —dije—. Cualquier oportunidad que tuviera, la eché a perder.

—No lo sabes con certeza.

—Oh, sí, lo sé.

—Habla con ella.

—Lo he intentado.

—¿De verdad? —me retó—. Conozco a mi hermana y sé que, aunque levante sus muros y se sienta feliz en su fortaleza de soledad, tiene el corazón tan duro como el cojín de un sofá. —Esperó a ver si yo sonreía con la broma, pero como no lo hice, continuó—. Te perdonará.

—Ya lo hizo, y la cagué. Otra vez.

—Seguramente tampoco será la última vez.

Lo miré con mala cara y él se rio, negando con la cabeza.

—Venga, tío. Somos unos críos. Cometemos errores. Algunos tienen peores consecuencias que otros. Pero eso no significa que sencillamente... huyamos. No significa que abandonemos a la gente que queremos. En todo caso... —Se encogió de hombros—. Significa que debemos estar más presentes. Esforzarnos más. Ser mejores.

Tragué saliva.

—¿Y si no sé cómo ser mejor?

—Ya lo descubrirás.

Me miré las manos en el regazo, no muy convencido. Gavin me dejó en ese silencio durante un buen rato antes de que sonara la alarma de su teléfono, indicando que tenía que irse a entrenar. Suspiró, apagándola antes de tocar el brazo de mi silla.

—Lo único que te pido es que lo intentes —dijo, levantando un poco las cejas —. ¿De acuerdo? ¿Puedes hacer eso por mí?

Asentí con la cabeza, aunque mi garganta seguía cerrada por un nudo que no era capaz de tragar.

—No tomarás decisiones sobre el reclutamiento hasta que termine la temporada —añadió, levantando el meñique.

Lo miré con el ceño fruncido, arqueando una ceja cuando volví a mirarle.

—¿Eso no es cosa tuya y de Riley?

—Bueno, ahora también es cosa nuestra. Vamos —dijo, moviendo el meñique —. Júralo.

Negué con la cabeza en un suspiro, pero accedí, rodeando su dedo meñique con el mío.

—Es un juramento sagrado —me recordó Gavin mientras cogía su bolsa y se dirigía a la puerta—. Para que lo sepas.

—He dicho que lo intentaré —le dije, abriéndole la puerta.

—Eso es lo único que pido.

Salió sobre una nube de esperanza, como si ya hubiera ganado, como si estuviera convencido de que todo entre Riley y yo saldría bien y yo me graduaría con un título y esperaría hasta después de haber cruzado el escenario para presentarme al reclutamiento.

No tuve valor para decirle que por mucho que lo intentara, mi oportunidad con Riley ya era inexistente.

Y si no podía tenerla, no soportaría quedarme aquí el tiempo suficiente para ver cómo lo conseguía otra persona.

La mera idea me hizo apretar el pomo de la puerta mientras la cerraba, y luego me hundí en el sofá, odiando que aún oliera a ella, que sus largos cabellos siguieran en el fregadero porque no podía quitarlos, que su goma del pelo siguiera alrededor de mi muñeca de cuando se la quité del pelo mientras me la follaba contra la pared.

Estaba en todas partes, marcada en mi piel como un tatuaje.

Y tal vez esa era la verdad más difícil de afrontar.

Aunque huyera, nunca podría correr lo suficiente como para olvidarla.

CAPÍTULO 28

Zeke

—Seré breve —dijo el entrenador Sanders dos semanas después, tecleando en su portátil antes de girarse para mirarme. Unió las manos sobre el escritorio—. Vas a jugar en el partido de la *bowl*.

Suspiré aliviado, luchando contra una sonrisa demasiado grande como para contenerla. La mera idea de estar de nuevo en el campo, de nuevo bajo aquellas luces, con mi camiseta luciendo con orgullo mi nombre en la espalda... me iluminaba como ninguna otra cosa podía hacerlo.

—Sin ti y sin Novo ha sido duro —admitió—. Para todos nosotros. No solo por el papel que desempeñáis en el campo, sino por el papel que desempeñáis en el equipo como líderes. Y sé que fue duro para los dos vernos jugar sin vosotros.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo de culpabilidad que ahora tenía residencia permanente en mi garganta. Habíamos perdido los dos partidos y, aunque no me lo tenía tan creído como para suponer que esas derrotas se debían a que Riley y yo no estábamos en el campo, no pude evitar desear haber estado allí para aportar mi granito de arena, para intentar asegurar la victoria.

Sabía sin preguntar que Riley sentía lo mismo.

—Todos queríamos los *playoffs* este año, pero así es el fútbol. Las cosas cambian. Los jugadores se lesionan o suspenden asignaturas o... —Se detuvo, agitando la mano para rellenar el resto—. Da igual. Pero hay algo que quiero que sepas.

Me incorporé un poco.

—Zeke, tienes más potencial del que crees, más del que te das crédito. No lo sé todo sobre ti, pero sé lo suficiente como para suponer que no hablas bien de ti mismo en esa cabeza que tienes.

El entrenador me dirigió una mirada mordaz, y yo bajé la vista a mi regazo, incapaz de mirarle.

—En las dos últimas semanas, has dado la cara. Has entrenado como si estuvieras jugando, has apoyado a tus compañeros en los partidos incluso cuando no podías estar, y has subido tus notas en todas y cada una de las asignaturas.

Has vuelto a escribir esa redacción y, acabo de enterarme de que también una página entera de disculpas que no se te exigía.

Asentí, aún incapaz de mirarle.

—Eres bueno, Zeke. Tienes talento. Eres especial. —Golpeó el escritorio con los nudillos hasta que me encontré con sus ojos—. Pero podrías ser grande. Podrías ser mucho más de lo que crees. Solo tienes que demostrarlo. —Levantó las cejas—. ¿Lo entiendes, hijo?

—Sí, señor.

—Bien —dijo, volviendo a sentarse—. He oído disparates de que estabas pensando en unirte al reclutamiento.

Abrí la boca para contestar, con el pánico recorriéndome la espalda, pero me cortó.

—Déjame decirte ahora mismo que eso no va a pasar. Este equipo te necesita. Y tú nos necesitas. —Me desafió a decir algo, y cuando no lo hice, añadió—: Me debes diez vueltas al campo solo por planteártelo.

—Sí, señor —dije, y por alguna razón...

Sonreí.

Quizá fuera su confianza en mí, su convicción de que podía ser mejor, o quizá fuera que no me había dado cuenta de todo lo que me había señalado con tanta facilidad.

Había subido mis notas.

Había escrito aquel trabajo, yo solo.

Y vine aquí todos los días; por mis compañeros, por mis entrenadores y por mí.

El orgullo me hervía en el pecho cuando el entrenador volvió a mirar el portátil y se puso a revisar la cinta.

—Busca a Novo y que venga.

La sonrisa se me desmoronó, junto con el estómago, pero me las arreglé para asentir con la cabeza como si estuviera bien y salir de su despacho con piernas estables.

El vestuario estaba tranquilo, aunque oí música y risas que resonaban en el pasillo desde la sala de pesas. Primero miré allí y, al no encontrar nada, salí corriendo al campo.

Riley era la única que quedaba, el estadio estaba inquietantemente silencioso bajo el cielo gris que se extendía sobre él. No había viento, ni movimiento en el aire, solo una fría quietud que parecía una especie de vacío mientras me dirigía

lentamente hacia ella.

Colocó un balón en el soporte para balones de portería, con una pata metálica que mantenía la parte superior del balón estable contra el suelo, mientras retrocedía hasta su posición habitual. Dos pasos hacia atrás y dos hacia la izquierda. Movió los dedos a los lados mientras sus hombros subían y bajaban con una respiración pesada, y luego trotó y pateó.

Falló.

Me detuve en la línea de las cuarenta yardas y vi cómo colocaba otro balón para repetir lo mismo. Esta vez lo consiguió, pero su reacción fue como si hubiese vuelto a fallar.

—Esa vez tu pie estaba bien colocado —dije, metiendo las manos en los bolsillos de mis *joggers* mientras me acercaba con cuidado por detrás—. Buen trabajo.

Se puso tensa al oír mi voz, con la espalda rígida y los brazos pegados a los costados. Al cabo de un rato, soltó un pequeño suspiro, se volvió y me miró de forma fugaz antes de volver a colocar el balón.

—¿Qué tal Acción de Gracias? —pregunté, y quise darme una patada en cuanto las palabras salieron de mi boca, sobre todo cuando Riley no me respondió más que con una mirada que me dijo que no tenía interés en hablar conmigo.

Me quedé callado para que pudiera realizar la siguiente patada, que falló, y supe que fue porque no la había seguido. Su enfoque era incoherente en todo momento, y algo en mis entrañas me decía que se trataba simplemente de un mal día de entrenamiento, que tenía que dejarlo atrás para poder empezar de nuevo mañana.

Pero soltó un gruñido de frustración, alineó otro balón y a duras penas se colocó en posición antes de patear. Fue buena, pero inestable y demencial.

—Riley —advertí.

—Déjame en paz, Zeke —dijo, con voz tranquila a pesar de que estaba visiblemente temblorosa. Alineó otra pelota.

—Riley.

Pateó, y la pelota golpeó el poste de la portería antes de rebotar hacia el suelo.

Una maldición salió volando de sus labios, pero antes de que pudiera coger otro balón, me interpuse entre ella y la bolsa.

—El entrenador quiere verte.

Se quedó quieta y sus ojos recorrieron despacio mi cuerpo hasta encontrarse

con mi mirada. Le ofrecí la mejor versión de una sonrisa que pude esbozar, con la esperanza de que entendiera que esta vez eran buenas noticias.

La esperanza brilló en sus ojos, pero se apagó tan rápido como nació, y se colgó las manos de las caderas, mirando a la zona de anotación llena de los balones que había pateado.

—Yo los recogeré —le dije—. Vete.

—No tienes que...

—Yo me ocupo —insistí.

Asintió con la cabeza, tragó saliva y, sin volver a mirarme, se dirigió a los vestuarios.

Sabía que yo también debería haberme dado la vuelta. Debería haber recogido los balones y haberlos guardado, haber entrado a darme una ducha, haber visto un poco la cinta antes de retirarme al dormitorio. Tenía que estudiar. Tenía que hacer los deberes. Debía hacer cualquier cosa menos ver a Riley alejarse de mí.

Pero era lo único que quería hacer.

Analicé cada una de sus curvas, observé cómo llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tirante, con pequeños mechones encrespados a los lados. Recorrí su nuca, su columna vertebral, la extensión de sus brazos, que se balanceaban a los lados...

Hasta que se detuvieron.

Riley se detuvo a diez yardas de mí, con los dedos apretados en un puño, y luego se dio la vuelta tan rápido que no tuve tiempo de comprender lo que estaba ocurriendo. Corrió hacia mí y, aunque mis brazos me suplicaban que los abriera de par en par, la agarrara y me la llevara, supe por la mirada sedienta de sangre de sus ojos que eso no era lo que quería.

—¡¿Por qué?! —gritó cuando me alcanzó, y sus puños cayeron sobre mi pecho mientras lo hacía. Me golpeó una vez, dos veces, y luego en sincronía una y otra vez mientras la misma pregunta salía de sus labios—. ¡¿Por qué?!

Apreté la mandíbula, aceptando cada golpe sin intentar detenerla.

—¿Por qué tenías que darme la razón? —gritó, con la nariz encendida por las lágrimas que asomaban en sus ojos. Aflojó los puños, aunque seguía apretándolos contra mi pecho. Sus siguientes palabras fueron un susurro—. Quería con todas mis fuerzas que me demostraras que estaba equivocada.

Me tembló el labio inferior, y cuando me miró con esos ojos devastadores, no pude resistirme más.

La atraje hacia mí, envolviéndola en mis brazos contra el sollozo ahogado que

soltó cuando lo hice. Se retorció, sacudiéndose contra mí, pero yo la sujeté con fuerza hasta que se calmó, hasta que se quedó quieta salvo por su respiración ahogada.

Entonces, apretó las manos en mi sudadera y se aferró a mí como si fuera su salvavidas.

Dejé salir un suspiro tembloroso, acuné su cabeza contra mi pecho y la apreté con fuerza. No me atreví a hablar, no me atreví a moverme más que para mantenerla firme mientras se rompía en mis brazos. Aspiré el aroma de su pelo, me dolió recordar tan vívidamente cómo era tenerla apretada contra mí, lo que su calor hacía no solo con mi cuerpo, sino con mi alma.

Tan rápido como había llegado el momento, se fue.

Riley tomó aire y me apartó de ella sin mirarme a los ojos. Se dio la vuelta y se fue furiosa a los vestuarios como si nada hubiera pasado.

—Espera.

La palabra era una súplica silenciosa, que estaba seguro de que ignoraría, pero se detuvo a unas yardas, con el cuerpo tenso mientras se volvía hacia mí con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Nunca podré borrar lo que hice —dije, tragándome los nervios que amenazaban con silenciarme—. No es la única decisión que he tomado y que me perseguirá mientras respire. Pero te aseguro que nunca quise hacerte daño, Riley. Nunca quise que pasara nada de esto.

Su nariz se encendió y fue a girarse, pero se detuvo cuando continué.

—Pero también me doy cuenta de que eso no importa; porque lo hice. Te hice daño. Y lo que más me apena es que hayas tenido que pagar las consecuencias a mi lado.

Su expresión era ilegible, pero me estaba escuchando.

Lo consideré un milagro.

—No hay nada que pueda decir, nada que pueda hacer, para mejorar nada de esto. Si pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar ese día, lo haría, sin importar lo que me costara al final. Si pudiera volver atrás y no entrar nunca en tu vida ni en la de Gavin, lo haría. Aunque me matara, Riley, lo haría para salvarte.

Le tembló el labio, una lágrima silenciosa escapó y rodó por su mejilla.

—No espero que me perdones nunca. Y no espero volver a tener la oportunidad de tener tu corazón en mis manos. Pero quiero que sepas esto —le dije, acercándome a ella—. Tú tienes el mío. Te pertenece. Ahora y siempre, pase lo que pase. Y aunque me odies el resto de tu vida, necesito que sepas que

te quiero.

Todo el dolor en su expresión se liberó, reemplazado por unos ojos muy abiertos y conmocionados.

—Y creo en ti —continué—. Así que... si tengo que perderte, estoy dispuesto a hacerlo. Pero al menos necesitaba que lo supieras.

Apenas pude ahogar las palabras antes de que mi cuerpo se rebelara, alejándose de ella y corriendo por el campo hacia donde estaban los balones sin dejarme mirar atrás. No podía soportar tenerla tan cerca sin volver a tocarla, no podía mirarla a los ojos después de confesarle que la quería cuando ya era demasiado tarde.

Me temblaron las manos al recoger cada balón, metiéndolos uno a uno en la bolsa de lona.

Cuando por fin me atreví a mirar al lugar donde estaba, el espacio estaba vacío y el campo más silencioso que nunca.

Se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de que lo que había ofrecido no era suficiente.

Pero al menos ahora lo sabía. Ya no podía cuestionarse lo que teníamos, ni preguntarse si lo había imaginado todo o si era real.

Lo sabía.

Y aunque mi pecho estaba hueco y dolorido, al saber eso podía mantener la cabeza alta.

CAPÍTULO 29

Riley

—Parece que vas a vomitar.

Miré fijamente a mi hermano, que agarró la papelera que había al otro lado de la cama del hotel y la puso entre nosotros sobre el colchón, palmeando el plástico con seguridad.

—No voy a vomitar.

—No sé, cariño —dijo mamá, sentada en el borde de la cama y poniendo el dorso de su mano sobre mi frente. Tenía el pelo del mismo tono castaño que yo, grueso y sedoso, salvo por las canas que salpicaban sus raíces. También era igual de delgada que yo, apenas se hundió en el colchón cuando se sentó a mi lado—. Estás un poco pálida.

Gavin ahogó una carcajada cuando aparté la mano de mamá de mi cabeza y lo pellizqué en el costado.

—Estoy bien —dije, con más mordacidad de la que pretendía. Me obligué a respirar con calma antes de sonreír a mi madre—. Te lo prometo. Es que estoy un poco nerviosa.

—Era de esperar —dijo mi padre, sentándose en el brazo del sofá detrás de mamá. Tiró de ella hacia su regazo, rodeándole la cintura con los brazos mientras ella sonreía y se inclinaba hacia él—. Nuestra niña. ¡Va a jugar en el Blackberry Bowl en Nochevieja!

A mamá se le saltaron las lágrimas de inmediato y se las secó en cuanto empezaron a caer.

—Estamos muy orgullosos de ti.

Los ojos de mi padre brillaban con ese orgullo mientras me observaba, como si acabara de darse cuenta de que ya no era una niña pequeña. Sus ojos tenían el mismo tono que los míos, un cálido marrón mezclado con verde y dorado, y mirar a los dos humanos que me dieron la vida y me ayudaron a llegar hasta donde estaba hoy me hizo dejar escapar un suspiro.

Mi enfado se desvaneció por completo y sonreí de verdad, quizá por primera vez en semanas.

—Gracias, chicos.

—¡Y Zeke! —añadió mamá, aplaudiendo con los ojos llenos de brillo.

Se me revolvió el estómago.

—Va a batir un récord de regreso —dijo papá—. Puedo sentirlo.

Aquella sonrisa genuina que había lucido desapareció, reemplazada por una que cayó tan plana como una tortita.

—¿Seguro que no quieres vomitar ahora? —preguntó Gavin, empujando de nuevo la papelera hacia mí.

Le di un manotazo en el brazo mientras nuestros padres se reían, papá dándole un golpecito en el trasero a mamá mientras ambos se levantaban.

—Vamos a salir a por algo de cena. ¿Estás segura de que no puedes venir con nosotros? —me preguntó mamá.

—No puedo. La reunión del equipo es en nada, solo he venido a saludar.

—Bueno, tendremos tiempo de sobra para pasar el rato después del partido de mañana por la noche —dijo, dándome un beso en la frente—. Y celebrarlo.

Me guiñó un ojo cuando se levantó, agarrando su bolso mientras yo intentaba sobreponerme a los nervios que me acribillaban el estómago. Empezó a cantar *Celebration* de Kool & The Gang, meneando las caderas con las manos en alto, y papá se unió al coro una vez antes de reírse de las miradas inexpresivas que Gavin y yo les dirigimos.

—¿Alguna petición, Gav? —preguntó papá al salir.

—Nada de marisco.

—¿Sushi? Entendido —dijo mamá, y se fueron riéndose por el pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

Gavin señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Tus padres.

Sonreí, apoyándome en la pila de almohadas contra el cabecero. No era mi intención, pero en cuanto se hizo el silencio, me sumí en mis pensamientos, un tornado de ejercicios de pateo y circunstancias del partido que podrían ponerme en una situación complicada. Repasé el parte meteorológico, observando las posibilidades del viento, y visualicé que mi patada era buena cada vez que la lanzaba a pesar del intento de los defensas de los truenos de Louisville por bloquearla.

En algún momento, esos pensamientos pasaron del fútbol a Zeke, una costumbre a la que ya debería estar acostumbrada, pero que me seguía molestando mucho. Pensé que el tiempo ayudaría, pensé que distanciarme

empezaría a remendar cada lágrima que había dejado atrás.

Pero cuando estás en el mismo equipo con la persona que te rompió, no existe una distancia verdadera.

Le veía todos los días. Todos los días, le veía quitarse la camiseta por la cabeza, veía cómo se flexionaban sus músculos mientras la sustituía por una camiseta de entrenamiento, unas protecciones o nada en absoluto antes de dirigirse a la ducha. Oía su voz animando a nuestros compañeros, olía su jabón corporal cuando me rozaba, sentía sus ojos clavados en mí cuando yo hacía todo lo posible por no mirarle.

Me resultaba imposible evitarlo.

Y lo peor era que no escaparía de él aunque pudiera.

La parte masoquista de mí estaba agradecida de tener esos momentos robados, de cruzarme con él en la sala de pesas o arrodillarme a su lado en el grupo del equipo. Anhelaba un roce accidental de manos, o mirarlo y descubrir que me miraba fijamente.

Quería saber que él también seguía deseándome.

Era enfermizo, lo sabía. Igual que fue enfermizo que me aferrara a él el día que el entrenador nos dijo que íbamos a jugar el partido de la *bowl*, que llorara y me aferrara a él, rogándole en silencio que lo arreglara, que me arreglara, cuando él era el responsable del daño.

Las palabras que pronunció aquel día me habían perseguido cada segundo desde que salieron de sus labios. Sabía que todo lo que había dicho era sincero, por lo que había sufrido al decirlo.

Ojalá sus disculpas fuesen suficiente.

—Bueno, ahora no estoy bromeando; de verdad que parece que estás a punto de vomitar.

La voz de Gavin me devolvió al presente y suspiré, esbozando una pequeña sonrisa.

—Ya te lo he dicho, estoy bien.

—Mentirosa.

—Solo estoy nerviosa.

—Mentirosa.

Fruncí el ceño.

—No seas cruel.

—No lo soy, solo te llamo por lo que eres.

—Gav...

—Sé lo tuyo con Zeke.

Me quedé con la boca abierta, y luego la cerré despacio, tragando saliva y considerando mis próximas palabras con cuidado.

—¿Qué sabes de nosotros?

—Todo.

El pánico se apoderó de mi garganta, pero desapareció enseguida, arrastrado por la furia, mientras apretaba los dientes.

—Te lo ha contado.

—Yo se lo saqué —aclaró Gavin—. Y solo porque le dije que podía soportar que tú me mintieras, pero no él.

—No te mentí —empecé, pero luego suspiré, al notar la expresión de Gavin —. No pretendía mentir. Es que... no estábamos seguros de lo que teníamos. Y cuando lo aclaramos...

—Todo explotó. Sí, ya sé toda la historia, así que ahórratelo.

Me crucé de brazos.

—Vale, bien, si no vas a gritarme por... lo que sea que haya tenido con tu mejor amigo, entonces ¿por qué me atacas como si estuviera en un juicio?

—Porque estoy harto de verte deprimida. A ti y a Zeke, a los dos.

Rodé los ojos.

—Si mi mal humor te ofende, lo siento.

—No es tu mal humor. Es tu actitud, y lo terca que eres, y el hecho de que ambos podrías dejar esto a un lado y ser felices como queréis si os sentáis y habláis. Y escuchas.

—Hemos hablado —dije—. Y eso no cambia lo que hizo.

—¿Y qué hizo exactamente?

—Él...

—Antes de que digas que «me robó el artículo», quiero que pienses muy bien en eso y consideres si es verdad.

—Suspiré.

—Gavin, no quiero hacer esto. Menos ahora.

—Qué pena. Yo sí quiero.

—Tengo un partido importante mañana.

—Y esta noche tienes una conversación con tu hermano gemelo.

Estaba que echaba humo.

—Fue un descuidado. Y un egoísta. Y un vago. Le enseñé mi trabajo para darle un punto de partida, para darle ideas, y en lugar de hacer eso, abusó de mi

confianza y copió lo suficiente como para que nos sancionaran a los dos con la suspensión del equipo y casi con la expulsión de la universidad. —Levanté las manos antes de dejar que golpearan mis muslos—. ¿Qué más quieres?

—¿De verdad crees que quería hacerlo? ¿Que lo hizo para hacerte daño?

—No —dije de inmediato—. Creo que lo hizo para ayudarse a sí mismo. No pensó en nadie más.

—¿Estás segura de eso?

La forma en que Gavin hizo esa pregunta, con una ceja arqueada hacia el nacimiento del pelo, me hizo sonrojarme tanto que me bajé la cremallera de la chaqueta de entretiempo. Sabía que Zeke no le habría contado nada de lo que había pasado aquel día, de cómo se había dado prisa con el trabajo para poder estar conmigo antes de un día muy largo.

Pero me hizo pensar en ello, en el papel que desempeñé, en cómo podría haber actuado yo si él se hubiera burlado de mí de esa manera.

Sacudí la cabeza.

—Zeke y yo estamos bien —mentí—. ¿Vale? Hemos llegado a un acuerdo. Él me da mi espacio, yo le doy el suyo, somos compañeros de equipo. Eso es todo.

—Eso no es todo. Para ninguno de los dos. Y los dos os estáis volviendo locos intentando convenceros de lo contrario.

Cualquier intento de discusión murió en mi garganta ante sus palabras, ante el recuerdo de Zeke abrazándome bajo aquel cielo nublado mientras yo me aferraba a él con la misma fuerza.

—Riley, quiero que lo pienses, que lo pienses en serio. Conoces a Zeke. Conoces a su familia y a la nuestra, lo diferentes que son. Piensa en cómo nos cuidó a los dos mientras crecíamos, cómo trata a nuestros padres como si fueran los suyos, cómo hizo todo lo posible para ayudarme a adaptarme a la vida después del accidente.

—Del que él fue responsable.

—¡Él no fue el único! —Gavin sacudió la cabeza, agotado—. Yo tuve tanta culpa como él.

Se me revolvió el estómago, el recuerdo de mi cumpleaños pasó por mi mente. Pero Gavin no sabía nada de eso, no sabía lo que Zeke me había contado.

—Yo me subí al asiento del conductor borracho esa noche —continuó Gavin.

Escucharlo de él me golpeó aún más fuerte que cuando Zeke me lo había dicho, y cerré los ojos con una exhalación caliente.

—Estuve a punto de estrellar el coche yo mismo. Y Zeke me ayudó porque

pensó que, de los dos, él era el que más sobrio estaba. —A Gavin se le hinchó la nariz—. Había una señal de stop escondida detrás de un árbol muy bajo, Riley. Incluso a plena luz del día, es difícil de verla. Los accidentes de coche pueden ocurrirle a cualquiera, en cualquier momento, sin importar la ingesta de alcohol. Zeke ni siquiera tenía suficiente alcohol en su sistema para sobrepasar el límite legal. ¿Alguna vez pensaste en eso? Si lo hubiera hecho, habría estado en la cárcel o en un reformatorio, en el mejor de los casos.

Me quedé seria al oír eso, una idea que ni siquiera me había planteado, probablemente porque había estado tan absorta en lo que le había pasado a Gavin que no podía pensar con claridad. Nunca me detuve a analizar los detalles, a pensar en la intersección y en la fama de peligrosa que tenía.

Solo quería culpar a alguien.

Zeke era el blanco fácil.

—Sé que te hirió ver lo que me pasó, y créeme, a mí también me mató —confesó—. Pero, mírame —dijo, sonriendo mientras extendía las manos hacia sí mismo—. Estoy aquí. Estoy vivo. Soy feliz. Tengo una chica increíble, un gran grupo de amigos con los que jugar al baloncesto y un futuro maravilloso por delante. —Hizo una pausa—. Y sé que, aunque no estuviera bien, tendría a Zeke. Y eso por sí solo ya me dice que puedo superar cualquier cosa.

Me mordí las uñas, digiriendo todo lo que me había dicho.

—Zeke tiene dificultades para estudiar. Le cuesta más de lo que creo que entiendes.

Esas palabras se hundieron en mi piel despacio, como un remedio que despejaba la niebla en la que vivía desde hacía semanas.

Otra cosa que no había considerado.

La dislexia de Zeke podría haber influido en la forma en que escribió el final del trabajo.

Si estaba haciendo referencias cruzadas con las mías, si estaba tratando de darse prisa... podría haber mezclado las cosas con facilidad.

Pero si ése era el caso, ¿por qué no me lo dijo?

Casi me reí de mí misma en cuanto se me pasó por la cabeza.

No me lo diría porque no trataría de buscar culpables ni excusas. Al igual que la noche del accidente, aceptaba toda la culpa.

Y pensaba que se merecía todo el castigo que yo le estaba infligiendo.

—Mira —dijo Gavin después de un rato—. Puedes aferrarte a esto para siempre. Puedes usarlo como excusa para no darte lo que quieres de verdad, para

negaros a Zeke y a ti la felicidad, para demostrar que haces lo correcto castigándole por su error. Pero no fue nada más que eso, hermanita. Un error.

La emoción se apoderó de mí y se me saltaron las lágrimas.

—O —contraatacó—, puedes perdonar. Perdonar, y entender que somos humanos. No somos perfectos. Y un día, cuando cometas un error, querrás que alguien te conceda esa misma gentileza.

Cerré los ojos, atrapando la humedad que se había acumulado en ellos mientras soltaba un largo y lento suspiro. Pensé en aquel primer partido que arruiné, en cómo Zeke me perdonó sin pensarlo dos veces, en cómo ni siquiera consideró que yo era menos, que era un fracaso, que ya no tenía lo necesario para ser titular.

Él vio mi potencial todo el tiempo.

No solo eso, sino que se había empeñado en que yo también lo viera.

Y Gavin tenía razón. Nosotros, él y yo, nuestros padres; habíamos sido como un lugar seguro para Zeke desde que lo conocimos. No es que sus padres no fueran increíbles, porque lo eran. Pero cuando necesitaba un descanso de la presión, cuando necesitaba a alguien que le quisiera tal y como era.

Nos buscaba a nosotros.

«Y aunque me odies el resto de tu vida, necesito que sepas que te quiero».

Las palabras de Zeke me arrollaron como un tren, tan fuertes e inesperadas que solté un grito ahogado y me cubrí el pecho dolorido con las dos manos.

Me quería.

Me quería, y yo le había dado la espalda, juzgándole y condenándole a la primera de cambio por no ser perfecto.

Porque eso era lo que había sido antes de aquel día en que todo se vino abajo: perfecto.

Había dejado que mi terquedad me impidiera consolarlo, ver la verdad de que no quería hacerme daño. Ese orgullo ni siquiera me permitió considerar el perdón, y mucho menos concedérselo.

Lo había alejado para protegerme, ignorando todo lo que me había dado y el hecho de que él también me necesitaba.

Cuando volví a abrir los ojos, fue como ponerme gafas después de caminar a ciegas durante semanas. Miré a mi hermano y, sin previo aviso, me lancé sobre él.

Me atrapó en sus brazos con un «puf» de sorpresa, riéndose un poco mientras me estrechaba en un fuerte abrazo.

—No pasa nada —dijo.

Y eso me rompió.

Lloré como nunca en mi vida y, por primera vez, no luché contra ello. Dejé que las lágrimas brotaran, que se llevaran las últimas semanas y quizá incluso el dolor que había guardado durante años. Fue un bautizo en una habitación de hotel, y mi hermano era el cura.

Estuvimos así mucho tiempo hasta que por fin me aparté, me limpié la cara y me disculpé mucho mientras le limpiaba el lugar donde había empapado su camiseta.

Pero Gavin se limitó a sonreír y levantó el meñique.

Lo miré con desconfianza y enarqué una ceja.

—Una promesa más —dijo, moviendo el dedo—. Que harás lo que te haga feliz a partir de este momento. Independientemente de lo que creas que debes hacer, o lo que creas que los demás creen que deberías hacer. —Hizo una pausa —. Has dado mucho por la gente que quieres. Déjanos devolverte el favor.

Sonreí y levanté el meñique, pero lo mantuve alejado de él.

—¿Aunque me hiciera feliz intentar jugar en la NFL?

Las cejas de Gavin se alzaron al oír eso, y una sonora carcajada resonó en la habitación.

—Sobre todo entonces.

Yo también me reí y entrelacé su meñique con el mío antes de apoyar la cabeza en su hombro y rodearle con los brazos.

—Gracias —susurré.

—¿Por ayudarte a dejar de mirarte el ombligo? —me preguntó—. Siempre, hermanita. Siempre.

CAPÍTULO 30

Riley

Las luces, brillantes y cegadoras, zumbaban con una electricidad que reflejaba el vigor de la afición. Los vítores eran ensordecedores incluso antes de que empezara el partido y retumbaban como un trueno. El estadio era un mar de colores rojo ladrillo y dorado de la Universidad de North Boston en guerra con el azul cobalto y el negro de Louisville. Carteles, banderas y pancartas ondeaban en el aire, y en las bandas había más cámaras y equipos de prensa que en toda la temporada.

La energía que había en el partido de la Blackberry Bowl no se parecía a nada que hubiera experimentado en toda mi vida.

Al principio fue un poco desconcertante, sobre todo por lo rápido que sucedió todo. En un segundo me estaba despertando en el hotel, duchándome con tranquilidad. Y al siguiente, tenía un micrófono y una cámara en la cara. Parpadeé, y el entrenador nos estaba dando ánimos en el vestuario, con el calentamiento terminado, Holden dando comienzo a nuestro cántico de equipo con todas nuestras manos unidas en el centro.

Solo hubo un momento en el que todo se ralentizó, en el que el tiempo volvió a su velocidad normal y me resultó más fácil respirar.

Estaba terminando de estirar y, al oír el silbato, troté con el resto del equipo de vuelta por el túnel hacia los vestuarios. Y en ese pasillo oscuro, con nada más que el sonido de los tacos contra el pavimento y los pantalones constantes de mis compañeros de equipo, estaba Zeke.

Corrió a mi lado en silencio, aminorando la marcha una vez a mi lado, y su bíceps rozó mi hombro mientras entrábamos. Mi siguiente bocanada de aire fue ahogada, y cuando levanté la vista hacia él, me devolvió una mirada tranquila, reconfortante y firme.

Incluso a través de la oscuridad, vi que la comisura de sus labios se alzaba en una sonrisa, aunque sus ojos seguían nadando en dolor.

—Dales caña, Superratona —dijo, lo bastante alto como para que yo lo oyera, pero tan bajo que sabía que nadie más lo había oído.

Se me encogió el corazón y abrí la boca para decirle que lo sentía, que le perdonaba y que también le pedía perdón, pero no era el momento ni el lugar, así que volví a cerrarla.

Y entonces, aparentemente sin preparación ni previo aviso, el partido empezó.

Todos mis sentidos se agudizaron con el subidón de adrenalina. Comprendí que solo podía producirse en un partido con tanto en juego. Cada choque de almohadillas de nuestra línea ofensiva contra su línea defensiva resonaba en mí como un terremoto, el olor del césped y la tierra me mareaba, la vibración del público era tan intensa que podía saborearla.

Cuando salí a correr para marcar mi primer gol de campo, ni siquiera pude ponerme nerviosa. Estaba en un sueño, alineando mi pie con el lugar donde estaría el balón antes de dar dos pasos grandes hacia atrás y dos hacia la izquierda.

Se produjo el chasquido, atraparon y colocaron el balón, y pateé con una conciencia tan distante que ni siquiera percibí el contacto de mi pie.

La patada fue buena, lo supe por el ruido del público, y dejé que ese rugido me trajera mi primer sorbo de oxígeno desde que salí trotando al campo mientras me dirigía a la línea de banda.

A partir de ahí, el partido fue un caos: su equipo anotaba y el nuestro también. La defensa se dejó la piel y los contuvo cuando lo necesitábamos, lo que nos dio una ventaja de diez puntos cuando llegó el descanso.

—El partido aún no ha terminado —nos recordó el entrenador mientras nos recuperábamos, volvíamos a vendarnos y nos hidratábamos otra vez—. Todavía queda mucho fútbol por jugar esta noche. No os relajéis. No os acomodéis.

Clay se puso a cantar cuando el entrenador terminó y volvimos al campo para la segunda parte.

Una vez más, me vi caminando en un sueño confuso, incluso cuando conseguí otra patada que era un punto extra. Todas mis patadas habían sido sólidas, firmes, tranquilas y serenas. Ni siquiera era confianza, era... algo natural. Como respirar.

Pero respirar se hizo más difícil cuando Holden fue eliminado en el tercer cuarto por un esquinero de Louisville en una jugada de *pick six* que les puso por detrás en el marcador a tan solo tres puntos.

Zeke pasó rozándome mientras corría por el campo para devolver otra patada, y el contacto perduró en mí de una forma que no podría explicar. Lo sentí allí incluso después de que se hubiera ido, cuando estaba de pie en la línea de las

quince yardas en posición agachada, con los dedos moviéndose a los lados mientras esperaba la patada.

—¡Vamos, Zeke, llévatela a la casa! —aclamó un fan desde la primera fila, y toda su sección se iluminó de acuerdo.

Noté la inclinación de los labios de Zeke, cómo se crujía el cuello.

Y entonces el balón se dirigió hacia él.

Fue a cámara lenta, inclinándose y girando y volando sobre el campo. A lo lejos, oí el crujido de las almohadillas, la estampida de pies de los jugadores de ambos equipos que corrían hacia donde aguardaba Zeke.

Atrapó el balón sin esfuerzo, metiéndoselo por el costado.

Y echó a correr.

Incluso a través del grueso forro de los pantalones acolchados color rojo ladrillo que llevaba, podía ver los músculos de sus muslos ondulando con cada carrera explosiva y cada zancada rápida que hacía para evitar ser placado. Iba zigzagueando entre los defensas del equipo especial, y el rugido del público crecía cada vez más a medida que superaba la treintena, la cuarentena, la cincuentena, y se adentraba en territorio de Louisville.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Nuestros compañeros gritaron al unísono, saltando como locos en la banda mientras el entrenador enrollaba el brazo en círculos y gritaba lo mismo.

Zeke se salvó por los pelos de ser atrapado en la yarda cuarenta, y todos los ojos estaban puestos en él con lo que parecía un camino abierto hacia el *touchdown*.

Hasta que un jugador salió de la nada y le placó por detrás.

El golpe fue brutal, y Zeke no sospechó que las hombreras del jugador se estrellaban contra la parte baja de su espalda. Zeke se dobló de forma antinatural y estuvo a punto de perder el balón en el proceso, pero se las arregló para colocarlo debajo de él antes de caer al suelo con un crujido repugnante de cuerpo contra césped.

La multitud emitió un «oh» unánime, el golpe fue lo bastante fuerte como para arrancarme un grito ahogado sin ninguna posibilidad de domarlo. El jugador se levantó en cuanto sonó el silbato y corrió hacia la banda contraria.

Pero Zeke no se movió lo más mínimo.

Yacía medio de lado, medio boca abajo, con la pelota todavía metida debajo.

Inmóvil.

—Mierda —oí murmurar al entrenador Aarons y luego vi con horror cómo

nuestros entrenadores salían corriendo al campo y los árbitros desalojaban a todos de la zona.

No se movía.

Zeke no se movía.

No rodó sobre su espalda, no gimió de dolor, ni siquiera movió un dedo. Su cuerpo yacía inerte y sin vida en el suelo mientras los entrenadores lo rodeaban, evaluándolo minuciosamente.

Y ninguno de ellos lo movió.

No me di cuenta de la conmoción que sufría, de cómo se me había atascado la respiración en la garganta, de cómo me temblaban las manos donde las tenía posadas sobre la boca. No me di cuenta de nada hasta que Leo me tocó el hombro y me sobresalté con violencia.

—Lo más probable es que esté inconsciente —dijo, y se suponía que eso me tranquilizaría.

Era el mejor de los casos.

Porque la única otra razón por la que no se estaría moviendo…

Tomé aire con frialdad y las lágrimas inundaron mis ojos. Clay apareció al instante y también me acarició la espalda.

—No pasa nada —me prometió—. Está bien.

Pero era una promesa que no podía hacer, que nadie podía hacer, no con Zeke aún tendido en el suelo con un equipo de entrenadores a su alrededor.

Uno a uno, vi cómo mis compañeros se quitaban los cascos, cómo se arrodillaban en el campo o en la línea de banda, dondequiera que estuvieran. La mitad de ellos miraban hacia donde se apiñaban los entrenadores alrededor de Zeke.

La otra mitad miraba al suelo.

No podía apartar los ojos de él mientras yo también me arrodillaba, hundiendo la rodilla en el frío césped mientras el corazón me latía en los oídos.

«Vamos, Zeke. Levántate. Levántate».

La oración se repetía en mi cabeza, en mi corazón, en mi alma, mientras todos los jugadores, entrenadores y aficionados contenían la respiración y esperaban.

Las lágrimas volvieron a asomar en mis ojos y no me molesté en intentar detenerlas mientras se deslizaban en silencio por los pómulos de mis mejillas.

—Debería habérselo dicho —susurré—. Debería... haberle...

Alguien me apretó el hombro y no me di cuenta de que estaba hablando en voz alta hasta que sentí ese apretón.

—Está bien.

Otra promesa vacía de una voz que me costaba identificar.

Lo único que podía hacer era arrodillarme, mirar y esperar, a la vez que sentía que se me abría el pecho con la posibilidad de cuál podría ser la herida.

Me fijé en su pie izquierdo, la única parte de él que podía ver claramente a través de los entrenadores reunidos a su alrededor. Lo miré fijamente y deseé que se moviera.

«Por favor», supliqué. «Por favor».

Había pasado demasiado tiempo. Había estado demasiado tiempo allí tumbado.

Pero entonces, su pie se inclinó, el dedo del pie se inclinó hacia el césped.

Dejé escapar un suspiro, que se intensificó cuando Zeke rodó sobre su espalda y las zapatillas se ajustaron a su alrededor. Vislumbré su rostro a través de un claro, vi sus ojos parpadear despacio a través de la visera de su casco.

Y entonces caí.

No pude evitarlo, no pude luchar contra la gravedad mientras me llevaba hacia la tierra. Me temblaban las manos mientras me tapaba la boca y exhalaba un millón de gracias a Dios.

—Solo estaba inconsciente —dijo alguien, y parpadeé, despejando la niebla de mi mente mientras levantaba la vista y encontraba a Holden a mi lado—. Está bien.

Está bien, mi corazón hizo eco.

Parecía que Zeke llevaba horas o incluso días en el suelo, mientras los entrenadores le tocaban las extremidades y lo movían de un lado a otro, haciéndole pruebas, antes de que por fin lo ayudaran a levantarse.

Y cuando logró ponerse en pie, me levanté de un salto, deseando que me encontrara al otro lado del campo.

Los jugadores de ambos bandos empezaron a levantarse, el público vitoreó mientras Zeke dejaba que los entrenadores le ayudaran a salir del campo. Observó sus pies durante un buen rato, pero cuando levantó la vista.

Me encontró.

Me ahogué en un sollozo, le sostuve la mirada y recé con todo lo que me quedaba para que viera cada palabra que no podía decir en aquel momento. Cuando su expresión se quebró, cuando su mandíbula tembló y tragó saliva, ofreciéndome solo una leve inclinación de cabeza, supe que así era.

No volvió a la línea de banda. Los entrenadores se lo llevaron por el túnel, y

yo lo observé en todo momento hasta que su espalda desapareció de mi vista.

Entonces sonó el silbato y se reanudó el partido.

Pero mi corazón ya no estaba en el campo.

Estaba con el chico al que acababan de sacar de allí.

♥ ♥ ♥

Zeke

Pasó una eternidad antes de que me dejaran volver al campo. Los entrenadores no me quitaban ojo de encima incluso después de que insistiera en que estaba bien. Me llevaron a los vestuarios para hacerme todas las pruebas posibles, incluido un protocolo completo de conmoción cerebral. Fue un golpe fuerte, que me dejó inconsciente, pero estaba bien.

Magullado, dolorido, pero bien.

Incluso sin signos claros de conmoción cerebral, me dejaron fuera el resto del partido, lo que ya era una tortura de por sí. Pero sumado al hecho de que me había perdido la mayor parte del último cuarto porque estaba atrapado en el vestuario con ellos, fue un infierno.

Por fin me dejaron volver a la banda cuando quedaban cuatro minutos de partido.

Comprobé el tiempo en el reloj en cuanto mis tacos tocaron el césped, y entonces vi el marcador, maldije cuando me di cuenta de que se habían adelantado por un *touchdown* y un punto extra. Apenas había soltado esa maldición cuando mi campo de visión se vio interrumpido.

Por Riley.

Aún tenía los ojos enrojecidos e hinchados y las mejillas sonrosadas por el frío cortante mientras permanecía de pie frente a mí, con los brazos a los lados y los hombros caídos. Me recorrió de pies a cabeza, apretando los labios contra otra oleada de emoción que yo sabía que intentaba contener.

Tenía tantas ganas de atraerla hacia mí, de estrecharla contra mi pecho y asegurarle que estaba bien.

De preguntar si estábamos bien.

Pero lo único que podía hacer era quedarme donde estaba y esperar.

—Yo... —empezó a decir, pero las palabras se le apagaron y cerró la boca. Durante un rato me miró fijamente, y luego sacudió la cabeza, luchando contra

las lágrimas mientras enterraba la cara entre las manos—. Dios, pensé...

—Estoy bien —le prometí.

Eso pareció afectarle más, pero respiró hondo, sorbió, mantuvo la cabeza alta e hizo todo lo que pudo para mantener la compostura mientras ambos veíamos cómo nuestro ataque salía al campo.

No podíamos hablar, ahora no.

Teníamos un partido que ganar.

Sin mediar palabra, hice un gesto con la cabeza hacia el campo y ambos nos acercamos para colocarnos al lado de nuestros compañeros. La defensa recuperaba el aliento mientras el entrenador hablaba en voz alta, tapándose los labios con el portapapeles. En el campo, Holden aplaudió para romper el timbac que habían hecho, y la ofensiva entró en acción, alineándose para la jugada.

Los últimos tres minutos transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos, y terminaron con un *touchdown* nuestro y un punto extra de Riley a falta de cuarenta y dos segundos. Louisville intentó un pase bomba para acabar con todo, pero no lo consiguió y, por segunda vez en la temporada, nos vimos obligados a ir a la prórroga.

Cuando sonó el silbato y Holden salió corriendo al campo para lanzar la moneda, el meñique de Riley rozó el mío.

Me estremecí al sentir el roce y enrollé el mío alrededor del suyo por un instante antes de que tuviéramos que separarnos: ella para patear y yo para trotar hacia donde me había llamado el entrenador Aarons.

Pero nuestras miradas se cruzaron y el corazón me palpitó en el pecho con un peligroso hilo de esperanza.

Ganamos el sorteo de milagro, lo que significaba que podíamos posponer nuestro turno y ver qué hacía primero su equipo. Con la salida en la línea de veinticinco yardas, se suponía que conseguirían una patada como mínimo, un *touchdown* si no podíamos retenerlos.

Pero nuestra defensa se mostró impenetrable, sin permitir ni un solo primer *down*, y el público rugió su aprobación mientras salían corriendo del campo y el pateador de Louisville entraba. Se alineó, y me di cuenta de que Riley ni siquiera lo estaba mirando. Seguía haciendo sus propios ejercicios en la banda, concentrada y preparada para cuando llegara su turno.

Miré hacia atrás justo a tiempo para ver la pelota navegar demasiado lejos a la izquierda.

Golpeó el poste amarillo con un fuerte estruendo que retumbó en todo el

estadio.

El público enloqueció, y nuestra línea de banda reflejó esa energía cuando el entrenador juntó las palmas y nos dijo que aún no era hora de celebrarlo. Era el turno de Holden para dirigir nuestro ataque, y él los animó en el apiñamiento antes de aplaudir sus manos y dirigir la primera jugada.

Recorrí la multitud y encontré primero a mis padres. Parecía que mi madre había estado llorando, pero mi padre y ella, los dos, me saludaron, y papá levantó el puño, sus ojos me dijeron sin palabras que estaba orgulloso.

Y junto a ellos, los padres de Riley, que estaban concentrados en el campo.

Gavin estaba sentado al final de la fila, junto a todos ellos, con las ruedas de su silla apenas visibles en el pasillo. Me miró a los ojos y me dedicó una sutil inclinación de cabeza, con el brillo de sus ojos instándome en silencio.

Hazlo.

Tragué saliva y metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta de la NBU, con los dedos enroscados en torno a lo que aguardaba allí.

El pitido del silbato volvió a llamar mi atención sobre el campo, y Riley se unió a mí en la línea de banda poco después, con el casco en la mano y lista para entrar. Cuando fallamos en el tercer intento, con solo dieciocho yardas para anotar, la ofensiva salió corriendo del campo y el entrenador le hizo una señal para que entrara.

Me miró, se puso el casco antes de que yo pudiera decir nada y salió corriendo al campo.

No pude respirar mientras la veía prepararse para la patada, pero como tenía el presentimiento de que harían, Louisville pidió tiempo muerto justo cuando ella corría a patear el balón, en un intento de enfriar a la pateadora.

Y gracias a Dios que lo hicieron, porque iba a fallar.

Se quedó paralizada durante una fracción de segundo y supe que el corazón se le salía del pecho mientras corría para unirse al equipo cerca de la línea de banda durante el tiempo muerto.

Ahora era el momento.

No tenía mucho tiempo, así que corrí directamente hacia ella, agarrándola de la muñeca mientras se daba la vuelta sorprendida.

—Zeke, no deberías...

Pero sus palabras se apagaron cuando le puse la estrellita de origami en la mano.

Frunció el ceño y abrió la palma de la mano para examinarla antes de mirarme

a través del casco.

—Ábrela —balbuceé, con la garganta irritada.

Sus dedos temblaron un poco al desplegar mi foto favorita de nosotros. No íbamos bien vestidos ni hacíamos nada digno de una foto. De hecho, los dos parecíamos unos vagos, tumbados en chándal, con el pelo alborotado y una sonrisa perezosa en la cara mientras descansábamos juntos en el viejo sofá de la residencia.

Pero supe que significaba tanto para ella como para mí cuando sonrió, me miró con los ojos brillantes.

—Dale la vuelta —le dije.

Lo hizo, pero antes de que pudiera leer, recité el poema que había memorizado, repitiendo palabra tras palabra, preparándome para este preciso instante.

—Alguien que te haga ser mejor —empecé—. Alguien que te inspire y te apoye en el amor y en la vida, que te empuje hacia sueños y metas que de otro modo ignorarías, que sacrifica su tiempo altruistamente para ayudarte a ser un ser humano más valiente, completo y feliz. Es sagrado —dije, tragando saliva antes de terminar—. Te aferras a un amor así.

Riley apretó los labios, mirando el poema antes de que su mirada acuosa encontrara la mía.

—Beau Taplin —susurró.

Asentí con la cabeza, mirando el reloj y sabiendo que ya solo me quedaban unos segundos.

—Lo siento mucho. Por todo. Siento haberte hecho daño, haber arriesgado tu beca y mucho más con las prisas, haber traicionado tu confianza. No puedo prometerte que no volveré a cagarla, Riley. Lo más probable es que lo haga.

El fantasma de una risa salió de sus labios.

—Pero puedo prometerte que estaré contigo todos los días y trabajaré para ser mejor persona por ti. Para ser la persona que ves en mí y que yo aún no puedo ver.

El entrenador le gritó a Riley que volviera al campo, pero yo la retuve un momento más.

—Te quiero —murmuré, con cuidado de no decirlo en voz alta por si alguien me oía. Pero dije la siguiente parte en voz alta—. Y creo en ti. Puedes hacerlo. —Le apreté la mano antes de soltarla, no sin antes repetir—: Puedes hacerlo.

Le temblaron los labios al esbozar una sonrisa, pero asintió con la cabeza y

volvió a salir corriendo justo cuando sonó el silbato. Se alineó con el lugar donde se lanzaría el balón y dio dos pasos hacia atrás y a la izquierda.

Entonces, sus ojos encontraron los míos.

E, incluso a través de las barras de metal de su casco, vi las palabras cobrar vida en sus labios.

Yo también te quiero.

Lanzaron el balón.

Ella pateó.

Y contuve la respiración mientras lo veía salir volando.

CAPÍTULO 31

Riley

El rugido de la multitud fue ensordecedor.

Fue lo primero de lo que me di cuenta, lo primero que rompió la nube protectora de calma que había forjado a mi alrededor. Ese ruido rompió la burbuja, y después me elevaron por los aires, sobre los hombros de alguien. Me reí y alcé las manos, encontrándome con mis padres y Gavin en las gradas, que gritaban como locos, mis padres saltaban arriba y abajo y Gavin agitaba los puños como un salvaje.

Y entonces, encontré a Zeke.

Corrió directamente hacia mí, ignorando a todos los entrenadores que le decían que se quedara quieto y a todos los periodistas que intentaban captar su atención por el camino. Cuando estaba a unos metros de mí, la persona que me llevaba a hombros me dejó en el suelo.

Y acto seguido estaba en brazos de Zeke.

Él me levantó y yo le envolví, arrancándome el casco y tirándolo al campo. Me sujetó con los brazos, yo le rodeé el cuello y, antes de que el idiota pudiera decir una palabra, le besé.

No me importaba quién lo viera. No me importaba si el entrenador estaba mirando o un compañero de equipo, un reportero o todo el maldito mundo.

Zeke se quedó quieto, sorprendido, cuando mis labios chocaron contra los suyos, pero enseguida se le pasó, y fue sustituido por un beso insaciable mientras me estrechaba con más fuerza. Tuve que hacer lo imposible por no seguir con el beso, por no profundizarlo y pasar mi lengua por sus labios para pedirle que me dejara entrar.

Pero una cosa era besar a un compañero de equipo.

Otra cosa era ofrecer al público un espectáculo para adultos.

Me las arreglé para recurrir a la poca profesionalidad que me quedaba, interrumpiendo el beso mientras Zeke me dejaba caer de pie. Retrocedimos, dejando espacio entre nosotros, pero él no me soltó la mano.

Y cuando nos volvimos, nos encontramos con al menos una docena de

cámaras y micrófonos que casi nos dieron en la cara mientras un periodista tras otro nos acribillaba a preguntas.

Me quedé perpleja, pero, por suerte, Zeke se mantuvo alerta. Se aferró a mi mano, respondiendo a las preguntas relacionadas con el partido e ignorando las que trataban de averiguar qué demonios había sido aquel beso. Pero incluso los que centraban sus preguntas en la victoria miraron hacia donde nos tomábamos de la mano, y supe, sin lugar a dudas, que aquello formaría parte de las noticias del partido.

Probablemente ya era *trending topic* en Twitter.

El pobre Kyle estaría tan celoso.

La pobre Giana querría nuestras cabezas.

—Gracias por estar aquí y por las preguntas, pero ahora vamos a celebrarlo con nuestro equipo —dijo por fin Zeke, y los periodistas nos felicitaron mientras corríamos a reunirnos con el resto del equipo. Entonces nos separamos, Zeke palmeó el hombro de Holden con un abrazo de hombres mientras yo me lanzaba a la espalda de Clay.

El confeti caía como si fuera lluvia, y el público coreaba ¡NBU! ¡NBU! Alguien estaba repartiendo gorras en las que se leía Campeones de la Blackberry Bowl con el año y nuestro logotipo debajo. Zeke se puso la suya hacia atrás antes de llegar a mí, me recogió el pelo detrás de las orejas y me puso una gorra en la cabeza.

—Enhorabuena, Superratona —dijo, con los ojos entrecerrados y una sonrisa fácil—. Acabas de ganar tu primer partido de *bowl*.

Una amplia sonrisa me iluminó la cara y, como si fuera un imán, volví a inclinarme hacia él, con sus brazos rodeándome la cintura y los míos enganchados a su cuello.

—Oh, mierda —dijo Leo, haciendo una mueca antes de taparse la boca y darse la vuelta.

Holden abrió los ojos de par en par y le dio un codazo a Kyle, que intentó sacar su teléfono para grabarnos en vídeo, pero Clay le apartó la mano.

—Ya era hora —dijo, exhausto.

Holden les dio una palmada en el hombro a Leo y a Kyle y los condujo hacia el lugar donde llevaban el trofeo al campo, mientras ambos nos miraban boquiabiertos por encima del hombro. Clay nos guiñó un ojo antes de unirse a ellos y yo volví a centrarme en Zeke con el corazón desbocado.

—Creo que hay algo más que merece la pena celebrar —le dije.

Y entonces renuncié a la poca preocupación que me quedaba por lo que la gente pudiera pensar o decir, y volví a besarle.

♥ ♥ ♥

Zeke

Después de la ceremonia de entrega de trofeos, el vestuario se convirtió en un frenesí absoluto, y vi a ese gigante de oro balancearse sobre el mar de compañeros de equipo mientras coreaban o bailaban o se paraban a posar para fotos y vídeos.

Había perdido a Riley cuando nos metimos dentro, y busqué entre la multitud, riéndome cuando un par de nuestros linieros defensivos la levantaron y la metieron dentro de la copa.

Eso hizo que el equipo rugiera más fuerte, y un grupo de chicos cogió el trofeo con ella dentro y lo pasearon mientras ella se reía tanto que se puso roja como un tomate.

—Está bien, está bien —dijo al final el entrenador, pero su sonrisa era amplia, y yo sabía que estaba disfrutando del jolgorio tanto como nosotros—. Solo necesito un minuto y luego sois libres de ir a celebrarlo.

Eso provocó una ovación y, de mala gana, los chicos dejaron el trofeo en el suelo y ayudaron a Riley a salir de él.

Sus ojos se clavaron en mí al instante y se acercó a mí, enlazando su brazo con el mío y apoyando la cabeza en mi hombro.

Los chicos que aún no habían visto nuestras muestras públicas de afecto en el campo hicieron varios comentarios de sorpresa, aunque la mayoría de ellos se burlaban de una manera que me decía que nadie estaba sorprendido.

Riley se sonrojó y hundió la cara en mi camiseta antes de mirarme.

Y juré que todo mi puto corazón se paralizó ante esa imagen, haciendo que me preguntara si las últimas cinco horas habían sido una especie de sueño febril del que estaba destinado a despertar.

Cuando ambos volvimos nuestra atención hacia el entrenador, éste nos observaba con las cejas arqueadas, sus ojos bajaron hasta donde Riley me agarraba y volvieron a nuestros rostros antes de sacudir la cabeza con una sonrisa cómplice y dirigirse al equipo.

—No hace falta que os diga que estoy orgulloso de vosotros, que habéis

trabajado duro toda la temporada y aún más esta noche para conseguir esta victoria —dijo—. Pero de todas formas voy a decirlo. Estoy orgulloso de vosotros.

Sonreía, con la cabeza alta, y me di cuenta de que aún no se había cambiado el polo y la chaqueta empapada por la bebida que le habían echado encima después del partido.

Él también estaba empapado.

—La Universidad de North Boston ha pasado desapercibida durante demasiado tiempo. Llevan sin vernos desde los años noventa, pensando que ésa fue nuestra única era y que desde entonces estamos acabados. Pero después de esta noche... —Sonrió—. Ya no nos ignorarán.

El equipo vitoreó y coreamos antes de que el entrenador levantara las manos para calmarnos de nuevo.

—Esta noche hemos demostrado a la nación que estamos aquí para luchar, que tenemos el poder, el potencial y las agallas para hacernos con ese título de Campeón Nacional la próxima temporada.

Más vítores, algunos chicos golpeaban las taquillas con vigor.

—Pero dejadme ser el primero en deciros que el hecho de que os miren significa presión. Significa que hay tantos seguidores deseando que fracaséis como deseando que triunféis.

Todos asentimos, inclinándonos hacia él, absorbiendo cada palabra mientras el entrenador hacía un gesto con la cabeza al coordinador de la defensa, le lanzó el balón del partido.

—Cada uno de vosotros se merece esto —dijo, sosteniéndolo en alto—. Pero creo que todos podemos estar de acuerdo en quién se lo merece más.

Poco a poco, uno por uno, cada par de ojos se volvió para mirar directamente a Riley.

Se opuso, con las mejillas sonrojadas mientras intentaba esconderse detrás de mí, pero la empujé hacia delante.

—Tengo dos hermanas, Novo —dijo el entrenador, con la mirada fija en ella —. Y una madre por la que haría cualquier cosa. Sé lo difícil que es ser una mujer joven, desde luego. Pero ser la única mujer joven en un equipo de hombres jóvenes, enfrentarte a la presión y al escrutinio que has soportado, y haberlo manejado con el aplomo con el que lo has hecho... —Sacudió la cabeza —. Eso requiere agallas. Y mucha garra. Ha sido un honor ser tu entrenador esta temporada.

La sonrisa de Riley se tambaleó y sus mejillas se pusieron aún más rojas.

—El balón del partido es tuyo —dijo, pero luego se dirigió al resto del equipo —. Y nosotros, equipo, somos una familia. Quiero que miréis a vuestro alrededor ahora mismo, a cada chico y chica en esta sala, y recordadlo. Luchad para proteger eso. Siempre.

—Si alguien se mete con Novo, tendrá que responder ante todos nosotros, entrenador, ¡te lo prometo! —gritó Leo, y todos los chicos asintieron con un rugido, lo que hizo que Riley se riera y ocultara de nuevo su cara sonrojada.

El entrenador sonrió con satisfacción y le devolvió el balón a Clay, que se lo pasó a Holden, quien se lo entregó a Riley mientras todos aplaudíamos.

—¡Quiero que lo celebréis! —gritó el entrenador por encima del ruido, y la sala enloqueció aún más—. Quiero que cosechéis todas las recompensas que os habéis ganado por derecho propio esta temporada.

Riley lanzó el balón al aire y el entrenador lo vio con una sonrisa de agradecimiento hasta que la sala volvió a calmarse.

—Y quiero que descanses —añadió—. Porque en marzo volvemos a la carga con los entrenamientos de primavera —dijo, moviendo las cejas—. El año que viene estaremos más frescos. El año que viene seremos más fuertes. El año que viene mejoraremos. Y el año que viene... —Hizo una pausa, dejando que esas palabras flotaran en el aire antes de terminar—: No solo nos llevamos un trofeo a casa. Nos llevaremos *el* trofeo.El vestuario estalló, y justo cuando el entrenador se colgaba las manos sobre las caderas riéndose, fue izado sobre los hombros de dos jugadores, y los demás nos apretujamos a su alrededor y coreamos:

—¡*NBU! ¡NBU! ¡NBU*!

Cuando por fin dejaron sus pies en el suelo, Leo puso música a todo volumen en su altavoz, anunciando a qué bar irían todos después de las duchas. Luego sacó su teléfono y entró en directo en las redes sociales, junto con Kyle y algunos otros chicos. Bailaron, besaron el trofeo y respondieron a las preguntas de los fans como si estuvieran en la cima del mundo.

Y así es exactamente como se sentía.

—Collins, Novo —dijo el entrenador Sanders al pasar junto a nosotros—. ¿Podemos hablar antes de que os vayáis?

Caminó estoico hacia el pequeño despacho del vestuario que nos habían asignado y, aunque era más grande que el de nuestro estadio, sentí que las paredes se cerraban cuando nos metimos dentro con él y cerró la puerta tras nosotros.

No se sentó, no nos hizo señas para que nos sentáramos, se quedó en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, supongo que nos hemos besado y reconciliado, literalmente, ¿eh?

Riley se sonrojó, miró al suelo mientras el pelo húmedo le caía delante de la cara. Me pregunté si su piel se teñiría para siempre de ese precioso tono rosa después de esta noche.

—Mirad, no es asunto mío con quién salgan mis jugadores, siempre y cuando no interfiera en su forma de jugar. No tenemos ninguna política que prohíba salir con compañeros de equipo. —Hizo una pausa—. Seguramente porque ninguno de nosotros había considerado esa posibilidad antes de esta temporada.

Tragué saliva y asentí.

—Pero —añadió—, sabéis tan bien como yo que los medios de comunicación se van a poner como locos con esto, y que puede que os aguarde un infierno por el camino. Sobre todo, a ti, Riley —dijo.

Ella asintió, encontrándose con su mirada con una sombra por primera vez desde que había marcado el gol de la victoria.

—Tu equipo te cubrirá las espaldas —dijo sin dudar—. Y yo también. Pero espero que seas fuerte, chica, porque en este deporte nadie piensa en tus sentimientos ni en cómo te pueden afectar sus palabras. Mantente alejada de las redes sociales si puedes. Responde con cuidado a las preguntas de los periodistas. Los dos habéis recibido formación.

—Sí, señor —dije en nombre de los dos, y el entrenador asintió, mirando hacia donde Riley seguía agarrada a mi brazo.

—Y no rompáis —añadió, abriendo la puerta con los ojos en blanco—. Porque no quiero tener que lidiar con eso.

Riley y yo soltamos una carcajada al oír eso, y el entrenador nos sonrió por encima del hombro antes de salir y reunirse con el equipo en el vestuario.

—Has oído eso, ¿verdad? —preguntó Riley, arqueando una ceja mientras me rodeaba el cuello con los brazos. Los míos encontraron su lugar en su cintura, atrayéndola hacia mí—. No puedes romper conmigo.

—Estoy bastante seguro de que lo que debería preocuparnos es lo contrario —argumenté, dándole golpecitos en la nariz.

Ella sonrió.

—Bueno, la solución es simple.

—¿Sí?

Asintió.

—No me hagas enfadar.

Solté una carcajada.

—No prometo nada, Superratona.

—Bien. Entonces, al menos, prométeme que no te rendirás cuando me ponga tonta o cuando intente alejarte. —Tragó saliva—. Porque te juro ahora mismo, desde mi sano juicio, que eso es lo último que quiero.

Me incliné hacia ella, presionando mi frente contra la suya antes de acercarme y robarle un beso.

—Eso puedo hacerlo.

CAPÍTULO 32

Riley

El perfume corporal de Zeke invadió mis fosas nasales mientras le rodeaba la cintura con los brazos, apoyaba la cabeza en su hombro y deslizaba una pierna entre las suyas. Me envolvió con la misma seriedad y me besó el pelo aún húmedo de la ducha.

Habíamos salido con el equipo a tomar algo, pero ninguno de los dos quería quedarse el tiempo suficiente para dar la bienvenida al nuevo año. Teníamos otras ideas para celebrarlo, que requerían que él se colara en mi habitación cuando estábamos seguros de que no había entrenadores ni otros jugadores.

Apenas había cerrado la puerta tras él cuando me arrancó la ropa y nos metimos los dos en la ducha. Había sido rápido y desesperado, los dos nos habíamos desnudado en lo que me parecieron segundos antes de reírnos y lavarnos el uno al otro, ponernos el chándal y meternos en la cama.

Ahora, con los latidos del corazón más estables, escuché cómo él imitaba mi ritmo mientras dibujaba círculos en su pecho.

—Bueno —le dije, mirándole de reojo—. ¿Y ahora qué?

Exhaló un suspiro y me pasó las manos por el pelo antes de dejar caer los mechones húmedos contra mi espalda para repetir el movimiento.

—Ahora eres mi novia. —Sacudió la cabeza—. Pobrecita.

Resoplé.

—Hay grupos de fans de verdad en Internet que creo que no opinarían igual. De hecho, puede que ahora necesite un guardaespaldas.

—Eh, esa idea no es mala —dijo—. Te mantendría a salvo, así como apartada a cualquier tonto que intentara ligar contigo. Porque si veo...

Sonreí, acurrucándome a su lado.

—Me encanta cuando te pones posesivo.

—Entonces tuvo que encantarte verme retorcerme cuando eras mía pero no lo eras.

Me mordí los labios.

—¿Sinceramente? Un poco sí.

Zeke negó con la cabeza y antes de que me diera cuenta de qué estaba pasando, me puso boca arriba y me hizo cosquillas sin tregua mientras me retorcía, pataleaba y casi me meaba encima. La única forma de que parara fue capturando sus labios con un beso, uno que él profundizó, sus manos se calmaron mientras se acomodaba entre mis piernas.

—Supongo que no tenemos que preocuparnos por decírselo a nadie —dije después de un minuto—. Todo el mundo lo sabe después de ese beso en el campo.

Lo dije en broma, pero Zeke debió notar el ligero matiz de preocupación en mi risa.

—¿Te arrepientes?

—No —respondí con rapidez—. Es que... el entrenador tiene razón. No tengo que entrar en Twitter para saber que probablemente hay miles de personas diciendo cosas muy poco agradables sobre mí.

—¿A quién le importa? Son gente triste y estúpida que se esconde detrás de un teclado —dijo con facilidad—. Deja que uno de ellos intente decirte algo a la cara. Tendrán que responder ante mí.

—Puedo arreglármelas sola, ¿sabes? —advertí.

—Oh, lo sé. Pero eso no significa que no me encante tener el honor de encargarme del trabajo sucio.

Sonreí con satisfacción, jugando con el pelo de su nuca mientras digería lo que significaba todo esto. Pero cuanto más lo miraba, a esos cálidos ojos marrones, más cambiaban mis pensamientos. Me deleitaba en lo que sentía al tenerlo de nuevo entre mis piernas, en cómo se balanceaba con sus brazos sobre mí, en cómo encajábamos a la perfección.

—Te he echado mucho de menos, Zeke —confesé en un susurro que hizo que me temblase el cuerpo.

Frunció el ceño, soltando una larga exhalación antes de dejar caer su frente sobre la mía.

—No tengo palabras para expresar lo miserable que he sido sin ti.

—¿Podemos comprometernos a no volver a hacerlo?

—Puede que te haga firmar con sangre.

Sonreí y levanté la nariz para rozar la suya hasta que nuestros labios se encontraron. Esperaba que aquel beso le dijera más que ninguna otra cosa que no tenía intención de volver a apartarle.

—No puedo creer que la temporada haya terminado —susurré contra sus

labios.

—Ya somos dos. Pero si el discurso del entrenador fue una señal, la próxima temporada empezará con los entrenamientos de primavera en apenas un par de meses.

—Marzo —respiré, contoneándome debajo de él.

—Parece que falta tanto. —Me mordí el labio, arrastrando una uña por su columna vertebral—. ¿Qué vamos a hacer con todo el tiempo que queda hasta entonces?

La comisura de la boca de Zeke se curvó.

—Voy a llevarte a citas de verdad.

—¿Citas? —repetí mientras me besaba a lo largo del cuello.

—Mm-hmm. Citas. Noches de cine. Cenas elegantes. Bailes. Museos.

—¿Museos? —Gemí—. Oh, dilo otra vez.

Zeke me mordió el lóbulo de la oreja.

—Vamos a ir a muchos museos.

Gemí aún más fuerte, y Zeke se rio antes de que sus caderas rodaran entre mis piernas, borrando cualquier broma que quedase por ahí.

Luego se arrodilló el tiempo suficiente para agarrarme las muñecas y sujetarlas por encima de la cabeza.

Las mantuvo ahí mientras me besaba con fuerza y profundidad, apartándose de mis labios solo para arrastrar esos besos abrasadores a lo largo de mi cuello, por encima de la clavícula y hasta dónde podía llegar con la camiseta de tirantes puesta.

Moví las caderas hacia él, necesitaba más, y él aprovechó la oportunidad para sentarse de nuevo sobre los talones y quitarme los pantalones de chándal con un movimiento rápido.

Alargué la mano hacia él, queriendo desnudarlo también, pero se zafó de mi agarre, me agarró por las caderas y tiró de mí hasta que quedé tumbada boca arriba, con las rodillas abiertas, y él se cernió sobre mi sexo como si fuera un festín.

Ahora todo iba más despacio, un cambio drástico con respecto a la frenética sesión de sexo que habíamos tenido antes en la ducha. Esta vez, me besó el interior de los muslos, arrastró la lengua por los pliegues de las piernas y las caderas, y me dio ligeros toques en el centro de mi cuerpo, que ansiaba más.

Pero me deleité en su forma de provocarme, en el suave movimiento de su lengua contra mi clítoris mientras sus dedos se deslizaban en mi interior. Sabía

cómo tocarme, cómo besarme, cómo combinar ambas cosas para volverme loca.

Estaba a punto de estallar cuando me agaché y tiré de sus brazos, tirando de él hacia arriba para poder saborearme en su lengua. Rodé hasta que él quedó de espaldas al cabecero y, mientras él se subía la camiseta por encima de la cabeza y yo le bajaba los pantalones por las piernas, me quité la camiseta de tirantes y me subí a su regazo.

Sus manos se posaron en mis caderas y lo besé como había soñado tantas veces durante el agonizante mes que había pasado, mientras dejaba que me levantara y me colocara sobre él. Su corona se introdujo en mí y los dos jadeamos mientras yo bajaba despacio, centímetro a centímetro, para llegar hasta el fondo.

Balanceé el cuerpo y Zeke se llevó un pezón a la boca mientras yo volvía a bajar y lo penetraba más profundo. Cada roce era suave y cuidadosamente colocado, cada nuevo empujón nos acercaba más al límite. No nos dimos prisa, no perseguimos el fuego, sino que nos limitamos a provocarlo, frenando aún más antes de que ninguno de los dos pudiera sucumbir del todo.

Nos parecieron horas, absorbiéndonos hasta la última gota de placer que nos ofrecía una postura antes de cambiar a otra. Cuando nos soltamos, mis músculos protestaban con cada movimiento y nos dejamos caer sobre las sábanas en un montón de miembros húmedos, abrazados a pesar del calor que irradiaban nuestros cuerpos.

Cuando nuestras respiraciones se igualaron, Zeke me echó el pelo hacia atrás, sus ojos buscaron los míos.

—En el campo —susurró—. Antes de la patada. Creí... creí haberte visto decir...

—¿Te quiero? —Terminé por él—. Sí.

Soltó un suspiro que sonó casi doloroso, hizo una mueca de dolor y sacudió la cabeza mientras dejaba caer su frente sobre la mía.

—Te quiero, Zeke —susurré, abrazándolo con fuerza—. Te quiero.

Sus brazos me rodearon con más fuerza, apretándome contra él, mientras sus labios capturaban los míos. Me besó durante mucho tiempo y con dulzura, y entonces sus palabras me besaron el alma.

—Yo también te quiero.

Y aunque sabía que tendríamos que enfrentarnos a un infierno, que el camino que teníamos que recorrer estaría lleno de gente deseando que fracasáramos y que nos esperaban días aún más duros, aquella noche en sus brazos me sentí más

segura que en toda mi vida.

No importaba lo que se nos pusiera por delante, había algo que tenía claro.

Lucharíamos.

Juntos.

Y al igual que esta noche...

Ganaríamos.

FIN

EPÍLOGO

Giana

Ocho meses después…

—Estás loco.

—Estoy loco, pero soy un genio —argumentó Clay, apoyando los codos en la mesa que había entre nosotros mientras se inclinaba hacia mí. Resultaba casi cómico lo enormes que eran sus brazos en comparación con la pequeña mesa, que se tambaleaba de forma precaria sobre unas patas delgadas al soportar su peso.

—Yo... es que... es absurdo.

Me coloqué las gafas en el puente de la nariz, con las frías yemas de los dedos rozándome las mejillas acaloradas, mientras descruzaba las piernas para cruzarlas hacia el otro lado. Luego crucé los brazos sobre el pecho, todo mi lenguaje corporal apuntaba a lo incómoda que me sentía con esta conversación y la propuesta que había en ella.

Estaba aquí para preparar a Clay Johnson sobre la mejor manera de tratar con los medios de comunicación tras su ruptura, que hasta el momento había sido angustiosa no solo para él, sino para todo el equipo.

No estaba aquí para que se burlara de mí por mi encaprichamiento con Shawn Stetson, ni para que me metiera en una relación falsa de lo más ridícula para llamar su atención.

—Mira, G —dijo Clay.

—Giana —corregí.

—Soy un chico, y como chico que soy, sé lo que quieren los chicos. Por lo menos: la mayoría heterosexuales, chicos cuerdos. Y te lo digo. ¿Ese tío? —Señaló con el dedo hacia donde Shawn estaba tocando sobre el escenario de la pequeña cafetería en la que estábamos—. Quiere una mujer misteriosa, una que pueda ser su musa, que sea un poco difícil de conseguir, un poco fuera de su alcance.

Por poco se me salen los ojos de las órbitas antes de cubrir con las dos manos el gigantesco dedo de Clay y empujarlo hacia abajo, mirando rápidamente a

Shawn para asegurarme de que no lo había visto.

—Puedo tenerlo comiendo de la palma de tu mano para Acción de Gracias.

—Apenas sabe que existo —dije, apenas fue un susurro.

—Otra cosa en la que puedo ayudar —dijo, pasándose una gran mano sobre sí mismo—. ¿Crees que alguien en este campus podría ignorar a la chica que tiene la atención de Clay Johnson?

Puse los ojos en blanco ante la insinuación arrogante, pero no pude rebatir su argumento.

Era cierto.

Ese enorme cuerpo musculoso y esos penetrantes ojos verdes habían estado fuera del mercado desde que Clay entró en el campus de la Universidad de North Boston, para desgracia de todas las chicas. Y aunque había sido un capullo miserable desde que Maliyah y él habían roto, las *groupies* que seguían al equipo como moscas rogaban por tener siquiera una muestra de su afecto.

Aun así...

—Es músico —señalé—. Probablemente el fútbol le importe un bledo.

Justo entonces, Shawn terminó la canción que había estado tocando y, tras rasguear la guitarra unas cuantas veces, habló directamente al micrófono y dijo:

—Damas y caballeros, tenemos una celebridad aquí con nosotros esta noche. Clay Johnson, el mejor defensa de la NBU y candidato a la NFL. Aseguraos de conseguir vuestros autógrafos mientras podáis.

Clay levantó una mano en un humilde gesto de saludo y luego dirigió una sonrisa seductora y un guiño a las chicas que se asombraron y se volvieron hacia él, todas susurrándose en voz baja con sus amigas y dándose codazos unas a otras como si estuvieran echando a suertes quién intentaría hablar con él primero.

—¿Alguna petición, tío? —preguntó Shawn a continuación.

Clay me miró con esa maldita sonrisa aún intacta.

—¿Qué tal *Just Say Yes* de Snow Patrol?

Volví a poner los ojos en blanco y, cuando Shawn empezó a tocar, Clay se inclinó aún más hacia mí.

—¿Ya se te han acabado las excusas?

Suspiré.

—A ver si lo he entendido bien. Tendríamos una relación falsa, en la que tú, en teoría, me ayudarías a conseguir a Shawn, y yo... —Parpadeé, quedándome en blanco—. ¿Haría qué, exactamente? Quiero decir... ¿qué ganas tú con esto?

Entonces, una sombra de algo inundó su rostro y se sentó, encogiéndose un poco de hombros antes de beberse la mitad de la cerveza de un trago.

—Maliyah.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

—Conozco a mi chica —dijo, con los ojos más decididos de lo que jamás había visto, y eso ya era mucho decir, porque le había visto más de una vez lanzarse a por una jugada imposible—. Sé que todavía me quiere, que todavía me desea, pero piensa que hay algo mejor ahí fuera. Siempre ha querido lo mejor. Así es ella.

Tuve que luchar para que no se me curvase el labio al ver cómo hacía que todo eso sonara como si fuera algo bueno.

—¿Pero cuando me vea con otra, cuando piense que he pasado página? —Sacudió la cabeza con una sonrisa diabólica—. Los celos en persona la atraparán. Suplicará que vuelva.

Arrugué la nariz.

—No sé, Clay... No sé si quiero jugar a estos juegos.

—Confía en mí; todo el mundo los juega. Así que, si no juegas... no, ¿si no ganas? —Se encogió de hombros—. Pierdes.

Me mordí el labio y miré hacia donde Shawn rasgueaba la guitarra en el escenario. El corazón me dio un vuelco como siempre que me miraba, aunque fue tan fugaz que apenas percibí el color de sus ojos dorados antes de que volvieran a desaparecer.

Durante toda mi vida había tenido demasiado miedo de ir a por lo que quería; era exactamente lo contrario de Maliyah, a Clay, a todos con los que trabajaba en el equipo.

Me conformaba con quedar en un segundo plano.

Pero ahora, por primera vez, me vi anhelando ser el centro de atención.

Y por un maldito novio.

Descrucé las piernas y me incliné hacia delante, apoyando las manos en la mesa.

—Necesitamos términos. Condiciones. Reglas.

Cuando la única respuesta de Clay fue un suave movimiento de labios, me pregunté en qué lío me estaba metiendo.

AGRADECIMIENTOS

Mi primer gracias va para Lauren Johnson, una mentora con un talento increíble y un ser humano maravilloso. Gracias por tu perspicacia y por ayudar a que este libro brille. ¡Te quiero!

A mi futuro marido, Jack, gracias por dejarme hablar por los codos de fútbol americano y ayudarme a entender las estupideces que para mí no tenían sentido. Tu amor por mí me maravilla cada día más, y estoy más que agradecida por tener una pareja que se interesa por mi trabajo tanto como yo. Te quiero.

A mis lectores alfa, gracias por acariciarme el pelo y ayudarme a elaborar uno de mis mejores borradores hasta la fecha. A Lil Turner, fuiste mi persona de confianza para este libro, y no sería lo mismo sin ti. A Frances O'Brien, tus comentarios fueron de lo mejor. A Brett Marshall, gracias por prestar atención a los detalles. A la reina Trish Mintness, ¡me alegró mucho tenerte de vuelta en el equipo! Como siempre, tus notas me ayudaron a mejorar a los personajes y sus trasfondos. Y a Kellee, que me ha acompañado desde el principio, gracias por cuidar siempre de mis libros como si fueran tuyos. ¡Os quiero!

A mamá Von, gracias por amar el fútbol e inculcarme ese mismo amor mientras crecía en tu casa. Gracias a ti siento una pasión tan feroz por este deporte y por todos sus jugadores. ¡Te quiero!

A mi equipo beta que era de otro mundo, y hemos hecho un montón de correcciones que llevaron este libro al siguiente nivel. Muchas gracias a Staci Hart, Carly Wilson, Sarah Green, Jannett Corona y Monique Boone. También a Danielle Lagasse y Sasha Erramouspe por leerlo en la fase Charlie y ayudar con los últimos retoques.

A Elaine York, de Allusion Publishing, eres mi apoyo desde hace años. Me encanta que me des ánimos y que siempre me hagas un hueco, pase lo que pase. Gracias por todo tu esfuerzo en este proyecto y en todos los demás.

A Lauren Perry de Perrywinkle Photography, gracias por ayudarme a dar vida a mi idea y crear una de mis portadas favoritas hasta la fecha. ¡Entendiste la tarea y sacaste un sobresaliente!

A Tina Stokes, gracias por todo lo que haces para ayudar a que todos mis libros tengan éxito. Eres una amiga de verdad y una asistente increíble. ¡Qué suerte tengo de tenerte!

Muchas gracias a mis amigos de Valentine PR por dar a conocer esta saga y ayudar a que otros se enamoren de ella. Y a nuestra comunidad de blogueros (que os incluye a vosotros, Bookstagrammers y Booktokers). Nadie sabría que escribo libros si no fuera por vosotros. Sois el pilar de lo que hacemos, y os doy las gracias.

Y, por último, a ti, lector. Gracias a ti puedo hacer lo que hago. Gracias por leer libros de autoras independientes y gritar a los cuatro vientos sobre los libros que te gustan. Un gracias en especial a los que estáis en el grupo de Facebook: Kalandiland y a los que interactuáis conmigo en redes sociales. Hacéis que esto sea aún más divertido cada día y ojalá vivamos muchas aventuras juntos.

SOBRE LA AUTORA

Kandi Steiner es una de las cinco autoras más vendidas de Amazon y una gran experta en whisky que vive en Tampa, Florida. Conocida sobre todo por escribir historias que son una «montaña rusa emocional», le encanta dar vida a sus personajes y escribir sobre romances reales y sin tapujos, en todas sus formas.

Kandi estudió en la Universidad Central de Florida y se graduó con un doble grado en Escritura Creativa y Publicidad y Relaciones Públicas con una especialización en Estudios de la Mujer. Empezó a escribir en cuarto curso tras leer el primer libro de Harry Potter.

Después de la universidad se interesó sobre todo por la literatura romántica, ya que siempre ha sido una romántica empedernida y le gusta hacer hincapié tanto en los retos del amor como en sus triunfos.

Cuando Kandi no está escribiendo, puedes encontrarla leyendo libros de todo tipo, planeando su próxima aventura o haciendo pole dance (sí, has leído bien). Le gusta la música en directo, viajar, jugar con sus pequeños peludos y disfrutar de la dulzura de la vida.